



JOAQUÍN GONZÁLEZ ECHEGARAY

EL
CRECIENTE
FÉRTIL
Y LA BIBLIA



evd

El Creciente Fértil y la Biblia

Joaquín González Echegaray

El Creciente Fértil y la Biblia

Tercera edición corregida, revisada y actualizada

evd

Editorial Verbo Divino
Avenida de Pamplona, 41
31200 Estella (Navarra), España
Tfno: 948 55 65 11
Fax: 948 55 45 06
www.verbodivino.es
evd@verbodivino.es

Diseño de cubierta:
Francesc Sala

Fotocomposición:
NovaText, Mutilva Baja (Navarra)

Joaquín González Echegaray

© Editorial Verbo Divino, 2011
© De la presente edición: Verbo Divino, 2012

ISBN pdf: 978-84-9945-460-3
ISBN versión impresa: 978-84-9945-133-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo la excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita imprimir o utilizar algún fragmento de esta obra.

Contenido

Prólogo a la primera edición	9
Prólogo a la tercera edición	11
1. UNA TIERRA QUE MANA LECHE Y MIEL (LA GEOGRAFÍA)	13
2. EL CRECIENTE DESCUBRE EL SECRETO DE SU FERTILIDAD (EL NEO- LÍTICO)	39
3. NACEN LAS CIUDADES CANANEAS (EL BRONCE ANTIGUO)	59
4. EL MUNDO POR DONDE VAGAN LOS PATRIARCAS (EL BRONCE MEDIO)	71
5. CUANDO ISRAEL SALIÓ DE EGIPTO (EL BRONCE RECIENTE)	89
6. EN LUCHA CON LOS PUEBLOS DE CANAÁN (EL HIERRO I)	111
7. JERUSALÉN, CAPITAL DEL NUEVO ESTADO (EL HIERRO IIA)	129
8. LOS REINOS DE ISRAEL Y DE JUDÁ (EL HIERRO IIB-C)	145
9. ORÁCULO CONTRA NÍNIVE (PERÍODO ASIRIO)	165
10. BABILONIA, LA PERLA DE LOS REINOS (PERÍODO NEOBABILÓNICO)	185
11. ASÍ DICE YAHVEH A SU UNGIDO CIRO (PERÍODO PERSA)	201
12. BAJO EL DOMINIO DE EUROPA (PERÍODOS HELENÍSTICO Y ROMANO) .	217
13. LOS DIOSES Y LOS HOMBRES (RELIGIÓN Y MORAL EN LA SOCIEDAD DEL CRECIENTE FÉRTIL)	243
Bibliografía	261
Cronología	266
Índice de nombres propios	277

Prólogo a la primera edición

Existen varios libros en español, bien sean traducidos al castellano, o bien escritos directamente en nuestra lengua, donde se tocan temas similares a los que se abordan en nuestra obra. Por eso quizás, a más de un lector, asiduo a los temas bíblicos, le pueda parecer reiterativo este libro y su contenido.

No obstante, conviene decir, en primer término, que la presente obra forma parte de una colección titulada «El mundo de la Biblia», y que este, como primero de sus volúmenes, precisa abarcar la realidad del «entorno bíblico» como fase cultural de otras materias que se abordan en las demás obras. Por otra parte, el contenido mismo y la forma de tratar los temas tienen aquí un peculiar enfoque, que permiten, según pensamos, diferenciar nuestra obra de otras aparentemente similares.

Como su mismo título indica, *El Creciente Fértil y la Biblia*, nuestro propósito ha sido ambientar el relato bíblico, o, mejor, ofrecer una panorámica sobre el medio –geográfico, histórico y arqueológico– en que se desenvuelve la Biblia. Dado que la literatura bíblica no solo alude a «Tierra Santa», sino también a otros pueblos orientales de la antigüedad, el objeto de esta obra, aunque preferentemente enfocado en Palestina, abarca también otros pueblos del llamado «Levante mediterráneo», de Mesopotamia y de Egipto, en la medida en que su cultura se relaciona directamente con la del pueblo israelita. Teniendo en cuenta las dimensiones concretas del libro, el contenido de la colección a la que pertenece, y su destino a un público relativamente amplio, no necesariamente de especialistas, la forma en que se tocan aquí tales temas ha sido intencionadamente resumida, sin descender a detalles técnicos y expuesta con la mayor claridad de que hemos sido capaces, huyendo en lo posible de términos técnicos.

No se trata, pues, de una historia del Próximo Oriente Antiguo, aunque contiene numerosas referencias a ella; ni de una geografía de la antigua Palestina con identificación rigurosa de los topónimos bíblicos, aunque de alguna manera la geografía está presente en casi todas las páginas del libro; ni de una arqueología de Tierra Santa con la descripción sistemática de las técnicas arqueológicas, de los grandes yacimientos excavados o de la clasificación cronológica de la cerámica, aunque naturalmente la arqueología constituye, en efecto, el trasfondo primordial de este libro. Es una obra de ambientación histórica, geográfica y arqueológica, escrita con rigor, manejando fuentes solventes, a veces incluso de primera mano, pero sin la pretensión de una monografía especializada.

Otras obras disponibles en España enfocan el tema desde distinta perspectiva, o tratan solo de aspectos parciales del mismo, o han sido concebidas con una finalidad diversa. Esto es lo que, a nuestro juicio, justifica la presencia ahora de este libro.

Como norma práctica diremos que es recomendable leer esta obra teniendo a mano un atlas, mejor si es un atlas bíblico, y, desde luego, la propia Biblia, de la que constantemente se hacen citas. Sin embargo, para facilitar la comprensión, en caso de que no se disponga de esos elementos en el momento de su lectura, hemos procurado desarrollar o al menos hacer explícitos algunos de los pasajes bíblicos aludidos, hemos insertado mapas elementales de las regiones estudiadas, y, finalmente, hemos incluido un cuadro sinóptico donde se especifican los hechos más significativos de la historia antigua del mundo oriental y los grandes acontecimientos de la propia historia bíblica, con un criterio cronológico, haciendo resaltar la idea de contemporaneidad.

Si hemos conseguido o no materializar nuestros propósitos y salir airoso de la difícil y compleja tarea que hemos acometido, será el lector en definitiva quien tenga que enjuiciarlo.

Joaquín GONZÁLEZ ECHEGARAY
Jerusalén, abril de 1990

Prólogo a la tercera edición

La presente obra fue escrita y publicada hace ya veinte años. En 1994 apareció una traducción de la misma al portugués, editada en Brasil, y en el año 2000 una segunda edición en español, corregida y ligeramente actualizada. Hoy, tras la reiterada demanda de este libro en el mercado, se impone una nueva edición, pero evidentemente habiéndose hecho una revisión total de la obra, con la puesta al día de todos los datos, en un nuevo formato, con una presentación distinta y una abundante ilustración. Esto es lo que ahora ofrecemos al lector.

En estos años las investigaciones arqueológicas en el Oriente han tenido un amplio desarrollo, que han permitido aumentar nuestro conocimiento de los temas y, en algunos casos, modificar parcialmente ciertas concepciones sobre la remota historia de aquellos países, de manera especial acerca de la propia historia de Israel. Estos datos e ideas han sido tenidos en cuenta, al revisar ahora totalmente el texto, que no obstante conserva el estilo y planteamiento de las antiguas ediciones, tal vez la clave de su aceptación por parte del público.

Así pues, esperamos y deseamos nuevos años de vida para este renovado *El Creciente Fértil y la Biblia*.

Joaquín GONZÁLEZ ECHEGARAY
Santander, septiembre de 2010

Nota sobre la transcripción de topónimos

Salvo en los casos en que exista ya una forma castellana aceptada como Belén, Jerusalén, Judá, etc., los demás topónimos palestinos, hebreos o árabes, están transcritos tal y como aparecen en el mapa oficial 1:250.000 de Israel (*Survey of Israel 1961-1987*). Para otros topónimos de fuera de Palestina, que carezcan de adaptación castellana tradicional, así como para ciertos antropónimos antiguos, se ha utilizado la forma más generalizada de transcripción en las lenguas occidentales. Se ha prescindido de la transcripción fonética científica, o de cualquier intento de adaptación al castellano, a fin de facilitar al lector la rápida identificación de los nombres aquí citados con los que aparecen en otras publicaciones de uso común.

1

Una tierra que mana leche y miel

La geografía

La vieja teoría de Hippolyte Taine de que la geografía es el factor decisivo en la historia y en la cultura de los pueblos, si bien ampliamente superada por otras teorías más elaboradas como la A. Toynbee, sigue, sin embargo, solapada, con todas las matizaciones que se quiera, en una buena parte de la mentalidad de muchos historiadores. Y ciertamente no sin razón, pues, aunque por sí sola sea incapaz de explicar el desarrollo cultural, sirve, no obstante, de punto de partida insoslayable para comprender mejor la economía, la cultura y la idiosincrasia de cualquier pueblo.

La geografía palestinense fue ya de alguna forma definida por la Biblia en aquella famosa frase, tantas veces repetida: «Tierra que mana leche y miel». Pese a cualquier otra interpretación más rebuscada, la frase indica indudablemente un territorio fértil, de abundancia de pastos, donde los rebaños pueden pacer con hartura y donde un variado tapiz de flores atrae a las abejas. En todo caso, la leche y el dulzor son símbolos de bienestar y prosperidad, especialmente para pueblos pastoriles.

Si, desde los países templados como Europa, nos llegamos a Tierra Santa, donde predomina un paisaje sobrio, de colinas y montañas pedregosas con vegetación más bien pobre, y donde incluso se dan grandes extensiones de tierras desérticas, apenas podemos comprender el apelativo: Tierra que mana leche y miel. Pero se trata de un error de dirección. Para descubrir el verdadero sentido de la expresión bíblica, hay que llegar a Palestina desde el Gran Desierto Siro-Arábigo, y entonces cobra pleno sentido la frase. La experiencia es única y solo entonces se percibe con emoción el frescor y el olor de una tierra fecunda y hasta voluptuosa. Así fue como los israelitas, vagabundos a través del duro desierto, vieron por vez primera la Tierra Prometida, y su

calificación fue verdaderamente certera. Y así es como nosotros tenemos que comenzar a contemplar el paisaje y a descubrir la geografía de esta tierra, y no solamente la del país que se encuentra junto al río Jordán, sino la de todos aquellos otros países de su entorno, que comparten con él características análogas y en medio de los cuales se desarrolló la vida del pueblo de Israel.

1. EL CRECIENTE FÉRTIL

El Desierto Siro-Arábigo es uno de los más grandes del planeta, una inmensa extensión que abarca la mayor parte de la península Arábiga, así como enormes superficies del territorio de los actuales Estados de Jordania, Siria e Iraq. El índice de pluviosidad está allí por debajo de los 100 mm anuales, y la temperatura adquiere máximas en verano del orden de 50 °C a la sombra. La superficie es un plano inclinado hacia el nordeste. En la costa del mar Rojo, la península Arábiga tiene cadenas de montañas, que recorren los territorios de Heyaz, El Assir y Yemen, cuya altura puede llegar hasta los 3.900 m sobre el nivel del mar en este último país. A partir de esta cordillera, comienza hacia el interior aquella inhóspita y desolada extensión, por lo general de tierras llanas y arcillosas, o de *hamadas* cubiertas de pedregal, y a veces de suelos arenosos con dunas, como sucede en Rub el-Jalí hacia el sur de Arabia, o en El Nefud hacia el norte, así como en las proximidades del curso bajo del Éufrates y en algunas regiones de Jordania. También existen ocasionalmente formaciones montañosas de rocas desnudas.

Pero, en contra de lo que a primera vista pudiera parecer, el desierto no es completamente estéril. Cuando la lluvia cae de forma torrencial en algunos inviernos, las aguas forman sus cauces, creando grandes cuencas cuyo caudal acabará absorbido por el implacable desierto. En torno a estas torrenteras, que solo llevan agua durante pocas horas a lo largo de períodos muy distanciados, a veces de varios años, aparece una vegetación estacional, que es el secreto de la vida en el desierto. Allí acuden los beduinos nómadas con sus rebaños, cuya subsistencia depende a la vez del conocimiento de los pozos, que nunca faltan en el desierto y que suministran el agua imprescindible para hombres y animales. No

es raro que junto a los pozos se formen verdaderos oasis con una vegetación abundante y placentera.

Bordeando por el norte el Gran Desierto (como le llaman los beduinos), aparece una extensión de tierra con cubierta vegetal apreciable y duradera, que contrasta vivamente con la aspereza de las tierras interiores. Tiene la forma de un enorme arco y va por el oeste desde las mesetas y montañas de Jordania e Israel, pasando por los extensos y continuados oasis de Siria occidental, las altas y verdes cordilleras de Líbano y del norte de Siria, para continuar por el borde sur de la meseta de Anatolia y las zonas contiguas de la Alta Siria, e iniciar la caída hacia el sur este siguiendo el curso de los ríos Éufrates y Tigris, cuyas aguas propician una vegetación y riqueza considerables en Mesopotamia. Este arco es como una gigantesca luna verde sobre el mapa del Próximo Oriente, lo que movió a J. H. Breasted a llamarle el «Creciente Fértil», nombre que ha tenido una aceptación unánime entre geógrafos e historiadores.

Vamos a describir con algún detenimiento mayor las tierras del Creciente, pues en ellas se asentaron los distintos pueblos de la antigüedad, que aparecen reflejados en la Biblia.

Volviendo sobre nuestros pasos desde oriente a occidente, comencemos por Mesopotamia. Como su nombre indica («entre ríos»), es la llanura que se encuentra en medio de los cauces del Éufrates y el Tigris. Ambos ríos vienen desde Turquía, en donde nacen en las estribaciones del macizo de Armenia. El Éufrates tiene dos fuentes, que dan lugar a dos pequeños ríos: el Kara-Su, que nace en el pintoresco valle de Erzurum, y el Murat, que lo hace cerca del lago Van. Ambos fluyen hacia el oeste, como si fueran a desembocar en el Mediterráneo. Después ya unidos forman el Éufrates, que atraviesa por profundos desfiladeros el tramo oriental de la cordillera del Tauro y penetra en Siria, tomando la dirección norte-sur. El Tigris, por su parte, nace cerca de Elazig, en las proximidades del propio Éufrates, pasa por el lago Hazar e inmediatamente toma la dirección sureste, penetrando en Iraq.

A lo largo del curso de ambos grandes ríos, los cauces se aproximan a veces, otras por el contrario se separan dando lugar a llanuras de considerable extensión. Una vez que han atravesado la meseta de Anatolia, al abandonar el territorio turco, el Éufrates va ya muy distanciado de su compañero el Tigris, penetrando aquel en territorio sirio, mientras que



Geografía del Próximo Oriente.

este lo hace en tierra iraquí. La llanura intermedia recibe el nombre de Alta Mesopotamia o Jazireh, y corresponde en líneas generales al solar de la antigua Asiria. En realidad se trata de una meseta no excesivamente fértil, pero que permite el riego utilizando fundamentalmente las aguas del Tigris, cuyo cauce va a mayor altura. El Éufrates, hasta cuya ribera derecha llega prácticamente el gran desierto, recibe algunos afluentes por su izquierda, que drenan la meseta, entre los que destacan el Balih y sobre todo el Habur, a cuyas orillas se levanta la actual ciudad de Haska. A su vez, el Tigris recibe, también por su izquierda, numerosos afluentes que descienden desde la cordillera de los Zagros en los límites de Irán. Los más importantes son el Zab el-Kebir y el Zab el-Sghireh (grande y pequeño Zab). En las riberas del Tigris se levanta la ciudad de Mosul, cerca de donde estuvo en otro tiempo la capital asiria. Es la tierra de los kurdos.

El Éufrates, que lleva una trayectoria diagonal, va ahora aproximándose cada vez más a su compañero, hasta que junto a Bagdad la distancia entre ambos se reduce a escasos kilómetros. A partir de aquí, vuelven a separarse ambos cauces, formando una llanura fértil, en este caso regada por el Éufrates, el cual corre a mayor altura que el Tigris. Se trata de la Baja Mesopotamia, que en tiempos antiguos era el territorio de Acad y Súmer. De nuevo los ríos se aproximan hasta crear un cauce único, que recibe el nombre de Shat el-Arab, el cual formando un gran delta acabará vertiendo juntas las aguas de ambos ríos en el golfo Pérsico, en medio de un bello paisaje de palmeras, donde se encuentra la ciudad de Basora. En la antigüedad, las aguas de este mar invadían todo el valle del Shat el-Arab, y ambos ríos desembocaban en él por separado.

Si nos fijamos ahora en el sector oeste del Creciente Fértil, designado también por los europeos como el «Levante», su geografía viene determinada por la existencia de una serie de fallas tectónicas, que forman parte de un gigantesco sistema que quiebra la corteza terrestre desde el sureste de África, pasando por la región de los grandes lagos, para continuar a lo largo del mar Rojo y así penetrar en el continente asiático por el golfo de Akaba, siguiendo en línea recta hacia el norte, hasta internarse en la meseta de Anatolia. Es el sistema conocido con el nombre de valle del Rift. En Siria-Líbano da lugar a sendas cadenas de montañas paralelas a la costa, entre las cuales existe un valle profundo con-



El río Éufrates. Con un recorrido de 2.700 km, nace en Turquía y desemboca en el golfo Pérsico.

figurado por las fallas. Al norte, en Siria, estas cordilleras son el Anshariyeh, más cercano a la costa mediterránea, y el Jebel Zawiyeh, que mira al Gran Desierto, siendo el Ghab su valle intermedio. Más al sur, los sistemas orográficos reciben los nombres de Líbano, junto al mar, y Antilíbano, hacia el desierto. Entre estas dos últimas cordilleras, cuyas alturas máximas son del orden de 3.000 m sobre el nivel del mar, se encuentra el gran valle de la Beqaa, en donde nacen sendos ríos que se alimentan de las aguas y nieves de las montañas: el río Litani, cuyas aguas descienden hacia el sur, para después dar un quiebro hacia el oeste y desembocar en el Mediterráneo al norte de la ciudad libanesa de Tiro; y el río Orontes, que se dirige hacia el norte por el referido valle. A su salida se desvía ligeramente al este, regando el territorio de las ciudades sirias de Homs y Hama, para después continuar la antigua trayectoria hacia el norte penetrando ahora en el valle del Ghab. Al final toma el camino del oeste hacia el Mediterráneo y desemboca cerca de la ciudad turca de Antaquia.

Al oriente de todos estos sistemas montañosos hay sendos oasis de gran extensión, o más bien valles regados por ríos cuyas aguas se pierden en el desierto. Son: al norte, el que da origen a la ciudad de Alepo, ya camino del Éufrates; y al sur, el de Damasco, no lejos de las faldas del Antilíbano. Un auténtico oasis en mitad del desierto, desde aquí hacia el Éufrates corresponde a la antigua ciudad de Palmira. Por su parte, tanto la costa de Siria al norte, como la del Líbano al sur son evidentemente zonas verdes de clima mediterráneo.

A mediodía de lo que acabamos de describir y constituyendo el extremo occidental del Creciente Fértil se encuentra Palestina o Tierra Santa. Aquí las parejas de cadenas montañosas son más modestas (la del oriente casi no es más que el borde de una alta meseta). En cambio, el valle intermedio es muy profundo, al haberse producido una verdadera fosa tectónica, cuya superficie está por debajo del nivel del Mediterráneo. Por ella corre un sistema hidrográfico endorreico –el Jordán-Arabá–, cuyas aguas desembocan en el mar Muerto (403 m bajo el nivel del mar). También aquí en Palestina la costa es de clima mediterráneo, pero Transjordania, que al comienzo es una meseta cerealística, se convierte a poca distancia en desierto, sin que existan allí zonas de grandes oasis.

El final del «cuerno lunar» del Creciente se pierde en el desierto, en el Negev, siendo tierras estériles las que corresponden al golfo de Akaba, a diferencia de lo que sucedía en el otro extremo del Creciente, el golfo Pérsico. De la geografía específica de la Gran Palestina (actuales Estados de Israel y Jordania) hablaremos detenidamente más adelante.

2. EGIPTO

Aunque fuera ya de lo que es propiamente el Creciente Fértil asiático, Egipto puede considerarse como una prolongación de él a través del cuerno de Occidente y una vez pasados los ásperos desiertos del Negev y del Sinaí. En realidad, Egipto es un país intermedio entre Asia y África, a pesar de hallarse ubicado en el continente africano. Es asiático por su proximidad a este continente, del que le separa el istmo de Suez. Lo es también por su estructura geográfica: una gran corriente fluvial

que atraviesa el desierto fertilizando sus orillas, constituyendo una réplica en Occidente de lo que sucede en Oriente con el Éufrates. En esto se diferencia claramente de los demás países del norte de África. Es asiático, a su vez, por su cultura, pues se halla más próximo a Palestina que a cualquier otro país africano. Y lo es, sobre todo, por su historia, pues, desde siempre, sus relaciones comerciales, políticas y culturales miraron a Oriente, siendo una potencia que se codeaba con los grandes Estados del Creciente Fértil. Pero Egipto es ya africano por su Nilo, que proviene de las regiones ecuatoriales y trae contactos y sensaciones del mundo negro. Y es también africano por su vinculación con el Gran Desierto del Sáhara, que le hace participar del mundo blanco norteafricano, cuya vida se desarrolla en torno a los márgenes de tan impresionante soledad.

Sigue siendo una verdad indiscutible la famosa frase de Heródoto: Egipto es un don del Nilo. Toda la vida, toda la razón de ser, toda la cultura y la historia de Egipto se concentra en las orillas del gran río, que convierte el desierto en tierra fértil. Aquí no hay, como en la zona oriental del Creciente, una Mesopotamia; el país habitable se restringe a las inmediaciones del cauce del Nilo o al amplio delta de su desembocadura. Las tierras que eran regadas por las aguas durante la crecida anual del río, esas eran salvadas del desierto, aparte de la existencia en él de algunos oasis, como el Fayúm (en este caso también comunicado con el río). Hoy en día, la presa de Asuán, que indudablemente tanto ha beneficiado al país, le ha quitado también uno de sus rasgos más característicos: la inundación periódica, ahora absorbida y regulada por aquella. Los antiguos fundamentaban su vida entera y regulaban su calendario de acuerdo con el acontecimiento más importante del país: la inundación que se producía todos los años con una puntualidad increíble (el 26 de septiembre era el día de altura máxima del río en El Cairo). Los técnicos, que vigilaban el sorprendente fenómeno natural en el Alto Egipto, comprobaban la entidad de la crecida por medio del nilómetro establecido en la isla Elefantina y lo transmitían inmediatamente al resto del país, para que se tomaran las medidas oportunas. El limo en suspensión que llevaban las aguas y que acababa depositándose sobre los campos los fertilizaba, mientras que, al producirse la retirada de las aguas, el sol implacable del país resquebrajaba la tierra que había estado húmeda, aireándola y penetrando con sus rayos beneficiosos hasta cierta profundidad. A partir de

entonces empezaban las faenas agrícolas, y el suelo era una fuente de riqueza en un país donde la lluvia resulta prácticamente desconocida. Y a esto viene a reducirse fundamentalmente la geografía de Egipto. Aportemos, no obstante, algunos datos complementarios.

El Nilo, que es el río más largo del planeta (6.677 km de recorrido, por una anchura máxima de 2 km), en su tramo original de Tanzania recibe los nombres de Kasuno y Kágera. Da lugar al lago Victoria. De aquí parte ya con el nombre de Nilo Victoria a través de Uganda, para desembocar en el lago Alberto. A su salida se llama Bahr el-Jabal y penetra en Sudán. Más tarde recibe el nombre de Bahr el-Abyad o Nilo Blanco, hasta su confluencia con el Bahr el-Azraq o Nilo Azul, que procede de la meseta de Abisinia. A partir de entonces se llama ya simplemente Nilo o Gran Nilo. El fenómeno de la crecida periódica se debe a las lluvias monzónicas que caen en determinadas fechas sobre la región de los lagos, así como a la fusión de las nieves en las montañas de Etiopía.

Tres son los principales rápidos que aceleran el curso de las aguas a su entrada en Egipto. Se trata de las tres famosas «cataratas». La primera viniendo del sur se encuentra en Abu Fatma, poco después de la gran curva que el río hace a partir de Khartum; la segunda en Wadi Halfa, en la frontera entre el Sudán y Egipto; y la tercera en Asuán, donde del cauce surgen las islas de Bigeh, Filae, Elefantina y Kitchener. Aquí las arenas del desierto casi llegan hasta la ribera. El río sigue su curso invariable hacia el norte, ensanchando su benéfica zona de influencia. Toca después la ciudad de Luxor, la antigua Tebas, una de las principales ciudades del país, desde donde inicia un nuevo gran meandro hacia su derecha. Más tarde, desde Asiut continuará rumbo norte hasta El Cairo. Al este y a una distancia prudencial del río se eleva monótona una cadena de montañas, que en forma de barrera corre paralela al mar Rojo (altura máxima, Jebel Shayib, 2.184 m). Por el oeste, las dunas del desierto de Libia se aproximan todo lo que pueden al curso fluvial.

En el mismo Cairo se encuentra la isla de Ghezireh y, poco después, empieza el Nilo a abrirse en abanico, originándose el famoso delta, que, a pesar de los constantes cambios sufridos en su topografía por el capricho de las corrientes, cuenta con dos brazos principales, que desembocan en el Mediterráneo junto a las ciudades de Damietta y Rosetta. Fue-

ra ya de la rica región del delta, al oeste se sitúa el puerto de Alejandría, y al este el camino que conduce al istmo-canal de Suez y a la península del Sinaí, eslabón de montañas graníticas y desiertos que une Egipto con Palestina.

3. PALESTINA

En este panorama geográfico del Creciente Fértil, hemos de reservar un lugar especial para la región de Palestina, que evidentemente ha de constituir el centro principal de nuestra atención a lo largo del presente libro.

Varias son las denominaciones que designan esta tierra y ninguna de ellas resulta plenamente adecuada. La utilización de los nombres de los Estados actuales en ella asentados no suele ser, por lo general, muy aconsejable, a la vista de los cambios políticos y fronterizos de que hemos sido testigos en estos últimos sesenta años, dejando aparte el hecho de que tales nombres solo se refieren a determinadas comarcas del país y no al conjunto de toda la tierra. En la Biblia se la suele designar como Tierra de Canaán, pero este apelativo es también aplicable a la costa fenicia, y, en cambio, no conviene con la región de Transjordania. Palestina, que no es nombre bíblico, dejando a un lado las connotaciones políticas que puede tener en este momento, es tal vez el más adecuado de todos, pues si bien originariamente designaba la Tierra de los Filisteos (*Pelistim*), en época romana (siglo II d.C.) era el nombre de la provincia romana que más o menos viene a corresponder al conjunto del territorio en cuestión, especialmente después de la reforma de Diocleciano del año 295 d.C., con la incorporación de la *Palestina Salutaris*, que anteriormente pertenecía a la provincia de Arabia Petrea.

El tradicional nombre bíblico de Israel teóricamente corresponde bastante bien a lo que es el país, aunque con algunas limitaciones. Sin embargo, su utilización política por el actual estado israelí, fuera del cual quedan varios territorios integrantes del antiguo país, desaconseja su empleo en una descripción simplemente geográfica.

Para subsanar estas dificultades, hoy en día vuelve a tomar carta de ciudadanía el apelativo Tierra Santa (*Holy Land*), que precisamente en

virtud de su vaguedad es fácilmente adaptable a la realidad geográfica, careciendo de connotaciones políticas, ya que el país es «tierra santa», tanto para judíos, como para musulmanes y cristianos. Por nuestra parte, nosotros utilizaremos aquí indistintamente todas estas denominaciones.

* * *

Ya nos hemos referido al hecho geológico de que Palestina se halla atravesada de norte a sur por la serie de fallas del valle del Rift, lo que da lugar a la fosa tectónica del Jordán. Esta circunstancia, unida a la de encontrarse enmarcada por la línea norte-sur de la costa mediterránea a occidente, y por la presencia del Gran Desierto al oriente, determinan el carácter peculiar de la geografía del país, alargado en el mismo sentido norte-sur y dividido por el sistema hidrográfico del Jordán en dos zonas claramente diferenciadas: Cisjordania entre el río y el mar, y Transjordania entre aquel y el desierto. Nunca llegará a comprenderse la geografía de Palestina, si no se tienen en cuenta estas ideas básicas que conforman las características de su relieve y las fluctuaciones de su clima, con todas las consecuencias que ello lleva consigo, tanto en relación al paisaje y su vegetación, como en relación a las zonas de asentamiento y vías de comunicación, que en definitiva determinan la existencia de comarcas naturales bien diferenciadas, las cuales afirmarán su autonomía política en el curso de la historia.

Por consiguiente, en nuestra descripción vamos a comenzar por el propio sistema jordánico de norte a sur, para después describir, también de norte a sur, Cisjordania en primer lugar, y Transjordania en segundo.

Al Jordán se le consideran tres fuentes principales. La primera brota en Banyas, al pie de una gran roca en la que se abre una caverna, recogiendo las aguas que provienen de la fusión de las nieves y de los numerosos arroyos del monte Hermón (2.814 m), que es el último bastión de la cordillera del Antilíbano y sirve de impresionante mojón entre Líbano y Palestina. La gran pared calcárea de Banyas, a cuyo pie bullen las aguas abundantes de la fuente, es probablemente la piedra a que alude el evangelio de san Mateo, cuando Jesús le dice a Simón que él es la roca sobre la que edificará su Iglesia (Mt 16,18). En aquel valle se levantaba la ciudad de Cesarea de Filipo o Panias, capital de la tetrarquía de ese

príncipe herodiano, y en la roca sagrada se rendía culto al dios Pan (de ahí el nombre de la misma), cuyo santuario e inscripciones aún hoy se conservan.

La segunda fuente del Jordán, más al oeste, es Ain Leddan, cerca de las ruinas de la ciudad de Dan (Tel Dan). De aquí la expresión bíblica «desde Dan hasta Beersheva» para designar la totalidad del país de norte a sur. Las aguas abundantes y espumosas dan lugar a una encantadora zona verde con abundante arbolado, hoy en día convertida en parque nacional.

La tercera de las principales fuentes del Jordán es el Hasbani. Se trata de un arroyo que desciende directamente desde el valle de la Beqaa en el Líbano. Estos tres cursos de agua y todo un complejo sistema de fuentes y arroyos secundarios acaban uniendo sus aguas en lo que en otro tiempo fue el lago Huleh y hoy en día, ya desecado y canalizadas sus aguas, es un espléndido y amplio valle, dedicado al cultivo. A sus lados emergen colinas verdes que iniciarán los sistemas montañosos de Galilea y de Basán en Cisjordania y Transjordania respectivamente.

A partir de aquí, el Jordán se encajona en un severo paisaje de basaltos y desciende en rápidos desde el nivel del Mediterráneo, en el que se encuentra el Huleh, hasta la superficie del gran lago de Genesaret, a 211 m por debajo del nivel del mar. Estamos ya en plena fosa tectónica. En efecto, las fallas del terreno a uno y otro lado del valle han permitido que el fondo se haya hundido de forma drástica, lo que constituye una constante a lo largo de todo el Jordán, que desde entonces va siempre a discurrir por debajo del nivel del Mediterráneo.

El Jordán penetra, pues, en este bellissimo lago de agua dulce, de poco más de una veintena de kilómetros de longitud norte-sur, por una anchura máxima de 12 km. Su nombre Genesaret (hebr. *Kinneret*) según quieren algunos significa «cítara», debido a la forma subtriangular de sus contornos, aunque en realidad proviene de la existencia en sus orillas de una ciudad llamada así (hoy, Tell Ureimeh). En todo caso, el lago posee una innegable sugestión poética, por el color de sus aguas y la serena perspectiva de su paisaje, que adquiere tintes especiales sobre todo al amanecer. Otros nombres con los que se conoce también son: lago de Tiberíades, debido a la ciudad de Tiberias en su orilla occidental, fundada por Herodes Antipas hacia el año 20 d.C., que hoy sigue



Geografía de Tierra Santa (Palestina), con referencia a las regiones y ciudades más significativas. No están aquí consignadas las fronteras territoriales de las naciones actuales.

siendo la principal población del lago, y el de mar de Galilea, a causa de sus considerables dimensiones.

La ribera norte es más bien árida, lo que contrasta con la orilla occidental de pintoresca belleza con abundante vegetación y formando una pequeña llanura, desde la que se asciende entre colinas a las tierras altas de Galilea. Por el contrario, la ribera oriental es más áspera y la alta meseta del Golán cae enseguida sobre ella. El clima del lago es subtropical, con temperaturas altas durante todo el año (media de 14 °C en pleno invierno, y de 29 °C en verano) y ambiente húmedo debido a la evaporación, a pesar de que la media anual de lluvia es poco más de 300 mm.

Al sur del lago se forma de nuevo el Jordán entre una espesa vegetación, que progresivamente va reduciéndose a tan solo una estrecha franja en ambas orillas. En efecto, más al sur de la ciudad de Beth Shean el valle del Jordán se va encajonando en un largo pasillo prácticamente desértico, que recibe el nombre de Ghor. Antes, a poco de dejar el lago, el Jordán ha recibido el aporte sustancial del principal de sus afluentes, el Yarmuk (árabe *Sheriat el-Menajire*), que como todos sus grandes afluentes orientales lleva aguas permanentes. Poco después, recibe por su derecha al Nahal Harod, en cuyo valle pantanoso, hoy bien aprovechado para el riego agrícola, se eleva la ciudad de Beth Shean, no lejos del propio Jordán.

A partir de aquí, como hemos dicho, el paisaje cambia por completo, transformándose en una zona desértica con una muralla a derecha e izquierda de montañas desnudas. Solo el esfuerzo humano, principalmente en estos últimos años, para regar zonas de cultivo, aunque solo sea de forma parcial y discontinua, pone una nota más grata al severo paisaje de ambas orillas, pertenecientes respectivamente a los Estados de Jordania e Israel. La longitud total del valle desde el lago de Genesaret al mar Muerto es de unos 105 km. La anchura varía desde poco más de 3 km al sur de Beth Shean, a unos 20 km a la altura de Jericó. El río, sobre todo en su curso superior, tiene un recorrido lleno de meandros en medio de una manigua o espeso matorral de tamarindos y otros arbustos, llamado el Zor, donde habita aún el jabalí. Separando este cauce de lo que es el valle en toda su amplitud, hay una zona desolada de margas desnudas por la erosión de lo que fue en otro tiempo un lago prehistórico, conocido hoy con el nombre de Lisán. Algo más arriba está la lla-



El valle del Jordán. El río tiene un recorrido de 360 km y se desliza a través de una profunda fosa tectónica hasta el mar Muerto.

nura esteparia de que hemos hablado, en medio de la cual surgen oasis, siendo el más importante el de Jericó, ya cerca del mar Muerto, en la ribera occidental del río, a unos 6 km de él.

Este es un lugar casi paradisíaco, donde no existe el invierno ni las lluvias, pero con una vegetación lujuriosa. En el Antiguo Testamento se le conoce con el nombre de «Ciudad de las Palmeras», y así es en efecto. Junto a ellas se dan árboles frutales, sobre todo naranjos. Es impresionante la abundancia y la belleza de las flores, desde las plantaciones de rosas de que se habla en época helenística (Eclo 24,14), hasta las azules bugambilias de hoy y las rojas adelfas de todos los tiempos. La media anual de temperatura es de 24 °C, pero en los días calurosos del verano y primavera el termómetro marca habitualmente temperaturas superiores a los 30 °C. En Jericó tenía su palacio de invierno Herodes el Grande, y durante algún tiempo la ciudad fue posesión personal de la famosa Cleopatra de Egipto, como regalo de Marco Antonio.

Antes de llegar a la altura de Jericó, el Jordán ha recibido, aparte de otros secundarios, sendos afluentes de importancia, el primero por la iz-

quiera es el Yabok (árabe *Nahr ez-Zerqa*), también de aguas permanentes, que como el Yarmuk desciende de la meseta transjordana. Algo más adelante recibe el Jordán por su derecha el afluente llamado Wadi Farah, mucho más pobre que el anterior, y que en este caso proviene de la montaña de Efraím.

El Jordán desemboca en el mar Muerto, cuya superficie se halla a 403 m bajo el nivel del Mediterráneo (medición de 1984), siendo este el lugar más profundo de toda la superficie del planeta. Se trata de un lago de aguas de color azul oscuro, que contrasta vivamente con el amarillo pálido de sus riberas pedregosas. Tiene una longitud máxima de norte a sur de 85 km, por una anchura de 15 km. El fondo alcanza cotas de profundidad del orden de 400 m en la zona norte, mientras que en el sur apenas sobrepasa los 3 o 4 m. A diferencia del lago de Genesaret, que es de agua dulce y abundante en peces, el mar Muerto es de aguas muy salobres, cuya salinidad se incrementa por efecto de la intensa evaporación, debida a la alta temperatura del ambiente. Por eso recibe en hebreo el nombre de mar de la Sal (*Yam Hammelah*). No hay en él peces, ni existe rastro de vegetación en sus orillas. Las aguas tienen una textura un tanto grasienta, debido a su contenido en materias bituminosas.

A lo largo de la ribera occidental del mar Muerto se extiende el desierto de Judá, que continúa también en el tramo final del valle del Jordán. En este lugar vivía Juan el Bautista, y, según los evangelios, es donde Jesús fue tentado. Se trata de una superficie de unos 100 km de longitud por 20 de anchura, en fuerte pendiente desde la montaña hasta la fosa del Jordán-mar Muerto, con relieve muy quebrado, constituido por escarpadas colinas y abruptas gargantas, donde aflora la caliza blancoamarillenta en un suelo desprovisto de vegetación. Al resguardo de los vientos húmedos procedentes del Mediterráneo, cuyo aire se reseca y calienta al descender a la fosa, está expuesto de plano a la incidencia de los vientos tórridos del oriente, que proceden del Gran Desierto Siro-Arábigo. Por otra parte, la alta presión atmosférica de la fosa hace más insoportables los rigores del clima, siendo considerado el desierto de Judá, pese a sus modestas dimensiones, como uno de los parajes más inhóspitos del mundo. En los días más calurosos, la temperatura puede llegar hasta los 50 °C a la sombra. Tan solo algunos días en invierno llueve de forma torrencial en este desierto. Entonces el agua corre im-

petuosamente por los barrancos o *wadis* durante algunas horas. Como consecuencia de ello, el paisaje se transforma de manera sorprendente por la rápida eclosión del ciclo vital en las plantas que allí subsisten. El suelo se cubre de vegetación raquílica, y las colinas adquieren desde lejos un color verde claro. Desgraciadamente, este aspecto risueño dura escasos días, pues el sol vuelve a calcinar la superficie y el desierto cobra su carácter habitual de desolación.

En el desierto de Judá aún subsiste hoy en día una interesante fauna salvaje, en la que figuran entre otras especies la gacela y la cabra montés, el chacal, la hiena y excepcionalmente el leopardo. Son muy abundantes las serpientes, algunas de ellas muy venenosas, y los escorpiones. Estos parajes son recorridos por los beduinos de la tribu Ta'amre, que trashuman con sus rebaños de ovejas y cabras.

Existen allí algunos oasis de belleza incomparable, como Ain el-Quelt al oeste de Jericó, y, sobre todo, Ain Feshkha y En-Gedi junto al mar Muerto.

Al otro lado de este mar interior puede contemplarse el escarpe abrupto de la meseta transjordana, lo mismo que en el resto del valle del Jordán, si bien sobre el mar adquiere más el aspecto de una muralla uniforme. Este escarpe aparece cortado por el río Arnón (árabe *Wadi Mujib*), que desciende al mar Muerto a través de una espectacular garganta, que en los últimos tramos se convierte en un verdadero cañón.

La bajada desde la meseta a la fosa suele ser árida, pero no tiene el carácter totalmente desértico de su paralelo en la cuenca occidental. Ello se debe a varios factores, entre los cuales hay que señalar el hecho de que la mayoría de los arroyos que descienden al Jordán-mar Muerto desde la meseta transjordana suelen tener aguas permanentes, igual que sucede con los grandes afluentes: Yarmuk, Yabok y Arnón.

Ya hemos dicho que el mar Muerto tiene escasa profundidad por el sur. Incluso hay testimonios históricos, según los cuales había determinadas zonas en que podía ser vadeado. Aquí se encuentra la península de Lisán, gran extensión de tierras bajas, que partiendo de la ribera oriental se aproxima hasta solo 3 km de la occidental. En las orillas meridionales de este gran lago abundan las formaciones salinosas, que emergen sobre las aguas. Hoy en día, gran parte de esta zona ha sido desecada y aprovechada industrialmente para salinas. Muchos autores con-

sideran que aquí se levantaron en otro tiempo las ciudades de Sodoma y Gomorra, después destruidas por alguna catástrofe geológica, que provocó emanaciones sulfurosas y de otros gases, en relación con las fallas y hundimientos de la gran fosa tectónica, todavía en acción.

Desde el mar Muerto hasta el golfo de Akaba en el mar Rojo, y sobre una distancia de unos 170 km, se extiende un inmenso valle con un río de cauce seco, el Arabá, que en sentido contrario al Jordán, es decir, de sur a norte, sigue su curso hasta desembocar en el mar Muerto. En realidad se trata del sistema principal de drenaje del llamado Desierto del Negev, que une el Gran Desierto Siro-Arábigo del este con los desiertos del oeste, es decir, con el de Judá al norte y el del Sinaí al sur. Las principales torrenteras que descienden al Arabá son el Wadi Hasa por el oriente, cerca ya del mar Muerto, y el complejo del Wadi Fidan algo más al sur, y por el occidente Nahal Zin, no lejos del mar Muerto, y más al sur el gran Nahal Parán, que recoge las aguas que eventualmente puedan caer en las montañas desérticas de Har Ramon y Har Karkom y en una parte de la península del Sinaí.

En el golfo de Akaba, donde en la actualidad se encuentran la ciudad jordana de este nombre y la israelí de Elat, estaba en tiempos de Salomón el puerto de Ezion Geber, que, asomándose a las azules y transparentes aguas del mar Rojo, servía de lazo de conexión entre Israel y las costas del océano Índico, de donde procedían tesoros y productos exóticos que hacían las delicias de la corte salomónica de Jerusalén.

* * *

El territorio de Cisjordania, entre el valle del Jordán y el Mediterráneo, viene a ser la continuación por el sur de la cordillera de Líbano, si bien aquí las alturas son mucho más modestas. Cuenta esta comarca con una franja litoral llana notablemente más desarrollada que en el Líbano. Al sur del río Litani o Leontes comienza prácticamente la Cisjordania, aunque en la costa la ciudad de Tiro es todavía una ciudad fenicia. Estamos en la región de la Alta Galilea, muy montañosa, donde la cota más elevada es el Har Meron (1.208 m) y la media anual de lluvia se encuentra en torno a los 1.000 mm (Madrid tiene poco más de 400 mm). Este paisaje verde y montañoso continúa hacia el sur a la altura ya del la-

go de Genesaret, pero aquí el relieve es más suave, con colinas y valles más abiertos. Es la llamada Baja Galilea.

A los pies de la alta loma donde se encuentra Nazaret, aparece una gran llanura, que aparentemente rompe la simetría geográfica del país. Es el gran valle de Yizreel o llanura de Esdrelón, en forma alargada, cuyo eje es oblicuo al resto de las formaciones, yendo en dirección noroeste-sudeste, y apoyando su espalda en una cadena montañosa, que desde el sistema habitual norte-sur, en este caso la montaña de Efraím, parte diagonalmente hacia la costa en dirección noroeste, hasta internarse en el mar mediante un promontorio. Se trata del monte Carmelo, cuya asimetría se debe a la existencia de una línea de fallas en esa dirección. La gran llanura verde –la comarca más rica de todo el país– abre un amplio paso desde el Mediterráneo a la fosa del Jordán, y está surcada por dos ríos: el Nahal Quisón y el Nahal Harod. El primero nace en un recodo sur del valle, cerca de la ciudad de Jenín, y después de pasar por las proximidades de Afula desemboca al pie del Carmelo, en la bahía formada entre los puertos de Haifa y Akko (San Juan de Acre), cerca de la primera de estas ciudades. El segundo río, que corre en sentido contrario, es decir, en dirección al Jordán, nace al este de Afula y pasa junto a la ciudad de Beth Shean, según ya dijimos al hablar del Jordán. La espalda montañosa del valle de Yizreel tiene un aspecto desigual. Es bastante alta cerca del Mediterráneo (Har Karmel, 546 m), desde donde se asoma al mar. Por eso el criado de Elías oteaba el mar desde el Carmelo y veía las nubes con presagios de lluvia que desde el horizonte se acercaban a tierra. Pero más al sureste, la cadena montañosa está formada por sierras bajas, que dejan algunos pasos, siendo el más famoso el de Megiddo, donde la ciudad de su nombre, debido a sus condiciones estratégicas, fue escenario de innumerables batallas desde los tiempos del faraón Thutmosis III hasta la Primera Guerra Mundial de 1914. Más al sur, el fondo del gran valle, que se apoya en la montaña de Efraím, forma un recodo a causa de una prolongación de esta hacia el norte, que recibe el nombre de montes de Gélboe (494 m). Estos separan las cuencas de ambos ríos. En plena llanura y en su tramo norte se yerguen sendas montañas que dominan todo el espléndido paisaje. Son el monte Tabor (568 m), y algo más al sureste el Giv'at Hamoré (515 m), a cuyos pies se encuentra la bíblica aldea de Naím.

Siguiendo nuestra descripción norte-sur, llegamos a la montaña de Efraím, que juntamente con la de Judá, más al mediodía, forman el eje

central de Cisjordania. Y no solo desde el punto de vista geográfico; ellas constituyen desde el punto de vista histórico la médula de la tierra de Israel. La primera de estas comarcas, conocida también con el nombre genérico de Samaría, siendo evidentemente zona montañosa, posee valles más abiertos y fértiles que la segunda. Las alturas más importantes son los montes Garizim (881 m) y Eval (940 m), famosos por ser las montañas desde las que Josué mandó lanzar las bendiciones y maldiciones sobre el pueblo con motivo del pacto de Siquem. El Garizim, además, en la época postexílica poseía un santuario que competía con el templo de Jerusalén.

Entre ambas montañas hay un desfiladero que constituye el único camino entre Jerusalén al sur y la famosa ciudad de Samaría (hoy Sebastiyeh) al norte. A su entrada se levantaba en otro tiempo la ciudad de Siquem (Tell Balatah), y en la misma vaguada fue construida en época romana la ciudad de Neapolis, hoy Nablus. Desde la vieja Siquem, a través de una vaguada al este del Eval se llega a las fuentes del ya mencionado Wadi Far'ah, donde se encuentran las ruinas de Tirsá (Tell el-Far'ah), una de las antiguas capitales del reino de Israel.

Al sur de la montaña de Efraím se halla la montaña de Judá, de paisaje todavía más sobrio y accidentado, si bien las cotas de altitud no sobrepasan los 1.020 m, que se registran en los alrededores de la ciudad de Hebrón. En realidad, las poblaciones se encuentran ubicadas prácticamente en las cumbres de la sierra montañosa: Belén (777 m) y Jerusalén (760 m, junto al monte de los Olivos, 815 m). El paisaje en toda la montaña es moderadamente verde, donde abundan las higueras, los olivos y los cipreses. Las tierras de cultivo son campos de trigo o de cebada, y frecuentemente también viñas. El invierno es breve, pero no exento de rigor, ya que puede incluso hacer acto de presencia la nieve, de forma esporádica. Prácticamente se reduce a los meses de enero y febrero, cuando llueve con bastante intensidad. Si a esto añadimos las llamadas lluvias tardías en la primavera, de breve duración, y las lluvias tempranas en otoño, de semejantes características, el total de agua caída en el año en Jerusalén asciende a la considerable cantidad de 589 mm, si bien durante seis meses, entre abril y octubre, no llueve. La temperatura media entre estos citados meses es de 21,9 °C, pero téngase en cuenta que las noches son siempre frescas, a causa de la altura y de la brisa que procede del Mediterráneo, lo que quiere decir que durante el

día la temperatura puede ser alta. En los seis meses restantes del año, la media es del orden de 12,2 °C.

El descenso desde la montaña a los llanos de la costa mediterránea es rápido en la región de Efraím, pero en la de Judá posee una zona intermedia formada por colinas, que recibe el nombre de Sefela. Hacia la ciudad de Jerusalén se concentran los accesos naturales entre el llano y la montaña de Judá, mediante valles restringidos en la Sefela y después pasos estrechos en la zona montañosa.

Entre las colinas y la costa se encuentran las llanuras. Al sur del Carmelo están los llanos de Sharon. En la ribera, que como toda la de Palestina prácticamente carece de puertos naturales, se levantaban en otro tiempo las ciudades-puerto de Dor y Cesarea, esta última capital de la provincia romana de *Judaea*. Al norte de Cesarea, en el pequeño río Nahal Tanninim, ha habido cocodrilos hasta el siglo XIX. Otros ríos pequeños desembocan también al sur de Cesarea, pero el más importante relativamente es el Nahal Yarkon, que lo hace en las afueras de la ciudad de Tel Aviv. Nace junto a las ruinas de la antigua ciudad de Antípatri (Tel Afek) y, a pesar de su escasa distancia del mar (menos de 15 km), tiene un recorrido relativamente largo, debido a sus numerosos meandros. En otro tiempo llegaba a encharcar toda la zona de su curso, hasta el extremo de impedir el tránsito por la comarca. Por eso, el camino se veía forzado a pasar por el reducido espacio entre Afek y la montaña. De ahí que fuera este también un lugar de importantes batallas.

Desde aquí hacia el sur comienza la llanura antiguamente ocupada por los filisteos, en cuya franja costera abundan las dunas. El antiguo puerto de Joppe o Yaffo, en otro tiempo el único practicable en poder de Israel, forma parte hoy de la enorme ciudad de Tel Aviv, como uno de sus barrios. Siguiendo la costa al mediodía, están las ciudades ribereñas de Ashdod, Ashkelon y Gaza. Estas tres, junto con las dos interiores, en plena llanura fértil, de Accarón o Ekrón (Tel Mikne) y Gat más al sur, formaban la famosa Pentápolis filistea.

La Cisjordania concluye por el sur, como ya hemos dicho, en el desierto del Negev. La costa, que va gradualmente alejándose hacia el oeste, deja una llanura más extensa entre la ribera y la montaña. Esta última se convierte en una zona áspera y desértica, cuya máxima cota está representada por el Har Ramon (1.035 m). El Nahal Besor, que provie-

ne de las cumbres de Har Retamim (677 m) y desemboca al sur de Gaza, sirvió ya de frontera entre Palestina y el Sinaí egipcio desde la antigüedad, si bien la verdadera frontera según la Biblia era el Wadi el-Arish, ya en pleno Sinaí, conocido con el nombre de «El torrente de Egipto». Hoy en día, la línea fronteriza pasa entre los dos ríos, dejando dentro de Israel la población de Khan Yubis. El Negev en su parte septentrional y especialmente en su zona más llana es objeto en la actualidad de una intensa colonización. Su capital Beersheva se halla precisamente en el paso de la llanura a la montaña.

* * *

Pasemos ahora a una breve descripción geográfica de la Transjordania. La región al oriente de los lagos Huleh y Genesaret constituye una alta meseta cubierta de basalto, donde emergen algunas alturas notables, como Har Avital (1.204 m). Esta comarca suele ser designada con el antiguo nombre de Basán. Al este hay una zona más desolada, de formación volcánica, llamada El-Ledja. Algo más al sur está la llanura fértil conocida por el nombre de En-Nuqra. Todo este territorio recibe el nombre genérico de El-Haurán y concluye al este en un macizo montañoso, llamado Jebel ed-Druz, cuya cota máxima asciende hasta los 1.839 m sobre el nivel del mar.

Esta región transjordana termina por el sur en la cuenca del río Yarmuk, del que ya hemos hablado. Al mediodía de este gran río se extiende una comarca montañosa, llamada Ajlun, que va haciéndose progresivamente más quebrada, llegando a cotas del orden de 1.247 m (Jebel Um ed-Darraj). Su límite meridional es el azul río Yabok. Por el este es zona cada vez más inhóspita, pero hacia el occidente es fértil y aún conserva restos de arbolado, principalmente de encinas, que formaron parte en otro tiempo del famoso Bosque de Gilead o Galaad, en una de cuyas ramas quedó prendida la larga cabellera de Absalón cuando montado en una mula huía de las tropas victoriosas de su padre David, permaneciendo allí atrapado hasta que fue muerto por el general Joab (2 Sm 18,8-18).

Entre los ríos Yabok y Arnón se extiende una amplia región llamada El-Belqa. Se trata de una gran llanura meseteña del tipo conocido como estepa cerealística. En su tramo septentrional abundan las colinas, mien-

tras que al sur la llanura es más plana y en ella se encuentra la ciudad de Mádaba. El borde occidental, con alturas algo más elevadas (monte Nebo, 808 m), se asoma al impresionante valle del Jordán, que puede divisarse al fondo, como hundido bajo los pies del que lo contempla desde el abrupto escarpe. Al este, El-Belqa se va transformando en estepa árida hasta perderse en el desierto. Al borde del mismo se encuentra la ciudad de Ammán, antiguamente Rabbath-Ammón, capital del reino amonita y hoy también capital del Reino Hashemita del Jordán (Jordania).

Más al sur del Arnón se encuentra lo que en otro tiempo fue el núcleo principal del país de Moab, y se extiende hasta el Wadi Hasa (probablemente el antiguo Zared de las fuentes hebreas). Es una región algo más montañosa, pero igualmente fértil, y hacia el oriente va transformándose también en estepa progresivamente más desértica. La ciudad actual más importante es Kerak, que da nombre a toda la comarca Ard el-Kerak.

La extensa región al mediodía del Hasa corresponde al antiguo país de Edom. Es un territorio muy montañoso (Jebel Mubarak, 1.727 m) y poco habitado. Sus ciudades son: Tafila, Ma'an y el puerto de Akaba. Al sur de la segunda es ya un territorio desértico, a veces llamado el Negev transjordano, que une el Gran Desierto Siro-Arábigo del este con el del Sinaí al oeste, atravesando el desolado valle del Arabá. Entre las montañas, que a veces se prolongan hacia el oriente en forma de cadena, hay algunas llanadas profundas, frecuentemente con suelo arenoso, entre las que figura la región llamada el Hishma. Las montañas aquí son rojizas y pulidas por la erosión del desierto. Al pie de ellas hay cañones de gran belleza, entre los que destaca el famoso Wadi Rum, no lejos de Akaba, admirablemente descrito por Lawrence de Arabia. Otro conocido desfiladero, en este caso mucho más al norte, aproximadamente a la altura de Ma'an, es el Sik, por donde pasa el Wadi Musa y que da acceso a las fantásticas ruinas de la ciudad de Petra.

* * *

Complemento de esta rápida visión geográfica de Tierra Santa, y guía indispensable para cuanto se diga en capítulos posteriores de este libro, es poseer un esquema de la red de comunicaciones del país en la antigüedad. Ante todo, conviene advertir que hasta la época helenística y

especialmente hasta el período romano no existían propiamente verdaderos caminos en el sentido técnico de la palabra, es decir, vías de comunicación bien construidas, empedradas, así como debidamente señalizadas e incluso custodiadas. Con anterioridad, las vías de comunicación eran simples rutas, si acaso con ciertos pasos obligados someramente acondicionados por el último ejército que atravesó aquellos parajes, y donde existían en muchos tramos distintas sendas alternativas.

Los romanos solían dar nombres especiales en todo el Imperio a sus principales calzadas: la Vía Apia, la Vía Augusta, la Vía Herculana... Es muy dudoso que en épocas anteriores las rutas de Palestina tuvieran nombres especiales. En todo caso, en la Biblia aparecen tres denominaciones: El «Camino del Mar» (Is 8,23), el «Camino Real» (Nm 21,22) y el «Camino de los Filisteos» (Ex 13,17). Aunque por tan escasas citas no podemos saber si tales nombres designaban invariable y específicamente determinadas rutas, sí es lícito, a nuestro juicio, servirnos de ellos para aplicarlos de una forma más o menos genérica a ciertas rutas más importantes.

La principal de todas era la después llamada en latín *Via Maris*, que partiendo de Egipto pasaba el istmo de Suez por el norte y costeaba el Mediterráneo a través del Sinaí, para internarse en Palestina por el sur y atravesar la llanura al pie de la Sefela. Otro ramal secundario de este camino debía pasar por la misma costa, uniendo entre sí las ciudades filisteas de Gaza, Ashkelon y Ashdod. No sabemos si el «Camino de los Filisteos» se refiere a este último, o más bien a la ruta principal que también pasaba junto a las ciudades filisteas de Gat y Accarón. La llamada *Via Maris* transitaba junto a la ciudad efraimita de Gezer, que fue plaza fuerte en manos de los egipcios durante largos años. Después atravesaba el paso de Afek, junto a esta ciudad, del que ya hemos hablado, y se dirigía hacia las estribaciones del sureste en la cadena del Carmelo, para buscar la vaguada de Megiddo y así acceder al amplio valle de Yizreel. Megiddo fue también plaza en poder de los egipcios, mientras estos tuvieron el control de la vía. Otro ramal secundario iba desde Afek a los puertos de los llanos de Sharon: Cesarea y Dor, principalmente en época helenístico-romana. El paso del Carmelo junto a la costa no era practicable para el gran comercio o el desplazamiento de tropas, dado que el monte cae precipitadamente sobre el mar.

Una vez en la gran llanura de Yizreel, la *Via Maris* atravesaba la Baja Galilea al pie del Tabor, descendía hasta el norte del lago de Genesaret y atravesaba el Jordán al sur del lago Huleh, junto a la importante ciudad de Hazor, que vigilaba el camino. Otro ramal remontaba el curso del Quisón en el valle de Yizreel, para llegar a la ciudad de Beth Shean, que fue también durante muchos años plaza fuerte en manos de los egipcios; por ahí se internaba en el valle del Jordán.

La ruta principal a través del territorio de Basán se dirigía a la ciudad de Damasco, estación imprescindible en el trayecto entre Egipto y Mesopotamia. Desde esa ciudad continuaba hacia el norte hasta llegar a Alepo, donde torcía al este para arribar a las riberas del Éufrates y llegar hasta la vieja ciudad de Mari. Otra ruta alternativa, más directa aunque de mayor dureza, empalmaba Damasco con el Éufrates a través del desierto, haciendo estación en el oasis donde se yergue la bella ciudad de Palmira. Una tercera vía seguía por la costa mediterránea enlazando las ciudades fenicias de Akko (Ptolemaida), Tiro, Sidón, Berytus, Biblos y Ugarit, para de aquí dirigirse a Alepo.

Desde Mari, la ruta continuaba descendiendo por el Éufrates hasta la Baja Mesopotamia, donde arribaba, entre otras, a las viejas ciudades de Acad, Babilonia y Ur, desde donde a su vez podía remontar el Tigris en dirección a las ciudades de Asur y Nínive, o traspararle y llegar a la ciudad elamita de Susa. También desde Alepo partía la ruta norte que se dirigía a Hattusas, la gran ciudad hitita de Anatolia.

La segunda ruta importante, que atravesaba Palestina, es el llamado «Camino del Rey» o «Camino Real», que era en realidad una ruta secundaria y alternativa de la ya descrita, pero que, a diferencia de ella, no bordeaba el Mediterráneo. En efecto, viniendo de Egipto a través de distintas sendas caravaneras por el interior del Sinaí, iba a parar al golfo de Akaba, donde se hallaba el puerto israelita de Ezion Gever. El texto que da pie al nombre del camino se refiere propiamente al tramo que desde aquel puerto conducía a Damasco a lo largo de toda Transjordania, pasando por los territorios de Edom con su ciudad Bosra, Moab con sus ciudades de Aroer y Dibón, las tierras largamente disputadas entre moabitas e israelitas con Mádaba y Heshbon, para penetrar en el país amonita, pasar por su capital Rabbath-Ammón y continuar después por la tierra de Galaad con Ramoth de Galaad y de allí dirigirse a Damasco,

siempre procurando atravesar tierras habitadas y huyendo del temible desierto del este.

Además de estas dos rutas en el camino de Egipto a Mesopotamia, había otras destinadas más bien al tráfico interno entre los habitantes de Palestina. La más notoria era la que seguía más o menos la línea de cumbrones de las montañas de Judá y Efraím, partiendo de Beersheva, para arribar a Hebrón, Belén, Jerusalén, Betel, Siquem y Samaría. De ella partían caminos secundarios que empalmaban con la *Via Maris*, entre los cuales cabe señalar como los más importantes el que descendía desde el norte de Jerusalén a Gezer a través de las vaguadas de Bet Horon, el que desde Samaría lo hacía hasta los llanos que precedían al paso de Megiddo, y el que desde Dotham, más allá de Samaría, bajaba al valle de Yizreel. Otros caminos empalmaban la ruta de las montañas con el «Camino del Rey»: el que iba de Jerusalén a Jericó y de esta a Transjordania, y, sobre todo, el que desde los montes de Efraím, partiendo de Siquem, bajaba por el Wadi Far'ah pasando junto a la ciudad de Tirsa, hasta llegar al valle del Jordán y, desde aquí, vadeando el río, remontar el cauce del Yabok, tocando las ciudades de Sukkot y Penuel, para llegar por fin a las montañas de Galaad. Todo a lo largo del valle del Jordán existían caminos de norte a sur por ambas orillas.

2

El Creciente descubre el secreto de su fertilidad

El Neolítico

La zona del Viejo Continente llamada Creciente Fértil, que hemos descrito desde el punto de vista geográfico en el capítulo anterior, es a la vez la región del planeta donde primero se produjeron ciertos cambios sustanciales en la evolución cultural de la humanidad, que dieron lugar a un rápido progreso económico y social y constituyeron un paso definitivo en la historia.

Es necesario ahora recordar que precisamente en el Creciente Fértil o en sus inmediaciones fue donde se desarrollaron en la Antigüedad algunas de las civilizaciones más destacadas. Piénsese en Súmer, Acad, Babilonia, Asiria, Persia, Egipto, el Imperio hitita. No son ciertamente las únicas grandes civilizaciones de la historia de la humanidad, puesto que han existido también otras totalmente independientes de estas en distintos lugares de la tierra, como las civilizaciones de China e India o algunas de América. Pero las civilizaciones del Creciente Fértil tienen particular importancia, independientemente de su antigüedad y su extraordinario esplendor, por el hecho de resultar precursoras inmediatas de nuestra civilización occidental, ya que los griegos y todos los pueblos del Mediterráneo bebieron en la fuente de aquellas grandes culturas, heredando muchas cosas de ellas, y, por otra parte, el cristianismo, que ha caracterizado nuestra cultura, es también un legado del Cercano Oriente.

Ahora bien, si de hecho el Creciente ha sido fértil en la creación de grandes civilizaciones, las cuales estaban ya bien desarrolladas en una época en la que en ninguna otra parte del mundo lo estaban tanto sus respectivas culturas, ello se debe a la precocidad con que varios milenios antes había tenido lugar allí un fenómeno cultural de excepcional importancia en la historia de la humanidad. Es lo que Gordon Childe llamó con singular acierto «Revolución neolítica», expresión que ha cose-

chado casi tanto éxito como la propia de «Creciente Fértil». La Revolución neolítica consistió, por decirlo en dos palabras, en el descubrimiento por el hombre de la técnica de producir alimentos, ya que hasta ese momento estos se obtenían directamente en el medio ambiente de forma natural, es decir, el hombre recogía los frutos que de forma espontánea le ofrecía la naturaleza. Desde el Neolítico, en cambio, el ser humano ha sido capaz de obligar a la naturaleza a producirlos. Concretando más, diremos que el hombre del Paleolítico vivía de la caza y de la recolección de frutos, bayas, raíces silvestres. Desde el Neolítico, la humanidad ha sido capaz de «producir» carne, leche, lana, cuero, mediante la domesticación de los animales y la creación de rebaños controlados, y de «producir» cereales, leguminosas, frutos y fibras para tejidos mediante la domesticación de las plantas. Este es el acontecimiento trascendental en la evolución cultural de la humanidad, al que nos referíamos al principio.

Con el hallazgo de la ganadería y la agricultura –probablemente los mayores descubrimientos que el hombre ha realizado a lo largo de su historia– no solo se produjo un cambio cualitativo en la economía, sino que se asentaron las bases de un progreso cultural y social, capaz de transformar por completo la vida humana. El hecho de que esta Revolución neolítica se produjera en el Creciente Fértil siete u ocho mil años antes de Cristo, aventajando en ello a otras regiones del planeta, determinó con el tiempo que esa región del mundo fuera la cuna, algunos milenios después, de las grandes civilizaciones históricas que aún nos sorprenden por sus monumentos o por su literatura. Y, lo que es más importante, con los primeros pasos dados allí hace diez mil años, se pusieron los sólidos cimientos sobre los que todavía descansa nuestra civilización occidental, llamada a jugar un papel hegemónico en la historia de la humanidad.

Vamos a exponer todo esto en el presente capítulo, tratando de desarrollarlo con una relativa amplitud, pero sin aportar detalles, tal y como exige una obra como esta.

1. CAZADORES Y RECOLECTORES

Pese a la larga tradición literaria que desde hace varios milenios ha venido colocando la cuna de la humanidad precisamente en las tierras orientales del Creciente Fértil, este aserto no corresponde a la realidad

de los hechos, según lo que hoy sabemos a través de la paleoantropología y de los importantes hallazgos realizados en los últimos setenta años.

Todos los datos abogan por considerar a las inmensas sabanas del África oriental, cubiertas de baja vegetación, como la región del planeta donde aparece por vez primera el hombre. Y esto no solo porque allí fue donde habían vivido desde hacía algunos millones de años los primates más emparentados genealógicamente con el género *Homo*, ni porque aquellas condiciones ambientales fueran precisamente las más adecuadas para el proceso de la hominización, sino porque además se trata de una zona—desde los confines de Etiopía y Kenia hasta el Transvaal, por lo general en las inmediaciones de los grandes lagos del valle del Rift— donde se han descubierto precisamente los restos fósiles que mejor nos ilustran acerca de los primeros pasos, aún vacilantes, del más primitivo hombre sobre la tierra.

Hace unos tres millones de años, recorría aquellos extensos territorios africanos un tipo de primate que andaba en posición vertical, es decir, solo sobre las extremidades inferiores, con un aparato prensil —la mano— muy evolucionado y por tanto capaz no solo de procurarse los alimentos, sino también de manejar distintos objetos con alguna precisión. Poseía un cráneo en el cual el prognatismo se había reducido notablemente, a la vez que la bóveda craneal iba haciéndose cada vez más capaz con un cerebro más desarrollado, y presentaba una cara de rasgos progresivamente más humanoides, especialmente en su dentadura. Estos primates —genéricamente conocidos con el nombre de *Australopithecus*— se alimentaban por lo general de granos y plantas, algunos también de caza más bien de pequeños mamíferos, y se refugiaban de la intemperie y la depredación al abrigo de los roquedales o en los bosques-galería de las riberas de los ríos. Entre los primates descritos, de los que existen ya varias especies bien determinadas, sobresale por su interés una de carácter más grácil, a la que los prehistoriadores han atribuido la fabricación de ciertos utensilios de piedra de extrema tosquedad (Olduvaiense) o huesos ligeramente adaptados para distintos propósitos. Estos restos han sido fechados en torno a los dos millones y medio de años, siendo atribuidos a la especie *Homo habilis*, reconociéndose así su indudable carácter humano. Junto a él apareció algún tiempo después, hace aproximadamente un millón novecientos mil años, otra especie humana también muy primitiva, pero algo más evolucionada: el *Homo ergaster*.

A partir de entonces el hombre sale del continente africano y empieza a extenderse por amplias regiones del continente eurasiático. Sus restos fósiles se han hallado desde el occidente de Europa (España) hasta Indonesia en Oriente. Precisamente en Tierra Santa se han registrado algunas de sus más antiguas huellas, que no solo consisten en restos humanos propiamente dichos (en este caso solo algunos fragmentos de cráneo), sino también en los productos por él elaborados, como armas y utensilios de piedra. Nos estamos refiriendo al yacimiento de Ubeidiya en Israel, al sur del lago de Genesaret, en el valle del Jordán, cuya antigüedad puede fecharse al menos en un millón de años.

La cultura más característica desarrollada por aquellos hombres, que ya cazaban grandes mamíferos, es la que recibe el nombre de Achelense, que abarca varios cientos de miles de años. Hay importantes yacimientos de este dilatado período a lo largo de todo el cuerno occidental del Creciente Fértil. En el sur de Turquía se halló el yacimiento del Achelense reciente de Gaziantep, cercano a las riberas del Éufrates. En Siria hay varios yacimientos junto al Nahr el-Kebir, en la costa mediterránea, como son los de Sitt Markho y Berzine, pero el más importante se encuentra en la cuenca del Orontes, y es Latamné. Con él puede también citarse el yacimiento de Al-Gharmanchi, sin olvidar el famoso de Yabrud, al norte de Damasco. Más al oriente, en el desierto camino del Éufrates, está El Kown, importante por presentar bien documentada la fase final de esta etapa del Paleolítico Inferior. También existen otros yacimientos en la costa del Líbano, como Ras Beyrouth o Jonb Jannine en el valle medio del Litani. En Jordania hay que citar la zona de Azraq, al este del país, en Wadi Uweinid. Sin embargo, quizá los más conocidos se encuentran en Israel, en la Alta Galilea y el Golán, debiendo señalarse al norte del lago de Genesaret el yacimiento de Jishr Banat Yacub. También hay que citar en el monte Carmelo la cueva de Mogaret et-Tabun, y, en el desierto de Judá, la de Umm Qatafa.

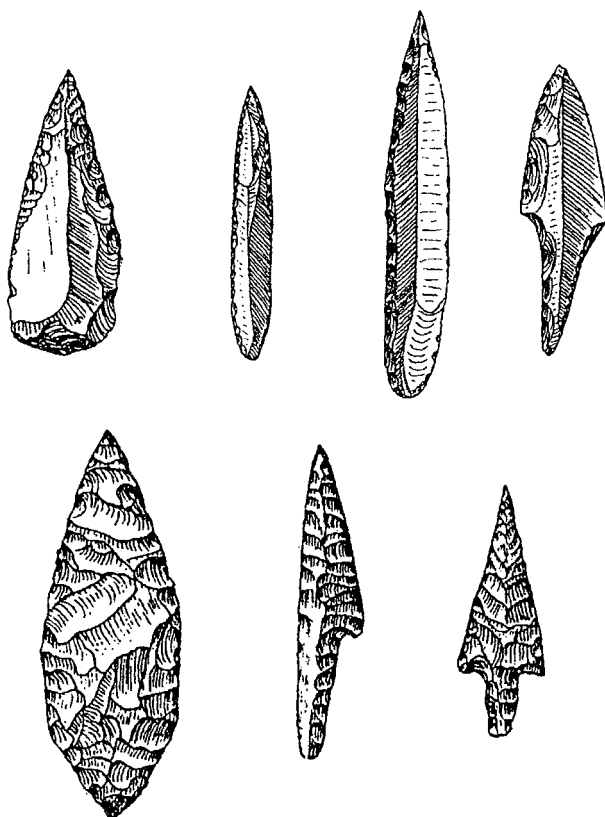
Un momento particularmente floreciente en los tiempos paleolíticos del Próximo Oriente es el llamado Paleolítico Medio, entre los años 70000 y 40000 a.C. Corresponde a la cultura Levalloiso-Musteriense, que está protagonizada ya por la especie humana actual *Homo sapiens*, si bien en una variedad muy arcaica, conocida tradicionalmente por el nombre de raza de Neandertal, si bien algunos la consideran integrante de una es-

pecie humana distinta. Se han hallado numerosos restos humanos de ella en esta zona oriental, no solo en Palestina (Tabun, Sukhul, Kebarah, El Amud, Qafzeh y Zuttiyeh, todos ellos en el Carmelo y Galilea), sino también en la cuenca del Tigris, concretamente en Shanidar (Iraq), ya en las estribaciones de los Zagros. Como dato de interés consignaremos aquí que los restos de Palestina acusan la existencia de un tipo humano más evolucionado y próximo al hombre actual, en algunos caracteres, que el clásico de Neandertal, lo que ha sido atribuido tal vez a un mestizaje entre estos neandertales y los verdaderos hombres de nuestra especie, que allí empezaban a aparecer. Los yacimientos que contienen restos de ocupación y utensilios de la cultura Levalloiso-Musteriense son muy numerosos, sobre todo en el Levante o zona occidental del Creciente Fértil.

Durante esta etapa, el hombre se dedicaba con intensidad a la caza de mamíferos y vivía preferentemente en la boca de las cuevas, donde hacía grandes fogatas protegiéndose de la intemperie y de las fieras. Poseía un instrumental de piedra más especializado para las diversas funciones, y enterraba a sus muertos con un cuidado especial, que evidencia en algunos casos un verdadero ceremonial fúnebre.

El siguiente gran período de la prehistoria es el Paleolítico Superior, que va aproximadamente desde el año 35000 hasta el año 15000 a.C. Se caracteriza porque se nota ya una especialización muy grande en la industria del sílex y del hueso (fabricación de puntas de proyectil, raspadores, buriles...), así como una clara tendencia a la obtención de piezas de pequeño tamaño, pero de mayor precisión y eficacia. Aparecen ya incluso los llamados «microlitos», útiles a veces de solo 2 cm de longitud, muy finos y cuidadosamente trabajados, que servían como parte cortante de instrumentos mayores hechos de hueso o de madera, a los que iban ensamblados. También se da una especialización en el manejo de recursos, por lo que a otras actividades se refiere, pasándose, por ejemplo, desde una caza de carácter oportunista («ir a lo que salga»), a la búsqueda concreta de determinadas especies preferidas tanto por su rendimiento en carne y materia prima para la elaboración de instrumentos, como por la facilidad y escaso coste en el proceso de captura.

El autor de las culturas que integran esta etapa, la mayor parte de las cuales son conocidas bajo el nombre genérico de Auriñaciense, al que se unen otros específicos, como Emiriense, Anteliense, Atlitiense para el



Serie sucesiva de proyectiles paleolíticos en piedra de yacimientos europeos (diferentes escalas).

Levante, y Baradostiense para la zona del Kurdistán, era el hombre tipológicamente moderno, es decir, el *Homo sapiens sapiens*. Y es muy interesante notar que su aparición en estas zonas del Creciente Fértil resulta mucho más precoz que en el resto del mundo, lo que se confirma no solo por la circunstancia ya indicada de que los hombres de Neandertal de la etapa anterior, que aquí vivían, poseían ya algunos caracteres netamente «modernos», sino por el hecho de que la propia cultura del Paleolítico Superior parece adelantarse aquí varios miles de años con relación a otras partes del mundo, y concretamente a Europa. En efecto, en pleno Paleolítico Medio hay ya en ciertos yacimientos del Levante algunos estratos intercalados que presagian el futuro Paleolítico Superior. Se trata del llamado Amudiense o Preauriñaciense, registrado en

la estratigrafía de Yabrud, et-Tabun y Zuttiyeh, cuya antigüedad puede remontarse en torno al año 50000 a.C.

Por su parte, los yacimientos más importantes del Paleolítico Superior son Mogaret el-Wad, Kebarah y Sefunim en el Carmelo, El-Qafzeh en Galilea, El Khiam y Erq el-Ahmar en el desierto de Judá, Ksar Akil en el Líbano, Yabrud en Siria, Shanidar en Iraq, y Pa Sangar y Yafteh en Irán.

2. ESPECIALISTAS EN LA COSECHA SILVESTRE

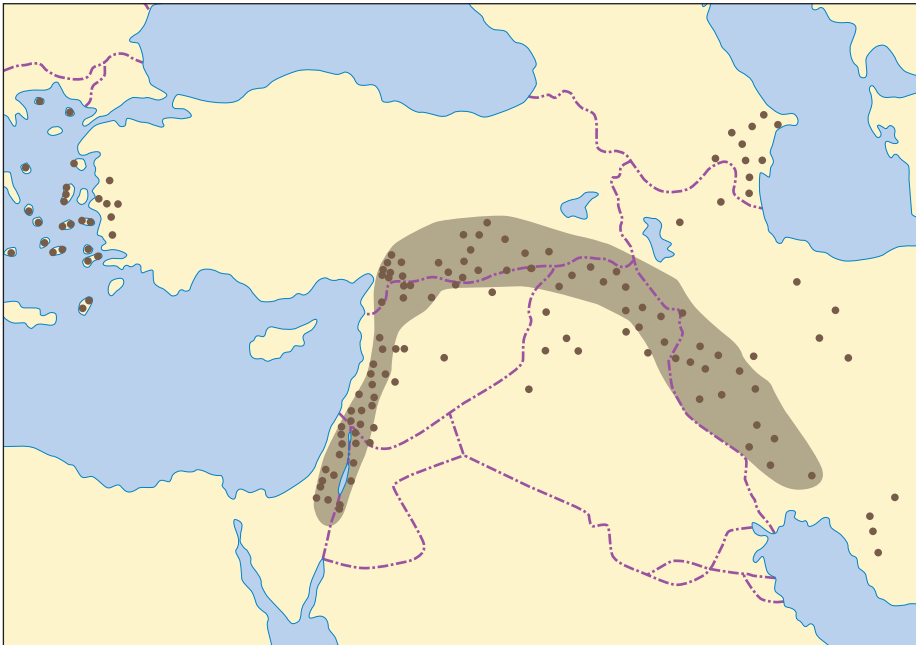
Como continuación de la larga etapa anterior e intermedio entre esta y el Neolítico se desarrolla un período cultural de transición, llamado Mesolítico (algunos autores lo llaman Epipaleolítico), cuya importancia en el Próximo Oriente es muy especial, por preparar directamente los trascendentales acontecimientos que van a determinar después el sentido de la Revolución neolítica.

El período de que hablamos se desarrolla en el Creciente Fértil entre los años 15000 y 8500 a.C. aproximadamente y tiene allí unas características tan acusadas, que lo diferencian netamente de su homónimo en otras regiones de la tierra, y concretamente de Europa. Además resulta de una precocidad sorprendente, pues en tales fechas el continente europeo estaba aún viviendo los tiempos paleolíticos.

En Siria y Palestina presenta dos fases bien diferenciadas. La primera está representada por la cultura Kebariense, en la que los fenómenos de la mesolitización están ya de alguna forma presentes; pero en realidad estos no llegan a su apogeo hasta la segunda cultura, conocida por el nombre de Natufiense, entre el 12000 y el 10300 a.C. Esta última representa una etapa verdaderamente floreciente en todos los sentidos y no tiene parangón con ninguna otra cultura del mundo en aquellos momentos. Los yacimientos más importantes son las cuevas de Kebarah, Nahal Oren y El-Wad en el Carmelo, el yacimiento de Hayonim en la Alta Galilea, Ain Mallaha junto al lago Huleh, El Khiam y Erq el-Ahmar en el desierto de Judá, aparte de otros muchos yacimientos menores en el propio desierto de Judá, y en el Carmelo, en el Negev, el Sinaí, en la costa mediterránea de Israel y de Líbano, en Galilea, valle del Jordán y Transjordania. En Si-



Extensión geográfica del Creciente Fértil.



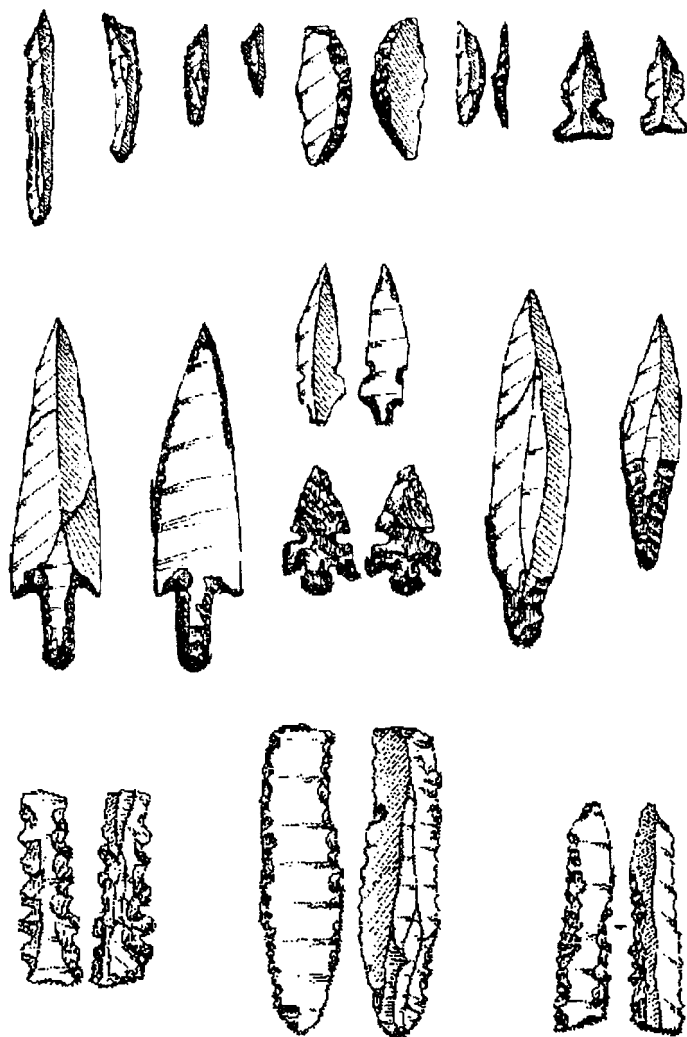
Área de dispersión de la cebada silvestre.

ria hay que citar, entre otros, el de Taibe, cerca de Deraa, y los de Abu Hureyra y Mureybet, ya en las riberas del Éufrates. En Anatolia, los yacimientos de Beldibi y Belbasi en la costa sur. En el cuerno oriental del Creciente, en la cuenca del Tigris, sobre las laderas de los Zagros se registran también dos grandes culturas sucesivas: el Zarziense, más antiguo y similar al Kebariense, y el Karimshahiriense, paralelo al Natufiense. Los yacimientos más importantes son el ya citado de Shanidar y, sobre todo, Sawi Chemi Shanidar en el gran Zab, el abrigo Zarzi sobre el pequeño Zab, y Palegawra y Karim Shahir en el Tanq Chai, que es otro afluente menor del Tigris, al sur del pequeño Zab.

La economía de estos pueblos experimentó un cambio notable. De una base asentada en la caza casi con exclusividad durante el Paleolítico Superior, se pasó a una economía fundada en una recolección selectiva, explotando al máximo las posibilidades que ofrecía la presencia de ciertas gramíneas silvestres en la zona. En efecto, es precisamente la región del Creciente Fértil donde se dan espontáneamente la cebada y el trigo, este último en sus dos variedades primitivas: esprilla y escanda. Si comprobamos el mapa botánico de dispersión de la cebada silvestre, quedaremos sorprendidos por su virtual coincidencia con el de los países del Creciente. El de la esprilla es ligeramente variante, y el de la escanda solo abarca la zona levantina del Creciente.

El hombre mesolítico descubrió el alto poder nutritivo de estas gramíneas y las múltiples posibilidades de elaboración de productos alimenticios a partir de sus granos, pasando a prestar atención preferente a la recogida de la «cosecha silvestre», lo que determinó el asentamiento permanente de poblados en terrenos propicios, el desarrollo de utensilios y estructuras dedicados a la siega, la molienda, almacenamiento del grano y a las labores de elaboración de la masa (hoces, molederas, silos, artesas y tinajas de piedra...), y finalmente propició el incremento y desarrollo cultural de la población, asegurada por la periodicidad de la cosecha, sin estar ya sometida a partir de entonces a la exclusiva eventualidad de las faenas de caza.

Por otra parte, la caza selectiva de algunas especies de pequeños herbívoros, como la cabra y la oveja salvajes, les llevó a un trato especial con las manadas, cuyos individuos cuidaban y conocían, abatiendo selectivamente tan solo aquellos que por su sexo y edad no perjudicaban el



Industria de sílex. Mesolítico y Neolítico de Palestina (según Fernández Tresguerres).

desarrollo natural del conjunto. Esto constituyó un importante complemento de la economía, que a su vez podía suplementarse con otras actividades menores, como la pesca y la recolección de otros frutos silvestres.

Con esta economía floreciente, sobre todo en el Natufiense, pudo adquirir un gran incremento la vida cultural de los grupos humanos. Así

vemos que se perfecciona la confección de instrumentos de sílex, algunos de reducidísimo tamaño y de acabada elaboración, no exentos incluso de una apariencia estética, como los microlitos que forman semicírculos, rectángulos, trapecios, etc. Igual desarrollo adquieren los objetos de adorno personal, ahora muy abundantes, tales como collares, colgantes, etc. A su vez, se da una abundancia de obras de arte, ya sea de carácter naturalista cuando se trata preferentemente de representaciones de animales, o de tipo esquemático cuando son humanas. Nos referimos a pequeñas esculturas de hueso o de piedra y otras veces simplemente a objetos de uso bellamente decorados, como mangos de hoz, arpones, etc. También se desarrollan las técnicas de construcción en los poblados, y así vemos una maestría en los trabajos de utilización de piedras y adobes para levantar viviendas, o en el manejo del yeso para emplastecer paredes o suelos. Finalmente se hacen patentes las muestras de culto que reflejan con claridad un mundo de creencias muy elaborado. Así tenemos representaciones de posibles divinidades relacionadas con la fertilidad o, cuanto menos, de fetiches utilizados con esta misma finalidad. Igualmente se comprueba la existencia de prácticas funerarias muy desarrolladas, enterrando a los muertos en relación con la propia vivienda, forzándoles en posturas especiales (acaso imitando al feto, que en este caso entra en la madre-tierra), adornándoles con toda clase de lujosas vestimentas, de las que solo han llegado a nosotros ciertos elementos más perdurables, como los adornos de conchas y huesos que ostentaban, y otras muchas manifestaciones sin duda relacionadas con el culto, que aquí no podemos ni siquiera enumerar.

3. PRODUCTORES DE ALIMENTOS

A partir aproximadamente del año 10000 a.C. comienzan a sentirse en el Próximo Oriente los efectos directos de la Revolución neolítica. En Siria-Palestina hay primero un Neolítico precerámico A, hasta más o menos el año 8800 a.C., con una «facies» regional llamada Khiamense, y después un Neolítico precerámico B desde esa fecha hasta el 7000 a.C. Los yacimientos más importantes son Jericó, Beidha, Ain Ghazal, El Khiam, Nahal Oren, Abu Gosh, Munhatta y Mureybet, entre otros. En las montañas de los Zagros aparece el Neolítico acerámico,

cuyo yacimiento tipo es el de Jarmo en las cabeceras del Tanq Chai, probablemente en torno al 7000 a.C., y en Anatolia en la misma época un tipo de Neolítico acerámico, cuyos yacimientos principales son Hacilar en el oeste y Çayönü en el alto Tigris.

La neolitización fue un largo proceso que, preparado en la etapa anterior, tuvo lugar a lo largo de todo este período, a medida que se realizaban nuevas observaciones y se iban perfeccionando las técnicas y se multiplicaban las implicaciones y consecuencias de la «revolución». Solo visto desde nuestra perspectiva actual, puede parecer un momento en la historia de la humanidad. Conscientes de esta realidad, y solamente con fines didácticos, nos es lícito simplificar el proceso y presentarlo ahora en sus causas y efectos como un evento sucedido de una vez.

Las gentes que vivían fundamentalmente de la cosecha silvestre de cereales, mediante una atenta observación cayeron en la cuenta de que el grano, que se utilizaba como alimento, era a la vez la semilla que producía una nueva planta anual. Este hecho, que a nosotros nos parece banal, resulta quizá el mayor descubrimiento de la historia humana, y fue realizado después de casi tres millones de años de vivir el hombre a costa de la naturaleza, sin percatarse de ello, o, al menos, sin darse cuenta del alcance económico que podía suponer sembrar artificialmente las plantas. Fue, pues, en el Próximo Oriente, donde el hombre por vez primera puso en práctica las técnicas de la agricultura: preparación adecuada del terreno y siembra en el momento oportuno, para después proceder a la «cosecha artificial» en su momento. Los grupos humanos del Próximo Oriente eran ya capaces no solo de «recoger» los alimentos que les ofrecía la naturaleza, sino de «producirlos». La posesión del secreto de la semilla fue la llave para entender el mundo de la vegetación y crear un nuevo ámbito en orden al desarrollo de la humanidad. El Creciente Fértil había descubierto el secreto de su fertilidad.

Las consecuencias de este paso revolucionario no las pudo sospechar el hombre del Neolítico, pero indudablemente constituían la base económica sobre la que después habrían de asentarse las grandes civilizaciones del Oriente, y en definitiva toda la historia del desarrollo del hombre moderno. Con una cosecha copiosa y segura, el grupo humano residente en un poblado tenía la posibilidad no solo de alimentar a todos sus efectivos, sino incluso de almacenar granos para cualquier even-

tualidad futura, y poseer de este modo un excedente para el comercio con otros grupos, mediante el intercambio de productos. Así se ponían las condiciones necesarias para que la población estuviera bien abastecida, y ello influyó decisivamente en un incremento del número de efectivos de la misma. Una población más numerosa tiene mayor capacidad de desarrollo cultural y más posibilidades de hacer progresar sus vínculos y relaciones sociales. Finalmente, un grupo humano numeroso y sano crece en poder de expansión, de autodivisión, de colonización de otras tierras e incluso de control sobre poblaciones menos desarrolladas.

El trigo y la cebada, cultivados por las gentes del Neolítico, merced a las manipulaciones sufridas y al proceso de selección se fueron transformando biológicamente de «silvestres» en lo que se llama «especies cultivadas», con nuevas características genéticas bien diferenciadas y mucho más útiles para los propósitos de la agricultura, en cuyos detalles aquí no podemos entrar. Junto a estos cereales, el agricultor neolítico empezó también a cultivar algunas legumbres, como las lentejas, y a ensayar el cultivo de árboles frutales, como el pistacho.

Otro factor vino a completar los alcances de la Revolución neolítica: la cría del ganado, aplicando la técnica de la domesticación animal, que al parecer se había ya ensayado con alguna anterioridad en el perro, a las manadas salvajes de cabras y ovejas, que venían constituyendo un importante factor en la economía de los grupos humanos. Así se pudieron obtener con garantía de continuidad no solo las proteínas derivadas del aprovechamiento cárnico, sino otros productos secundarios, como la leche, el cuero, la lana, etc. Con la domesticidad no solo cambió el comportamiento de la manada, transformada ahora en rebaño, sino que se afinaron las técnicas de explotación de la misma en un sentido de mayor economía y garantía de continuidad, todo lo cual derivó en una propia transformación biológica de la especie, mediante la selección y adaptación al nuevo régimen. El cerdo doméstico aparece tan solo al final de la etapa de que hablamos, mientras que el buey, posiblemente domesticado al final del Neolítico en la Europa suroriental, y acaso en Anatolia, no se generaliza en el Creciente Fértil hasta el Calcolítico.

Aunque con el tiempo, y a causa de la propia dinámica de la especialización, distintos grupos humanos llegaron a practicar una sola de ambas técnicas, dando lugar así a los pueblos de pastores nómadas, o a

comunidades de agricultores puros, sin embargo el modelo predominante en el Neolítico del Creciente Fértil debió ser la aldea mixta agropecuaria, que por cierto solo en determinadas circunstancias consiguió adquirir visos aparentes de ciudad, como es el caso de Jericó, debido a su populosa aglomeración y a las obras defensivas en ella realizadas, tales como murallas y torres.

4. CERAMISTAS Y METALÚRGICOS

La fabricación de la cerámica supone un paso importante en la tecnología. Hasta entonces no existían más que recipientes de fibras vegetales, de cuero o de piedra. Los dos primeros tipos no permiten su aplicación directa al fuego, por lo que queda descartada la idea de ebullición o cocción de un líquido, así como la noción de cualquier clase de guiso; el recipiente de piedra es costoso y de restringida utilidad, al ser poco manejable. Probablemente el hombre se sirvió de guijarros de río previamente calentados al fuego para después introducirlos en el recipiente y así poder calentar su contenido. El descubrimiento de la cerámica fue de suma trascendencia para la vida cotidiana. Aunque el fuego todo lo consume en poco tiempo, algo tan endeble como el barro no solo no se destruye, sino que se consolida con el intenso calor, hasta el punto de quedar ya para siempre con su forma y su textura. Una vasija puede romperse sucesivamente en trozos, pero estos perduran indestructibles en su nueva entidad con la dureza y forma que adquirieron en el momento de la cocción. Este fue el valor del hallazgo de la cerámica.

Parece ser que en el ambiente mesopotámico las gentes del Neolítico comenzaron a ensayar y después a utilizar la cerámica bastante antes que en el cuerno occidental del Creciente Fértil. Esto sucede en el ya citado yacimiento de Jarmo de la cuenca del Tigris, en el de Mureybet de la del Éufrates, así como en Irán en los yacimientos neolíticos de Tepe Sarb, Ganj Dareh Tepe y Tepe Guran. En todos estos yacimientos se da insensiblemente el paso del Neolítico acerámico al cerámico. Lo mismo sucede en Anatolia en el VII milenio a.C., lo que puede comprobarse en yacimientos prehistóricos tales como Çatal Hüyük y Mersin, entre otros.



*Torre circular en la muralla
del Jericó neolítico.
Precerámico A.*

Sin embargo, en el Levante el uso de la cerámica parece algo posterior y constituye la característica más acusada del llamado Neolítico cerámico, que se extiende en el tiempo desde mediados del VII milenio a.C. hasta el 5000 a.C. o 4000 a.C., según los países. En Palestina (por ejemplo Jericó y Munhatta), la cerámica utilizada, hecha a mano, sin torno, no es precisamente muy bella, ni de alta calidad, pero constituye ya el elemento doméstico más importante en el ajuar de la época. Predomina en ella el color rojizo, debido al barniz, que a veces se combina con otro crema al fondo, dando origen a un tipo de decoración geométrica. También existe decoración incisa sobre la pasta. La cerámica, sobre todo al comienzo de este período –el Neolítico cerámico A–, suele estar mal cocida y la pasta es impura, pues contiene mucha paja, si bien después –Neolítico cerámico B– va perfeccionándose. Entre las formas sobresale un tipo de vasija grande, de fondo plano y paredes ligeramen-

te curvas, y otro de olla con el cuello recto o ligeramente convexo; ambos pueden tener asas laterales. La fase más antigua está principalmente representada por la cultura llamada Yarmukiense.

Por paradójico que parezca, es preciso reconocer que las gentes del Neolítico cerámico en Palestina vivían bastante más pobremente que sus predecesores del Neolítico precerámico, con construcciones mucho más humildes, si bien seguían teniendo como fuente económica principal la agricultura y la cría de la cabra. Mayor desarrollo e importancia tiene el Neolítico cerámico del Líbano y de la Siria noroeste, con yacimientos como Biblos y Ras Samra, ya en zona de influencia del gran Neolítico cerámico anatolio.

En el cuerno oriental del Creciente tiene lugar un notable apogeo del modelo de aldea mixta, representada especialmente por la cultura llamada de Hassuna (yacimiento situado al sur de Mosul), con casas de planta rectangular en torno a un patio y cerámica pintada e incisa, con una cronología en torno al 6500 y 6000 a.C. En este momento o poco antes destaca también el yacimiento de Umm Dabaghiyeh, asimismo en la Alta Mesopotamia, no demasiado lejos del anterior.

Otro de los grandes descubrimientos de la humanidad, que sobreviene después de la Revolución neolítica, es la metalurgia. No es fácil sospechar que el tratamiento al fuego intenso de unas tierras especiales —el mineral— permita fabricar un determinado tipo de objetos duraderos de gran vistosidad, así como herramientas de enorme dureza, llamadas con el tiempo a sustituir a los antiguos utensilios de sílex o de obsidiana. Como se sabe, el primer metal fundido por el hombre fue el cobre, al que solo en una etapa posterior, de la que hablaremos en los capítulos siguientes, se le mezcló con otros metales, como el estaño, zinc, plomo, etc., para obtener la aleación llamada bronce, de mayor consistencia. El último paso fue la fundición del hierro en buenas condiciones de rendimiento económico, poniendo así a disposición de la generalidad un metal de cualidades mucho más ventajosas para el tipo de necesidades comunes.

Bien es cierto que el cobre que por primera vez se utiliza es el llamado «cobre nativo», tratado a martillo, pero no tardará mucho tiempo en descubrirse el secreto de su fundición, mezclando el mineral con carbón de madera, sometiénolo a temperaturas superiores a 1.000 °C y vertiendo el líquido incandescente en moldes de piedra y más tarde de



Uno de los cráneos humanos convertidos en escultura, enterrados bajo el suelo de las casas del Neolítico de Jericó. Precerámico B. British Museum, Londres.

tierra cocida. La etapa de la historia humana, en la que se descubre el uso y tratamiento del cobre, aunque aún se siga mayoritariamente utilizando la piedra como habitual materia prima para la mayoría de los objetos y herramientas, recibe el nombre de Calcolítico (en algunos autores también el de Eneolítico) y aparece como culminación de los tiempos neolíticos en unas fechas que, para el Oriente Próximo, van entre el 5000 y el 3000 a.C. por término medio. Es la época de un nuevo apogeo cultural, cuando se perfeccionan todas las técnicas y hallazgos de los tiempos que inmediatamente le precedieron.

En la Mesopotamia se desarrolla entonces la cultura Halafiense (del yacimiento de Tell Halaf en la Siria mesopotámica). Este período cultural tiene sus orígenes en un momento muy temprano, antes del 5500 y perdura hasta el 4800 a.C. Sustituye a la cultura de Hassuna en el norte y se solapa con los estadios más evolucionados de la cultura de Samarra bastante más al sur. Los yacimientos más notables de esta última cultura, donde ya se utiliza el cobre amartillado, son Tell es-Sawwan sobre la ribera izquierda del Tigris, y Choga Mami junto a la frontera iraní. El

yacimiento más importante del Halafiense es Arpachiyah al norte de Hassuna. Los poblados de esta época son aldeas muy desarrolladas, con arquitectura de planta preferentemente circular, los cuales incorporan a sus fuentes tradicionales de economía la cría del buey, sin duda importada de Anatolia, donde esta especie estaba ya domesticada durante el Neolítico en Çatal Hüyük antes del 6000 a.C. Pero lo más característico de la cultura Halafiense es su bella cerámica pintada, generalmente decorada con motivos geométricos, aunque no faltan también a veces dibujos de plantas y animales.

Al Halafiense le sucede el Ubeidiense, dividido en cuatro fases, que va desde el 5300 al 3600 y que, a su vez, será reemplazado por el período de Uruk (3600-3100 a.C.). Los yacimientos ubeidienses más importantes son Tepe Gawra al norte de Mosul, Warka (la antigua ciudad de Uruk) y Eridu, estos dos últimos en la Baja Mesopotamia. La cerámica ahora es menos bella en cuanto a su decoración, pero más rica en sus formas, y la arquitectura se desarrolla notablemente iniciándose ya los tipos de templos de planta cuadrangular, que tendrán su apogeo en etapas posteriores. La riqueza económica es impresionante y la calidad de los objetos de adorno y obras de arte anuncian ya los tiempos de que hablaremos en el siguiente capítulo.

En el comúnmente llamado «Levante» (en realidad el oeste del Creciente), el Calcolítico propiamente dicho se considera de época más tardía, iniciándose a partir del 4500 a.C. Su cultura característica es el Ghassuliense (del yacimiento de Teleilat Ghassul, al norte del mar Muerto). Otro yacimiento importante es Abu Matar, que a su vez forma parte de un grupo de yacimientos que se encuentran en el Negev en torno a la ciudad de Beersheva. Estos y otros yacimientos constituyen una «facies» calcolítica, la cual se desarrolla en ambientes semiáridos. Hay además otra facies de clima mediterráneo, cuyos yacimientos más importantes se encuentran en torno a la ciudad de Tel Aviv en la costa, y también en Afuleh en el valle de Esdrelón.

La cultura Ghassuliense es muy evolucionada, con cerámicas características por sus formas, industria lítica muy rica y sofisticada, algunos objetos de cobre, como hachas, y una arquitectura bien desarrollada en poblados como Teleilat Ghassul, con casas rectangulares de cimientos de piedra y paredes de adobe, a veces recubiertas de yeso sobre el que se ha

realizado una decoración pintada. En Abu Matar, las casas son más pobres y semisubterráneas. Hay que destacar las costumbres funerarias de las gentes de esta época, siendo frecuentes en la zona mediterránea las urnas de cerámica en forma de casa, probablemente para recibir los huesos de un esqueleto previamente descarnado. En el desierto de Judá merece destacarse el hallazgo de un verdadero santuario calcolítico en En-Gedi, consistente en un recinto sagrado de piedras, dentro del cual hay sendos edificios, uno de ellos con un altar incorporado. Pero quizá el más impresionante de todos los yacimientos es la llamada «Cueva del Tesoro» en Nahal Mishmar, al norte de Masada, donde aparecieron 21 enterramientos y un riquísimo ajuar que contenía toda clase de objetos de cerámica, piedra, cuero, madera y, sobre todo, una colección única de objetos de cobre, entre los que destacaban hachas, cinceles, 240 mazas, cetros, coronas, estandartes bellamente decorados con cabezas de cabra, etc.

5. EN EL VALLE DEL NILO

La evolución de las culturas, sobre todo a partir del Mesolítico, ha seguido una trayectoria bastante diversa en el valle del Nilo, es decir, en Egipto. Ya nos hemos referido al hecho de que este país, si bien naturalmente ligado al Creciente Fértil tanto geográfica como históricamente, se presenta como algo con una personalidad muy peculiar que le diferencia netamente del resto de los otros países. Por eso merece ahora una mención aparte, aunque haya de ser necesariamente muy breve.

Por de pronto, hemos de decir que la Revolución neolítica aparece en el Nilo con un evidente retraso sobre el Creciente Fértil. No está documentada más allá del milenio V a.C. Durante la larga etapa preparatoria del Mesolítico, el valle del Nilo contempla toda una compleja y diferenciada serie de culturas —se citan hasta nueve, cada una con su nombre propio—, que aquí ni siquiera vamos a mencionar. Tan solo diremos que en Egipto existen ya dos zonas bien diferenciadas: el norte y el sur. En este último, las influencias culturales provienen claramente de África Centro-Oriental, y posiblemente también del Magreb. En la zona norte, es decir, en el Bajo Egipto, menos conocida por lo que a yacimientos prehistóricos de esta época se refiere, se registran claros influjos de Palestina a través del Negev y del Sinaí. Piénsese en un yacimiento tan

característico como es Helwam, al sur de El Cairo. Por su parte, el Mesolítico se había iniciado en el país aproximadamente hacia el 13000 a.C.

El verdadero Neolítico está atestiguado en el oasis del Fayúm hacia el 4400 a.C., en el llamado período Fayúm A. En Nubia debió llegar aún con más retraso. Después sobreviene la rica cultura llamada Badariense, bien documentada en el Alto Egipto, ya en pleno Calcolítico en la primera mitad del IV milenio. A ella sucede en la segunda mitad de ese milenio la cultura Amratiense de bellas cerámicas decoradas y donde ya pueden adivinarse muchas de las constantes culturales que caracterizarán después la civilización del Nilo.

Resulta, pues, que en estas épocas Egipto fue más un punto de recepción de influjos, que de difusión de cultura. Sin embargo, el destino tenía dispuesto para este país un importante papel, que debería desempeñar en las etapas subsiguientes y para el que ya entonces se estaba preparando, mientras maduraba fecundamente su tardía incorporación al mundo neolítico.

3

Nacen las ciudades cananeas

El Bronce Antiguo

En realidad, el capítulo anterior podría considerarse como una glosa actual, desde el campo de la ciencia prehistórica, de los primeros capítulos del Génesis, en los que se habla de los orígenes de la humanidad (Adam y Eva), de los primeros labradores y pastores (Caín y Abel), de los más antiguos artesanos y artistas (Tubalcaín y Yubal), así como de la dispersión étnica por el Oriente Próximo y del diluvio. Respecto a este último, cabe señalar que precisamente en el período Ubeidiense se produjo una impresionante inundación en Mesopotamia, bien documentada en los yacimientos de Ur y Nínive, aunque no nos sea posible afirmar su identificación con el diluvio bíblico.

También la Biblia habla insistentemente de ciudades, tanto en Mesopotamia: Ur, Uruk (Erec), Acad, Babilonia, Nínive..., como, sobre todo, en Palestina: Jericó, Jerusalén, Megiddo, Beth Shean... Estas últimas son las famosas ciudades cananeas, focos de irradiación de cultura en esta tierra, que producían asombro a los israelitas venidos del desierto, y que estaban destinadas a caer en manos hebreas, aunque algunas de tales ciudades se resistieran por mucho tiempo a dejarse «tomar en posesión».

El tema del presente capítulo es precisamente presentar el origen y evolución de ese mundo urbano, que vino a sustituir al panorama rural de la cultura prehistórica, y sobre el que se asienta directamente la historia antigua del Creciente Fértil en todo su esplendor monumental, artístico, literario, político y de pensamiento.

1. LA REVOLUCIÓN URBANA

También se debe a Gordon Childe la denominación de «Revolución urbana» para expresar los importantes acontecimientos sociales y

económicos que tuvieron lugar en el Creciente Fértil en torno al año 3000 a.C. y que transformaron las aldeas en ciudades-estado.

El régimen social de la aldea neolítica estaba aún fundado sobre una estructura de carácter tribal. La familia restringida y el algo más amplio clan –si se nos permite utilizar aquí esta expresión de origen europeo– eran las entidades básicas sobre las que estaba construida la tribu. En ella seguía vigente la autoridad paterna, la supremacía política de los patriarcas, el predominio de lo familiar sobre cualquier otro vínculo social, y asimismo un fuerte arraigo y prestigio de los valores familiares tanto en el culto sagrado como en los demás aspectos de la vida cotidiana.

Una misma tribu se hallaba establecida en varias aldeas del territorio, sin que de suyo tuviera que predominar ninguno de los poblados por más que fuera rico y populoso, ya que la autoridad no dependía de una economía floreciente, sino de la rígida estructura social dentro de la tribu. A su vez, la distribución del trabajo no iba más allá de las naturales diferencias por razón de edad o sexo. El padre, secundado en ciertas labores por sus mujeres e hijos, lo mismo tenía que atender a las faenas agrícolas o ganaderas, que a fabricarse sus propias viviendas y utensilios, defender con las armas si fuera preciso los intereses de su tribu, que finalmente atender a las exigencias del culto religioso.

Pero la prosperidad que, como consecuencia de la Revolución neolítica, se iba extendiendo entre muchas poblaciones campesinas bien situadas iba creando notables diferencias e imponiendo nuevas exigencias que acabarían inevitablemente dando al traste con el antiguo régimen tribal. Ya hemos visto que algunas aldeas de la época calcolítica se habían convertido en poblados importantes con un amplio desarrollo económico y social, donde se iba abriendo paso la introducción de nuevas técnicas, a la vez que se transformaban en focos de irradiación cultural. Es entonces cuando se produce la Revolución urbana, que, una vez más, nosotros contemplamos a distancia y como si se tratara de un evento sucedido en un momento dado, siendo así que, por el contrario, fue un proceso complejo y relativamente lento.

Quizá la característica más acusada de esta trascendental «revolución» consista en el hecho de la especialización del trabajo, no ya la elemental distribución entre hombres, mujeres y niños, sino la especiali-

zación entre clases sociales, las cuales ahora aparecen por vez primera en la historia. Habrá, pues, unas gentes, miembros de la sociedad, cuya misión será en exclusiva la de producir alimentos. Se trata de los campesinos agricultores y ganaderos. Ellos no deberán ocuparse de otra cosa, porque la producción de utensilios, herramientas de trabajo, enseres domésticos, etc., correrá a cargo de otro grupo especializado que son los artesanos, los cuales, a su vez, tenderán a formar profesiones cada vez más diferenciadas, como la de los metalúrgicos, alfareros, constructores, etc. Todavía existe otro grupo humano que llevará a cabo el trabajo de intercambiar excedentes alimenticios y productos manufacturados con otros poblados y sociedades. Son los comerciantes. Por otra parte, las tareas de defensa y policía estarán en manos de guerreros especializados, cuya única misión será velar por la integridad del territorio frente a posibles enemigos o alborotos internos dentro de la propia sociedad. Ellos constituyen la clase militar. Finalmente, el mantenimiento del culto divino, a veces muy complejo, el mundo de la reflexión y los estudios, así como la toma de decisiones sobre el futuro de la sociedad serán el patrimonio de una nueva clase social especializada: los sacerdotes.

Esta nueva sociedad estratificada en clases, mucho más eficiente y progresiva que la antigua sociedad tribal, coincide con la existencia de grandes núcleos de población, las ciudades-estado, abiertas incluso a posibles inmigrantes y donde las vinculaciones familiares y clánicas juegan un papel muy secundario, frente a la valoración de la riqueza, el desarrollo y la iniciativa privada. Se trata ya de lo que podríamos llamar una sociedad moderna, fundamentalmente urbana y no simplemente rural, integrada más por ciudadanos que por familias. Sin embargo, los conceptos políticos de capitalismo, liberalismo, socialismo, democracia, apenas estaban esbozados en una sociedad en la que el papel decisivo era jugado por la clase social de los soldados con el rey a la cabeza como autoridad suprema, solo contestada por el no menos hegemónico poder de la clase sacerdotal.

Los progresos surgidos de la Revolución urbana no solo se refieren al orden social, económico y político, sino también al mundo de la técnica y del pensamiento. Ya nos hemos referido en el capítulo anterior al perfeccionamiento de la metalurgia, que ahora adquiere toda su pro-

funda dimensión al conseguirse las aleaciones del cobre con otros metales, principalmente el estaño, lo que origina la fabricación en serie de armas e instrumentos de bronce, materia nueva mucho más resistente que el cobre, y que caracteriza todo este período de la historia humana, conocido con el nombre de Edad del Bronce, cuyos comienzos en Oriente coinciden precisamente con la Revolución urbana.

Uno de los hallazgos más trascendentales que van asociados a la creación de las ciudades-estado es el descubrimiento de la rueda. Si por la fuerza de la imaginación suprimiéramos de nuestro mundo actual el principio de la rueda, desaparecerían desde los relojes hasta los grandes medios de transporte: camiones y automóviles, trenes, barcos y aviones (la hélice y la turbina son derivaciones de la rueda), pasando por todas las máquinas de la industria moderna. En una palabra, nuestra Revolución industrial de los siglos XVIII-XIX carecería de sentido si no estuviera fundada en el previo descubrimiento de la rueda y sus aplicaciones, que comenzó a desarrollarse en los tiempos de la Revolución urbana del Creciente Fértil. Piénsese que otras grandes civilizaciones del planeta, como las precolombinas de América, desconocieron la aplicación de la rueda, lo que impidió en buena medida un ulterior desarrollo, sobre todo técnico.

El descubrimiento de la rueda en los comienzos de la Edad del Bronce supuso muchas mejoras, entre las que cabe destacar una nueva técnica en la fabricación de la cerámica, que a partir de ahora se hará normalmente a torno, y, sobre todo, la posibilidad de realizar el transporte rodado, mediante la fabricación de carros tirados por bueyes y por asnos (onagros o hemiones), y más tarde por caballos. A partir de entonces, también se pondrán en interconexión agricultura y ganadería, aplicando los animales domésticos al cultivo de la tierra, principalmente con la creación del arado. Esto supondrá una mejora sustancial en el desarrollo de la producción agrícola.

Con la Revolución urbana no solo se realizaron progresos técnicos, sino que también tuvieron lugar importantes hallazgos de carácter científico, entre los que hay que señalar por su enorme trascendencia, en primer lugar, el descubrimiento del calendario, ligado a un conocimiento cada vez más profundo de la astronomía, y que supuso una base importantísima para el progreso de una agricultura especialmente ligada a las

crecidas estacionales de los grandes ríos, de cuyo riego se empieza ahora a beneficiarse. En segundo lugar, hay que citar el descubrimiento de la escritura, llamado a transformar la vida y el pensamiento de la humanidad entera. Con ella empezaría la «historia» en sentido estricto, disipándose las tinieblas de la prehistoria, en la que solo nos son dados a conocer los objetos, las estructuras, no la identidad de las personas, ni los nombres de las cosas o la narración de los acontecimientos. Todos estos hallazgos se realizaron precisamente en los ambientes sacerdotales de las primeras ciudades-estado de Mesopotamia.

2. CIUDADES EN EL CRECIENTE FÉRTIL

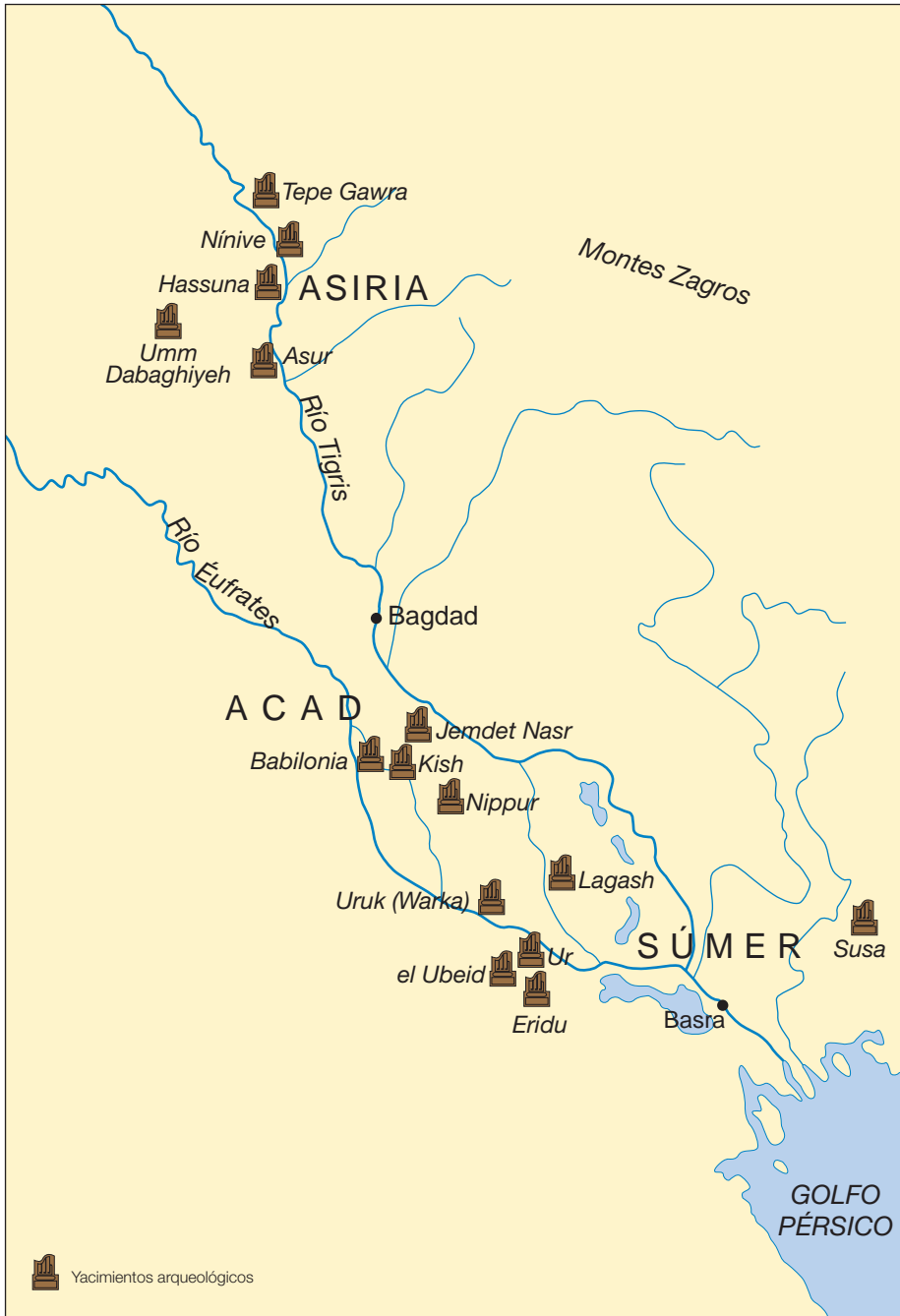
Aunque la Revolución urbana aparece más o menos simultáneamente en todo el Creciente Fértil, es en la Baja Mesopotamia donde adquiere sus caracteres más típicos y donde las ciudades sumerias, que entonces emergen en la historia, constituyen el modelo acabado de la ciudad-estado con una alta civilización. El proceso sigue más o menos las pautas siguientes: la idea de comunidad, que identifica la ciudad naciente, aparece proyectada en una divinidad protectora del nuevo Estado. A este dios se le rinde culto en un templo, que constituye el centro de la vida urbana. Es el edificio más importante de la ciudad y objeto de continuas mejoras y atenciones, para lo que se realizan obras importantes, por lo general muy costosas, y que emplean mucha mano de obra, no solo del ramo de la construcción, sino también de la artesanía, en la que, además de metalúrgicos y alfareros, trabajan ahora especialistas de otras profesiones, como escultores y orfebres. Esta dedicación supone necesariamente como base la existencia de una agricultura y ganadería florecientes, que produzcan continuamente excedentes, así como de una actividad comercial que intercambie productos locales por otros exóticos, pero necesarios para el lujo de la nueva sociedad.

Todo ello quiere decir que la corporación sacerdotal que rige el santuario nacional, símbolo del Estado, debe manejar muchas riquezas y que a ella convergen de alguna forma los esfuerzos y rendimientos de toda la sociedad. Ahora bien, esta concentración de riqueza obliga a una contabilidad, que se inicia en el templo consignando los datos sobre ta-

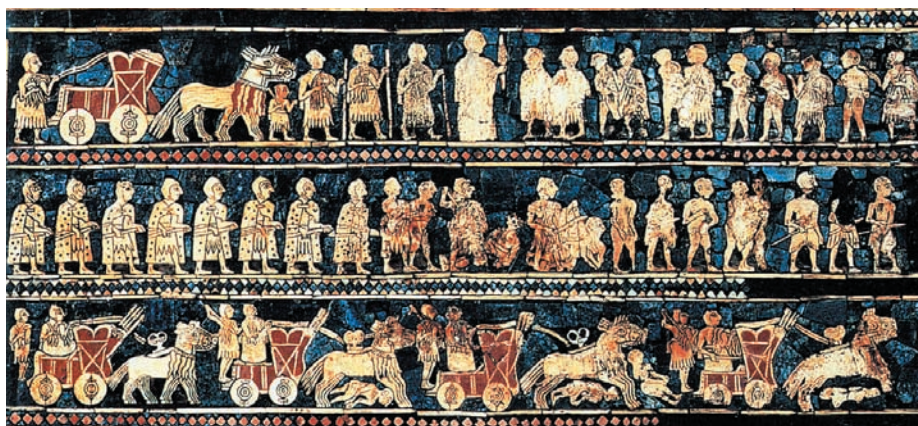
blillas de arcilla. De hecho, estas son los primeros intentos serios de la humanidad por crear unos símbolos «escritos» que plasmen las ideas del lenguaje, y por reflejar de forma fehaciente las operaciones aritméticas elementales. Así surge la escritura, y con ella todo un mundo complejo de ideas y realizaciones que enseguida vemos desarrollarse con gran celeridad en las ciudades sumerias.

En realidad, todo este proceso está ya claramente iniciado en los últimos momentos de la etapa anterior, en la fase cultural conocida con el nombre de Uruk, y tiene su momento álgido en esa etapa de transición llamada de Jemdet Nasr, entre el 3100 y el 2800 a.C. Aquí se desarrolla ampliamente aquel modelo de templos que ya habíamos visto en los períodos inmediatamente anteriores. Por ejemplo, en Eridu hay nada menos, que trece fases distintas en la construcción de su templo ya en la época Ubeidiense; en Uruk (Warka), el templo llamado de Anu y otros en sus alrededores continúan y perfeccionan el modelo ya en la época conocida como Uruk, pero algunos de ellos tienen su culminación precisamente en nuestro período de Jemdet Nasr. Ahora la cerámica está hecha a torno (esta circunstancia se dejaba sentir ya en el período inmediatamente anterior) y se vuelve a la decoración con pintura policroma; hay ahora también muchas vasijas de plata o de cobre, y numerosas obras de arte, tales como esculturas de carácter realista, aumentando mucho la confección de sellos cilíndricos decorados. Igualmente son ahora frecuentes las tablillas de arcilla que contienen una verdadera protoescritura.

A este período le sigue el Dinástico Antiguo (2800-2475 a.C.), dividido a su vez en tres fases (I-III). Es la época típica de la cultura sumeria, y sus principales yacimientos son las ciudades de Ur, Uruk, Umma, Lagash (la actual Girsu), Nippur y Kish, de las que incluso sabemos ya el nombre de algunos de sus reyes (p. ej. Gilgamesh en Uruk, o Ur-Nanshe en Lagash), y, por supuesto, conocemos los dioses y su mitología, y algunos acontecimientos históricos. La escritura va transformándose, dejando de ser simplemente pictográfica y logográfica (signo = palabra), para adquirir un valor fonético (signo = sonido, en realidad una sílaba). Es la época de los grandes monumentos construidos con ladrillos plano-convexos (templos con sus zigurat en forma de pirámide), palacios con torres, como en Kish, manzanas de casas con sus calles rec-



Mesopotamia. Ciudades y yacimientos arqueológicos.



El llamado «Estandarte de Ur». Representa el ejército sumerio en marcha. Hacia el 2600 a.C. British Museum, Londres.

tas..., y de las magníficas obras de arte en esculturas y relieves, de los tesoros de orfebrería del cementerio real de Ur, etc.

Después sobreviene una inesperada derivación política del nuevo sistema creado con la Revolución urbana. Una ciudad en la zona norte de la Baja Mesopotamia, controlada no por sumerios, sino por semitas, la ciudad de Acad, bajo el reinado de Sargón I (2334-2279 a.C.), pone fin a la supremacía que entonces ostentaba la ciudad de Uruk con su rey sumerio Lagalzaggisi, y proclama un Estado «nacional» supraurbano, regido desde Acad, que controlará toda Mesopotamia. Uno de los reyes sucesores de Sargón será Naram-Sim (2254-2218 a.C.), famoso por la estela que de él se ha conservado, erigida para conmemorar sus victoriosas campañas en la región de los Zagros.

Esta situación dura desde el 2334 al 2193 a.C., año en que se produce una invasión «bárbara» de los Gutí procedentes de las montañas. Una vez pasada la tormenta, las ciudades sumerias vuelven a resurgir como Estados independientes. Es la época llamada Neosumeria, correspondiente a la llamada dinastía III de Ur (2112-2004 a.C.), de la cual procede la mayoría de la literatura sumeria conservada, ya con escritura cuneiforme bien formada, época en la que Ur jugó el papel preponderante.

Además de las sumerias y acacias, existieron también otras ciudades-estado en todo el Creciente Fértil. Tal es el caso de la ciudad elamita de Susa, al otro lado del bajo Tigris, ya en el Irán, o de la ciudad de



*Gudea, rey sumerio de Lagash.
Hacia el 2120 a.C.
Museo del Louvre, París.*

Asur en el medio Tigris, al sur de la actual Mosul, o de Mari, junto al Éufrates, ya dentro de la Siria actual. También hay que citar, entre otras, Hammath en la actual ciudad de su nombre en Siria, Ugarit (Ras Samra) en la costa mediterránea, así como Biblos en Líbano y, sobre todo, la famosa Ebla (Tell Mardikh), situada al suroeste de Alepo, que ha constituido la revelación en el mundo de la arqueología en estos últimos años, en donde el famoso archivo real (h. 2400 a.C.) ha aportado una documentación de valor incalculable.

En Egipto, tras una fase de transición, el Gerziense, comienza a desarrollarse un período floreciente, conocido como Imperio Antiguo (dinastías I-VI), siendo sus principales ciudades: Tinis, Noph (Menfis), On (Heliópolis) y No Amón (Tebas). Es la época de la unificación del país, de la generalización de la escritura jeroglífica y de la construcción de las grandes pirámides.

3. LAS CIUDADES CANANEAS

En Palestina hay un período de transición cronológica entre el Calcolítico y la Edad del Bronce, que ha sido llamado «Protourbano» por el hecho de que aparece en la base de los *tells* que después van a convertirse en grandes ciudades, si bien las gentes del Protourbano, al parecer, eran nómadas y su asentamiento en los referidos lugares no tenía un sentido propiamente urbano. Existen tres fases, llamadas A, B y C, cuyas relaciones internas y su cronología son objeto de discusión entre los especialistas, de los que algunos incluyen la B dentro ya del Bronce Antiguo. Cada una de ellas se caracteriza por sus tipos de cerámica.

Después de este período inicial, viene ya el llamado Bronce Antiguo, dividido en cuatro fases (I-IV), cuyos límites cronológicos van del 3100 al 2200 a.C. Las gentes portadoras de esta cultura aparecen integrando verdaderas ciudades-estado. Sin embargo, estas ciudades difieren del modelo mesopotámico, y, por nuestra parte, merecen aquí una especial atención.

Citemos en primer término a Jericó. Sobre un asentamiento, cuyos orígenes se remontan al Natufiense, aparece ahora una ciudad bien fortificada, rodeada de murallas de más de 1 m de espesor, construidas con ladrillos (más bien adobes) sobre cimientos de piedra, las cuales poseen torres de defensa. Dichas murallas encierran una extensión de poco más de 3 ha. Los muros fueron reconstruidos hasta 17 veces, buena parte de estas debido al efecto de terremotos en la región, aunque hay que reconocer también la existencia de rivalidad entre las ciudades, la cual provocó, sin duda, guerras y asaltos, así como la presencia amenazadora de los nómadas procedentes del cercano desierto. A veces se construyeron nuevos muros para reforzar la acción de los anteriores, llegando el espesor total de la muralla, en ocasiones, hasta 3,4 m. Por su parte, el interior de la ciudad fue adquiriendo progresivamente un carácter urbanístico cada vez más desarrollado. Las casas tenían silos adosados y en las habitaciones se empleaba el adobe y la madera.

Otra de las más importantes ciudades-estado de Palestina fue Megido, en el paso estratégico de la *Via Maris* entre la costa y el valle de Yizreel. También aquí se nota que la ciudad adquiere progresivamente una entidad urbanística mayor a lo largo de todo el Bronce Antiguo. So-

bresale principalmente, como edificio más característico, un santuario junto a una calle, de grandes dimensiones, con paredes de piedra y de planta rectangular. En su interior hay una especie de altar tronconómico construido de piedra, cuyo diámetro en la superficie tiene 8 m, conservándose actualmente en una altura hasta de 1,40 m. Tiene una escalera de acceso, también en piedra. En sus alrededores se encontraron numerosos restos de lo que se ha interpretado como sacrificios (huesos de animales y cacharros de cerámica rotos).

Citemos asimismo la también estratégica ciudad de Beth Shean en la salida del citado valle hacia el Jordán, y la antigua Tirsá (Tell el-Far'ah) en uno de los pasos desde la montaña al valle del Jordán. En ambas han aparecido casas amplias de estructura cuadrangular, por lo general con muros de piedra y silos de adobe adosados. En Tirsá se ha podido comprobar la existencia sucesiva de distintos incendios que quemaron parcialmente la ciudad. Esta tenía una muralla de piedra y de adobes, que llegó a alcanzar los 9 m de espesor.

Otra de las ciudades importantes del Bronce Antiguo fue Tel Arad en el Negev, hacia el sur del mar Muerto. Era una ciudad amurallada con muro de piedra y torres semicirculares al exterior. En el interior se situaban las casas de planta cuadrangular con un claro sentido urbanístico, formando calles y patios. Existían cisternas para el agua y había edificios públicos (templos).

Hay que citar también a la bíblica ciudad de 'Ai o Hai (Et-Tell), amurallada con doble recinto de piedra de hasta 8 m de espesor, que tenía una acrópolis con su santuario. La extensión de la ciudad era nada menos que de unas 11 ha. Igualmente, la ciudad de Beth Yerah (árabe *Khirbet el-Kerak*), junto a la ribera sur del lago de Genesaret, en la que se halló una extraña construcción interpretada como un granero público. Otras ciudades con restos del Bronce Antiguo son: Gezer, Lakhish, Tell Hesi (tal vez la bíblica Eglón) y Tell Beit Mirsim (acaso la bíblica Kiryat-Sepher o Debir), y finalmente la propia Jerusalén.

La cerámica típica del Bronce Antiguo palestino se caracteriza en cuanto a las formas por la presencia de jarras con asas sobresaliendo por el borde y base esférica o plana, y también por la existencia en ciertos recipientes de asas horizontales. Hay también pequeñas vasijas en forma de saco y un tipo pequeño de jarras piriformes con asa. Respecto a la pasta,

esta aparece bruñida en su superficie, con engobe de color rojizo frecuentemente formando bandas que a veces pueden estar cruzadas. En el sur, está pintada y tiene bandas rojas o grises. Un tipo especial, propio del Bronce Antiguo IIIA (EB IIIA), es la llamada de Khirbet el-Kerak, no hecha a torno y con un barniz especial de distintos colores (rojo, negro, gris) por zonas, a veces con estrías en relieve. También hay que citar aquí los incensarios aparecidos en el santuario de 'Ai, en forma de vasijas de cerámica de tamaño grande y color parduzco, en los que la presencia de agujeros sobre las paredes, por donde podía salir el humo, ilustra claramente su destino.

Desde luego, el modelo de ciudad palestina es mucho más modesto que el mesopotámico, como se deduce del aspecto de las construcciones, del tamaño y arquitectura de los templos, de la práctica falta de obras de arte, así como de la total ausencia de documentos escritos. No obstante, se trata ciertamente de una cultura urbana, cuyas poblaciones coinciden ya con los centros estratégicos del país, y situadas la mayoría de ellas junto a las principales vías naturales de comunicación. Por otra parte, son ya algunas de las ciudades que después nos vamos a encontrar a lo largo de toda la historia de Israel. Por eso los arqueólogos israelíes denominan a este período «Cananeo Antiguo». En efecto, existen ya los principales focos urbanos, que después la Biblia llamará «ciudades cananeas». Aunque desconocemos muchos aspectos de la vida de aquellas gentes por falta de datos escritos, no cabe duda que debió ser básicamente cananea, como incluso puede colegirse por la presencia y estructura de los santuarios descubiertos. Alguno de ellos, como el de 'Ai, presenta ya su atrio donde tenían lugar los sacrificios, la nave o «santo» (*hekal*) y la cámara o «sancta sanctorum» (*debir*), adelantando el esquema de lo que después será el famoso templo de Jerusalén.

4

El mundo por donde vagan los patriarcas

El Bronce Medio

«Mi padre era un arameo errante...» (Dt 26,5). Así comienza una profesión de fe israelita, recogida en el Deuteronomio, con motivo del rito de la presentación de las primicias. Sea tan antigua esta confesión, como algunos han querido, o no lo sea tanto, como hoy piensa la mayoría, el hecho es que ella expresa perfectamente el origen del pueblo israelita, descendiente de nómadas semitas que vagaban entre los confines de Palestina y Egipto. El recuerdo de esta primitiva etapa del pueblo está reflejado en la historia de los patriarcas, contenida en el Génesis a partir del capítulo 12. No es nuestro propósito entrar en la discusión sobre la historicidad de tales narraciones. En cualquier caso, reflejan en alguna medida el ambiente en que se desarrollaron las primeras generaciones del pueblo que después se llamaría Israel.

En el siglo XIII a.C., Israel aparece citado ya como tal pueblo en la estela egipcia de Merneptah (c. 1220 a.C.), que lo sitúa en Palestina. La tradición hebrea habla de una estancia previa en Egipto de varias generaciones (si acaso no de todo el pueblo, sí al menos de una buena parte del mismo). Cabe pensar, pues, que el pequeño clan de los patriarcas fundadores de Israel, vagando por Palestina antes de penetrar en la tierra del Nilo, pudo vivir en una época que habría de situarse algunos cientos de años antes del siglo XIII. Estaríamos, pues, en la primera mitad del II milenio a.C., lo que corresponde al período arqueológico conocido con el nombre de Bronce Medio, durante el cual tuvieron lugar numerosas migraciones y movimientos de pueblos a lo largo de todo el Creciente Fértil. He aquí el tema del presente capítulo, sin que ello presuponga afirmaciones de ningún tipo sobre la fecha concreta e identificación de los patriarcas.

1. LOS AMORITAS

Ya nos hemos referido al hecho de que Arabia fue en la antigüedad una *officina gentium*, fábrica de pueblos, que periódicamente fue exportando oleadas de gentes que, tras abandonar el desierto, arribaban a las fronteras verdes del Creciente Fértil, desde Mesopotamia a Palestina. Uno tiende a imaginarse el fenómeno como las periódicas invasiones de langostas, que, también procedentes del seno de la península Arábiga, se extienden cada cierto tiempo por las tierras fértiles del Próximo Oriente, sin que aparentemente se explique cómo un país en su inmensa mayoría desértico pueda producir tal cantidad de insectos. El fenómeno de las plagas, sin embargo, es perfectamente conocido por los biólogos, así como sus causas y los mecanismos de propagación, lo que no ocurre de igual manera con la emigración de los pueblos. Por otra parte, la comparación de las plagas de insectos con las emigraciones humanas es injustificada, puesto que estas no tenían necesariamente el carácter catastrófico de aquellas, ya que pueden ser más lentas, pacíficas y, desde luego, con un número moderado de efectivos, como corresponde a los movimientos de seres humanos. Pero la semejanza puede seguir en pie por el hecho de partir del mismo punto geográfico, y sobre todo por su carácter reincidente. No se trata de una emigración en masa como un acontecimiento aislado, sino de una constante que se repite en ciertos momentos de la historia.

De la última invasión árabe todos conocemos sus datos históricos, y los efectos llegan hasta nuestros días. Tuvo lugar en el momento que siguió en el siglo VII d.C. a la predicación de Mahoma y extendió una capa de árabes por todos los países del Próximo Oriente, sin contar la difusión aún más amplia de la religión, lengua y cultura, que ha llegado a abarcar buena parte del planeta. Un elemento, que aquí conviene destacar, es precisamente la extraordinaria fuerza expansiva que a lo largo de toda la historia han tenido siempre estos pueblos semitas fuera de su patria original, y que ha avocado con frecuencia a la creación de grandes imperios.

El movimiento de los amoritas o amorreos, que se inicia a finales del milenio III a.C., y del que ahora vamos a hablar, tampoco fue el primero registrado por la historia-arqueología, puesto que ya en el Bronce

Antiguo vemos la presencia de semitas en el Creciente Fértil viviendo en las ciudades acadias o en Ebla. Pero, para nosotros, este movimiento reviste un interés excepcional, porque está vinculado al origen del pueblo israelita.

Entre el 2200 y el 1900 a.C. se percibe claramente en Palestina y otras zonas de la costa mediterránea una enorme crisis, que afecta sustancialmente a la vida de las antiguas ciudades-estado. Hay una serie de movimientos de nómadas que llegan a apoderarse de las ciudades y, después de destruirlas, implantan en ellas un nuevo estilo de vida de carácter completamente rural. Son gentes guerreras, a juzgar por sus ajuares, donde tanto abundan las espadas o dagas, y diríamos que más preocupadas por las creencias de ultratumba, que por el disfrute de la vida presente. Así, vemos que su principal cuidado reside en la disposición de sus sepulturas, generalmente en cuevas artificiales, mientras que las construcciones de viviendas son de carácter precario, y hasta los mismos poblados, sin plan urbanístico, carecen de recinto amurallado. Se ha querido ver una variedad de grupos humanos en los inmigrantes, a causa de las distintas prácticas funerarias (forma de la tumba, ajuar, disposición del esqueleto, etc.). Hay hasta cinco tipos distintos. Todo esto constituye el llamado «Período Intermedio» entre el Bronce Antiguo y el Bronce Medio (EB-MB), si bien en ciertas clasificaciones arqueológicas es también llamado Bronce Medio I, distinto del Bronce Medio II, que corresponde plenamente a esta última cultura y en el que se aprecian dos períodos diferenciados: MB IIA y MB IIB.

El efecto de esta invasión de nómadas del desierto –los amoritas– no solo se deja sentir en todo el «Levante», desde Ugarit y Biblos hasta Jericó y las ciudades ya próximas al Negev, como Tell Beit Mirsim y Tell Ajjul, sino que repercute también en Egipto. Así, la historia nos dice que durante la VI dinastía el país fue víctima de rudos ataques de gentes que llegaban de Asia, lo que provocó la caída de esta dinastía y el comienzo de una época de crisis e inseguridad, en la que los señores feudales sustituyeron a un poder central prácticamente inexistente. Es la época conocida como 1.^{er} Período Intermedio y que corresponde a las dinastías VII-XI, considerada como una «Edad Media» en la historia de Egipto. La caída del Imperio Antiguo con el fin de la VI dinastía se sitúa en el 2185 a.C., según la más probable cronología. Nadie duda que la presión sobre las

fronteras egipcias, que tan funestas consecuencias trajo para el control político del país, se debió a la presencia agresiva de los amoritas venidos del desierto de Arabia.

También llegaron los amoritas o amorreos al otro cuerno del Creciente Fértil, lo que supuso el fin del poder político de los sumerios, con la caída de la III dinastía de Ur (2004 a.C.). Los *amurru* o amorreos venían ya molestando a los reyes de esta última ciudad, y contra ellos se tomaron medidas y se construyeron fortalezas con el fin de detener la avalancha. En estas circunstancias, la rebelión del general Ishbi-Erra en la ciudad de Isin, al norte de Ur, y, sobre todo, la irrupción de los elamitas sublevados dieron al traste con una situación ya insostenible. Parece que los amorreos, que se asentaron en territorios civilizados, fueron rápidamente adaptándose a la nueva vida y adoptando la antigua cultura del país conquistado. No sabemos si Ishbi-Erra era de ese origen, pero sí lo deben ser los reyes que por entonces figuran al frente de Larsa (entre las ciudades de Ur e Isin), y lo son ciertamente los primeros en la serie dinástica de Babilonia, a partir de Sumu-Abum (1894-1881 a.C.) hasta el gran Hammurabi (1792-1750 a.C.). Igual sucede más al norte, en Es-hunna, al otro lado del Tigris y, Éufrates arriba, en la ciudad de Mari, donde aparece por entonces una serie de reyes con nombres amorreos.

Pero quizá la región en la que los amorreos se asentaron en mayor número fue el Alto Éufrates, donde los vemos en la ciudad de Haran, citada en las tabletas de Mari y otros textos, y localizada junto al Balih, igual que la ciudad de Nahor; en Karkemish sobre el propio Éufrates; en Alepo (región de Yamhad); en Alalakh (hoy Atcham) y en Qatna (el-Mishrifeh) en la cuenca del Orontes. Parece que esta última comarca es la que recibe el nombre de País de los Amorreos por antonomasia, *Amorru*, como la llaman los textos de Mari.

2. LA AVALANCHA DE LOS HYKSOS

Lejos de suponer un golpe mortal para la vieja cultura «cananea» de Palestina, la invasión amorita acabó convirtiéndose a la larga en un estímulo, según un esquema histórico y comprobado en el desarrollo de otras culturas, y sobre el que A. Toynbee escribió en su día páginas es-

clareadoras. En nuestro caso, al impacto producido por la oleada de los nómadas, se unía el carácter de extraordinaria receptividad de este pueblo semita, que de conquistador por las armas supo sabiamente dejarse «ser conquistado» por la cultura superior de algunos de los pueblos dominados. Tal es el caso de Mesopotamia, como veremos después al hablar de Babilonia. En Palestina, después de dos o tres siglos de crisis, y posiblemente por influjo de otros amorreos procedentes de Siria y el Líbano, donde el proceso de simbiosis fue más rápido, comenzó a resurgir de las ruinas de las antiguas ciudades una nueva y poderosa cultura urbana, que determinó el momento acaso de mayor apogeo cultural en la historia del país. Nos referimos a la etapa conocida con el nombre del Bronce Medio.

Como ya indicamos anteriormente, presenta dos períodos bien diferenciados: El MB I (MB IIA, según otra terminología), que se extiende entre el 1900 y el 1750 a.C., y el MB II (MB IIB), que va aproximadamente desde el año 1750 al 1550 a.C. La primera etapa es todavía un momento de formación, donde se apunta ya lo que van a ser los caracteres básicos del Bronce Medio palestino, pero no se ha llegado aún al apogeo en el desarrollo de la cultura. Por de pronto, las grandes ciudades comienzan a ser reconstruidas como tales, e incluso en algunas, como Tell Beit Mirsim, se edifica una gran muralla protectora. El ajuar militar se perfecciona en la fabricación de espadas y hachas, obtenidas ya sistemáticamente en bronce, pues hasta ahora lo habitual era que siguiera usándose el cobre. La cerámica presenta recipientes carenados y jarros de cuerpo grueso en el centro. Se les aplica un engobe rojo, a veces con decoración en bandas.

En la segunda etapa aparecen ya edificadas con un verdadero sentido urbanístico las grandes ciudades de Palestina: Dan, Hazor, Megiddo, Siquem (Tell Balatah), Tell el Far'ah norte, Jericó, Jerusalén, Gezer, Lakhish, Tell Beit Mirsim, Tel Ajjul y Tell Far'ah sur.

Sorprende no solo el tamaño de las ciudades –Hazor llega a 82 Ha–, sino el hecho de que se encuentren bien amuralladas, con enormes defensas, a veces de carácter ciclópeo, como, por ejemplo, en Balatah. Las murallas aparecen precedidas de un característico glacis, o superficie inclinada, generalmente revocada, la cual impide al asaltante acercarse al pie del muro. Otra peculiaridad son las puertas de la ciudad, ce-

rradas por dos o tres muros en forma de tenazas, con cámaras a ambos lados, lo que permite controlar y en su caso obstaculizar el paso del enemigo. Las obras de defensa suelen ser de tal envergadura, que es por lo general el factor clave que ha dado su forma actual al perfil de las colinas donde estaban las antiguas ciudades, es decir, a los *tell*.

En su interior, las ciudades presentan ya una estructura urbanística con calles y tiendas (Megiddo), y aparecen en aquellas bien destacados los edificios públicos, como los palacios con sus dependencias administrativas, los almacenes y, sobre todo, los santuarios. En cuanto al ajuar, se distinguen hasta cinco fases. Sin entrar en detalles, digamos que en la cerámica ya no se usa el engobe rojo. Las jarras se hacen más en forma de pera, incluso a veces terminando su base en punta (lo que quiere decir que no se «tienen» sobre una superficie dura). Aparecen vasijas con pedestales, las jarras en forma de botella, y son frecuentes los candiles sobre un cuenco abierto, cuyo borde se apunta en uno de sus lados para sostener la mecha.

Se ha podido comprobar que en algunos casos las murallas de las ciudades fueron destruidas y de nuevo reedificadas, lo que prueba la existencia real de luchas entre unas ciudades y otras. Hay dos aspectos que también conviene subrayar: El hecho de que se abandonen los establecimientos en el Negev, acaso debido a una aceleración en el proceso de desertización de la zona; y la asomada al mar de alguna de las nuevas poblaciones, como Akko, Dor, Yavneh y Ashkelon, lo que puede ilustrarnos sobre la existencia de un comercio marítimo.

Por su parte, Egipto se liberó relativamente pronto de la situación de desorden, en buena medida creada o favorecida por la presión de los amoritas en sus fronteras. El hecho es que, en el 1991 a.C., Amen-emhet I inaugura la XII dinastía y desde su ciudad de Tebas consigue controlar todo el país e inicia un seguro camino para la prosperidad de Egipto. Se trata del comienzo del llamado Imperio Medio del país del Nilo, cuya vigencia durará dos siglos, hasta el año 1780 a.C. En realidad, el movimiento restaurador había tenido ya su inmediato precedente al final de la XI dinastía con el faraón Mentu-hotep.

Durante toda esta etapa, Egipto tuvo intensas relaciones con Palestina y aparece mezclado en los asuntos internos de sus ciudades, si bien no puede hablarse de que se tratara de un protectorado y mucho menos

de un dominio del país. Salvo el caso concreto de Biblos en la costa fenicia, donde parece que Egipto compartía el poder con el soberano local, en los demás casos se trataba más bien de una presencia diplomática, comercial y solo eventualmente de una ayuda militar a alguno de los Estados. Así sabemos que el faraón Senusert III (1878-1843 a.C.) intervino en una campaña contra Siquem. Los llamados «textos de execración», que son conjuros contra los enemigos de Egipto, los cuales aparecen sobre vasijas y esculturas de barro, halladas en ciertos sepulcros de esta época, citan entre otras las ciudades palestinas de Hazor, Akko, Megiddo, Beth Shean, Siquem, Afek, Jerusalén y Ashkelon.

Así las cosas, hacia el año 1730 a.C. se produce en Egipto una verdadera catástrofe. Son momentos de crisis política, cuando el país, bajo la XIII dinastía, se encuentra ya dividido. Las defensas del istmo de Suez son incapaces una vez más de contener la presión de los pueblos asiáticos, que irrumpen como una avalancha sobre las tierras fértiles del delta del Nilo y más tarde remontan incluso el curso del río hasta llegar a Asiut. Solo Tebas y su faraón Didumes pueden librarse de la amenaza, no sin antes recurrir a tratados en que se reconozca un cierto vasallaje con respecto a los nuevos dominadores. Nehesi, el faraón del Bajo Egipto, había ya sucumbido. Los invasores esta vez no son simples nómadas del desierto. Se trata sí de pueblos guerreros, pero bien pertrechados, organizados y jerarquizados. Son en definitiva una parte de las gentes que vivían en las ciudades palestinas del Bronce Medio. La tradición egipcia les conoce con el nombre de hyksos, lo que quiere decir «príncipes extranjeros», si bien el historiador greco-egipcio Manetón da a este nombre una falsa etimología, haciéndole significar «reyes pastores», ya que, para los egipcios, ser asiático y ganadero venía a ser una misma cosa.

Manetón describe así la avalancha: «Se apoderaron del país por la fuerza, sin dificultad ni combate, cogieron prisioneros a los jefes, prendieron fuego a las ciudades de forma salvaje, arrasaron los templos de los dioses y se comportaron con los habitantes del país con toda crueldad, degollando a unos y haciendo esclavos a otros como las mujeres y los niños».

Tal y como sucede con la «invasión de los bárbaros» en Europa, a la caída del Imperio romano, los historiadores han acentuado el carácter catastrófico de la situación. Y, aunque no puede dudarse de las tropelías e injusticias cometidas por los germanos en Europa y por los hyk-

En Egipto, ni unos ni otros en líneas generales eran salvajes, ni actuaban de forma totalmente anárquica. En Egipto, los hyksos construyeron una gran capital en la zona oriental del delta: Avaris, y restablecieron el poder central, constituyéndose en una monarquía (dinastías XV y XVI) que pretendía seguir las tradiciones del país, adaptando en alguna forma sus costumbres e incluso sus creencias religiosas a las de Egipto. Así, por ejemplo, el dios cananeo, que después aparece con el nombre de Baal, será asimilado o «interpretado» por la antigua divinidad egipcia Seth, que mediante un fenómeno sincretista se convertirá durante esta época en el gran dios de Egipto, relegando a segundo término otras divinidades más importantes, tales como Ra y Osiris.

Esta situación durará hasta que los reyes de Tebas se reorganicen y se hagan fuertes durante la XVII dinastía, para que en los comienzos de la XVIII procedan por fin a enfrentarse a los hyksos expulsándolos del país y persiguiéndolos hasta sus antiguas ciudades del sur de Palestina. Era el año de 1570 a.C., y el nuevo faraón del Alto y Bajo Egipto, que inaugura esta dinastía y con ella el llamado Nuevo Imperio, recibía el nombre de Ahmosis I. Pero esto es ya una nueva etapa en la historia del Creciente Fértil, que será objeto de nuestra atención más adelante.

3. EL MAPA DE LOS GRANDES IMPERIOS

Durante el período histórico al que en este capítulo estamos refiriéndonos, se va conformando en el Próximo Oriente el mapa de lo que serán después los grandes imperios, que han de competir por la hegemonía y el liderazgo del Viejo Mundo. Entre todos ellos irá desarrollando su historia el pueblo de Israel, unas veces recibiendo de ellos influjos culturales de signo positivo que enriquezcan su patrimonio, otras sufriendo las consecuencias de la ambición política de tales Estados hasta el saqueo y la masacre, y siempre envuelto y condicionado por ese fascinante mundo en forma de media luna, que está en la base remota de nuestra civilización occidental.

Hemos visto a Egipto levantarse de la crisis del Período Intermedio, para volver a caer con la invasión de los hyksos y volverse a levantar de nuevo. En este país existe ya una sólida cultura propia, con su arte, su

literatura, su línea de pensamiento y una idea política que no solo entiende de la administración y bienestar internos, sino que también incluye una mirada al exterior y una preocupación creciente por los problemas de los pueblos de su entorno natural, como clave para que el país del Nilo pueda realizar su destino histórico de grandeza. Entre estos pueblos vecinos se encuentran Palestina, Líbano y Siria occidental, donde se deja sentir un creciente influjo egipcio, bajo el señuelo que representa para ellos el bienestar y el esplendor de la tierra de los faraones. Consiguientemente, esta situación a veces dará lugar a injerencias y controles en tales países por parte de Egipto, y otras, por el contrario, convertirá la atracción que los asiáticos sienten por las ricas tierras del Nilo en una incitación a la invasión violenta.

En el cuerno opuesto del Creciente Fértil, desde el 1894 a.C., se había creado un Estado en la ciudad de Babilonia, llamado a ser cabeza de un imperio. Un siglo después, Hammurabi, durante los 43 años de su reinado, extendería ampliamente las fronteras de su territorio, conquistando por el sur la zona correspondiente a las antiguas ciudades



El famoso Código de Hammurabi. Es una estela de basalto con inscripción en acadio. En la parte superior el rey babilonio se presenta al dios Shamash, patrono de la justicia, el cual aparece sentado. Museo del Louvre, París.

sumerias, que entonces controlaba el amorita Rim-Sin, rey de Larsa. Igualmente por el norte terminó apoderándose de la región donde se alzaba la ciudad de Eshunna al otro lado del Tigris, y, Éufrates arriba, sometió la ciudad de Rapiqum. En 1759, las tropas de Hammurabi arrasaron Mari y en 1754 derrotaron a los asirios, cuyo territorio quedaría como una especie de protectorado en el norte del ya gran Imperio babilónico.

Por su parte, en la llanura de la Jazireh, a las orillas del Tigris, vemos aparecer el reino de Asiria, con una ya clara voluntad de Imperio. Puzur-Ashur gobierna el territorio en torno al año 2000, y en el 1813 Samshi-Adad aparece como un monarca prepotente que tiene ya el control sobre algunas ciudades del Éufrates, entre ellas Mari. Después del severo castigo infligido por Babilonia, Asur pasa a un discreto segundo término, aunque sus reyes Ishme Dagan y los sucesores continuarán allí ejerciendo su poder, a la espera de momentos más propicios, que sin duda no tardarán en llegar.

En la Alta Mesopotamia, principalmente en la cuenca del Éufrates, aparece otro pueblo, en este caso no semita, tal vez procedente del Cáucaso, los hurritas, cuyo Estado se identifica en un principio con la ciudad de Urkish junto a la actual frontera turca. El nombre del pueblo se ve ya citado en el III milenio a.C., pero es en el siglo XVIII cuando la expansión de los hurritas abarca ya una extensa región, cayendo bajo su dominio político algunas ciudades del norte de Siria, tales como Khashum y Urshu, mientras que otras aparecen fuertemente influidas por el elemento hurrita, como es el caso de la propia Alalakh en el Orontes.

Bien es cierto que la máxima expansión de los hurritas tendrá lugar con posterioridad a la etapa que aquí comentamos, y que su poder político cristalizará en el Imperio de Mitani, a partir del siglo XVI a.C., pero hay que registrar ya ahora, en este mapa elemental de lo que serán los futuros imperios, la presencia inequívoca de los hurritas, como una de las piezas en juego para el futuro inmediato de la historia del Próximo Oriente.

Al otro lado del Creciente Fértil, pero en sus proximidades, en el centro norte de la península de Anatolia fraguaban por entonces los cimientos de otro gran Imperio: Hatti. En la cuenca del río Kizil Irmak (el Halys de la antigüedad) se encuentra la ciudad de Hattusas (hoy Bo-

gazköy). Aquí surgió un Estado que coordinó los pequeños reinos federados, al frente de los cuales aparecía una clase dominante de origen indoeuropeo: los hititas. En la primera mitad del II milenio a.C. hay un rey llamado Labernas I, hacia el 1750 a.C. Pero los reyes conquistadores fueron Hattusil I (1650-1621 a.C.) y Mursil I (1620-1590 a.C.), el último de los cuales se apoderó de Alepo e incluso llegó en una de sus incursiones hasta Babilonia, a la que destruyó, poniendo así fin a la dinastía amorrea, que tanta gloria había dado a aquella gran metrópoli. Sin embargo habrá que esperar a la segunda mitad del II milenio a.C. para encontrarnos al Imperio hitita como uno de los rivales en lid por la hegemonía del Creciente Fértil.

4. LOS PATRIARCAS BÍBLICOS

Las narraciones patriarcales del Génesis han sido objeto de múltiples estudios y discusiones principalmente de índole literaria y cronológica, en las que aquí no vamos a entrar, por no ser este el cometido de nuestro libro. Pero es preciso tener en cuenta que, en el conjunto de las tradiciones más o menos antiguas recogidas por las distintas fuentes literarias del Génesis, destacan tres grandes bloques, que convendrá considerar por separado con vistas a nuestro propósito. Se trata del ciclo de Abraham (Gn 12–26), la tradición sobre Jacob (Gn 27–36) y finalmente la historia de José (Gn 37–50). Es posible, según algunos especialistas, que estas tres tradiciones fueran en principio independientes y que más tarde se hayan ensamblado mediante un artificio genealógico, haciendo a Jacob hijo de Isaac, y a José, a su vez, hijo de Jacob. Sea lo que fuere, vamos a tratar aquí brevemente de «ambientarlas» en el contexto histórico-cultural del momento, resaltando el «telón» de fondo de los relatos.

Abraham, cuyos antepasados proceden de Ur, habita en Haran. De aquí pasa a Palestina con su clan, en donde va ocupando distintas localidades, llegando incluso a penetrar en Egipto. Su hijo Isaac contrae matrimonio con una mujer de su tribu, originaria de Haran. Estas son las líneas generales del relato, por lo que a las migraciones del clan se refiere. Analicémoslas ahora con una mayor detención desde la perspectiva



Países en el antiguo Próximo Oriente.

histórica del Creciente Fértil en la primera mitad del II milenio a.C. En primer lugar, debemos advertir que Abraham y los suyos son un clan de pastores seminómadas. Crían fundamentalmente ganado menor (cabras y ovejas), no practican la agricultura, salvo circunstancialmente (Gn 26,12), y se mueven a lo largo de todo el Creciente Fértil desde Ur hasta Egipto, si bien se asientan temporalmente en ciertas regiones donde pueden permanecer un tiempo prolongado, pero no tienen una vida urbana, ni están integrados en la sociedad de aquellos países donde viven. Habitan en tiendas de campaña y utilizan asnos como animales de carga, ya que la mención esporádica de camellos en Gn 12,16, y 24,10.63-65 es un anacronismo aislado, puesto que tal animal de transporte no se generaliza en Oriente hasta finales del II milenio y comienzos del I a.C. Son pues, como hemos dicho, pastores seminómadas y no camelleros nómadas al estilo de algunas de las tribus actuales del Desierto Siro-Arábigo o del Sáhara.

El clan de Abraham, que se mueve bordeando el Creciente, podría encajar con la oleada de los amoritas, cuyas vicisitudes hemos descrito con anterioridad. El país en el que por algún tiempo habitan es Haran (Gn 10,31-32 y Gn 12,4-5). La ciudad de este nombre nos es conocida por otras fuentes extrabíblicas y, como ya hemos dicho, se encuentra en la cuenca del Balih, en el Alto Éufrates, donde también hay una ciudad llamada Terah, que es el nombre del padre de Abraham, y otra Nahor, que coincide con el nombre del abuelo. Sabida es la costumbre bíblica de identificar nombres de personas con los de las ciudades o regiones, imaginando que aquellas son los epónimos de tales pueblos, como sucede en la llamada «lista de los pueblos» (Gn 10), donde Elam, Asur, Egipto o Canaán son personajes, igual que, después, Moab y Ammón (Gn 19,37-38).

Por otra parte, cuando el criado de Abraham va a buscar mujer para Isaac, se dirige precisa y expresamente a la ciudad de Nahor, que, según el texto, se encuentra en un territorio llamado Aram Naharayim (Gn 24,10). No puede descartarse que Aram sustituya al nombre de Haran, por corrupción de este y semejanza con el verdadero nombre de Aram, que era como se llamaba esta tierra en el milenio siguiente, cuando se puso por escrito la narración. Naharayim es tanto como «Entre ríos», lo que equivale al menos etimológicamente a nuestra Mesopotamia, y, según algunos textos extrabíblicos, se llamaba así, «Naharina», aquella zona del

Éufrates. En cualquier caso, la referencia a ese país concreto, donde había un intenso asentamiento de amoritas, parece innegable. A su vez, tanto el nombre de Abraham como el de Isaac parecen amoritas, según los filólogos.

El origen inmediato de los patriarcas resulta, pues, muy bien ambientado en la Alta Mesopotamia dentro del grupo amorita. Es más discutible, en cambio, que dichos patriarcas provengan originariamente de Ur, si bien no es inverosímil, y el hecho de que aparezca claramente atestigüado en la Biblia (Gn 11,28.31; 15,7), sin ninguna razón aparente para fingir este origen, da visos de realidad al dato de la tradición, ya que también está comprobada la presencia de amoritas en Sumeria, según hemos visto anteriormente.

En el recorrido de Abraham por Palestina, le vemos seguir una ruta conocida: el camino de la montaña, que va por Siquem a través de Jerusalén a Hebrón hasta el Negev. El clan lo repasa varias veces en ambos sentidos y llega incluso a Egipto. Pero el lugar donde el patriarca permanece más tiempo es Hebrón, o, para hablar con mayor propiedad, el encinar de Mambré, junto a Qiryat Arba, que más tarde se llamaría Hebrón, mientras que su hijo Isaac lo hace en Beersheva, al borde del desierto del Negev. Todos ellos prefieren las zonas esteparias, donde hay buenos pastos tras las lluvias de invierno y no entran en conflicto con los agricultores del país. Sin embargo, Lot, una fracción separada del clan, merodea con sus rebaños en la zona más fértil del Jordán, e incluso aparece viviendo dentro de la ciudad de Sodoma, si bien su experiencia acaba mal.

Están bien descritas las tradicionales disputas de los beduinos en torno a los pozos (Gn 21 y 26), y los primeros pasos para la adquisición de un terreno propio en el país, concretamente el campo de Macpela con una cueva que iba a servir de tumba para Sara y después para todo el clan. Se dice muchas veces que Abraham era rico, pero su riqueza no consistía en posesiones territoriales, sino en los rebaños y enseres con los que transhumaba por un país que aún no era el suyo.

Un tema que requiere una explicación especial es el contenido del capítulo 14 del Génesis, donde se narra la expedición de cuatro reyes que saquean las ciudades en torno al mar Muerto, llevándose cautivos a Lot y su familia, y cómo Abraham y sus hombres consiguen liberarlos. Pese

a la apariencia de antigüedad remota que presenta el relato y que hizo sospechar a varios críticos que se trataba de un documento histórico de gran importancia, hoy en día se considera una narración tardía, escrita con buscados arcaísmos y deliberado estilo antiguo, insertada artificialmente en las tradiciones patriarcales con el fin de dar verosimilitud histórica a estas y tratar de insertarlas en la gran historia del Próximo Oriente. Esta narración, según los expertos, estaría redactada en una época no anterior al siglo V a.C.

Por su parte, en el ciclo de Jacob vemos repetirse datos similares a los ya comentados, que permiten ambientar la tradición en el mismo contexto que el ciclo de Abraham. Jacob tiene un nombre bien conocido: Ya'qub-El (Dios protege), que se repite en zonas de ambiente amorita. La vida de Jacob, de Esaú y de Labán muestra claramente que se trata de gentes dedicadas preferentemente al pastoreo de ganado menor, que viven en tiendas, que se desplazan con sus rebaños de un lugar a otro en grandes caravanas y utilizan el asno como acémila, aunque también se citan anacrónicamente los camellos (Gn 31,17.34; 32,9).

Respecto a las rutas de nomadeo, se repiten las mismas localidades ya mencionadas, aunque hay que señalar algunas variantes. La patria remota de origen, a la que regresa temporalmente Jacob y donde contrae matrimonio, es la misma; pero aquí, además de Haran (Gn 27,43; 28,10; 29,4), se llama Padam Aram = La llanura de Aram (28,2.5.8; 33,18; 35,9). Sin embargo, a juzgar por la distancia de siete jornadas de camino entre este lugar y Galaad de Transjordania (31,23), cabría pensar también que se trataba de alguna región de la Siria meridional, justamente donde en el milenio I a.C. vivían los verdaderos arameos.

Por otra parte, en el ciclo de Jacob se explica con todo detalle la ruta de penetración en Palestina, que desde Transjordania descendía por el Yabok al Jordán, junto a Penuel y Sukkot. Una vez vadeado este último río, se subía a la montaña por el Wadi Far'ah hasta Siquem. Aquí la ruta sigue el camino ya conocido por el nomadeo de Abraham, aunque ahora se citan expresamente Betel y Efrata (que el texto en su forma actual asimila a Belén, si bien se trataba originariamente de otra ciudad al norte de Jerusalén), para finalmente concluir en Hebrón.

Tanto en uno como en otro ciclo se hace referencia a ciertas costumbres que son coherentes con las prácticas de los semitas occidenta-



Pintura mural en la tumba egipcia de Beni-Hasan, donde se ve a un grupo de semitas trashumantes penetrando en Egipto. Hacia el 1890 a.C.

les del II milenio a.C., como, por ejemplo, las referentes al régimen de patriarcado, a las costumbres matrimoniales, a las formas de herencia, sin olvidar los cultos religiosos, entre los que cabe destacar a este respecto la posesión de los «teraphim» (Gn 31,31-35), «dioses familiares» o «ídolos domésticos», cuyo simbolismo y utilidad estaban vinculados a ciertas prerrogativas sociales, si bien otros datos parecerían ambientar más los relatos en el milenio siguiente.

El ciclo de José tiene caracteres mucho más peculiares, que le diferencian de los anteriores. La narración se desarrolla fundamentalmente en Egipto y, desde el punto de vista literario, parece haber sido redactada en época tardía, en torno al siglo V a.C., recogiendo tal vez tradiciones anteriores. Seguimos viendo al clan de Abraham-Jacob con sus rebaños y asnos trasladándose desde el Negev a Egipto, tal y como aparece ilustrado en la tumba egipcia de Khnum-hotep III en la necrópolis de Beni Hasan, donde se representa a un grupo de asiáticos seminómadas que entra en el país del Nilo hacia el 1890 a.C. Pero ahora se hace referencia a una serie de costumbres egipcias, que el narrador conoce per-

fectamente y a veces mezcla con otras imprecisiones y anacronismos. Algunos autores han querido situar la escena, a juzgar por algunas de las alusiones, en tiempos de la XIII dinastía en el siglo XVIII a.C., pero cualquiera de estas concreciones parece excesivamente forzada. Ciertamente se habla de costumbres comprobadas por fuentes extrabíblicas y propias del Egipto de aquellos días, como era –según hemos visto– la penetración constante de semitas por la frontera oriental, la mayor parte de ellos pastores nómadas; el establecimiento de los mismos en la «Tierra de Gosen» al este del delta; las crisis periódicas de hambre en el país; la situación estratégica de almacenes para el grano, con vistas a su reparto entre el pueblo; la frecuencia con que en el Egipto de entonces algunos semitas ocupaban puestos importantes; el régimen de cárceles públicas; la situación jurídica de los esclavos y su emancipación; el hecho de que la tierra dejara de pertenecer a los señores feudales para convertirse en propiedad última del Estado, salvo la que pertenecía a los templos (Gn 47,19-22); la utilización del metal para los intercambios comerciales; el ceremonial de los egipcios en la mesa; los nombres de persona egipcios, etc. Todo hace verosímil un trasfondo histórico en la narración de José, que se refiere a la entrada del clan abrahámico en Egipto. Si tenemos en cuenta toda una serie de factores y hasta el hecho que parece desprenderse de la narración, de que el palacio del faraón se encontraba en la zona contigua al delta, debería pensarse en un momento histórico coincidente con las dinastías de los hyksos, que tenían su capital en Avaris, o quizá incluso con la dinastía XIII en el siglo inmediatamente anterior. Pero cualquier precisión ulterior parece inviable, y aún aquella misma puede ser discutible.

De todas formas, la época patriarcal, que aparece reflejada en los relatos del Génesis, constituye la tradición del pueblo hebreo acerca de sus orígenes, y tiene una ambientación cultural que pudiera coincidir en líneas generales con los movimientos de pastores semitas durante el II milenio a.C. Que estos hayan sido amoritas o protoarameos, en lugar de verdaderos arameos, es una precisión científica que no puede exigirse al hebreo de unos siglos después. Cuando un israelita confiesa que «mi padre era un arameo errante que bajó a Egipto y residió allí con unos pocos hombres; allí se hizo un pueblo grande, fuerte y numeroso» (Dt 26,5-6), estaba recogiendo una tradición secular de su pueblo y expresaba a su manera una incontestable verdad histórica.

5

Cuando Israel salió de Egipto

El Bronce Reciente

El pueblo israelita aparece vinculado a Egipto y a su cultura, como si se tratara de un peso inevitable que cargase sobre sus espaldas. La estancia en Egipto en unas condiciones onerosas y la liberación que supuso la salida en masa de aquel país son recuerdos que han de permanecer constantes a lo largo de toda la historia de Israel. Pero la relación entre ambos países no siempre aparece teñida de caracteres negativos. Israel se consideraba también vinculado favorablemente a Egipto bajo muchos aspectos, cosa que, por otra parte, era previsible por razones de vecindad. La Biblia señala que Ismael, el hijo de Abraham, había nacido de una esclava egipcia, y, lo que es más significativo, supone también un origen parcialmente egipcio para dos de las tribus más relevantes de Israel, Efraím y Manasés, ya que a sus personajes epónimos los hace hijos de José y de la egipcia Asenat, cuyo padre era un sacerdote del templo de On (Gn 41,50). A su vez, la «tentación de Egipto» ha sido una constante histórica de Israel. Salomón se casó con una princesa egipcia, que tuvo por principal mujer, y cuando Babilonia amenazaba a Jerusalén en los últimos días del reino de Judá, el partido político proegipcio, al que se oponía el profeta Jeremías, era el más importante y quien retenía todo el poder. En los tiempos postexílicos, la emigración voluntaria de judíos a Egipto fue incrementándose continuamente, hasta el punto de que la comunidad judía de Alejandría llegó a tener una relevancia cultural y política universalmente reconocida. No olvidemos que la versión de la Biblia usada por la Iglesia primitiva era la llamada de «Los Setenta», traducción griega realizada en medios alejandrinos a partir del siglo III a.C.

Por eso, es necesario que ahora nos detengamos algo más hablando del país del Nilo y de su historia, sin la que no puede entenderse la propia historia de Israel. Para empezar, convendría tratar de comprender un

poco a los antiguos egipcios, y descubrir cuáles eran sus conceptos básicos y cuál su ideal de vida. Y lo vamos a hacer de la mano de un autor, profundo conocedor de la cultura egipcia, J. A. Wilson, cuyas palabras recogemos aquí: «El antiguo egipcio no fue ni aventurero ni amigo de experimentar; prefería usar los patrones que habían estado en vigor durante muchos siglos... Era el suyo un espíritu de triunfo esperanzado, de vigoroso goce de la vida y de expectante afirmación de la vida futura contra toda terminación y todo acabamiento por la muerte. La confianza en sí mismo, el optimismo y el ansia de vivir afirmaba la enérgica creencia en una vida eternamente continuada». «Los egipcios pensaban que lo útil era lo bueno... La palabra *ma'at* significa “orden” en un contexto y “rectitud” en otro... Puede pensarse que [...] un estado de gloria, esplendor o bienaventuranza era, ipso facto, eficaz para cualquier función, de suerte que “gloria” era la idea básica en *akh*; y puede pensarse también que cierto género de poder efectivo produce el estado de gloria, de modo que la “efectividad” era la idea fundamental».

Se trata, pues, de un pueblo conservador, pragmático, optimista, amigo del orden, que aprecia la vida honesta y anhela la gloria derivada del poder. Nada más lejos de la realidad que la idea de un pueblo obsesionado por la muerte, fanático, intolerante y cruel, o de gentes ambiciosas, aventureras e insaciables. Esta visión de un Egipto equilibrado y, hasta cierto punto, abierto a los demás resulta clave para comprender las relaciones entre este país, entonces verdadera «potencia» internacional, y su vecino, el modesto pueblo de Israel.

1. EL NUEVO IMPERIO EGIPCIO

El período de la historia egipcia conocido con el nombre de «Nuevo Imperio», que comienza con la implantación de la dinastía XVIII en el año 1552 a.C., corresponde, desde el punto de vista de la historia de Israel, a una etapa en la que el pueblo se hallaba viviendo como una minoría étnica extranjera dentro del propio territorio egipcio. A su vez, es muy probable que otra fracción de Israel permaneciera aún, en su calidad de pastores semitranshumantes, vagando por las tierras de Palestina: los que no bajaron a Egipto. Pero es preciso subrayar el hecho de que

precisamente en esta etapa –segunda mitad del II milenio a.C.– es cuando el país del Nilo se convierte de forma efectiva en una potencia imperial, que controla y domina una buena parte del cuerno occidental del Creciente Fértil, lo que quiere decir que también los hebreos que permanecieron en Palestina serían súbditos del faraón. Ello nos obliga a contemplar, aunque sea de forma rápida, los acontecimientos políticos que tuvieron lugar en Egipto durante los tiempos del Nuevo Imperio, al menos durante las dinastías XVIII y XIX, si es que pretendemos comprender el medio ambiente en que se desenvuelve la historia primitiva de Israel.

El faraón Ah-mosis, procedente de Tebas en el Alto Egipto, logra derrotar a los hyksos y expulsarlos del país persiguiéndolos hasta la ciudad palestina de Sharuhen, que suele identificarse con Tell el-Far'ah sur. Así se restablece la integridad territorial tanto en la conflictiva frontera del nordeste, como en la siempre inquietante frontera del sur, donde había que detener los empujes de la población nubia. Ah-mosis fue sucedido por Amen-hotep I (1527-1506 a.C.), quien reafirmó su control sobre el país y preparó la nueva etapa en la que su sucesor, Thutmosis I (1506-1494), iba a lanzarse a la conquista de un imperio más allá de las fronteras. Por de pronto, Thutmosis conquistó el sur del país hasta la llamada tercera catarata en el Sudán, y en Asia penetró con sus tropas por Palestina con ánimo de someter este territorio, lo que debió hacer con relativa facilidad. Luego prosiguió su marcha hacia el norte por el curso del Orontes y llegó hasta el Éufrates, donde consiguió, valiéndose de su poderoso ejército, que fuera reconocida universalmente su autoridad. Precisamente allí estaba fraguándose lo que serían los comienzos del reino hurrita de Mitani, el cual vio frenada su incipiente actividad bajo el peso de la brillante expedición militar egipcia.

Hay que esperar a los tiempos del reino efectivo de Thutmosis III (1468-1436), con la muerte de su tía y práctica usurpadora del poder, la reina Hatshepsut, para que de nuevo se reanuden las campañas militares en Asia, ya con el propósito bien claro de formar un verdadero imperio. Por entonces, Mitani, de fondo hurrita regido por una aristocracia indoeuropea, se había convertido en una potencia. Su rey Saustatar había conseguido controlar un auténtico imperio que se extendía por el sur de Anatolia, y llegaba en la Alta Mesopotamia hasta el Tigris. A la vez, el rey



*Thutmosis III.
El gran faraón conquistador
(1468-1436 a.C.).*

mitanio controlaba todos los pequeños Estados de Siria, y extendía su influjo incluso a Palestina, de manera que prácticamente nada quedaba en pie de las conquistas de Thutmosis I, después de transcurridos poco más de veinte años. En consecuencia, el nuevo faraón comienza el mismo año 1468 la reconquista del país de *Retenu*, como los egipcios llamaban a Palestina-Siria, e invade la zona costera de Palestina recuperando o afirmando su poderío sobre las plazas que un día pertenecieron a su abuelo. El rey de Kadesh en el Orontes, fiel a Mitani, está al frente de una coalición de príncipes que se ha concentrado en Megiddo para defender el famoso paso de la *Via Maris*. El ejército faraónico dividido en tres columnas cae sobre ellos infligiéndoles una derrota. Algunos consiguen entrar en la ciudad, pero esta es asediada y cae al cabo de siete meses. Es el fin de la gran batalla de Megiddo, que aseguraría el dominio egipcio sobre Palestina. Pocos años después, una nueva expedición comienza a dar cuenta de las ciudades sirias. Primero cae Arvad junto a la costa y, al año siguiente, la rebelde y hegemónica ciudad de Kadesh sobre el Orontes.

En el año 1457, Thutmosis III hace construir en Biblos una flota, cuyos barcos, en un alarde del mejor «estilo faraónico», hace transportar por tierra sobre carretas de bueyes hasta el Éufrates. Allí conquista la ciudad de Karkemish, pasa al otro lado del río, a la Naharina, y penetra en la tierra mitania poniendo en fuga al ejército hurrita.

Aunque, por lo general, se respetan las instituciones locales y sus príncipes, todo el territorio conquistado va quedando organizado en provincias, al frente de las cuales hay gobernadores-administradores, encargados, sobre todo, del recaudamiento de tributos. A veces también quedan guarniciones militares, como en Beth Shean. Tres eran los grandes centros administrativos del territorio: Gaza al sur de Palestina, Kumidi en la Beqaa libanesa, y Sumur en la costa junto a la frontera sirio-libanesa. Después de estas portentosas hazañas, el faraón las hará escribir en los muros del templo de Karnak en Tebas. Allí hace decir al dios Amón refiriéndose al propio rey conquistador: «Te he dado el poder y la victoria sobre todas las naciones. He puesto tu gloria y tu temor hasta los cuatro pilares del cielo».

El Imperio mitanio quedaba humillado y severamente castigado su ejército, mientras que los reyes de las otras potencias, que atentamente contemplaban la situación a la expectativa (hititas, asirios y babilonios), tomaban buena nota del estado de las cosas y reconocían la supremacía de Egipto, apresurándose a mandar embajadas para felicitar al faraón. Porque el reino de Mitani había sido hasta entonces el símbolo del poderío militar y su ejército se distinguía por la modernidad de su armamento. Los mitanios eran especialistas en el manejo de los carros de combate, para los que tenían preparados caballos de selecta raza y alto adiestramiento. Habían extendido asimismo el empleo de corazas entre las tropas para hacer al soldado invencible, y además habían perfeccionado el arco, divulgando el tipo llamado «arco compuesto». Pero todo fue inútil ante el poder y las cualidades personales de Thutmosis III, que solo en la memorable batalla de Megiddo tomó como botín al enemigo confederado 924 carros.

Sin embargo, a la muerte de Thutmosis, su sucesor Amen-hotep II (1438-1412 a.C.) se vio obligado a emprender sendas campañas de castigo en Siria y Palestina, llegando en el primer caso hasta Ugarit, pero vio perderse definitivamente la región de Alepo y el Éufrates, que vol-

vió a caer bajo el control de Mitani. También su sucesor Thutmosis IV (1412-1402 a.C.) se preocupó de mantener el orden en las posesiones asiáticas y hasta llegó a llamarse «vencedor de los hurritas», iniciando así una tradición de autopropaganda y de medias verdades, que después continuarán otros faraones. Entre estos va a sobresalir Ramsés II, quien llegará a ser un verdadero maestro en estas lides políticas de «creación de imagen».

En realidad, los hurritas eran ya demasiado poderosos y las bases egipcias de aprovisionamiento estaban demasiado lejanas para que un faraón, que no tenía la genialidad de su antepasado Thutmosis III, pudiera recuperar los antiguos territorios del Éufrates. Pero Thutmosis IV demostró ser hábil al iniciar una nueva política de alianzas, fundada en los matrimonios reales. Si el faraón era incapaz de imponerse al rey de Mitani, por entonces Artatama I, este tampoco tenía recursos para manejar con soltura y éxito los pequeños nacionalismos de las ciudades palestinas con el fin de crear un estado permanente de resistencia. Por otra parte, los hititas inauguraban lo que se ha llamado su Nuevo Imperio, con reyes muy poderosos como Tudhalia I y Armuwanda I, que lógicamente resultaba una amenaza mucho más inmediata para Mitani que para el lejano Egipto. Se impuso un sentido realista en la política internacional, llegándose a una entente entre Mitani y Egipto, como garantía de la cual el faraón tomó por esposa a la hija de Artatama I, sentando así una nueva tradición en la corte de Tebas. En efecto, el sucesor de Thutmosis, el gran Amen-hotep III (1402-1364 a.C.), faraón que dedicó su vida al engrandecimiento interior de su país y a la construcción de bellos monumentos, también se casó sucesivamente con dos princesas mitanias y así mantuvo la alianza entre los dos países.

El hijo de Amen-hotep III fue Amen-hotep IV (1364-1347 a.C.), el rey hereje que cambió su nombre por el de Akhenaton. Se dedicó en exclusiva a la atención de los problemas internos del país, principalmente a la reforma religiosa y a su lucha contra la antigua jerarquía sacerdotal. Por entonces la situación en la que quedaba el imperio era extremadamente inestable y peligrosa, y de ello tenemos cumplida documentación, puesto que en la nueva capital del reino egipcio, Akhetaton (hoy Tell el-Amarna), apareció en las ruinas del palacio real lo que podríamos llamar «archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores», las fa-

mosas cartas de El-Amarna, correspondencia entre la oficina de palacio y las grandes potencias, así como entre aquella y los gobernadores de las colonias, todo ello de un valor histórico incalculable. Más adelante nos volveremos a referir a esta documentación.

En la política internacional habían tenido lugar cambios sustanciales. Hatti era ya indiscutiblemente el Estado más poderoso de Asia. Su gran rey Suppiluliuma I (1370-1336 a.C.), después de consolidar su imperio en Anatolia, se volvía ahora contra Mitani, la potencia vecina que le bloqueaba su expansión por el Creciente Fértil. Tras algunas campañas de resultado indeciso, los hititas atacan directamente al corazón de Mitani en la Alta Mesopotamia, poniendo en fuga al ejército hurrita. A continuación se lanzan sobre la parte del imperio situada más acá del Éufrates, apoderándose de Alepo, remontando el Orontes, conquistando las ciudades de su cuenca: Alalakh, Katna y Kadesh, y llegando casi hasta las fronteras de Palestina. Mitani está tocado de muerte irremisiblemente. La propia ciudad de Karkemish sobre el Éufrates cae en manos de los hititas, y, algún tiempo después, el rey mitanio Matiwaza acabará convirtiéndose en súbdito de Hatti, la nueva potencia del norte. Pero el trágico final del Imperio hurrita de Mitani se producirá cuando otra potencia vecina por el este, hasta entonces sumisa a los mitanios, Asiria, se abra paso en el concierto internacional. Y esto, sin tardar mucho tiempo. En efecto, el asirio Salmanasar I (1274-1245 a.C.) pondrá fin a la historia de Mitani, ese extraño Estado cuya existencia había pasado inadvertida a la historiografía clásica hasta tiempos modernos, y sobre el cual se ciernen aún numerosas incógnitas.

A la muerte del faraón Akhenaton, se produce una crisis interna en Egipto, con una contrarreforma religiosa en la que se ve envuelto el propio joven faraón Tutankhamon. La situación acabará con el golpe de Estado de un prestigioso general, Horemheb, que será proclamado rey. Su sucesor, el que fuera su visir, Ramsés I, inaugura la dinastía XIX. Después de él, Seti I (1304-1290 a.C.) trata de poner orden en lo que queda del imperio.

Para entonces, los hititas se habían convertido en un rival poderoso, que pretendía controlar lo que en otro tiempo había sido Imperio egipcio. Con un coraje digno de los mejores tiempos del Imperio tebano, Seti I se lanza sobre sus antiguos dominios asiáticos y en dos cam-

pañías trata de reimponer su dominio sobre el cuerno occidental del Creciente Fértil. La primera campaña, en el año 1303, se desarrolla en Palestina contra algunos príncipes cananeos sublevados en la zona de Beth Shean. Son allí derrotados y, rodeado el lago de Genesaret, Seti penetra con su poderoso ejército en la Alta Galilea y sube por la costa libanesa, apoderándose entre otros de los puertos fenicios de Tiro y Ullaza. En la segunda campaña, que se realiza siendo ya rey de Hatti, Muwatalli, el objetivo son las ciudades del Orontes. En Kadesh se encuentra con el propio ejército hitita, que es derrotado, pero el faraón, consciente de sus limitadas posibilidades, no va más allá y se conforma con afianzar su dominio sobre lo que entonces se llama región de Amorru, es decir, la Siria occidental.

Este es el panorama con que se encuentra el sucesor de Seti, Ramsés II, personaje para nosotros de especial interés por su probable relación con los hebreos al tiempo de su salida de Egipto. Ramsés fue un hombre con vocación de gran faraón, aunque ya habían pasado los tiempos gloriosos del Imperio del Nilo. Durante su larguísimo reinado (1290-1224 a.C.) se dedicó febrilmente a construir grandiosos monumentos en su país, no importándole tanto su solidez técnica o su calidad estética, cuanto su número y dimensiones, recurriendo incluso al aprovechamiento de estatuas ya existentes de otros faraones, para transformarlas en su propia imagen, en un afán desaforado de protagonismo y de autoafirmación. Es interesante para nosotros señalar que, si bien realizó construcciones a lo largo de todo el Nilo, y especialmente en Tebas, trasladó su capital al este del delta en el Bajo Egipto.

En política exterior quiso también emular los mejores tiempos del Imperio, pero sus resultados fueron más bien modestos, a pesar de que la propaganda hábilmente manejada por él divulgara en su país dudosos triunfos de su ejército. En el 1286 a.C. tuvo lugar la célebre batalla de Kadesh, espectacular confrontación militar de Ramsés II con su rival hitita Muwatalli. El ejército egipcio constaba de cuatro divisiones, que llevaban nombres religiosos. La primera, llamada división de Amón, en la que iba el faraón, inducida por un deficiente servicio de «inteligencia» que aseguraba que las tropas hititas se hallaban aún lejos, acampó al norte de la ciudad de Kadesh. Detrás, a una gran distancia, seguían acercándose escalonadamente las divisiones Ra, Ptah y Suteh. Entonces el

ejército hitita, ocultándose, rodeó la ciudad por el sur y saliendo de un bosque atacó a la división Ra que acababa de vadear el arroyo Sabtuna (hoy El-Mukadiyeh). La división fue desarticulada y puesta en fuga. Algunos se acogieron al campamento de Ramsés, que fue objeto de un inmediato ataque. Aunque la división Amón se defendió valientemente con su rey a la cabeza, no habría podido resistir si no hubiera sido por la intervención inesperada de un cuerpo expedicionario de jinetes «amorreos» procedentes de la costa, que venían a unirse al ejército egipcio en calidad de aliados. La llegada al poco tiempo de la división Ptah puso en fuga al ejército hitita, que tuvo que retirarse con apuros y refugiarse en la ciudad de Kadesh. La última división egipcia, Suteh, que en su marcha aún no había pasado el Orontes, no llegó a intervenir en la contienda. A la vista de los acontecimientos, Ramsés II desistió de tomar la ciudad y, abandonando su misión de pacificar el país, dejando casi íntegro el ejército enemigo encerrado en la fortaleza, se retiró ordenadamente hacia Palestina. No había sido una verdadera victoria, pero tampoco podía contarse como una derrota; sin embargo, el faraón la hizo pasar por un resonado triunfo, que mandó grabar en las paredes de los templos de Tebas. La batalla en realidad había sido un pulso entre las dos mayores potencias del mundo. El ejército egipcio estaba compuesto por unos 25.000 hombres, pero solo con 1.500 carros de combate. Por el contrario, el ejército hitita poseía 3.500 carros de combate. Piénsese que en la última Guerra Mundial las tropas alemanas que invadieron Francia no contaban con más de 2.500 carros de combate, aunque naturalmente en este caso acorazados y de tracción mecánica y no de tracción animal como los carros hititas.

Todavía Ramsés II realizó en años posteriores algunas expediciones militares en Asia occidental, aunque de resultados menos espectaculares. En consecuencia, se llegó a la idea de establecer una paz entre ambas potencias, que se firmó en el 1269 a.C., y la hija del entonces rey de Hatti, Hattusil III, pasó a ser esposa del faraón egipcio. Aunque no conocamos las fronteras, es evidente que Siria-Palestina fue dividida entre las potencias, quedando el norte de Siria y del Líbano en poder de Hattusil, y la Palestina y el sur de Siria y del Líbano en el de Ramsés. «El gran príncipe de Hatti no violará la tierra de Egipto nunca jamás, para tomar algo de ella, y el gran gobernante de Egipto no violará la tierra de ella nunca jamás» –dirá una de las solemnes cláusulas de este tratado inter-

nacional—, y otra añadirá: «Si un enemigo llega al país de Ramsés y este le envía a decir (a Hattusil): Ven a ayudarme, el rey de Hatti vendrá para matar a su enemigo. Y si no deseara venir en persona, enviará sus tropas y sus carros de combate». Como garantía del tratado se invocan como testigos a mil dioses de Hatti y a otros tantos de Egipto, además de a «las montañas, los ríos de la tierra de Egipto, el cielo, el suelo, el Gran Mar, los vientos y las nubes». La princesa hitita tomó el camino de Egipto, escoltada de un vistoso acompañamiento; otra comitiva egipcia salió a buscarla, y ambas caravanas se encontraron en un momento dado, intercambiándose muestras de amistad entre las escoltas representantes de los dos ejércitos hasta entonces irreconciliables. «La hija del gran príncipe de Hatti marchó a Egipto, mientras la infantería (egipcia), los carros y los funcionarios de su majestad la acompañaban, mezclados con la infantería y los carros de Hatti (...). Comían y bebían juntos, sintiéndose de corazón como hermanos, porque la paz y la hermandad reinaba entre ellos». De la princesa se dice en este documento egipcio que era «bella de rostro como una diosa» y que cuando llegó al faraón, este «la amó más que a todas las cosas».

Después del largo reinado de Ramsés II, a este le sucede su hijo Merneptah. Como ocurre cuando ha transcurrido un largo período de paz, pero también de oficialismo y propaganda estatal, todo bajo el control de un solo hombre, la situación se resquebraja y aparecen los fallos del sistema. En el caso de Egipto, la crisis resultará irreversible. En las fronteras se percibe una gran inquietud estimulada por movimientos de nuevos pueblos que empiezan a entrar en lid: los llamados «Pueblos del mar», de los que hablaremos más adelante. Tanto por el occidente, en las fronteras con la Libia marítima, como por el oriente, en las fronteras con Palestina, se siente inquietud y hay serios intentos de penetración de pueblos, que obligan al nuevo faraón a organizar varias expediciones militares de castigo. Una de ellas penetra en Palestina, recorre y retoma las ciudades de Ashkelon y Gezer, y llega hasta Yanoam, junto a las riberas meridionales del lago de Genesaret. Se hace mención expresa de que allí fue sojuzgado Israel. Es la primera cita extrabíblica de este nombre. La estela que contiene el texto se halla fechada en el año 1220 a.C. Más adelante trataremos de analizar su significado preciso en relación a nuestro propósito de buscar el contexto del mundo bíblico.

2. LA PALESTINA DEL BRONCE RECIENTE

La etapa que venimos estudiando recibe en el Levante (Siria-Palestina) el nombre arqueológico de Bronce Reciente. En ella se distinguen tres fases: El Bronce Reciente I (LB I), que va del 1550 al 1400 a.C.; el Bronce Reciente II A (LB IIA), desde el 1400 al 1300 a.C.; y el Bronce Reciente II B (LB IIB), que comienza en el 1300 y llega hasta el 1200 a.C. El primero de estos períodos corresponde en líneas generales a la etapa conquistadora de los Thutmosis. El segundo, a la época de Akhenaton y la crisis imperial. El tercero, a los intentos de restauración del Imperio, principalmente por cuenta de Seti I y Ramsés II.

Las ciudades palestinas tienen ahora una intensa actividad. Ya no se realizan las grandes construcciones defensivas de la etapa anterior, entre otras razones porque generalmente aquellas murallas todavía subsisten y solo precisan de reparaciones y adaptaciones. En cambio, es un momento de intensa edificación civil, de tipo más refinado que en el Bronce Medio, acusando a veces un cierto influjo egipcio. Es la época de los grandes palacios de Megiddo y de los sucesivos templos de Lakhish.

En cuanto a la cerámica, elemento de tanto valor cronológico para la arqueología, las diferencias con el período anterior son muy claras. Aparece una cerámica bicroma (rojo-negro) con decoración dividida en paneles y adornada con metopas que presentan pájaros, peces, etc., o con decoración geométrica. Las formas de las vasijas son variadas, abundando las jarras. Es muy típico el llamado «vaso de leche», especie de escudilla de fondo curvo y con un asa. Todos estos materiales están en estrecha relación con el mundo chipriota. Pero también aparece en las etapas finales la típica cerámica micénica, negra o de tonos muy oscuros, con las formas clásicas del mundo egeo, como la cratera, la pyxis, etc., aparte de jarros, algunos de gran belleza. La decoración es geométrica o con motivos animales de tipo más bien esquemático.

También esta es una época en la que hay profusión de objetos relacionados con el cuidado personal o con el adorno de la vivienda; en todo caso, tales piezas demuestran una preocupación por el lujo y por el alto nivel de vida. Este tipo de objetos está muy influido por el arte egipcio. Nos estamos refiriendo a obras de arte, cajas con incrustaciones de marfil, joyas, piezas para el mobiliario, etc.

*Caja de marfil
procedente de Megiddo.
Presenta esfinges
y leones en relieve.
Data del Bronce Reciente.
Museo Rockefeller
de Jerusalén.*



Hay una clara distinción entre las ciudades importantes controladas por Egipto, donde es evidente la prosperidad, y las demás ciudades sometidas a la inestabilidad política por la que atravesaba el país, y en las que esta etapa supone más bien una decadencia con respecto a la anterior. En relación con las primeras ciudades, debemos señalar aquí algunas que reflejan bien la situación del momento. En primer término hay que recordar a Tell el-Far'ah (la antigua Sharuhén) y a Tell el-Ajjul (la antigua Beth-Eglaim) en el sur de Palestina, camino de la frontera de Egipto, que fueron el escenario de la derrota de los hyksos. Sharuhén es citada además en la campaña de Thutmosis III. Debió albergar en esta época una guarnición egipcia. Gran parte de las fortificaciones del Bronce Medio estuvieron en uso durante el Bronce Reciente. De esta última época es el «palacio del gobernador». Beth-Eglaim, no lejos de la anterior, pero más cercana a la costa y próxima a Gaza, tuvo quizá menos importancia en el Bronce Reciente, tal vez porque fue entonces el momento culminante de la vecina ciudad de Gaza, que debió absorber prácticamente a Beth-Eglaim. No obstante, hay restos de lo que se supone fue un asalto a la ciudad, probablemente en la época de Thutmosis III.

Gaza, como hemos dicho ya, fue la capital del distrito egipcio de Palestina en esta época. Se menciona en la campaña de Thutmosis III y en otros documentos egipcios, principalmente en las cartas de El-Amarna. Sin embargo, las excavaciones arqueológicas de allí son todavía insuficientes por lo que se refiere al conocimiento del Bronce Reciente.

Otra ciudad palestina de esa época es Lakhish, citada en las cartas de El-Amarna como un reino. Al Bronce Reciente corresponde el llamado «templo de la fosa», en las afueras de la ciudad, donde ha podido comprobarse la existencia de tres fases sucesivas de construcción. El templo consistía en una cámara central, rodeada de otras dependencias, que van variando con el tiempo. Otra ciudad que aparece en las cartas de El-Amarna es el puerto de Ashkelon, que también es citado en la estela de Merneptah. Desgraciadamente, las excavaciones allí realizadas no han puesto a la vista ruinas importantes de esta época, aunque sí han aparecido piezas significativas, incluso una estatua de basalto con inscripción jeroglífica.

Podemos citar a continuación la estratégica ciudad de Gezer, que domina la ruta que desde la *Via Maris* conducía a la montaña de Jerusalén. Aparece citada en la lista de ciudades de Thutmosis III, en las cartas de El-Amarna y en la estela de Merneptah. En las cartas de El-Amarna aparece mencionado su príncipe llamado Milkili, el cual pide ayuda militar al faraón. En las ruinas actuales, los estratos XVII a XV pertenecen a esta época y se han identificado las huellas de la doble destrucción de la ciudad, probablemente por la toma de la misma a manos de Thutmosis III y de Merneptah. Hay restos de palacios, casas, tumbas, pero lo que principalmente llama nuestra atención es el hecho de la construcción de una nueva muralla en la ciudad, el llamado «muro exterior», lo que resulta un caso único en Palestina.

Jerusalén fue otra de las ciudades citadas en las cartas de El-Amarna, cuyo rey Abdi-Heba se queja al faraón Amen-hotep IV de la hostilidad de Gezer, Gat y Lakhish, reitera su fidelidad a Egipto y suplica le sea enviada una guarnición para su propia defensa. Las excavaciones de Jerusalén han ofrecido algunos elementos atribuidos al Bronce Reciente.

Mucha importancia tuvo entonces la ciudad de Megiddo a causa de su posición estratégica en el más conflictivo lugar de la *Via Maris*. Ya hemos visto que, junto a la ciudad, tuvo lugar la célebre batalla de Thutmosis III, cuando el ejército egipcio penetraba en el valle de Yizreel a través del paso de Aruna. Megiddo aparece igualmente en las cartas de El-Amarna y en otros textos egipcios (Papiro de Leningrado, Lista de Seti I y Papiro de Anastasio I). Dentro de la estratigrafía del *tell*, son los estratos IX a VIIB los que corresponden al Bronce Reciente, con numerosos restos arquitect-

tónicos de casas y santuarios, principalmente el palacio del área BB, que tuvo varias reformas a lo largo de esta etapa. Los hallazgos de materiales son abundantes, presentando piezas de mucha calidad.

Otra de las ciudades importantes en la época egipcia fue Beth Shean, mencionada en la lista de Thutmosis III, en las cartas de El-Amarna, en la expedición de Seti I y en el Papiro de Anastasio I. Una monumental estela hallada en la propia ciudad, levantada por Seti I, relata su campaña en aquella región, concretamente la presencia de la división Amón que liberó la ciudad de Rehob y conquistó la de Hammath al sur de Beth Shean, y la de la división Ra que derrotó a las tropas de Hammath y Penuel cuando asediaba Beth Shean. La arqueología atribuye los estratos IX a VI al Bronce Reciente. También aquí el hallazgo más importante es un templo varias veces reconstruido. Constaba de uno o dos atrios, según el momento, un santuario con sendas columnas de capiteles egipcios en el centro y un «sancta sanctorum» al fondo, al que se accedía por unos escalones, así como otras dependencias y servicios. Han aparecido aquí muchos objetos egipcios, escarabeos y estelas, entre estas la de Seti I, a la que hemos hecho referencia.

También habría que citar la ciudad de Siquem, que igualmente aparece mencionada en las cartas de El-Amarna, cuyo rey Labayu se distinguió por ser instigador de desórdenes en todo el territorio y hubo de ser arrestado por la autoridad egipcia. Las excavaciones allí realizadas (Tell Balatah) demuestran una vez más que las fortificaciones del Bronce Medio fueron reutilizadas en el Bronce Reciente con ligeras modificaciones. Estas tuvieron lugar en la puerta del noroeste, pero de manera especial en la puerta del este, donde hay hasta tres destrucciones sucesivas.

Citemos finalmente a Hazor, también mencionada en la lista de Thutmosis III, en las cartas de El-Amarna, en la expedición de Seti I y en el Papiro de Anastasio I. Los estratos XV-XIII de las excavaciones arqueológicas en dicha ciudad corresponden al Bronce Reciente, en los que cabe destacar la presencia continuada, aunque con modificaciones, de un importante templo en la ciudad baja, el cual posee incluso canales para el desagüe de la sangre de los sacrificios, así como también la existencia de otro templo en la ciudad alta y de algunas casas.

Como ya hemos dicho, la mayor parte de los autores piensa que, además de los hebreos instalados en Egipto, había también algunos clanes o

tribus que permanecieron en Palestina. A este respecto, es sumamente interesante el repertorio de alusiones contenidas en las cartas de El-Amarna acerca de unas gentes, los *apiru* o *habiru*, que merodeaban en torno a las ciudades y provocaban disturbios. Estos *habiru*, cuya identidad con el nombre de hebreos parece innegable, eran gentes seminómadas de las que el príncipe Abdi-Heba de Jerusalén dice al faraón Amen-hotep IV: «Los *hapiru* saquean todos los territorios del rey. Si este año hay tropas de arqueros (egipcios), los territorios del rey mi señor permanecerán. Si no hay tropas de arqueros, los territorios del rey mi señor perecerán». También aparecen unos *apiru* en otros textos de Mesopotamia durante todo el II milenio a.C., y siempre como gentes del desierto que merodean y asaltan, y a veces se ofrecen como mercenarios. Tales *habiru*, omnipresentes en todo el Creciente Fértil, son probablemente los mismos hebreos de la Biblia, no en el sentido de que tal nombre represente en exclusiva al clan abrahamista, semilla de Israel, sino a los semitas seminómadas, en su mayoría de origen amorita, de los que ya hemos hablado, uno de cuyos clanes era el grupo de los patriarcas bíblicos. Ciertos hebreos estarían en Egipto trabajando para los egipcios, y otros –algunos quizá parientes próximos de los patriarcas y acaso también coantecesores de lo que después será el pueblo de Israel– permanecerían en Palestina, unas veces en forma pacífica y otras en la actitud agresiva que acusan las cartas el El-Amarna. De hecho, la Biblia en sus genealogías habla de Heber (que sería el epónimo de los hebreos) como remoto antepasado de Abraham (Gn 11,16), lo que permite sospechar, en efecto, que el concepto de hebreo, que la Biblia apropió después a los israelitas, era en principio más amplio y convenía también a otros pueblos. El mismo hecho de que los árabes sean considerados por la Biblia como descendientes de Abraham a través de Ismael, nos ilustra acerca del parentesco reconocido de todos estos semitas nómadas, a los que de algún modo y en distintas circunstancias se les ha dado el nombre de *apiru* o hebreos. No obstante, este sigue siendo un tema discutido entre los expertos.

En el tantas veces citado Papiro de Anastasio I, que narra las incidencias del viaje de un escriba egipcio por Palestina en tiempos de Ramsés II, se habla de su llegada a Megiddo en la gran llanura, a través del peligroso paso del Aruna. Con motivo de ello, se hace referencia a los constantes asaltos de los beduinos y entre ellos se cita al jeque de los Asher. En la distribución de la tierra, de acuerdo con varios textos bíblicos, la tri-

bu de Aser ocupaba una zona contigua a la llanura de Yizreel, en los montes de la Alta Galilea. La presencia de una tribu seminómada en aquellos lugares en tiempo de Ramsés II pudiera ser un nuevo indicio de que ciertas tribus israelitas no vivieron en Egipto, sino que permanecieron en Palestina desde la época patriarcal. De todos modos, no es completamente seguro que la cita egipcia se refiera inequívocamente a la tribu israelita.

3. EL CONTEXTO HISTÓRICO DEL ÉXODO

Según la mayoría de los autores, las tradiciones bíblicas sobre los trabajos forzados de los hebreos en Egipto y acerca de la salida o éxodo del pueblo podrían encajar en el reinado de Ramsés II.

Sobre la presencia de pueblos pastores de origen semita en lo que la Biblia llama Tierra de Gosen, al este del delta, hay algunos documentos que pueden ilustrarlo, como la carta de un oficial egipcio de la frontera oriental, en este caso en los tiempos de Merneptah, que comunica al faraón: «Acabamos de permitir pasar por la frontera a tribus beduinas (shasu) de Edom, para que puedan sobrevivir ellas y sus rebaños, con la venia del faraón». Igualmente existen textos que ilustran la recluta de este tipo de semitas de origen nómada para realizar trabajos en los templos y palacios. En este caso vamos a citar un texto de la época del propio Ramsés II, donde se dan instrucciones a un jefe de obras: «Distribuye raciones a los hombres de la cuadrilla y a los apiru que transportan la piedra para el gran pilono [...] de Ramsés Mery-Amón».

Ya hemos visto que Ramsés II fue, como algunos reyes de la antigüedad, víctima de una loca fiebre constructora, que abarcó a todo el país del Nilo, desde la segunda catarata, donde edificó el templo colosal de Abu Simbel, hasta el delta, en donde levantó su capital. La Biblia cita las ciudades de Pitom y Pi-Ramsés (Ex 1,11) como lugares donde trabajaban los israelitas en calidad de constructores. Ambas ciudades nos son conocidas por documentos históricos y arqueológicos. Pi-Tom (ciudad del dios Atum), nombre religioso de la ciudad de Teku, es citada en el mismo texto de la época de Merneptah del que dimos un fragmento anteriormente, y se hallaba en el camino de la frontera, en la llamada Tierra de Gosen, hoy la localidad de Tell el-Maskhuta. Pi-Ramsés (ciudad de Ramsés) fue la nueva capital junto al emplazamiento de la antigua Avaris o

Zoan (Tanis), más al norte de Pi-Tom, sobre un ramal del delta. En la actual Kantir, Ramsés II se hizo construir un palacio monumental, y en la misma Tanis un enorme templo rodeado de un colosal muro de ladrillos de 400 m de lado y 15 m de espesor. La Biblia se refiere expresamente a la fabricación de ladrillos por parte de los hebreos (Ex 1,14; 5,7-20) y al transporte de materiales de construcción (Ex 2,11; 5,4-5; 6,6-8).

Por otra parte, la figura de Moisés, con un nombre egipcio, criado y educado en la corte faraónica, podría encajar con la existencia comprobada de escribas de origen semita al servicio de la Administración. Recuérdese, por ejemplo, que la correspondencia de El-Amarna está redactada no en egipcio, sino en lengua acádica con escritura cuneiforme, lo que requería la presencia de expertos semitas.

En el itinerario del éxodo se citan las primeras estaciones a la salida del país, cuyos nombres son bien conocidos por fuentes extrabíblicas. La primera es la ciudad de Pitom-Teku (llamada aquí Sukkot), de la que ya hemos hablado. La segunda es Etam. Había un fuerte de frontera al este de Teku, que es conocido en los textos egipcios con el nombre de Htm. La tercera es Pi-Hahiroth, de nombre egipcio, aunque hasta ahora no citada en otras fuentes. Sin embargo, el texto bíblico añade que se hallaba entre Migdol y el mar y frente a Baal Sefon. Ambos topónimos son conocidos por textos extrabíblicos y se localizan al norte de la frontera oriental, muy cerca del Mediterráneo. Es muy esclarecedor un documento egipcio de la época, donde el comandante de un puesto fronterizo dice que se han escapado dos esclavos, que han seguido la ruta: Teku, Htm y Migdol, es decir, la misma del éxodo. El nombre de mar Rojo (*Yam Suf* en hebreo) quiere decir «Mar de las cañas», aludiendo sin duda a un terreno pantanoso donde estas abundaban, bien sea cerca del Mediterráneo, como parece indicar la ruta apuntada en el texto, bien en los llamados «Lagos amargos» (hoy en día absorbidos por el canal de Suez), o en las cercanías del verdadero mar Rojo, no lejos de Suez, que también es zona de marismas, en este caso sometida al flujo y reflujo de las mareas. Aquí tuvo lugar un signo prodigioso de la protección de Yahveh, cuyo recuerdo permanecerá vivo en Israel: «Cuando Israel salió de Egipto (...), el mar al verlos huyó» (Sal 114,1-3). En el texto del éxodo (Ex 14) se aprecian dos redacciones del paso del mar Rojo. Una muy sobria, la tradición yahvista, la más antigua, habla de un viento recio del

levante, que durante la noche hizo descender el nivel de las aguas. Cuando por la mañana el mar volvió a su nivel normal, anegó al ejército egipcio, cuyos carros se habían enfangado al trasgredir la orilla y penetrar en terreno pantanoso (Ex 14,10-14.19a.20.21a.24-25.27.30). La otra versión, más moderna y elaborada, de origen sacerdotal o elohísta, habla de que el mar se hendió formando una muralla a ambos lados, entre la que pasó Israel. Cuando el ejército del faraón intentó hacer lo mismo, las aguas se cerraron y sepultaron a sus soldados.

Hay una mención (Ex 13,17) de que los israelitas abandonaron la *Via Maris*, para internarse por el actual desierto del Sinaí (el desierto de Parán). Se ha supuesto incluso que se trataría de dos tradiciones correspondientes a dos rutas distintas: La yahvista, que propugna para el éxodo la *Via Maris*; y la elohísta, que indica el camino del desierto. Este desierto, lejos de ser un territorio libre de la vigilancia egipcia, era muy frecuentado por los ingenieros y soldados del país del Nilo, que desde las primeras dinastías iban allí en busca de mineral de cobre, así como de turquesas y malaquitas. Sin embargo, el desierto es muy grande y la región frecuentada por los egipcios, que solían utilizar mano de obra semita, estaba restringida a la zona suroeste de la península, concretamente a las comarcas de Wadi Sidri. En la primera se explotaron minas, preferentemente en los tiempos del Imperio Antiguo y Medio; en la segunda, en el Medio y Nuevo Imperio, y concretamente también en la época de Ramsés II. Aquí había además un santuario donde se rendía culto a la diosa egipcia Hathor y a la divinidad Sopdu, asimilada al dios El de los semitas.

Sin embargo, los egipcios, que normalmente solo en invierno organizaban allí sus expediciones a causa de la dureza del clima en verano, no seguían la ruta que al parecer tomó Moisés, sino que probablemente arribaban por mar al vecino puerto de Markha, viniendo directamente desde las costas egipcias del mar Rojo.

Como se sabe, hay sendas tradiciones bíblicas muy antiguas que narran la teofanía del Sinaí, Horeb o Montaña de Dios. La yahvista la describe en términos que recuerdan a una erupción volcánica: «Yahveh bajó a él con fuego; se alzaba el humo como de un horno y toda la montaña temblaba» (Ex 19,18). La elohísta la describe con caracteres que recuerdan más bien a una espectacular tormenta: «Hubo truenos y relámpagos y una nube espesa en el monte» (Ex 19,16). Si en la memoria colectiva del

pueblo existía el recuerdo de una erupción volcánica que se asocia a la teofanía, es evidente que el Horeb-Sinaí no estaba en lo que hoy en día se llama península del Sinaí, donde no hay formaciones volcánicas, sino al otro lado del golfo de Akaba, en el noroeste de Arabia. Aquí existen volcanes que han estado en actividad hasta la Edad Media, y aquí precisamente se encontraba el antiguo territorio de Madián, al que Moisés había huido antes del éxodo. En él tomó por esposa a una madianita y allí se le aparecería Yahveh en la zarza ardiendo. Hay una larga tradición judía que avala esta localización y que incluso deja huellas en el Nuevo Testamento (Gál 4,25). Pero, si el Sinaí de la teofanía delante de todo el pueblo está asociado al recuerdo de una tormenta, entonces podría ser Jebel Musa (el actual monte Sinaí), de acuerdo con la tradición cristiana que viene del siglo IV, aunque esta montaña se halla situada en una zona poco frecuentada en el II milenio a.C. También podría hallarse en la región del Jebel Serabit, donde existía ya una larga tradición cultural en la época de Moisés.

El lugar donde, según las tradiciones bíblicas, el pueblo de Israel permaneció acampado durante mucho tiempo fue Kadesh Barnea, al nordeste de la península, contiguo a la actual frontera de Israel, en el Negev (Dt 1,46). También existen opiniones sobre una posible localización del monte Sinaí en la región de Kadesh, bien sea el Jebel Halal o el Har Karkom. En este último lugar se han hallado numerosos restos arqueológicos, algunos de los cuales atestiguan antiguos cultos en torno al lugar. Pero todos ellos han sido datados en el Bronce Antiguo, es decir, en unos mil años antes de los acontecimientos que aquí ahora nos ocupan. Kadesh se identifica comúnmente con Ain el-Qudeirat, que es un lugar ameno y con abundante agua. Allí existen las ruinas de una fortaleza, cuyas excavaciones han demostrado tratarse de un puesto fronterizo israelita del siglo X a.C., probablemente mandado construir por Salomón y destruido por el faraón Shishak. Sobre ella se reconstruyó otra en el siglo VIII a.C., tal vez bajo el reinado de Ozías, vuelta a reconstruir en el siglo VII a.C. y definitivamente arruinada hacia el 586 a.C. con motivo de la campaña babilónica. Pero desgraciadamente nada ha aparecido por el momento que permita referirse a la época del éxodo.

De aquí hacia la Tierra Prometida, los textos bíblicos recogen en sendas tradiciones dos rutas distintas: la que cruzando el Negev empalma con el llamado «Camino del Rey» que atraviesa los territorios de Edom y

Moab (Nm 33,41-49); y la que, descendiendo hasta el golfo de Akaba, seguía el «Camino del desierto», bordeando aquellos territorios (Nm 20,14-23; 21,4). Finalmente, hay ya indicios de una penetración definitiva en Palestina de algunas tribus o grupos israelitas directamente desde Kadesh (Nm 21,1-3; Jos 14,6ss; y Jue 1,9-17).

Aunque sea solo de pasada, hay que aludir a ciertas circunstancias de carácter ambiental o ecológico que pueden ilustrar la narración bíblica del éxodo. En primer lugar, la llegada de enormes cantidades de codornices al campamento, transportadas por el viento del mar (Ex 16,13; Nm 11,31-32). Es un fenómeno bien conocido en el norte del Sinaí con motivo de la migración otoñal de esta especie, procedente de Europa y cuyos individuos vienen agotados tras el paso del Mediterráneo. Otra circunstancia es la recogida del maná, producto comestible cuyo sabor puede recordar al de la miel, que se recoge del suelo por las mañanas, caído de ciertos arbustos (*Tammarix mannifera*) y debido a la acción de un insecto (una especie de cochinilla) sobre su tallo. Los beduinos le llaman aún «man». Esto se da en el Sinaí central, principalmente a finales de la primavera. Tampoco hay que olvidar la «ambientación» de otros fenómenos narrados en el Éxodo, incluidas las plagas de Egipto, pues sabido es que, aunque el texto les da un alcance que excede al de simples fenómenos naturales, no son desconocidos en el valle del Nilo: el llamado «Nilo rojo», cuando la crecida trae mucho fango rojizo y organismos unicelulares flagelados (*Englena sanguinea*), que tiñen las aguas; las plagas de ranas y mosquitos; las moscas, que pueden contribuir a propagar la peste del ganado; las úlceras en este, debidas al *Bacillus anthracis*, que propaga la mosca *Stomoxys calcitrans*; el granizo, que es muy raro, pero que ocasionalmente puede darse, apedreando las cosechas, y finalmente las nubes de polvo cuando sopla el siroco.

El pueblo, que venía errante por el desierto durante «cuarenta años» desde que salió de Egipto, se fue aproximando a la Tierra Prometida. Al llegar al Jordán, cruzó el río y comenzó la conquista del país. En este momento, la narración bíblica adquiere un carácter épico con todos sus condicionamientos literarios. El efraimita Josué es el caudillo de las huestes israelitas, que hace pasar al pueblo por el lecho del río a pie enjuto, que derriba las murallas de la vecina ciudad de Jericó al sonido de las trompetas, incendia la ciudad de 'Ai y detiene el sol en la batalla de Gabaón. Todo el país cae «a sangre y fuego» en manos de los israelitas.

La arqueología, en cambio, nos presenta un panorama más realista, reduciendo las dimensiones de los hechos a un tamaño más modesto. Sabemos que en aquella época Jericó no era la ciudad fortificada de otras épocas, sino una aldea de la que apenas se conservan restos. Por otra parte, 'Ai, que había sido una gran ciudad durante el Bronce Antiguo, era entonces una ruina inhabitada, cuya vista debió impresionar a los israelitas que desde Jericó subían a la montaña. La leyenda posterior atribuyó su destrucción a la conquista de Josué. El mismo texto dice una expresiva frase: «Josué incendió la ciudad reduciéndola a un montón de escombros, que dura hasta hoy» (Jos 8,28).

En las otras ciudades importantes de Palestina no hay señales de un ataque y conquista. Por tanto, cabe pensar que la ocupación de Israel se redujo a la montaña y a poblados más bien modestos. Este es el panorama que, en evidente contraste con la epopeya del libro de Josué, nos presenta el propio libro de los jueces, en los comienzos de la etapa subsiguiente: «Ya que no han querido obedecerme, tampoco yo seguiré quitándoles de delante a ninguna de las naciones que Josué dejó al morir [...]; por eso dejó Yahveh aquellas naciones sin expulsarlas enseguida y no las entregó a Josué» (Jue 2,21.23).

Una aportación de la arqueología, que puede dar mucha luz para interpretar los hechos, es el caso de Hazor. En Jos 11,1-11 se habla de que el rey de la ciudad y sus tropas fueron derrotados en un encuentro con Israel en campo abierto (en las Aguas de Merom), como consecuencia del cual los israelitas penetraron en la ciudad y la incendiaron.

Las excavaciones realizadas en la ciudad, en efecto, nos demuestran que Hazor fue incendiada al final de la ocupación del estrato XIII del Bronce Reciente, en la segunda mitad del siglo XIII a.C., es decir, en la época de la entrada de los israelitas en Palestina. Después de esta destrucción, se advierte, no sin cierto asombro, que hay un cambio en las gentes que la habitan (estrato XII), a principios de la Edad del Hierro. Se trata de seminómadas que viven en tiendas o en simples chozas con silos y hogares. Con el tiempo, la ciudad volverá a recuperar algo de su pasada grandeza, pero hay que esperar hasta el siglo X a.C., que corresponde ya a la época de Salomón. Parece, pues, que en este caso la presencia de los israelitas y su asentamiento en Hazor están bastante bien documentados por la arqueología.

Un estudio arqueológico de los yacimientos de las montañas de Efraín y Judá, realizado por I. Finkelstein, demuestra en efecto la presencia de un pueblo fundamentalmente pastor, en vías de sedentarización a finales del siglo XIII y principios del XII a.C., que habría de identificarse con los israelitas. Finkelstein, aunque estudia todos los pequeños yacimientos, se detiene principalmente en Silo y en Izbet Sartah, de los cuales, así como de las teorías interpretativas de autor, hablaremos nosotros en el capítulo siguiente. Digamos que en el caso del segundo las estructuras arquitectónicas del nivel III (finales del siglo XIII y principios del XII a.C.) presentan un plano urbanístico en forma de elipse, con casas adosadas que por el exterior ejercían el papel de defensa del poblado, pues este no tiene propiamente murallas. Tales estructuras, ahora en construcciones sólidas, recuerdan las de los antiguos campamentos beduinos de tiendas de campaña. Estos elementos podrían ilustrar la conducta de un pueblo en período de sedentarización, que poco después va ya utilizando otros elementos más refinados. Es el momento en que aparecen las llamadas «casas de pilares», de las que hablaremos más tarde.

Contemporánea al estrato XII de Hazor es la famosa estela de Merneptah, fechada hacia el 1220 a.C., donde se conmemora la victoria de este faraón sobre los pueblos asiáticos: «Canaán está despojado de toda su maldad, Ashkelon está arrasada, Gezer conquistada, Yanoam está como el que no existe, Israel quedó aniquilado y su simiente no saldrá jamás...». Es interesante anotar que la voz «Israel» va seguida por el determinativo que significa «pueblo», a diferencia de los otros nombres que llevan el determinativo «país». Se trata más de unas gentes en estado tribal, que de las ciudades-estado cananeas. Y este pueblo es citado en el norte de Palestina, puesto que aparece a la par que Yanoam, ciudad al sur del lago de Genesaret. En el texto se mencionan dos localidades palestinas de la llanura costera: Ashkelon y Gezer, y, siguiendo el paralelismo, otras dos del norte: la ciudad de Yanoam y el pueblo de Israel. Es evidente que para esta época Israel ha penetrado ya en Palestina y es un pueblo seminómada que anda vagando por los montes, asentándose en el campo y las ciudades que ha conseguido dominar. La batida un tanto indiscriminada del ejército egipcio, que ha castigado por igual a ciudades cananeas, como a las gentes recién llegadas del desierto, era, hasta el hallazgo de esta estela, uno de tantos episodios de la historia de Israel que no había sido registrado en la Biblia.

6

En lucha con los pueblos de Canaán

El Hierro I

Entre el 1200 y el 1100 a.C. se desarrolla en Palestina la cultura conocida arqueológicamente como Edad del Hierro I. Corresponde a la etapa histórica reseñada en el libro de los Jueces, y es un período de lucha angustiosa y constante de Israel contra las gentes de dentro y de fuera del país, para afincarse en la tierra donde hasta entonces solo se habían establecido de forma más bien precaria.

La situación viene descrita en la Biblia con perfiles tremendamente realistas: «Así, pues, los israelitas vivieron en medio de los cananeos, hititas, amorreos, fereceos, heveos y jebuseos» (Jue 3,5). Además, hay que contar con los vecinos por la costa: fenicios y filisteos; por el oriente: ammonitas, moabitas y edomitas; y por el sur: amalecitas y madianitas. Todo esto, sin tener en cuenta la intervención esporádica de Egipto, especie de mano larga que aún intentaba controlar lo que en un tiempo había sido parte integrante de su imperio.

Israel vivía en la zona más áspera del país, en la montaña, mientras que los ricos valles y llanuras, donde estaban las grandes ciudades, se hallaban en posesión de sus enemigos. Con una enorme sinceridad lo dice la Biblia: Israel «no logró expulsar a los habitantes del valle, porque tenían carros de hierro, pero Yahveh estaba con Judá y conquistó la montaña» (Jue 1,19).

Pero antes de hablar de filisteos, ammonitas, moabitas..., cuyos territorios están bien definidos en torno a Israel, conviene aclarar a quién llama la Biblia cananeos, hititas, amorreos, fereceos, heveos y jebuseos.

El nombre de cananeos designa a los habitantes del país de Canaán, es decir, Palestina, nombre aquel que aparece citado no solo en la Biblia, sino en textos egipcios de las XVIII y XIX dinastías. En todo caso, se restringe más bien a Cisjordania, y aún más concretamen-

te a la zona marítima, pero abarca también Líbano. Por el contrario, el nombre de amorreos se refiere principalmente a las gentes de Transjordania, pero también se extiende a las de la montaña en Cisjordania. Procede de la expresión *Amorru*, con la que en los textos asirios se designaba de forma global a las gentes que vivían camino de la costa mediterránea.

Los hititas de la Biblia no tienen nada que ver con los del Imperio de Hatti. Se designa así, o bien a las gentes de ciertos reinos pequeños de Siria, al norte de Damasco, en el siglo X a.C., o simplemente a algunos habitantes palestinos, principalmente de la montaña. La denominación proviene del hecho de que, en el I milenio a.C., los asirios daban a veces el nombre global de Hatti a todo el occidente, incluidos Chipre, Siria, el Líbano y Palestina.

Los jeveos o hivitas son citados en Cisjordania, y algunos han supuesto que eran los mismos horitas que otros textos bíblicos sitúan en Transjordania, concretamente en Edom; pero no está claro. Ciertamente existían algunos elementos de origen hurrita en la Palestina de finales del II milenio a.C., pero es dudosa su relación con las gentes a las que nos referimos. Por otra parte, los fereceos y jebuseos son otros pueblos



El faraón Merneptah, que dice haber vencido a Israel, cuando estaba en trance de asentarse en su nuevo país: Palestina. Hacia el 1220 a.C. Museo Egipcio, El Cairo.

palestinos preisraelitas, que aparecen también en la montaña, los últimos concretamente en Jerusalén, pero se ignora quiénes eran y de dónde procede su nombre. Igual sucede con los gurguseos, que a veces también van citados con los fereceos o perecitas.

Hay que convenir, a la vista de todas estas consideraciones, que tales nombres carecen en la Biblia de un sentido étnico propiamente dicho y designan de forma imprecisa y a veces global a todos los pueblos locales anteriores a la conquista israelita. Por eso se citan muchas veces en lista, todos seguidos, dando a entender que se trata del conjunto de pueblos autóctonos de Palestina. No obstante, existen las preferencias referentes a la montaña o a la costa, etc., a que hemos hecho alusión por lo que toca al empleo de algunos de estos términos. Como dice De Vaux: «No se puede sacar ningún dato histórico o étnico de las menciones que la Biblia hace de los antiguos habitantes de Canaán, sino tal vez que esta población estaba mezclada [...]. Los israelitas eran conscientes de esta mezcla de razas, que a su llegada habría de aumentar».

1. LOS PUEBLOS DEL MAR Y LOS FILISTEOS

A partir del 1200 a.C. comienza claramente una nueva etapa cultural en todo el Próximo Oriente. Se la conoce con la denominación arqueológica de Edad del Hierro, pero tal nombre, como el resto de la terminología arqueológica, tiene solo un valor convencional. En primer lugar, porque la utilización de este metal es hasta cierto punto un factor secundario y no da cuenta de los cambios introducidos en la vida cultural y política de la zona; en segundo lugar, porque no es matemática la coincidencia de la nueva etapa con la producción y empleo sistemáticos del hierro.

Lo mismo que sucedía en épocas pasadas, el cambio de denominaciones arqueológicas no implica ahora una mutación real en el empleo de la materia prima con destino a la producción de utensilios. Así, por ejemplo, al comienzo de la Edad del Bronce se sigue utilizando el cobre como materia habitual de los instrumentos, y aun la piedra, mientras que el uso del bronce es restringido y solo se generaliza con el

tiempo. Este es el caso del hierro. Como metal, es de utilidad superior al bronce, pero su obtención conlleva varios problemas técnicos, siendo el más importante la necesidad de poseer hornos en que se llegue a temperaturas alrededor de los 2.000 °C. El mineral se mezclaba con carbón y era necesario el empleo de fuelles para acelerar el proceso. Así salía una masa esponjosa, que después se moldeaba a martillo. De ella se fabricaban en la fragua, también a martillo, los distintos utensilios y armas.

El hierro fue conocido en el Próximo Oriente durante todo el II milenio a.C. y era considerado como un metal precioso; pero no empezó a fabricarse para ser utilizado en usos normales hasta el final del siglo XIII a.C., si bien aún continuó siendo el bronce el metal más empleado. Los hititas de la época de su enfrentamiento con Egipto ya lo conocían y, después de la paz entre las dos potencias, hay testimonios que se refieren al suministro de este tipo de armas nuevas a Egipto, como una carta de Hattusil III a Ramsés II en la que se excusa por el retraso en su envío. A partir de los grandes movimientos de pueblos que se producen a finales del siglo XIII y comienzos del XII a.C., la utilización del hierro comienza a generalizarse, y así lo vemos en la misma Palestina, si bien es necesario insistir en que el uso del bronce en espadas y otros utensilios permanecerá todavía por mucho tiempo.

Este movimiento de pueblos, al que nos referimos, debe ocupar ahora nuestra atención, con el fin de situar el medio histórico en que se desenvuelve la vida del pueblo de Israel, que acaba ya de asentarse en las tierras de Palestina. Se trata de los «Pueblos del Mar», constituidos por un bloque étnico indoeuropeo de tipo protogriego, que se mueve en el Mediterráneo oriental a partir de Grecia y sus islas. Las consecuencias en la política y equilibrio de fuerzas de los Estados del Próximo Oriente es decisiva, pues son los Pueblos del Mar los responsables de la fulminante caída del Imperio hitita. Son ellos los que ponen en un serio aprieto a Egipto, que pierde para siempre sus colonias asiáticas, y quienes con su asiento definitivo en Palestina crean un nuevo elemento de tensión en el mosaico de pueblos de Tierra Santa.

Entre estos pueblos que arriban por el mar se citan distintos nombres que han sido asimilados a otros ya conocidos en la tradición helénica. Se trata de los aqueos, teucros, dánaos, sículos, sardos, tirsenos, li-

cios, y finalmente los filisteos. Aunque la identificación de los nombres es discutida en casos concretos, no puede negarse que el conjunto de pueblos que ahora se mueven por las costas orientales del Mediterráneo corresponde al mundo prehelénico, agitado por las primeras presiones de los dorios continentales, y de cuya existencia guardaba largas tradiciones la historiografía griega. Es la época heroica reflejada en la *Ilíada* y la *Odisea*.

La caída de Hatti tiene su preludio en la debilidad política que se desencadena en el Imperio a la muerte de Hattusil III, a la que contribuye también la presión externa de Asiria. Pero el enemigo más fuerte, de donde vendrá el golpe mortal en los tiempos de Suppiluliuma II, son los Pueblos del Mar, todo un complejo de tribus y gentes, algunas ya al parecer establecidas desde hacía algún tiempo en la zona occidental de Anatolia, pero cuya avalancha se incrementa con la llegada por mar de más y más gentes. El rey hitita solicitará el apoyo de la flota de Ugarit para hacer frente a un enemigo ya insuperable, mientras que el hambre hace estragos en el país. Todo será inútil. Ugarit en la costa siria, Tarso en el sur de Anatolia, las ciudades de la isla de Chipre, todas son incendiadas, y Hattusas cae en poder de sus adversarios, para no levantarse jamás.

A su vez, una parte de esos Pueblos del Mar se dirige a Egipto para apoderarse de la región del delta. Es el año 1175 a.C. y reina el faraón Ramsés III de la XX dinastía. Es cierto que unos años antes, en tiempos de Merneptah, ya se habían acercado algunos de estos invasores a las costas de Libia, desde donde, unidos a los libios, habían atacado a Egipto, pero el suceso no pasó de ser un episodio dramático más en la historia de aquellos días, que pudo, no obstante, ser conjurado por el ejército del faraón. Ahora la situación era más comprometida, porque también el poder egipcio había decrecido, tras una serie de crisis políticas y económicas. Los invasores venían en barcos de proa levantada en forma de cabeza de pato, mientras que otros llegaban por tierra y traían carros de bueyes con ruedas macizas, donde llevaban a sus mujeres e hijos. Los guerreros aparecen con un faldellín hasta la rodilla, decorado con franjas probablemente de colores y con borlas que cuelgan de la orla. Portan espadas y lanzas, así como una rodela de tamaño medio como escudo. Pero lo más característico es su tocado. Los filisteos tienen una especie de gorro muy vistoso —no parece que sea propiamente un

casco—, adornado con largas plumas enhiestas en cepillo, colocadas sobre una banda que recorre todo el perímetro. Otros de los pueblos combatientes llevan cascos adornados con cuernos. El faraón hizo representar su victoria sobre estos invasores en el templo de Medinet-Habu. Estas son sus palabras: «Los países extranjeros conspiraron en sus islas [...]. Con sus corazones llenos de confianza y seguridad [dijeron]: Nuestros propósitos triunfarán [...]. Yo organicé mi frontera en Djahi, preparé frente a ellos príncipes, comandantes de las guarniciones y *maryanu* [...]. Aquellos que llegaron a mi frontera, su simiente no existe ya, su corazón y su alma terminaron para siempre jamás. Aquellos que vinieron juntos por el mar, un ardiente fuego estuvo delante de ellos en las desembocaduras del río, mientras que una empalizada de lanzas les rodeó en la orilla. Fueron arrastrados, encerrados y derribados sobre la playa, muertos y amontonados uno sobre otro. Sus naves y sus bienes fueron como si hubiesen caído al agua».

Los filisteos, derrotados y expulsados de Egipto, se establecieron en la costa sur de Palestina, ocupando cinco antiguas ciudades (Gaza, Ashkelon, Ashdod, Gat y Ekrón), formando una federación, la «Pentápolis



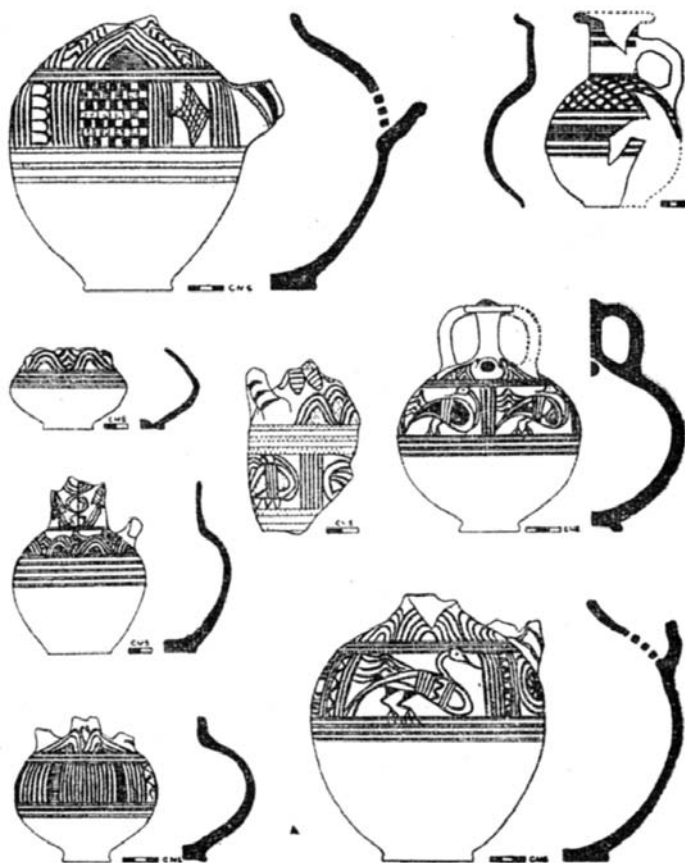
*Filisteos capturados
por el faraón Ramsés III,
hacia el 1175 a.C.
Templo de Medinet-Habu.*

filistea», regida por un consejo de príncipes. Desde el punto de vista arqueológico, estas gentes comienzan a fabricar un tipo de cerámica muy característico, que enseguida va a tener mucho éxito en Palestina. Es la llamada «cerámica filistea», inspirada en la chipriota e incluso en el tipo heládico tardío de Rodas. El color de la pasta es terroso y está decorada con pintura roja y negra, formando metopas con cisnes de cuello vuelto y motivos geométricos, especialmente espirales. Abundan las cráteras (grandes copas de doble asa) y un tipo de jarra con un pitorro alargado que lleva incluido un colador. Servía, al parecer, para escanciar la cerveza, la cual contenía aún grumos e impurezas, debido al carácter primitivo de su elaboración.

Las excavaciones arqueológicas nos han presentado una buena estratigrafía de Ashkelon, donde se ve el nivel de cenizas correspondiente a la toma de la ciudad cananea por los filisteos y la consiguiente reconstrucción de la misma por parte de estos en el Hierro I. También son esclarecedoras las excavaciones en Ekrón (Tell Miqne). Después de importantes ocupaciones en el Bronce Medio y Reciente, hay dos series de estratos del Hierro I (niveles 7-6 y 5-4). Durante el estrato 7, los filisteos construyeron la muralla. Poseía una puerta monumental con una torre de piedra. En el nivel 6, las recientes excavaciones allí realizadas han confirmado la existencia de un importante lugar de culto.

Al norte del territorio filisteo, también sobre la costa, debió instalarse algún otro de los Pueblos del Mar, concretamente el asimilado a los teucros (Tjekker), como se deduce de un documento egipcio, el papiro de Wen Amón, de principios del siglo XI a.C. En el se habla de los viajes de un funcionario del templo de Amón en Tebas, que fue a Líbano para obtener madera con destino a dicho templo. En su recorrido por mar hace escala en el puerto de Dor, situado en la costa palestina al sur del Carmelo. Dice: «Llegué a Dor, una ciudad de los Tjekker, y Beder su príncipe me hizo traer cincuenta panes, una medida de vino y una pierna de buey». Sin embargo, las excavaciones arqueológicas allí realizadas nos ofrecen muy escasas muestras de la llamada «cerámica filistea», lo que probaría que este tipo de vajilla no era común a otros Pueblos del Mar.

También la ciudad de Beth Shean, en el paso desde la costa al valle del Jordán, debió caer en manos de los Pueblos del Mar, probablemente de los sardos, los cuales formaban parte asimismo del conjunto que



Tipos de cerámica filistea con su particular decoración. Museo Rockefeller, Jerusalén.

atacó a Egipto. Algunos de estos sardos figuraban desde tiempos atrás como mercenarios al servicio de los egipcios e integraban la guarnición de Beth Shean. En esta ciudad ha aparecido también algo de cerámica filistea, así como un tipo de sarcófagos antropomorfos hechos de cerámica, que, aunque no son exclusivos de los filisteos, fueron en parte adoptados por estos en su territorio de la costa. Los de Beth Shean llevan en la cabeza el gorro de plumas filisteo. A su vez, la Biblia pone en relación esta ciudad con los príncipes filisteos de la Pentápolis, que allí precisamente colgaron de las murallas los cadáveres de Saúl y Jonatán, después que estos fueron derrotados y muertos en los cercanos montes de Gélboe (1 Sm 31,10).

Finalmente sabemos que los Pueblos del Mar ocuparon incluso alguna ciudad del valle del Jordán, concretamente Sukkot (Deir Allah) en Transjordania, donde han aparecido en sendos niveles cerámica filistea y tabletas con inscripciones que recuerdan al llamado «Linear A» de Creta.

Un análisis más detenido de todas estas evidencias y de otras que aquí ni siquiera hemos tocado nos permitiría comprobar que existen huellas en Palestina no solo de la presencia de más de un Pueblo del Mar, sino también de distintas etapas o momentos en los que estas gentes se han ido asentando a lo largo de un período que abarca los años finales del siglo XIII y los comienzos del XII a.C. Pero es evidente que para nuestro propósito basta con lo expuesto hasta aquí. Tan solo añadiremos, para concluir por donde hemos empezado, que los filisteos eran portadores ya de armas de hierro y que su uso, en cambio, estaba vedado a los pueblos de la montaña donde vivía Israel. Posiblemente un recuerdo de ello es el texto bíblico que dice: «Por entonces no se encontraba un herrero en tierra de Israel, porque el plan de los filisteos era que los hebreos no se forjaran espadas ni lanzas. Todos los israelitas tenían que bajar al país filisteo para aguzar su reja, su azada, su hacha y su hoz» (1 Sm 13,19-20). Sin embargo, hay que insistir, a la vez, en el uso continuado, aun en la zona filistea, de instrumentos de bronce, como atestigua la arqueología y recoge la propia tradición bíblica, que describe así al filisteo Goliat: «Llevaba un casco de bronce en la cabeza, una coraza de escamas de bronce [...], grebas de bronce en las piernas y una jabalina de bronce a la espalda; el asta de su lanza era como la percha de un tejedor y la punta de su lanza de hierro pesaba seiscientos siclos» (1 Sm 17,5-7).

2. EDOMITAS, MOABITAS Y AMMONITAS

En Transjordania, a la llegada de Israel y durante la primera etapa de su instalación en la tierra, vivían allí varios pueblos, de los que vamos a hablar a continuación. La Biblia hace una clara distinción entre pueblos emparentados con Israel, con los que este compartía buena parte de su cultura y hasta su lengua, procedentes también de la inmigración desde el desierto, y otros pueblos autóctonos, que permanecían asentados en la tierra desde antiguo. Los primeros son Edom, Moab y Ammón, y los segundos son los llamados por la Biblia «amorreos». Los edomitas eran conside-

rados descendientes de Esaú, el hermano mayor de Jacob. De los moabitas y ammonitas se decía que descendían de Lot, sobrino de Abraham. Con estos pueblos, que habían llegado antes que Israel, los israelitas guardaron consideraciones y, aunque a la larga las confrontaciones guerreras fueron inevitables, existió en principio un respeto mutuo. Israel pidió paso a Edom con estas palabras: «Iremos por la calzada. Si nosotros o nuestro ganado bebemos agua tuya, te lo pagaremos sin discutir. Déjanos pasar a pie. El respondió: No paséis. Y les salió al encuentro con numerosa tropa en son de guerra. Y como Edom se negó a dejar pasar a los israelitas por su territorio, ellos dieron un rodeo» (Nm 20,19-21). En cambio, con los amorreos Israel se muestra agresivo hasta destruirlos y apoderarse de su territorio: «Israel conquistó todas sus ciudades y se estableció en todas las ciudades amorreas, Heshbon y los pueblos de la comarca. Heshbon era la capital de Sihon, rey de los amorreos» (21,25-26).

Edom era un pueblo seminómada, dedicado al pastoreo, que ocupaba un territorio al sur del mar Muerto hasta Akaba, penetrando incluso en el Sinaí. Allí, al sur de Kadesh Barnea, estaba el famoso monte Seir, símbolo del país de Edom. Sus contactos con Egipto son conocidos desde la época de Ramsés II; incluso algunos de los beduinos edomitas, como hemos visto, fueron autorizados a traspasar la frontera egipcia con sus rebaños en tiempos de carestía, bajo el faraón Merneptah. Por su parte, los egipcios explotaban las minas de cobre de Timna y Feinán en las tierras edomitas de la cuenca del Arabá. Según la hipótesis de H. Cazelles, Aarón habría sido de origen edomita, y solo más tarde la tradición lo habría convertido en hermano de Moisés. En todo caso, los edomitas estaban establecidos en el sur de Transjordania a la llegada de Israel y constituían ya un reino antes que lo fuera Israel (Gn 36,31).

El asentamiento de Moab parece quizás algo más moderno que el de Edom, aunque también ya existía a la llegada de los israelitas. El pueblo moabita es más sedentario que Edom, combinando el pastoreo con la agricultura. En los siglos XII y XI a.C. tenían ya ciudades, como lo prueba la arqueología, y más concretamente las excavaciones de Tell Medeih en el alto Arnón, puesto fronterizo con el desierto, desde donde Moab defendía su territorio de las incursiones de los nómadas. Aquí se ve ya incluso el modelo de «casas de pilares», característico después del urbanismo de las ciudades israelitas.

Según un texto bíblico que recoge un viejo poema épico de la conquista (Nm 21,26-30), Moab había ocupado en un tiempo algunas ciudades situadas al norte del Arnón, como Heshbon, la cual, a la llegada de los israelitas, estaba en manos de los amorreos, cuyo rey Sihon se la había arrebatado al primer rey moabita. Con la derrota que los israelitas infligieron a Sihon, las ciudades de Heshbon y Dibón cayeron en su poder. Un texto egipcio de la época de Ramsés II habla también de las ciudades de Moab, entre las que cita a Dibón. No parece que los israelitas tuvieran choques armados con los moabitas en los días de su entrada en Palestina. Los dos episodios recogidos en el libro de los Números, la historia de Balán y la jornada de Baal Fegor, parecen adiciones de época algo posterior, y, en todo caso, no terminan en lucha abierta entre israelitas y moabitas. Más aún, cabría pensar que los tratos aludidos entre los dos pueblos suponen más bien un estrecho parentesco entre ambos y una rivalidad de carácter «familiar»: «Estando Israel en Sittin, el pueblo comenzó a prostituirse con las muchachas de Moab, que les invitaban a comer de los sacrificios de sus dioses...» (Nm 25,1-2). En época posterior, el parentesco entre Moab e Israel se verá resaltado por la figura de David, en cuya ascendencia había sangre moabita, como ilustra el libro de Rut y ponen también de manifiesto otros textos (1 Sm 22,3-4).

El choque, no obstante, fue inevitable en la época de los jueces, cuando el rey moabita Eglón ocupó el valle del Jordán apoderándose de Jericó. El «juez» Ehud expulsó a los moabitas del lado occidental del Jordán (Jue 3,29-30).

Los ammonitas no aparecen en la época de la conquista y su enfrentamiento con Israel tendrá lugar en tiempos de los jueces, cuando los israelitas establecidos en Galaad (la tribu de Makir-Manasés) chocarán inevitablemente por razones fronterizas, siendo estos conducidos por Jef-té. Los ammonitas eran gente asentada en ciudades, entre ellas Rabbath-Ammón, su capital, y con un rey a la cabeza, al menos en la época de su contacto con Israel. En el siglo XI a.C., Ammón es citado en los textos asirios. Los ammonitas fueron también atacados por Israel en los tiempos de Saúl.

Más al norte, en el Hauran, aparece por entonces otro pueblo que aún no tiene contactos directos con Israel. Son los arameos, tomado este término en sentido estricto, que formarán una serie de pequeños rei-

nos desde Damasco hasta el Éufrates. Se los ve ya claramente situados y asentados en las riberas de este río en un texto de Tiglat-pileser I, en el siglo XII a.C. No son, en cambio, definitivas las citas bíblicas de Aram referentes a esta época. Tal es el caso del juez Otoniel, que pudo luchar no contra los arameos, sino contra los edomitas, si es que debe cambiarse Aram (*'rm*) por Edom (*'dm*), lo que a veces ocurre, dada la similitud de las letras hebreas *res* y *dálet*.

3. ISRAEL EN LA TIERRA PROMETIDA

Los territorios de Palestina ocupados por Israel en la época del Hierro I, como ya hemos dicho, se reducían a las zonas montañosas y más pobres, mientras que los valles fértiles y los pasos estratégicos, donde se levantaban las grandes ciudades, estaban en poder de los cananeos. La montaña de Judá pertenecía a esta tribu, que ya en el extremo sur lindaba con el Negev, compartiendo su territorio con el de Simeón. Judá ocupaba la ciudad de Hebrón, pero Jerusalén y las ciudades que guardan el acceso desde la costa estaban en manos de los cananeos. Igualmente era israelita la montaña de Efraím, sobre la cual se levantaban las ciudades de Silo y de Siquem, de las que luego hablaremos. Las llanuras de la costa y el Carmelo, y la llanura de Yizreel o Esdrelón no pertenecían a Israel. En esa montaña vivían las tribus de Efraím y Manasés, mientras que Benjamín ocupaba la zona de transición entre Judá y Efraím, en torno a Jerusalén.

Ya nos hemos referido en el capítulo anterior a las investigaciones arqueológicas de Finkelstein sobre los asentamientos en la montaña, atribuidos a los primitivos israelitas del Hierro I. Pero si los trabajos de este arqueólogo y sus colaboradores han sido de gran interés para el conocimiento objetivo y la reconstrucción de tal momento histórico, no podemos decir lo mismo acerca de sus últimas interpretaciones y teorías en torno al origen del pueblo israelita. Para él y para N. Silberman, los asentamientos a que nos referimos serían debidos no a gentes que vienen del desierto oriental, varios de ellos al menos procedentes de Egipto, sino simplemente a cananeos, aunque de carácter seminómada, que habitaban junto a las ciudades, los cuales en tiempos de crisis económica buscaban asentamientos en la montaña recurriendo al tipo de vida preferentemente pastoril. Esto habría ya sucedido también en épocas

pasadas (Bronce Antiguo y Medio) y ahora se repetiría ante la crisis del final del Bronce Reciente, en los comienzos del Hierro. Dicen estos autores: «Los residentes de esos pueblos (de montaña) eran habitantes indígenas de Canaán que solo gradualmente fueron creando una identidad étnica que se podría calificar de israelita». Y en otro lugar puntualizan: «La mayoría de los israelitas no llegó de fuera de Canaán, sino que surgió de su interior. No hubo un éxodo masivo de Egipto. No hubo una conquista violenta de Canaán. La mayoría de las personas que formaron el primitivo Israel eran gente del lugar».

Más allá de las restricciones y salvedades que las propias palabras de los autores dan a entender, creemos que las ideas de los israelitas posteriores sobre su procedencia de los desiertos orientales, así como los recuerdos de su estancia en Egipto como pueblo sometido a la esclavitud, son tradiciones arraigadas en el pueblo, que difícilmente pueden tener otra explicación distinta a la de una realidad histórica, aunque, sin duda, mezclada con leyendas y epopeyas fantásticas.

Volviendo a lo que estábamos diciendo sobre la ubicación de las tribus israelitas, añadiremos que en los montes de Galilea se hallaban las tribus de Aser, Neftalí, Zabulón e Isacar, mientras que Dan, originario de la Sefela, se había establecido junto a las fuentes del Jordán. En Transjordania, la tribu Manasés-Makir ocupaba la región montañosa de Gilead o Galaad, mientras que al sur del Yabok se extendía el territorio de Gad, tribu que se supone no había venido de Egipto, sino que se hallaba allí asentada desde antiguo. La pretendida ocupación por Rubén de las tierras fértiles de la meseta de Mádaba fue reiteradamente contestada por la presión del propio Gad y, sobre todo, de Moab que reivindicaba territorios originariamente suyos.

Nada podemos decir, desde el punto de vista arqueológico, sobre Hebrón, puesto que no han podido realizarse allí excavaciones arqueológicas por motivos político-religiosos. En cambio, sí sabemos algo de Siló, que era el centro religioso de Israel en la época de los jueces. Corresponde a la localidad actual de Khirbet Seilún, y fue ya habitada en el Bronce Medio (MB IIB), cuando se construyó una importante muralla de 3,5 m de espesor, con su glacis. Aquella ciudad fue incendiada y sustituida más tarde, en el Bronce Reciente (LB IIA), por un nuevo complejo urbano, en el que juega ya un papel importante lo que se ha considerado como

un santuario, a juzgar por los hallazgos de ofrendas. Durante el Hierro I continúa la ciudad, que es destruida a mediados del siglo XI a.C. Debe tratarse del asalto de Siló a manos de los filisteos después de la batalla de Eben-Ezer, en la que cayó el Arca de la Alianza en poder enemigo.

Respecto a Siquem (Tell Balatah), la gran ciudad debió pasar pacíficamente (por un pacto) a los israelitas, puesto que no hay rastros de incendio o destrucción, acorde con el libro de Josué, que no habla de asaltos a la ciudad. Ahora bien, ya en el Hierro I (siglo XII a.C.) existen en ella las huellas de una destrucción, debida sin duda a las guerras en la época de los jueces, en tiempo de Abimelec (Jue 9,45). Por lo demás, la arqueología ha mostrado el templo-fortaleza de que habla la Biblia y al que llama Baal-Berith (9,46ss), así como las murallas y las puertas de que también se habla, y que eran de la Edad del Bronce, aún en uso en el Hierro I. La ciudad, junto a los montes Ebal y Garizim, fue muy importante para la tradición israelita, pues allí tuvo lugar el llamado «pacto de Siquem» entre las tribus y Yahveh.

Existen también otras ciudades israelitas, cuyos restos nos son conocidos por la arqueología. Por ejemplo, citemos Beth Shemesh en la Sefela, en cuyo estrato III, correspondiente al Hierro I, se reparó la muralla, siendo de destacar la presencia entonces de abundante cerámica filisteá en la ciudad, lo que demuestra sus contactos con aquella Pentápolis. Esto era de esperar, dada su situación fronteriza y las alusiones bíblicas al respecto (1 Sm 7,12ss). Otra es Gibeah de Saúl (Tell el-Ful), al norte de Jerusalén, cuya ciudadela conserva un sistema defensivo de la época de Saúl (finales del siglo XI a.C.) con muros de casamatas y torres en los ángulos. Citemos finalmente a Betel, donde se ven las huellas de un incendio a finales del siglo XIII a.C., que se corresponde con el ocaso de la ciudad del Bronce Reciente y el comienzo, a partir de entonces, de un establecimiento israelita muy pobre del Hierro I.

El caso de la ciudad de Dan (Tel Dan) es verdaderamente especial. Según el resultado de las excavaciones allí realizadas, se trata de una ciudad próspera en la edad del Bronce, llamada Lais, conocida por los textos egipcios y de Mari, que al final del siglo XIII y comienzos del XII a.C. cae en una extrema postración, convertida en poco más de una aldea, donde vive una población seminómada que edifica unas cabañas con silos (estrato V). Es, sin duda, la Dan israelita, o, para ser más exactos, «El campo de

Dan», como le llama con un expresivo nombre la Biblia. Queda así ilustrado el pasaje de Jue 18, que narra la conquista de Lais a manos de los danitas, procedentes de la montaña de Efraím, y su establecimiento definitivo en ella. Solo con el tiempo, cuando los israelitas vayan progresivamente «civilizándose» (en su sentido etimológico), Dan se irá transformando en una ciudad importante, tal y como después la veremos en el Hierro II.

Entre las ciudades no israelitas hay que destacar, en primer término, a Jerusalén, conocida también como Jebus, por ser los jebuseos sus habitantes. Se alzaba sobre la colina del Ofel, y las murallas del Bronce Medio todavía estaban en uso en esta época. Como obra espectacular hay que señalar el sistema de aprovisionamiento de agua para la ciudad, que se hacía mediante lo que hoy se llama pozos de Warren. Los jebuseos habían realizado una colosal obra de conducción subterránea, tallada en la roca, desde la fuente de Gihon que está sobre el Cedrón, extramuros de la ciudad, conducción que permitía embalsar el agua hacia el interior de la población. Una escalera daba acceso al pozo del que podía extraerse el agua sin peligro alguno, aun cuando un enemigo cercara la ciudad y, por tanto, la fuente misma no fuera accesible. Sirviéndose de este conducto, David y su gente habrían penetrado por sorpresa en Jerusalén para apoderarse de ella (2 Sm 5,8), aunque existen varias interpretaciones y discusiones entre los estudiosos actuales, tanto sobre el texto bíblico en cuestión, como sobre la propia viabilidad de poder deslizarse a través de tal conducto. Otra ciudad, acaso dependiente o al menos aliada de Jerusalén, que en la montaña mantuvo su independencia de Israel, era Gabaón (El Jib), donde se hicieron obras hidráulicas de gran envergadura. Un enorme pozo de 11 m de diámetro, al que se descende por una escalera en espiral apoyada a las paredes del mismo, da acceso, tras 79 peldaños tallados en la roca, a una zona donde filtraba el agua procedente de una fuente extramuros. El pozo espectacular es citado en la Biblia (2 Sm 2,13). Probablemente de esta época data la construcción de una colosal muralla de hasta 3,5 m de espesor.

A la entrada de la llanura de Yizreel, Megiddo, como otras grandes ciudades cananeas, permaneció libre de la presencia de los israelitas habitantes de la montaña. Al período Hierro I corresponde plenamente el nivel VII-A de la estratigrafía del tell. Durante él, sigue la utilización de numerosas estructuras urbanas del Bronce Reciente. Se construyó el pa-

lacio del área AA (en el norte del tell, junto a la puerta), en una de cuyas dependencias apareció una rica colección de marfiles artísticos, principalmente placas. También siguió usándose allí la gran puerta de la ciudad, que es de triple tenaza. En el este del tell (área BB) se reconstruyó el templo del Bronce Reciente. Es un edificio cuadrangular, de única sala, con la puerta en el norte flanqueada por dos torres y un nicho en la pared del fondo, con una plataforma delante, a la que se accedía por escaleras. El espacio interior de la sala es de 11,5 x 9,6 m. Otros edificios excavados en distintas partes del tell han sido también atribuidos a esta época. La ciudad fue destruida hacia mediados del siglo XII a.C., acaso en una invasión de los Pueblos del Mar. Después llevó una vida pobre (estrato VI-B), pero volvió de nuevo a resurgir en la segunda mitad del siglo XI a.C., al parecer ocupada por los filisteos. Entonces se reconstruyó la puerta, reduciéndose en tamaño y con solo dos cámaras, una a cada lado. Una nueva destrucción al final de este estrato VI-A podría relacionarse con una supuesta conquista de David.

Otras ciudades cananeas siguieron sin ser controladas por Israel. Es el caso de la ciudad fenicia de Akko, al norte de la bahía de Haifa, lo mismo que Tell Keisan (niveles 12-9), que acusa entonces un cierto desarrollo urbano, o el puerto fenicio de Tell Abu Hawam (nivel IV) en la misma Haifa.

A pesar de las victorias y pactos de los israelitas con los pueblos cananeos de finales del siglo XIII a.C. en el momento de la «conquista», en el siglo XII continuaban aún los conflictos, lo que se refleja principalmente en el libro de los Jueces, capítulos 4 y 5, al narrar la victoria de las tribus israelitas del norte contra Sísara. Parece que la alusión a Yabín, rey de Hazor, es una interpolación secundaria en el relato, confundiendo la victoria de las tribus de Neftalí y Zabulón un siglo antes, cuando la conquista de Hazor, con los actuales acontecimientos en los que también participan estas tribus junto con otras (Isacar, Makir, Efraím y Benjamín) en la lucha contra los príncipes cananeos. Se ha dicho que Sísara podría ser un jefe de los Pueblos del Mar, a juzgar por ciertos indicios filológicos de su nombre y del lugar de donde procede: Haroset ha-Goyim; en todo caso, el texto bíblico habla de los cananeos y, fueran o no una confederación de pueblos cananeos y «del Mar», el hecho es que se trataba de las ciudades de la llanura que se resistían a los empu-

jes de las gentes de la montaña. La batalla, en la que salieron vencedores los israelitas con Barac y Débora como caudillos, tuvo lugar en Ta'anac, junto a las aguas de Megiddo o torrente Quisón (Jue 5,19.21), y si ello no implicó la conquista de ambas ciudades, ni de ninguna otra, hizo al menos respetar la presencia israelita en el rico valle, con todas sus implicaciones políticas y hasta económicas.

La Biblia nos recuerda también la lucha continua y agotadora de Israel con otros pueblos del llano, los filisteos, de los que ya hemos hablado. Baste recordar los episodios de la historia de Sansón, que se desarrollan en las ciudades filisteas de Timna y Gaza. La batalla de Eben-Ezer, en la que Israel perdió el Arca de la Alianza, probablemente tuvo lugar en el paso obligado entre las llanuras norte y sur de la costa, es decir, los llanos de Sharon y la Filistaea propiamente dicha. Allí estaba la importante ciudad de Afek en poder de los filisteos, y frente a ella Izbet Sartah, justo al comienzo de la zona montañosa, que fue un poblado israelita del Hierro I y donde, al parecer, estaba acampado el ejército de Israel. Citemos asimismo la batalla de Michmash (hoy Mukjmas en la montaña de Efraím), ya en tiempos de Saúl, o la del valle del Terebinto (Elah) entre Socoh y Azekah, en la bajada desde Belén a la llanura filisteas, o finalmente la célebre batalla de los montes de Gélboe, asomándose a la llanura de Yizreel, donde Israel fue derrotado y Saúl se quitó la vida.

Además de las otras luchas ya aludidas de Israel contra Edom, Moab y Ammón, hay que recordar el pavor sembrado en todo el país por las hordas de beduinos con camellos, procedentes de Arabia, los madianitas, que invadieron Transjordania y pasaron al lado occidental del Jordán en tiempos de Gedeón, y cómo fueron derrotados por una confederación de tribus israelitas junto al monte de Moreh en la llanura de Yizreel. La Biblia nos lo describe así: «No dejaban nada con vida en Israel, ni oveja, ni buey, ni asno; porque venían con sus rebaños y sus tiendas, numerosos como langostas, hombres y camellos sin número, e invadían la comarca, asolándola» (Jue 6,4-5).

Otros beduinos, que molestaban con sus incursiones a Israel, eran los amalecitas, citados juntamente con los madianitas en este pasaje, y que vivían en el Negev. Fueron derrotados por Saúl, aunque todavía hacían incursiones en los tiempos en que David habitaba en Sicileg (Zikleg), cerca de Beersheva.

7

Jerusalén, capital del nuevo Estado

El Hierro IIA

Jerusalén ocupa una posición particularmente estratégica en la tierra de Palestina. Está en la montaña de Cisjordania, por lo que no se encuentra propiamente en la ruta de las principales vías internacionales de comunicación. Pero, dentro de este territorio montañoso, se halla en la vía que lo recorre de norte a sur. Y no solo eso, Jerusalén está al término del más importante ramal que enlaza la *Via Maris* con la montaña. En efecto, la subida hacia esta encuentra a la altura de Jerusalén al menos tres caminos naturales siguiendo los estrechos valles de Bet Horon, Abu Gosh y Soreq, partiendo de Gezer como punto clave y cruce de caminos.

Jerusalén, además, se halla en los confines mutuos de las tribus de Benjamín y Judá. Así se explica que, durante la primera etapa de la historia de Israel, fuera «una tierra de nadie», o, por mejor decir, un territorio propiedad de los jebuseos, que al margen de los israelitas dominaban el punto clave de acceso desde la *Via Maris* a la montaña y el enlace que aseguraba la conexión entre las tribus montañosas del norte y del sur.

En el esquema político de un Estado israelita fuerte y bien organizado, tal y como debió plantearlo David, no podía faltar la posesión de esa plaza fuerte, tanto más cuanto que servía de vínculo natural para crear una monarquía unida, un único pueblo de Israel frente a la tendencia disgregadora que, como una constante histórica, le ha impulsado siempre a dividirse en dos naciones (Judá e Israel).

Pero es que, además, un rey que, al ser originario de una tribu, aspiraba a gobernar a todo el pueblo, tenía que crearse su propio territorio real al margen de la división tribal. David desde la judaíta Hebrón nunca hubiera podido ser el verdadero rey de Israel. El rey tenía que poseer su ciudad, su santuario y su ejército propios, aparte del resto de las ciudades israelitas, de todos los santuarios y de la posibilidad de llamar

a filas a los mozos de las distintas tribus cuando la necesidad obligara (2 Sm 6,1; 12,29; etc.). La ciudad real sería Jerusalén; el santuario, el futuro Templo de Salomón; y el ejército mercenario o guardia pretoriana, los quereteos y peleteos (2 Sm 8,18; 15,18; 1 Re 1,38.44; etc.), probablemente de origen filisteo.

1. LA CIUDAD DE DAVID

Jerusalén, en la línea de cumbres de la montaña, era una fortaleza prácticamente inexpugnable, dada la naturaleza del terreno y el lugar privilegiado en donde había sido levantada. Rodeada de profundos barrancos por todas partes, salvo por el norte, Jerusalén fue en un principio y siguió siéndolo a lo largo de la historia una ciudad bien defendida, que ha podido aguantar prolongados asedios por parte de los ejércitos invasores. En efecto, la antigua ciudad estaba edificada sobre una colina alargada y estrecha, que suele ser conocida con el nombre de Ofel (si bien este originariamente solo designaba su parte norte). Por el levante se abre a sus pies el profundo barranco del Cedrón (el «valle de Josafat»). Por el mediodía, si bien la colina desciende gradualmente en altura, está la confluencia de los barrancos Cedrón y Tyropeon. Por el poniente, este último valle. Todas estas gargantas fueron, en los tiempos de la primitiva Jerusalén, mucho más profundas que hoy en día, cuyo lecho ha sido rellenado por derrubios acumulados al cabo de los siglos. Solo por el norte, la ciudad presentaba problemas de defensa, por el hecho de que las alturas contiguas estaban muy cercanas, dominaban la ciudad y no había barranco de separación; este entonces era una suave vaguada, y hoy nada en absoluto.

Las condiciones climáticas de Jerusalén permiten en principio y con la debida previsión solucionar el problema del abastecimiento de agua mediante la construcción de cisternas excavadas en la roca, que sirvan para reunir el agua procedente de la lluvia, que es copiosa en los meses de invierno. Esta técnica ha sido practicada con éxito en la ciudad a lo largo de toda su historia. Pero, además, Jerusalén posee dos fuentes de aguas abundantes y permanentes, que se llaman Gihon y Rogel, la primera en la ladera de la ciudad que mira al Cedrón, y la segunda, al sur

de la ciudad, ya en el valle, junto a la confluencia de los wadis Cedrón e Hinnom. En tiempos de paz no había ningún problema para utilizar estas fuentes, pero en momentos de asedio Rogel era impracticable. Para servirse del agua de Gihon, ya antes de que la ciudad fuera conquistada por David, se hicieron las obras hidráulicas reseñadas en el capítulo anterior, que, con el tiempo, resultarían mucho más perfectas y complejas, como veremos en su momento.

Como ya hemos indicado, la ciudad viene siendo habitada desde el Bronce Antiguo, pero es en el Bronce Medio cuando se construyó el recinto amurallado que iba a servir de base al resto de las defensas allí construidas, las cuales han pervivido hasta la época herodiana. También nos hemos referido al hecho de que Jerusalén aparece reiteradamente en la correspondencia de El-Amarna, que incluso cita el nombre de su rey, Abdi-Heba. La Biblia habla de otro rey posterior llamado Adonisc (Jos 10,1ss; Jue 1,5-7).

Aunque en Jueces 1,8 hay una referencia a la toma de la ciudad por los israelitas en época temprana, la conquista a manos de David está bien testificada en la Biblia, y en el propio libro de Josué se dice: «Pero la tribu de Judá no pudo expulsar a los jebuseos que habitaban Jerusalén, por eso han seguido viviendo en Jerusalén, en medio de Judá, hasta hoy» (Jos 15,63). Así, pues, el pueblo que en ella habitaba era el de los jebuseos, que a veces son llamados amorreos (Jos 10,6.12), nombre común a los habitantes preisraelitas de la montaña, y otras veces, fereceos (Jue 1,5) e incluso hititas (Ez 16,3). Pero ya hemos visto el valor puramente convencional de estos términos, que aluden más bien a los cananeos que no viven en los amplios valles.

La ciudad conquistada por David tenía de extensión unas 6 ha. Sus casas bajas y apiñadas caían por las laderas hasta las murallas, que probablemente ejercían también el papel de muros de contención. Cabe pensar que su aspecto era similar al del actual pueblo árabe de Silwan, al otro lado del Cedrón, levantado sobre la colina llamada «monte del Escándalo». Sobresalía la acrópolis en la parte más alta hacia el norte, donde se hallaba el palacio del rey, ampliado por David. Se conserva perfectamente el basamento de esta acrópolis, consistente en un talud de piedras, que en la época davídica tomó la forma de una especie de escalera de enorme pendiente.

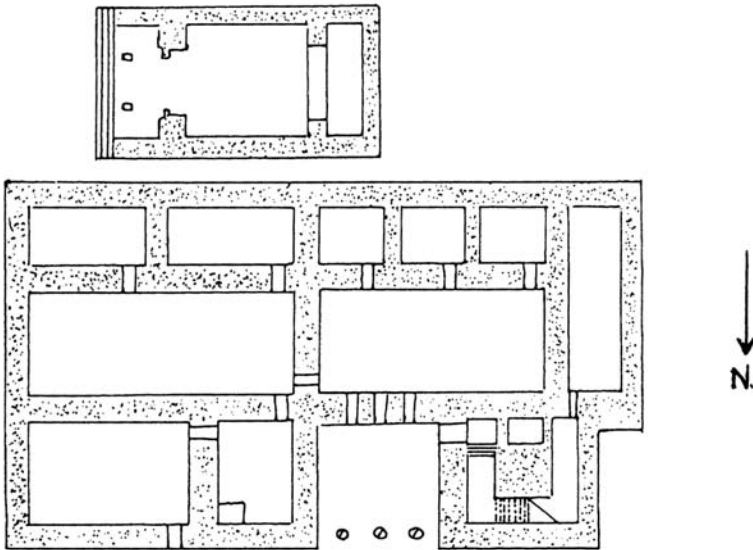
En tiempos de Salomón, la ciudad fue notablemente ampliada hacia el norte, y llegó a ocupar la cima que corresponde a la explanada del templo. Allí se edificó en primer término el palacio de Salomón, compuesto de cuatro cuerpos principales: la «Sala de las columnas», que daba acceso al gran patio central; la «Sala del trono», que comunicaba directamente con el «Palacio» propiamente dicho o residencia real, y la casa llamada «Bosque del Líbano», donde se guardaban los tesoros reales. Nada se conserva, desde el punto de vista arqueológico, de este conjunto monumental de estancias, cuyos nombres y descripción solo pueden obtenerse a través de los textos bíblicos, si bien el descubrimiento de palacios en otras ciudades puede ilustrarnos acerca de su carácter. Este es el caso del palacio de Sendchirli en Siria.

Respecto al templo que se hallaba a continuación, a juzgar por ciertas tradiciones recogidas en la Biblia (2 Sm 24,18-25; 1 Cr 21,18-22,1), cabe pensar que ocupaba lo que fue ya en tiempos de David un antiguo santuario extramuros, situado en la cota más alta y pedrada del monte, justo donde hoy se encuentra la mezquita de Omar. Otra tradición judía más moderna identifica este lugar con el Moriah del sacrificio de Abraham (2 Cr 3,1; cf. Gn 22,2). Nada se conserva del templo salomónico destruido hasta sus cimientos, no tanto por los incendios y las guerras, cuanto por la obra del propio Herodes al construir su nuevo templo. Podemos, no obstante, darnos una idea de sus dimensiones, ciertamente mucho más modestas que la construcción de este último rey, que duplicó el área de la explanada y la dedicó en exclusiva al templo. El templo propiamente dicho era un edificio rectangular dividido en tres estancias: La primera, *ulam* o pórtico, tenía a su entrada dos grandes columnas. La segunda estancia era el *hekal* o santuario, nave con ventanas en lo alto. Suelo y techo eran de madera y las paredes estaban recubiertas de plachas de cedro decoradas con relieves de querubines, palmetas y flores, al estilo de los motivos de marfil que conocemos por las excavaciones de Arslan, Tash, Megiddo y Samaría. Aquí se hallaba la mesa de los panes y el altar de los perfumes, así como diez candelabros. Más allá, en el fondo, se encontraba la tercera estancia, llamada *debir*, el «santo de los santos», de dimensiones más reducidas y sin ventanas, al que probablemente se accedía a través de unas escaleras, y en cuyo interior se hallaba el Arca de la Alianza entre querubines. Solo el sumo sacerdote entraba en este lugar santísimo una

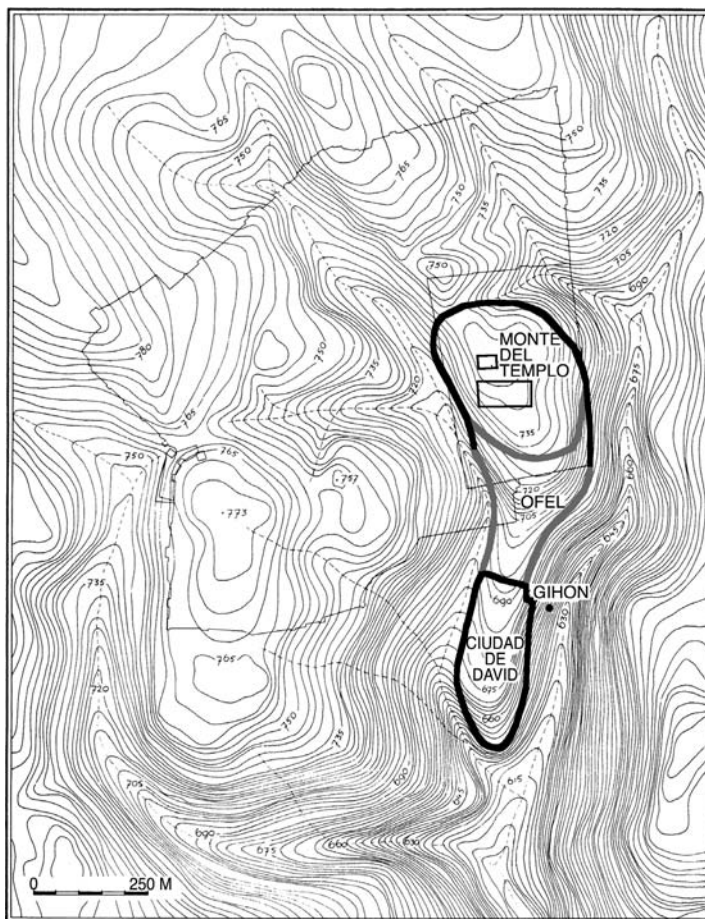
sola vez al año. El edificio estaba orientado de este a oeste, y en el patio exterior es donde se hallaba el altar de los sacrificios y el «mar de bronce» o gran cubeta de 5 m de diámetro, sostenida por doce esculturas de toros.

Para unir el monte del templo y la ciudad de David se realizaron obras de ingeniería, consistentes en rellenos, a los que alude la Biblia con el nombre de Milo (1 Re 9,15.24; 11,27). Sin embargo, hoy en día algunos piensan que las obras del Milo podrían referirse a los terraplenes en el interior de la muralla para reconstruir el caserío de la ciudad sobre la fuerte pendiente oriental.

El modelo del templo de Jerusalén responde a una larga tradición palestino-fenicia. Se ha querido ver sus precedentes en los santuarios prehistóricos de Jericó (Natufiense) y En-Gedi (Calcolítico); pero ciertamente el modelo está formado con toda claridad en los templos del Bronce Antiguo, como el de 'Ai, y sobre todo en los del Bronce Medio, como los de Naharina y Megiddo, y en los del Bronce Reciente, como es el caso de los templos de Lakhish, Siquem, Hazor, Beth Shean, etc. Fuera de Palestina, hay que citar, entre otros, el templo de Tell Tainat, al oeste de Aleppo, casi contemporáneo del de Jerusalén.



Palacio y templo de Tell Tainat en Siria. Tratan de ilustrar la estructura y situación del palacio y templo de Jerusalén en los tiempos de Salomón.



La Ciudad Santa en los primeros tiempos de la monarquía judaíta.

Si bien el templo de Jerusalén se entronca claramente con la tradición ritual cananea, no solo en su concepción arquitectónica, funcional y ornamental, sino también en los objetos de culto (altares, etc.), introduce, por otra parte, elementos al parecer ajenos a la cultura cananea, como el Arca de la Alianza, que Israel trae consigo desde su peregrinación por el desierto, y prescinde, a su vez, de otros elementos tan característicos como las *massebot* o grandes estelas de piedra que vemos en los santuarios cananeos, por ejemplo los de Gezer y Siquem. Esta actitud ante la *massebah* resulta curiosa, pues la tradición hebrea reconocía su valor sagrado en la época de los patriarcas (Gn 28,18-19; 35,14-15). Por supuesto que queda descartada la representación humana del dios (ído-

lo), reiteradamente condenada en la religión mosaica, y los sacrificios humanos infantiles, cuyo rechazo está contenido en la historia de Abraham, a quien Dios le impide en el último momento sacrificar a su hijo Isaac, dejando que le sustituya por un carnero, escena que, no sin especial intención, la tradición judía localiza en el mismo lugar donde se levantó el templo de Jerusalén.

2. OTRAS CIUDADES RECONSTRUIDAS POR SALOMÓN

En estos últimos años se ha cuestionado, por parte de algunos estudiosos extremistas, la historicidad de todo lo que se refiere a este período de la historia de Israel, conocido como la Monarquía Unificada, afirmando que entonces Jerusalén era poco más que una aldea, y a veces poniendo en duda la propia existencia de los monarcas David y Salomón. Sin embargo, tan radicales teorías han venido a coincidir paradójicamente con el descubrimiento, en las ruinas de la ciudad norteña de Dan, de una inscripción en arameo del siglo IX a.C., en la cual se cita al rey judaíta Ococías, llamándole descendiente de David («de la casa de David»), con lo que queda confirmada la existencia de este rey en Jerusalén, a través de un documento extrabíblico.

Respecto a la importancia de Jerusalén, resultan inadmisibles tales teorías, tanto desde el punto de vista histórico como arqueológico. La ciudad, como hemos visto, era conocida y citada por textos egipcios teniéndola como una plaza importante, y las excavaciones en Jerusalén han puesto a la vista las murallas del Bronce Medio todavía en uso durante esta etapa, así como las obras hidráulicas para el abastecimiento de agua, todo lo que significa que se trataba de una plaza fuerte de importancia considerable.

Otra cuestión es que, en efecto, la literatura bíblica posterior, concretamente la llamada «Historia Deuteronomista», contenida en el libro de los Reyes, haya exagerado y mitificado el poderío político y la magnificencia de las grandes construcciones de la época davídico-salomónica, debiendo por nuestra parte atenuar un poco y restringir el valor histórico de muchas de las afirmaciones allí registradas.

Así pues, David no solo debió tomar Jerusalén, sino el resto de las ciudades cananeas del territorio en que vivía Israel. En este sentido fue el verdadero creador del Estado de Israel, afincado sobre una ciudad-

capital (Jerusalén) y una larga serie de ciudades y aldeas extendidas por una tierra con fronteras precisas. En ese Estado vivía y dominaba políticamente el pueblo de Israel, cuya tradicional división por tribus aún seguía subsistiendo, pero con él convivían otras gentes –los cananeos– que intentaban asimilarse e integrarse en el nuevo Estado israelita.

Salomón dio forma política al Estado, tratando de superar en lo posible la antigua territorialidad de las tribus, con una nueva división integrada por 12 distritos (1 Re 4,7-19), además de Judá, al frente de los cuales puso gobernadores. Aún se mantenía para ciertos distritos el nombre de algunas tribus, como Efraím, Neftalí, Aser, Isacar, Benjamín y Gad, pero el resto fue sustituido por el nombre de las principales ciudades, algunas de ellas conquistadas recientemente a los cananeos, como Dor, Megiddo, Ta'anac, Beth Shean...

La Biblia insiste reiteradamente en presentar como gran constructor la figura del rey Salomón. La arqueología nos había puesto bien de manifiesto este carácter, ofreciéndonos incluso ciertos elementos arquitectónicos típicos del estilo salomónico, como los muros de casamatas (doble lienzo de muralla con estancias en el interior), las puertas de cuádruple tenaza (con tres cámaras a cada lado), los capiteles protoeólicos, con sendas volutas (como tendrán después los jónicos), cuyo uso persistirá aún en las construcciones del país durante algún tiempo, y finalmente el empleo de paramentos en buena sillería al estilo fenicio (a sogá y tizón). Pero hoy existen también indicios de que algunos de tales elementos podrían ser situados cronológicamente en fechas inmediatamente posteriores a la época de Salomón.

Por todo el país se ven restos que habrían de atribuirse a la actividad constructora del rey. Pero hubo tres ciudades, las más estratégicas, que fueron objeto de especial atención por parte de Salomón, como se dice expresamente en la Biblia (1 Re 9,15-17). Se trataba de Gezer, Megiddo y Hazor. Ya hemos hablado repetidas veces de las tres, situadas en los puntos más estratégicos de la *Vía Maris*: Gezer, al pie de la Sefela, guardando el paso hacia la montaña de Judá; Megiddo, como clave del acceso a la gran llanura de Yizreel; y Hazor, última plaza antes de abandonar el territorio de Palestina camino de Damasco.

Gezer no fue conquistada por David, sino cedida por el faraón al rey Salomón en concepto de dote para su hija y esposa del rey de Israel.



Vista aérea de las ruinas excavadas en la estratégica ciudad de Megiddo, Israel.

La fortificación salomónica consistió en un reforzamiento por el sur del llamado recinto interior, con un muro de casamatas y una típica puerta de cuádruple tenaza, flanqueada por dos torres y precedida en el exterior por una vía de acceso encajonado en sentido oblicuo. Es probable que entonces se realizaran también las importantes obras hidráulicas que permitieron llegar al manantial desde el interior de la ciudad a través de un túnel, de acuerdo con un modelo bien conocido en otras ciudades, como Jerusalén, Gabaón, Megiddo y Hazor. La ocupación de que hablamos corresponde al estrato VIII.

En Megiddo, el Hierro IIA, que coincide con el período que ahora estudiamos, corresponde a los estratos VA-IVB. En la muralla norte se construyó una puerta casi idéntica a la de Gezer, con cuádruple tenaza y acceso exterior encajonado en sentido oblicuo. El muro de casamatas se conserva bien en el ángulo nordeste de la muralla, en el que se levanta un palacio. Hay igualmente otro, de 23 x 21 m, con un patio central, apoyado en la muralla sur, y, no lejos de él, un tercer edificio importante, probablemente destinado a centro administrativo. También pertenece a esta época una galería al oeste, construida como primer acceso a la



Detalle de las ruinas de la importante ciudad de Hazor, en el norte del país.

fuente extramuros, si bien las grandes obras hidráulicas de Megiddo pertenecen al período inmediatamente posterior, como luego veremos.

Citemos finalmente a Hazor, ahora convertida de nuevo en una gran ciudad, aunque restringida al perímetro de la llamada «ciudad alta». Nos referimos al estrato X, que corresponde a la segunda mitad del siglo X a.C. Recuérdese que la cronología atribuida a los reyes David y Salomón es 1004-965 a.C. y 965-928 a.C. respectivamente. El estrato X pertenece, pues, a la época de Salomón, al igual que los estratos aludidos de Megiddo y Gezer. Aquí volvemos a tener la puerta de cuádruple tenaza con torres, aunque sin acceso exterior encajonado, e igualmente aparece el típico muro de casamatas.

Respecto a la cerámica de este período, hay que señalar un tipo de color rojo oscuro, con engobe a mano, que en algunos aspectos puede recordar a la de la Edad del Bronce. También se da otro tipo de cerámica, conocida como chipriota-fenicia de color rojizo y pintura negra.

3. FRONTERAS CASI IMPERIALES

La etapa que nos ocupa constituiría el momento de mayor esplendor de toda la historia de Israel. El rey David fue un hombre de guerra, que no solo consolidó y unificó el propio país, sino que conquistó y controló los países vecinos, llegando a formar su pequeño imperio, aprovechándose de que las grandes potencias del Próximo Oriente pasaban por un momento de crisis. En efecto, derrotó a los filisteos, que, en un ya tardío intento de frenar al nuevo poder, habían atacado Jerusalén subiendo por los valles de Rephaím y Elah y conquistado la propia plaza de Belén. A partir de entonces, la Pentápolis filistea quedó como una especie de protectorado israelita. Por el oriente atacó a Moab y lo venció, y de ahí pasó a Edom, a quien también atacó desde el Negev, sometiendo todo el territorio hasta el golfo de Akaba. Ammón se resistió algo más, hasta que al fin su capital Rabbath-Ammón cayó en manos de David. Todos estos Estados quedaron reducidos a sus límites mínimos y sometidos a Israel, mientras que los territorios transjordanos israelitas se vieron generosamente ampliados y pacíficamente poseídos desde Ashtaroth en el norte en tierra de Basán, hasta Aroer en el sur al borde de la garganta del Arnón.

Pero no terminó ahí el imperialismo de David. Su ambición le llevó a controlar por Israel prácticamente todo lo que en un tiempo habían sido las posesiones del Imperio Egipcio en Asia. Se sospecha que la antigua frontera egipcia, que separaba su imperio del de los hititas, llegaba por el norte hasta más allá de Biblos y se extendía por Siria hasta Lebo-Hammath (Lebweh), incluyendo toda la región de Damasco y del Haurán. Esta es la frontera que aparece descrita en Nm 34,1-2. Pues bien, todo esto, salvo las ciudades fenicias de la costa, que David respetó como aliadas, cayó bajo el control y «protectorado» de Israel, a lo que David añadió Transjordania, que no formaba parte de la provincia egipcia. Israel sometió a los reyes arameos de Soba y Hammath y se apoderó de Damasco (2 Sm 8). Y, por si esto fuera poco, emprendió una ulterior campaña contra Hadadezer, derrotándole y llegando con sus tropas victoriosas hasta el Éufrates en Tiphseh y la confluencia del Balih (1 Re 5,4).

Salomón, rey pacífico, trató únicamente de consolidar las fronteras del Imperio que le había legado su padre. Para ello realizó una serie de obras destinadas a fortificar esas fronteras, al menos en la zona que más afectaba a la integridad de Israel, pues en el lejano territorio sirio fue

perdiéndose progresivamente el control (1 Re 11,23-25). Así, sabemos que uno de los puestos clave fue Kadesh Barnea en la frontera de Egipto. Allí se edificó una fortaleza de forma oval de 27 m de eje mayor, con la típica muralla de casamatas y un patio central. El espesor del muro sobrepasa un metro. Cerca de la fortaleza, al oeste, había un poblado, al parecer no muy grande, aunque sí de buena traza.

En realidad, las fortalezas salomónicas se extienden por todo el Negev, sin duda con objeto de asegurar no solo las fronteras con Egipto, sino principalmente contra los beduinos del desierto, incluyendo los edomitas, de cuya rebelión en época salomónica hay testimonio directo en la Biblia (1 Re 11,14-22). Su misión debió ser también proteger las caravanas comerciales. La zona, donde se ha localizado mayor número de fortalezas, es una línea que desde el suroeste del mar Muerto atraviesa el territorio hasta Kadesh. Citemos, entre otras, Mesad Nahal Boqer, cerca de Yerohoam, de planta cuadrada y muros de casamatas; Mesad Nahal Sin, cerca de Advat, también rectangular (18 x 14 m), con muros de casamatas y patio central; Mesud Har Hemet, cerca de Rosh Horesha, de planta oval, con una torre y poblado contiguo; no lejos de ella, Mesudat Sirapat, en este caso de planta rectangular; Mesad Nahal Los, más al sur, de planta oval y con dos patios; Ain Kedeis, cerca de Kadesh Barnea (Ain el-Qudeirat), ya descrita, también en este caso de planta oval, etc. En cambio, la fortaleza y templo de Arad, que había sido considerada hasta ahora como salomónica, es recientemente atribuida al siglo VIII a.C.

La Biblia hace referencia a este sistema de defensa en el Negev al citar las ciudades de Balaat y Tamar en el desierto (1 Re 9,18), la segunda de las cuales es mencionada también en fuentes de época romana y parece corresponder a Hazevá (Ain Husb), ya en el Arabá. Pero el punto clave en la estrategia comercial salomónica fue el puerto de Ezion Gever, después llamado Elat, en el golfo de Akaba, que permitía a través del mar Rojo el comercio con Ofir, es decir, con las costas de Somalia y con el reino de Saba en el Yemen. Probablemente coincide con Tell el-Khaleifeh, si es que este yacimiento no es una fortaleza junto a la ciudad, la cual se correspondería exactamente con el actual puerto de Akaba. Las excavaciones allí efectuadas nos muestran un estrato de base, constituido por una gran fortaleza de planta cuadrangular. Las murallas son de ladrillos con glaxis. En el ángulo noroeste hay un edificio grande rodeado por un muro de casamatas.

A través de este puerto y de los del Mediterráneo, Salomón debió mantener un comercio que llenaría de riquezas al país y más concretamente a la ciudad de Jerusalén: «El peso del oro que llegaba a Salomón cada año era de seiscientos sesenta y seis talentos de oro, sin contar las contribuciones de los mercaderes, las ganancias de los comerciantes y de todos los reyes árabes y de los inspectores del país» (1 Re 10,14-15). «Todas las copas de beber del rey Salomón eran de oro y toda la vajilla de la casa Bosque del Líbano era de oro fino; la plata no se estimaba en nada en tiempo del rey Salomón, porque el rey tenía una flota de Tarsis en el mar, con la flota de Hiram, y cada tres años venía la flota de Tarsis trayendo oro, plata, marfil, monos y pavos reales». Y añade hiperbólicamente el autor: «El rey Salomón sobrepujó a todos los reyes de la tierra en riqueza y sabiduría» (1 Re 10,21-23).

Hasta entonces, los israelitas habían vivido de espaldas al mar, pero su trato con los fenicios les permitió una estrecha colaboración con estos, formando parte de sus expediciones a lo largo del Mediterráneo y creando el nuevo puerto del golfo de Akaba en el mar Rojo.

Los textos bíblicos hablan numerosas veces de las naves de Tarsis, nombre con el que se designaban entonces los barcos de alto bordo, destinados a largas travesías. Originariamente, Tarsis era una colonia fenicia en el Mediterráneo occidental, acaso Cerdeña, o más probablemente Andalucía. Este ha sido un punto discutido y aún no dilucidado. Pretender que Tarsis es simplemente sinónimo de «fundición» y que las naves de Tarsis son los barcos destinados al transporte de mineral, es solo decir una parte de la verdad. En efecto, este podría ser el significado de algunas expresiones bíblicas –las citas de Tarsis ascienden a 26 a lo largo de toda la Biblia–, pero es inaceptable para otras, cuando Tarsis aparece claramente como un país en el lejano occidente, al que se llega por mar navegando entre las islas. Cuando se habla de naves de Tarsis en el puerto de Ezion Geber, evidentemente se trata de una expresión genérica que alude a naves para navegación de altura, que en este caso estaban destinadas a cruzar el mar Rojo y llegar hasta el océano Índico. Por el contrario, cuando Jonás dice que «me apresuré a huir a Tarsis» (Jon 4,2), embarcándose en el Mediterráneo, o, cuando se la cita entre los países de Occidente (Gn 10,4; Ez 27,12; Is 66,19; Sal 72,10), evidentemente se trata de un lugar a donde acudían las naves fenicias de Tiro para traer mercancías, una parte

de las cuales iba también destinada al rey del Israel. La Biblia nos señala expresamente que los productos traídos de Tarsis eran preferentemente de carácter mineralógico: plata (Jr 10,9) y también hierro, estaño y plomo (Ez 27,12). Sabemos que Tartessos era el nombre que los griegos, ya en el siglo VII a.C., daban a un lejano reino en las costas del sur de España, al que habían llegado por mar y del que Heródoto y otros autores conocen incluso el nombre de algunos de sus reyes. Por su parte, el geógrafo griego Poseidonio y otros autores antiguos atestiguan que la ciudad de Cádiz fue fundada por los tirios. El apócrifo *Libro de los Jubileos* habla también de Cádiz en un pasaje que los críticos suponen inspirado en un planisferio fenicio muy antiguo, acaso del siglo VIII a.C. Ahora bien, era precisamente la riqueza minera de España, y concretamente de Andalucía, la que más atraía a griegos y fenicios. Dice así el geógrafo griego Estrabón: «A tanta riqueza como contiene esta comarca se añade la abundancia de minerales. Ello constituye un motivo de admiración, pues si bien toda la tierra de los iberos está llena de ellos, no todas las regiones son a la vez tan fértiles y ricas, y con más razón las que tienen abundancia de minerales, ya que es raro que se den ambas cosas a un tiempo, como raro es también que en una pequeña región se hallen toda clase de metales. Pero la Turdetania (la antigua Tartessos) y las regiones comarcanas abundan de ambas cosas, y no hay palabra digna de alabar justamente esta virtud. Hasta ahora, ni el oro, ni la plata, ni el cobre, ni el hierro nativos se han hallado en ninguna parte de la tierra tan abundantes y excelentes».

García y Bellido dice: «Parece verosímil que en el Tarsch-isch del Antiguo Testamento se contiene la misma raíz que en el Tartessos griego, variando solo las terminaciones. Tarschisch sería la forma semítica, y Tartessós la griega con la terminación -ssós, muy frecuente en topónimos del SE del Asia Menor, singularmente en la región de Karia, en Creta y en Sicilia».

Si en la época de Salomón las naves fenicias llegaban hasta las mismas costas españolas, o lo hicieron a partir del siglo VIII a.C., y la alusión del libro de los Reyes es un anacronismo allí inserto para indicar simplemente que se navegaba a las colonias de Occidente, es algo que no podemos precisar. Por su parte, los hallazgos arqueológicos de tipo fenicio en la península Ibérica nos hablan de una época que rondaría en torno al siglo IX y principios del VIII a.C., y en consecuencia no es descartable la verosimilitud de que la Tarsis bíblica coincidiera con las cos-

tas andaluzas, a las que tendrían acceso las naves tirias de la época de Salomón o de poco tiempo después: las naves de Tarsis.

Independientemente de todo esto, y como simple dato curioso, el nombre mismo de Hispania aparece también registrado en la Biblia una vez en el Antiguo Testamento (1 Mac 8,3-4), donde precisamente se alude a las minas de plata y oro como lo más característico del país, y otras dos veces en el Nuevo Testamento (Rom 15,24.28), dejando a un lado la mención de Sepharad (Abd 20), que en ocasiones se ha interpretado también como España.

8

Los reinos de Israel y de Judá

El Hierro IIB-C

La brecha abierta en la historia de Israel a la muerte de Salomón –la división en dos monarquías independientes: al norte, Israel y al sur, Judá– no puede considerarse como algo inesperado, que aparezca de repente como un evento histórico casual sin raíces profundas en la cultura y en la idiosincrasia del pueblo. Siempre existió una tensión, un distanciamiento entre el norte y el sur, aquel representado principalmente por la hegemónica tribu de Efraím, y este por la no menos protagonista tribu de Judá.

Ya desde el mismo punto de vista geográfico, la tierra de Palestina acusa una diferencia claramente perceptible entre el norte y el sur. Aquí los desiertos son abundantes, mientras que apenas existen en el norte. La montaña de Judá es más austera que la montaña de Efraím. En el sur, el mar interior es un lago de agua salobre y riberas inhóspitas –el mar Muerto–; en el norte es un lago de agua dulce y de pintoresco paisaje –el lago de Genesaret–. Si ambos territorios en su zona limítrofe –la tierra de Benjamín– son de apariencia similar, en sus comarcas más distantes son radicalmente opuestos: En la tierra del sur está el desierto del Negev; en la tierra del norte, la verde región de Galilea. En otro orden de cosas, la montaña de Judá posee la Sefela, zona de colinas que sirve de intermedio entre las alturas y los llanos de la costa; la montaña de Efraím está más aislada de esa costa y, en cambio, se abre por el norte hacia el valle de Yizreel y desde él tiene su salida al golfo de Haifa.

Todas estas diferencias han contribuido, sin duda, a conformar la vida y la manera de ser de estos dos pueblos, bien distintos. Porque, en realidad, el norte y el sur son en el fondo dos pueblos diversos, y a veces opuestos, unidos de forma un tanto artificial. La casa de José (tribus de Efraím y Manasés, y acaso Benjamín) posiblemente ocupó el país por

su cuenta y en un momento distinto del que lo hizo la tribu de Judá. Las mismas tradiciones patriarcales, según hemos visto, hablan de unos patriarcas del sur (Abraham e Isaac) y de otro u otros del norte (Jacob-Israel), del protagonismo de José y del papel desempeñado por Judá, que, por cierto, en un momento dado se siente protector de Benjamín cuando José quiere retenerle junto a sí (Gn 44,18-34). Es evidente que aquí están proyectados hacia atrás muchos acontecimientos de la futura historia de ambos pueblos. Las demás tribus tienen menos personalidad y caen, o bien bajo el influjo de Judá (Rubén, Simeón y Leví), o bien de la casa de José (Gad, Dan, Aser, Zabulón, Neftalí e Isacar).

La monarquía de Saúl, benjaminita, y por tanto equidistante de los dos mundos, tiende un puente de unión, que se hunde a la muerte del rey, cuando el norte elige por rey a Isbaal en Ramoth de Galaad, y el sur corona a David en Hebrón. Ya hemos visto que la erección de Jerusalén como capital fue un hito destinado a sellar la alianza de los dos pueblos. La rebelión de Absalón, hijo de una princesa del reino arameo de Geshur en la región de Basán, junto al lago de Genesaret, tiene un cierto carácter de escisión del norte en relación con el sur, a quien representa David, pese a que Absalón se hace coronar en Hebrón para tener contentos a los del sur. Después de la derrota de Absalón, las gentes de Judá son las primeras en acoger de nuevo a David (2 Sm 19,12-44), lo que suscita resentimiento en las otras tribus y finalmente determina una verdadera escisión: «Los israelitas, dejando a David, siguieron a Sebá, hijo de Bicri, mientras que los de Judá, desde el Jordán hasta Jerusalén, siguieron fieles a David» (2 Sm 20,2). La guerra civil es al fin sofocada por el belemita Joab, general del ejército real. Lo que sucede a la muerte de Salomón, cuando su hijo Roboam es rechazado por las tribus del norte, no es más que un nuevo capítulo de una vieja historia. Incluso el autor señala la existencia de una copla que cantaban los del norte y que ya conocemos, porque estuvo de moda en tiempos de la sublevación de Sebá: «¿Qué nos repartimos nosotros con David? ¡No heredamos juntos con el hijo de Jesé! ¡A tus tiendas, Israel! ¡Ahora, David, a cuidar de tu casa!» (1 Re 12,16; cf. 2 Sm 20,1).

Estas diferencias y escisiones de las dos fracciones de un mismo pueblo o, si se quiere, de dos pueblos hermanos, institucionalizados desde ahora en dos monarquías, la de Israel y la de Judá, se irán acentuan-

do progresivamente a lo largo de los siglos que cubren este nuevo capítulo, el cual concluye con la caída del norte a finales del siglo VIII, y la del sur a principios del VI a.C., a manos de dos potencias imperialistas: Asiria y Babilonia. Porque hay que decir que, durante los dos siglos que duran viviendo simultáneamente las monarquías de Israel y de Judá, la situación política de esta parte del Creciente Fértil continuó siendo favorable al desarrollo de estos pequeños Estados, hasta que la sombra gigantesca del nuevo Imperio de Asiria se cernió sobre Israel.

1. EL REINO DE ISRAEL

De los dos nuevos Estados resultantes de la división monárquica, el reino de Israel fue siempre el más poderoso, el de cultura superior y el llamado a heredar, dentro de unos límites mucho más modestos, el pequeño Imperio Davídico-Salomónico. En efecto, con Jeroboam II (784-748 a.C.), Israel llega a ensanchar sus fronteras, que no solo abarcan el territorio de Galaad en Transjordania, sino también el Haurán y Damasco, hasta Lebo en las fronteras de Hammath. El reino norteño de Israel mantuvo siempre relaciones estrechas con los reinos siro-araméos, principalmente con Damasco. Estas relaciones mutuas estuvieron unas veces determinadas por alianzas, otras por guerras sangrientas. El territorio de Fenicia, en cambio, fue siempre independiente; no en vano coincide esta etapa histórica con el florecimiento del comercio en las ciudades de Tiro y Sidón. En esta época, los fenicios ocupaban no solo las costas de Líbano, sino también el litoral norte de Palestina, con ciudades como Akko, Tell Keisan y Tell Abu Hawam en la bahía de Haifa.

Por otra parte, a la muerte de Salomón, Ammón y Moab recuperan su independencia de Israel. En los días de Mesha, rey moabita hacia el 850 a.C., su Estado conseguirá extender las fronteras a costa de Israel, a quien arrebatará la llanura de Mádaba con las ciudades de Ataroth, Nebo, Jahad, haciendo de Dibón su capital y fortificando Aroer, vigía sobre la garganta del Arnón, así como las ciudades de Bet-Diblathaím y Bet-Baal-Meón, entre otras. Es el propio Mesha quien lo describe en la famosa estela, descubierta en Dibón, hoy en el Museo del Louvre, cuyo largo texto comienza así: «Yo soy Mesha, hijo de Kemoshyat, rey de Moab, el dibonita. Mi padre reinó sobre Moab durante treinta años y yo reiné después de mi



*Estela del rey de Moab,
llamado Mesha,
donde se cita al rey de Israel.
Hacia el 850 a.C.
Museo del Louvre, París.*

padre... Omri era rey de Israel, oprimió a Moab durante muchos días, ya que (el dios) Camós estaba irritado contra mi país. Y su hijo le sucedió y dijo: Oprimiré a Moab. En mis días habló de este modo, pero yo triunfé de él y de su casa. E Israel quedó arruinado para siempre...».

Jeroboam I, rey de Israel (928-907 a.C.), estableció su capital en Siquem (1 Re 12,25), la única ciudad capaz de competir con Jerusalén por su significación en la historia del pueblo israelita, con los recuerdos de la tumba de José (Jos 24,32) y, sobre todo, del famoso pacto yahvista entre las tribus en tiempos de Josué, verdadero signo de identidad de Israel, a parte de las tradiciones patriarcales acerca de la ciudad. Sin embargo, Siquem era por entonces una ciudad modesta, que poco recordaba su antiguo esplendor durante la Edad del Bronce. Las excavaciones arqueológicas nos indican que, a finales del siglo X a.C., fue reconstruida, pero pronto iba a ser abandonada por la corte, que se trasladaría primero a Penuel en Transjordania y luego a Tirsá en tiempos del rey Basá (906-883 a.C.).

Esta última ciudad se corresponde con Tell el-Far'ah norte, plaza muy estratégica en la cabecera del wadi de su nombre, que se dirige al valle del Jordán y fue, como ya hemos dicho en distintas ocasiones, camino habitual entre Cisjordania y Transjordania. La ciudad había sido habitada



Palestina en la época de la monarquía dividida (reinos de Israel y Judá).

desde el Neolítico y, como otras ciudades palestinas, tuvo destacada importancia en el Bronce Medio. En ella tuvieron su corte, además de Basá, los efímeros reyes Elah y Zimri. Omri (882-871 a.C.) «reinó seis años en Tirsá. Compró la montaña de Samaría a Semer por dos talentos de plata, fortificó el monte y a la ciudad, que él había construido, le puso por nombre Samaría, del nombre de Semer, el dueño del monte» (1 Re 16,23-24).

Las excavaciones realizadas en Tell el-Fara'ah por la Escuela Bíblica Francesa de Jerusalén pusieron de manifiesto, entre otras cosas, la existencia de un estrato del Hierro IIB, el estrato III, que corresponde a la época que nos ocupa. Se seguían entonces utilizando las murallas de la Edad del Bronce y hasta un pequeño templo junto a la entrada con una *massebah*. Pero lo que ha llamado más la atención ha sido las ruinas de un palacio que fue pacíficamente abandonado antes de que su construcción hubiera sido concluida. Su descubridor, el padre De Vaux, lo ha interpretado como señal del abandono de la ciudad por la corte que se trasladó a Samaría. A pesar de ello, la ciudad en su conjunto no fue abandonada por completo, pues hay restos atribuidos al siglo IX a.C., y sobre todo al siglo VIII (estrato II). En realidad, la ciudad sobrevivió hasta su total destrucción, de la cual hay claras señales, llevada a cabo por los asirios hacia el año 723 a.C.

Samaría, como Jerusalén, está en la cima de un monte. No es, por tanto, un simple tell o colina formada por los restos de una ocupación humana reiterada sobre el mismo lugar. En efecto, la ocupación más antigua de Samaría consiste precisamente en las ruinas del palacio de Omri, y solo había sido precedida en el Calcolítico por un modesto poblado. Evidentemente, la nueva ciudad se hallaba en un lugar geográficamente muy céntrico, para desde él controlar todo el país. Las excavaciones llevadas a cabo en Samaría por la Escuela Británica nos demuestran que los tipos cerámicos más antiguos de la nueva ciudad se corresponden cronológicamente con los últimos del estrato III de Tell el-Fara'ah, lo que ilustra una vez más el texto bíblico.

El palacio de Omri, después restaurado y completado por Ajab, su sucesor (871-852 a.C.), fue una construcción digna de un gran rey. Abarcaba en lo alto del monte una extensión de unas 4 ha y constaba de un recinto amurallado con muro de casamatas, de planta más o menos cuadrangular, en cuyo interior se encontraban la residencia real y el centro administrativo del reino. La calidad de la construcción era extraor-

dinaria, con sillares bien labrados al estilo fenicio y pilastras con capiteles protoeólicos. Los hallazgos de numerosos fragmentos de placas de marfil decorado hacen suponer que era habitual su aplicación principalmente al mobiliario. De hecho, la Biblia llama a la casa de Ajab «el palacio de marfil» (1 Re 22,39).

Otra ciudad de Israel muy importante sigue siendo Megiddo, en donde se refugia Ococías de Judá, herido de muerte, cuando le sorprende en Israel el golpe de Estado que derribó a su pariente el rey Joram de Israel, al que iba a visitar (2 Re 9,27). Megiddo había sido de nuevo fortificada en tiempos de Ajab. Es el estrato IV-A. Se construyó entonces una nueva muralla de entrantes y salientes, se restauró y acomodó a ella la puerta norte transformándola en puerta de tres tenazas, se construyó el llamado «palacio del gobernador» en el este y, sobre todo, se hicieron grandes edificios en el nordeste y sureste, destinados, al parecer, a servir de cuadras para caballos, cuyo número se ha calculado en 492, con pesebres individuales, y cocheras para unos 150 carros, lo que permite sospechar que allí se hallaba acantonado un destacamento de carros de combate. Por una inscripción asiria de la época de Salmanasar III, sabemos que el rey Ajab poseía un poderoso ejército de 2.000 carros y 10.000 soldados de infantería. Parece verosímil que Megiddo fuera una de sus plazas militares. Por otra parte, las obras hidráulicas para abastecer de agua a la ciudad, realizadas durante este período, fueron muy importantes. Se construyó dentro del recinto un gran pozo de 35 m de profundidad, al que se descendía por una escalera tallada en la roca, la cual daba acceso a un túnel de 63 m, que conducía al manantial extramuros, el cual se hallaba disimulado por el exterior, para que el enemigo, en tiempos de asedio, no pudiera cortar el abastecimiento de agua.

Igual hemos de decir respecto a la plaza fuerte de Hazor, cuyos estratos VIII-VII corresponden al siglo IX a.C., y el estrato VI al siglo VIII a.C., es decir, simplificando, a las épocas de Omri-Ajab y de Jeroboam II. La ciudad alta reforzó sus fortificaciones ampliando algo su perímetro. Fue construida una acrópolis con su palacio en el extremo oeste y un edificio con hileras de pilares en el centro, similar a los establos de Megiddo, junto a la vieja puerta salomónica. Sin embargo, aquí el edificio no fue destinado a cuadra, sino a almacén. También se construyó un gran pozo cuadrangular con escalera lateral, excavado en los sedi-

mentos anteriores del tell y después en la roca, hasta una profundidad de 30 m, el cual conducía a un túnel de 25 que daba acceso a la fuente extramuros, o, por mejor decir, permitía llegar al lugar donde se embalsaba el agua de ella, sin necesidad de ir hasta el manantial mismo.

Otra ciudad importante de la época era Tell el-Ureimeh, la antigua Kinneret, atacada por el rey de Damasco en los tiempos de Basá de Israel (1 Re 15,20), que se hallaba en la ribera oeste del lago de su nombre: Genesaret. Estaba amurallada y tenía al sur una puerta de doble tenaza, junto a la cual había un santuario en plataforma, con restos de un altar, en donde se halló la estatuilla de un dios sentado. El caserío se distribuía por todo el interior del recinto, apoyándose a veces en la propia muralla. Entre las casas, figuran las que siguen el conocido modelo llamado «de pilares». Por su parte, en el ángulo suroeste de la acrópolis se ve un gran edificio de comienzos del siglo IX a.C. Hay claramente dos fases en la ocupación de la ciudad durante el Hierro IIB. La primera (nivel III), que tenía una extensión mayor, corresponde al siglo IX a.C., y la segunda (niveles II y I), más restringida, al siglo VIII a.C.

Pero quizá las ciudades más importantes de Israel, famosas en función de sus respectivos santuarios, eran las de Betel y Dan, escogidas por Jeroboam I para establecer allí su templo real, que compitiera con el de Jerusalén (1 Re 12,29-33). En estos templos se dice que a Yahveh se le adoraba bajo la forma de un becerro. Esta representación tenía ya precedentes en la historia de Israel (Ex 32,4ss) y se fundaba en el hecho de que Baal y otros dioses semitas de la tormenta tenían por trono o pedestal un toro. A su vez, el propio dios supremo, El, es llamado toro en los textos de Ugarit. Del templo de Betel, la Biblia no solo habla del becerro, sino también del altar (1 Re 13ss).

La arqueología nos ilustra muy poco sobre la Betel israelita. La ciudad, que había tenido considerable importancia en la Edad del Bronce, viene a ser ahora una población más bien pobre durante el Hierro IIB. Pero es cierto que su antiguo santuario se reconstruye en el siglo VIII a.C. Por el contrario, en lo que se refiere a Dan, las excavaciones arqueológicas nos han proporcionado muchas noticias. Aunque, una vez más, los habitantes de la ciudad aprovechan las antiguas murallas del Bronce Medio, se hace ahora una nueva puerta más al sur, la cual se conserva perfectamente. La persona que accede a ella debe pasar al pie de un mu-

ro, que le queda a su derecha, es decir, en la mano en que el visitante o asaltante no lleva escudo. Desde allí podía ser vigilado y controlado por los defensores, situados en lo alto de la muralla. Después se pasa a una pequeña plaza de suelo empedrado, donde hay una especie de sitial para el rey, o quizá para una estatua. Se trata de la «plaza de la puerta de la ciudad», de que se habla en algunos textos (Jue 19,15; 2 Cr 32,6; etc.) como típica de las ciudades israelitas. Después era preciso atravesar tres tenazas (puertas) con su doble cámara para la guardia en ambos lados y, finalmente, continuando por un pasillo, se doblaba a la derecha y se subía por una escalinata hasta la antigua puerta de la ciudad. Toda esta nueva y magnífica construcción puede datarse del tiempo de Ajab.

Pero lo que más despierta nuestro interés en este momento es el santuario construido por Jeroboam I y después ampliado por Ajab. Se encuentra en el noroeste del tell, en su parte más alta. En la época de Jeroboam consistía en una plataforma rocosa de 19 x 3 m, un típico *bamah* o «lugar alto» de culto cananeo, de los que tanto se habla en la Biblia. Junto a él existen algunas construcciones. Se hallaron dos grandes *pitthoi* con decoración de serpientes, un incensario, y una enorme cubeta como para lavado o ceremonia de purificación, además de otros objetos.

Ajab dio nuevo esplendor a todo el conjunto. Construyó el *bamah* apoyado sobre bellos muros de sillares al estilo fenicio, y al que se accedía por una gran escalinata. Junto a él levantó lo que ha de interpretarse como un templo, así como otros edificios. Se han hallado varios altares, uno completo con los cuatro cuernos en las esquinas, los fragmentos de otro de gran tamaño, también otros altares, en este caso de mampostería, y objetos de culto junto a ellos, como tres paletas de hierro, un jarro con cenizas y otras vasijas metálicas.

2. EL REINO DE JUDÁ

Desde luego, el reino del sur llevó una vida mucho más modesta que el del norte. Ni gozó de la preponderancia política de Israel, ni disfrutó de las riquezas y bienestar de aquel reino, ni sus ciudades tuvieron el empaque y la belleza arquitectónica de las de Israel. Solo a la caída del reino del norte, Judá adquirirá una nueva vitalidad, y se hará patente un afán constructor y renovador por parte de sus reyes. Esto será debido no

solo a la ausencia del Estado rival, sino a otros factores, como el ocaso del poderío asirio y, sobre todo, a la incorporación al propio reino de Judá de numerosos elementos israelitas procedentes del norte. Téngase en cuenta que, en el siglo VII a.C., Judá pudo extender sus dominios territoriales a zonas que antiguamente pertenecían al reino del norte, y que numerosas gentes de aquel reino, que no fueron deportadas por los asirios, acabaron inmigrando a Judá, con todo lo que esto supuso de aportación cultural, de ideas, tradiciones, técnicas y modos de vida.

El primer golpe serio que sufrió el reino de Judá, al poco tiempo de su desvinculación con Israel, fue la incursión de castigo llevada a cabo el año 924 a.C. por el faraón Shishak, en un afán extemporáneo de evocar antiguas glorias egipcias, aprovechándose de la muerte de Salomón y de la consiguiente división de su antiguo y poderoso reino. Aunque la expedición militar egipcia alcanzó incluso al reino de Israel, fue sin duda Judá la tierra más castigada. El faraón conquistó primeramente las ciudades clave cercanas a la frontera, como Gaza y Sharuhén, y después, al parecer, dividió sus fuerzas. Una iba destinada al ataque de los asentamientos y fortalezas del Negev, llegando incluso a Ezion Gev, con el fin de cortar la salida por Palestina de las rutas comerciales de Oriente. Con el otro ejército continuó hacia el norte, recuperando la antigua ciudad egipcia de Gezer y, por el paso de Bet Horon, subió a Jerusalén, donde el rey Roboam se vio obligado a pagarle un fortísimo tributo. «Se apoderó de los tesoros del templo y del palacio, se lo llevó todo» (1 Re 14,26). De aquí, Shishak emprendió la razzia contra Israel. Atacó Siquem y Tirsá, pasó a Galaad donde atacó Penuel. Fue después a Galilea por Beth-Shean y subyugó algunas ciudades, entre ellas Megiddo, donde erigió una estela que aún se conserva. Desde aquí tomó la *Via Maris*, camino de regreso a Egipto. La expedición egipcia no tuvo mayores consecuencias políticas y territoriales, salvo la destrucción de algunas ciudades y la recogida de abundante botín. No parece que Shishak retuviera ninguna de las plazas conquistadas, pero sí es cierto que, siguiendo una vez más las tradiciones de otros faraones, hizo representar sus conquistas sobre una de las paredes del templo de Karnak en Tebas. El carácter grandilocuente y anacrónico de la expedición se aprecia a simple vista por el estilo y las frases del propio rey. Por ejemplo, cuando dice: «He sometido por tres veces a los asiáticos de los ejércitos de Mitani». Como sabemos, Mitani hacía ya más de 400 años que no exis-

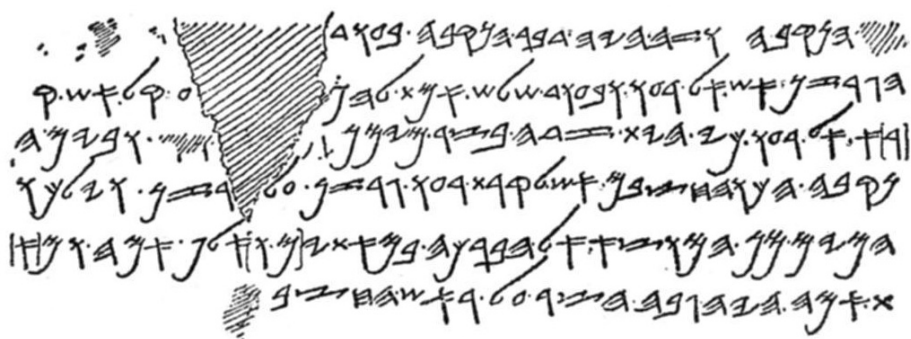
tía. Sin embargo, los efectos del ataque de Shishak a las ciudades son bien visibles en la estratigrafía arqueológica de varios tell palestinos.

Con el rey Josafat (876-846 a.C.), el reino de Judá realiza los primeros intentos serios por salir de su postración, reorganizando la Administración mediante la probable creación de doce distritos, que recuerdan la antigua división política del territorio de Israel realizada en su día por Salomón. También fortificó algunas ciudades y trató de restaurar el antiguo puerto de Ezion Gever, aunque sin éxito. Colaboró con el rey de Israel en sus campañas contra Moab. Joram (846-843 a.C.), su sucesor, perdió definitivamente el control sobre el reino de Edom.

Ozías, rey de Judá (769-733 a.C.), supuso otro nuevo impulso en el engrandecimiento del reino, puesto que, tras sus campañas contra los filisteos, consiguió una salida al Mediterráneo a través del puerto de Yavneh, así como la reconstrucción del puerto de Elat en el golfo de Akaba (el antiguo Ezion Gever) y un control y restauración de las fortalezas en el Negev. En su tiempo, Edom volvió a estar sometido a Judá, lo que consiguió en buena medida gracias a las campañas que había ya iniciado su padre el rey Amasías (798-769 a.C.). Ozías fue contemporáneo de Jeroboam II, y en sus días la monarquía dividida ensancha las fronteras de ambos Estados hasta unos límites a los que no se había llegado desde los tiempos de Salomón, ni se volvería a llegar después.

Pero es a partir del rey Ezequías (727-698 a.C.), y sobre todo bajo Josías (640-609 a.C.), cuando el reino de Judá adquiere un prestigio grande y una extensión territorial que le permite la incorporación de los antiguos territorios de Samaría, Galilea y Galaad.

Respecto a la capital, Jerusalén, la arqueología nos dice que la ciudad seguía teniendo en un principio el mismo perímetro que en la época salomónica, pero, sin embargo, se iban extendiendo los barrios extramuros, sobre todo por el oeste. Al pie de la acrópolis de David, y apoyadas en la muralla exterior, se edificaron varias casas en el siglo VII a.C., tres de las cuales han podido ser descubiertas en las excavaciones allí realizadas en estos últimos años. Se trata de las llamadas «Casa de Ahiel», «Vivienda quemada» y «Casa de las bulas», la primera de bastante categoría, con patio central de pilastras; la segunda, con claros restos del incendio ocurrido a la caída de la ciudad a principios del siglo VI a.C., y la última, que ha proporcionado el hallazgo de 40 sellos o bulas con le-



Inscripción en el túnel de Ezequías, que conmemora la apertura del mismo. Museo Arqueológico de Estambul.

tras grabadas, que hacen alusión a nombres, algunos incluso conocidos por la Biblia, como el de Guemarías, hijo de Safán (Jr 36,9-10). Existen también otros edificios extramuros, como unos almacenes posiblemente abandonados cuando tuvo lugar el sitio llevado a cabo por Sennaquerib.

Por el oeste, los barrios extramuros de la ciudad que se extendían por el Tyropeon y la después llamada «ciudad alta», el Makhtesh y el Misneh, fueron al fin incorporados a aquella mediante la construcción de una impresionante muralla de piedra de 7 m de espesor, que se ha encontrado en las excavaciones realizadas en el Barrio Judío y de la que se conserva un tramo nada menos que de 65 m de longitud. La nueva ciudad amurallada de Ezequías abarcaba, pues, una extensión de 60 ha (16 ha tenía la ciudad de Salomón y 6 la que conquistó David). Se trataba verdaderamente de una gran ciudad, que había crecido desmesuradamente en los últimos años con emigrantes del desaparecido reino de Israel. La puerta principal estaba en el norte, y precisamente el muro descubierto es un tramo en entrante, que corresponde a la puerta, aunque se nos escapan los detalles concretos de esta. Algún tiempo después, acaso en la época de Josías, se construyó una nueva puerta de tenazas, ligeramente más al norte, que afortunadamente ha aparecido también durante las excavaciones que en los años «setenta» del pasado siglo XX se realizaron en el antiguo Barrio Judío. En todo caso, parece que se trata de la llamada «Puerta Central» (Jr 39,3).

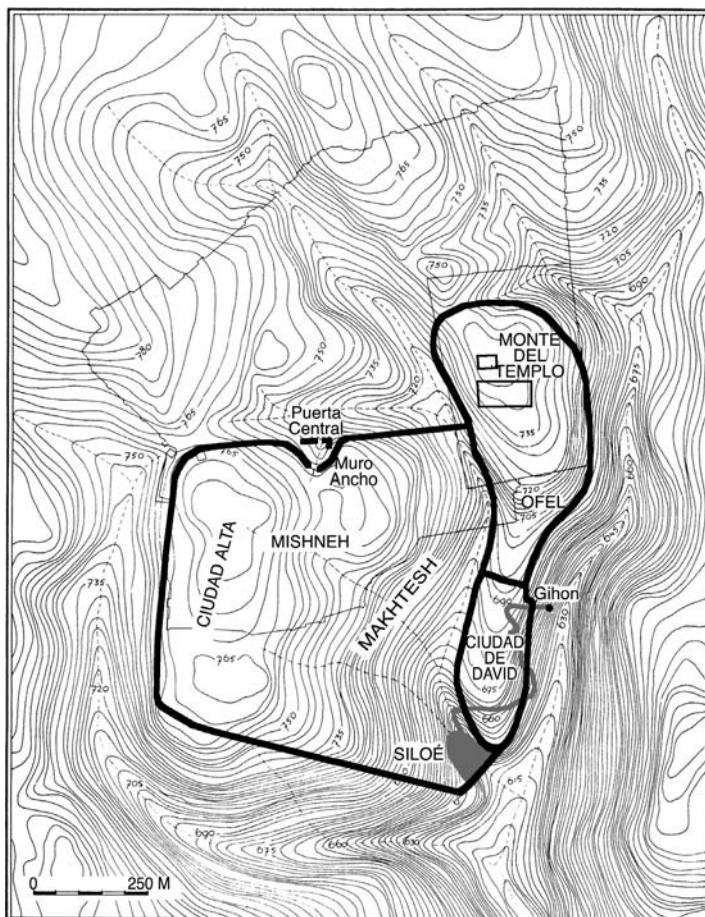
La otra gran obra realizada por Ezequías en la ciudad fue el canal que lleva su nombre. Se trata de una obra distinta y mucho más perfeccionada que el llamado «Pozo de Warren», para tener acceso a la fuente de

Gihon. En este caso, lo que se proyectó y llevó a la práctica fue una verdadera conducción subterránea de las aguas de la fuente, que corrían a través de un túnel de 512 m y alimentaban la piscina de Siloé, al sur de la ciudad, dentro ya del nuevo trazado de los muros. De esta suerte, el problema del agua quedaba resuelto para el caso de un largo asedio. Sobre estas obras hidráulicas nos hablan la Biblia (2 Re 20,20; 2 Cr 32,2-4.20.30) y una interesantísima inscripción de la época hallada en el propio canal, que conmemora el momento en que se encontraron los obreros que desde ambos extremos venían perforando la roca. Actualmente se conserva en el Museo de Estambul.

Probablemente la segunda ciudad de Judá en importancia fue Lakhish. A la época a que nos estamos refiriendo corresponden los niveles V, IV, III y II. El V sería de finales del siglo X y comienzos del IX a.C.; el nivel IV, del siglo IX y comienzos del VIII a.C. (quizá la ciudad fue destruida en parte por el terremoto de los tiempos de Ozías); el nivel III corresponde al siglo VIII a.C. y termina con la campaña de Sennaquerib; y el nivel II es del siglo VII a.C. y su fin corresponde a la toma y destrucción de la ciudad por Nabucodonosor.

Durante la ocupación del nivel V debió construirse el palacio A en la acrópolis y quizás un templo en la zona oriental del tell. La ciudad del nivel IV es la que representa el momento más importante. Entonces se levanta sobre la magna plataforma el palacio B en la acrópolis y, sobre todo, el magnífico sistema defensivo de la ciudad con su puerta interior de cuatro tenazas y una torre o bastión protegiendo la puerta exterior. El recinto era doble con muros de piedras en la base y las hiladas altas de ladrillo. Es posible que esta construcción date de los tiempos de Josafat. El nivel III supone una reconstrucción de la ciudad, conservando las mismas estructuras. En el nivel II hubo de reconstruirse la ciudad, quizás en los tiempos de Josías. A este nivel pertenecen varios almacenes para vino y aceite, que se hallan cerca de la muralla.

Otra ciudad excavada del reino de Judá fue Ramath Rahel, entre Jerusalén y Belén. Más que propiamente ciudad, se trata de un palacio fortificado con muro de casamatas y bella puerta de capiteles protoeólicos. Se ha pensado que pudiera pertenecer al rey Ozías, que a causa de su lepra se vio obligado a recluírse en un palacio aislado hasta el final de sus días (2 Re 15,5; 2 Cr 26,20-21).



*Plano de Jerusalén
en los siglos
VIII-VII a. C.*

Hemos de citar también a Tell Beit Mirsim, la bíblica Kiryat-Sepher o Debir. La época de que aquí hablamos corresponde al estrato A. Pertenecen a él las murallas tal y como hoy están, con el muro de casamatas, sus dos puertas y la torre noroeste, así como las casas construidas según el modelo «de pilares», con cuatro habitaciones, tres en sentido longitudinal, separadas por sendas filas de pilares, y una en sentido transversal. Igualmente hemos de referirnos a Tell Batash (Timna) en la frontera filisteo-judaíta, cuyos estratos II-III (Hierro IIB) han dado muchos restos de construcciones, entre ellos una puerta de triple tenaza, transformada luego en doble tenaza, otra puerta en L y una calle pegada a la muralla con casas y almacenes del tipo «de pilares». Asimismo hay que mencionar

a Gezer, a cuyos estratos VII-VI pertenece un gran palacio junto a la antigua puerta de cuatro tenazas, ahora transformada en puerta de tres tenazas. Más pobre fue la ocupación de la ciudad en el estrato V, que data del siglo VII a.C. Finalmente, citemos la ciudad de Beersheva, cuyo estrato IV es de fines del siglo X y comienzos del IX a.C., siendo el estrato III del siglo IX a.C. y el II del siglo VIII a.C. Sus murallas son de dos tipos. Uno, el más antiguo, de muros sólidos de piedra, coronados por ladrillos y con lienzo de entrantes y salientes. Es probablemente de época salomónica y estuvo en uso hasta principios del siglo IX a.C. El segundo es del tipo «casamatas», y fue hecho recubriendo el anterior. Ambas murallas poseían sus glacis al exterior, pero el de la última presentaba una construcción de mucha calidad, ya que la rampa, hecha de pedruscos y tierras, estaba recubierta de una superficie enlucida. Durante el siglo VIII a.C. aún seguía en uso este segundo muro. La puerta de la muralla más antigua era de doble tenaza y con torre; la de la segunda, de triple tenaza.

La ciudad tenía una planificación urbanística definida. Tras la puerta, había una plaza. A la derecha, grandes almacenes según el conocido modelo «de pilares». En frente, un edificio administrativo. De la plaza partían dos calles, una que iba hacia el centro de la ciudad, pasando entre el edificio público y el palacio del gobernador; la otra iniciaba una ronda a lo largo de todo el perímetro de la ciudad con casas a derecha e izquierda. Estas casas siguen también el modelo «de pilares». En el ángulo nordeste de la ciudad había un reservorio para el agua de la lluvia, en conexión con un sistema de alcantarillado. Este plan urbanístico, aunque corresponde al nivel II, parece continuar con pequeñas modificaciones el ya existente por lo menos desde el estrato IV.

En pleno Negev hay que citar aquí la ciudad de Arad, cuyos estratos X-VI corresponden al período objeto ahora de nuestra atención. Los edificios se concentran en la ciudadela rodeada de un muro primero de casamatas, después macizo. La planta es cuadrangular, de unos 50 x 55 m. En su interior hay un patio, en torno al cual se encuentra un templo, que pudiera recordar en pequeño al propio templo de Jerusalén, con un *debir* al que se accede por tres peldaños. La orientación es también como la del templo jerosolimitano. Han aparecido dos altares de incienso antes de entrar en el *debir*, y un altar de sacrificios en el patio. Dentro del *debir* o «sancta sanctorum» había una plataforma (*bamah*) y una estela (*masse-*

bah) pintada de rojo. El templo, arruinado al final del nivel VII, no fue reconstruido posteriormente. Se creyó en un principio que esta construcción era de época salomónica, pero hoy se sabe que es del siglo VIII o VII a.C. Es también muy interesante el sistema hidráulico. Todo parece indicar que se trata de un puesto militar fronterizo. Probablemente el estrato VIII terminó con la conquista asiria, y el VI con la babilonia.

Otro puesto fronterizo del desierto fue Kadesh Barnea. Sobre las ruinas del antiguo fuerte se construyó otro de planta cuadrangular (60 x 40 m) con un glacis. A juzgar por la cerámica y otros indicios arqueológicos, la fortaleza fue edificada en el siglo VIII a.C., probablemente en los tiempos del rey Ozías. Después de una destrucción, volvió a ser levantada en el siglo VII a.C., sin duda por Josías. En esta época seguía guardando la estructura esencial del período anterior, si bien ahora se le añade lo que parece un santuario en la parte occidental, como en Arad. El fuerte acabó siendo destruido probablemente en la campaña babilonia de principios del siglo VI a.C.

3. DIFERENCIAS ENTRE LOS DOS REINOS

Desde que se produjo la separación política del norte y del sur, se acentuaron más las diferencias culturales entre ambos pueblos, dentro de un innegable fondo común. Esto lo vemos hasta en la vida cotidiana y en el ajuar de las casas. Como se sabe, la cerámica, debido a sus condiciones de conservación, es precisamente uno de los elementos más valiosos para que el arqueólogo estudie y calibre la cultura popular. Ya nos hemos referido a los distintos tipos de cerámica que caracterizan las culturas de épocas pasadas. Durante el Hierro II B-C vemos en Palestina unos modelos muy característicos. En primer lugar, tenemos los boles carenados, algunos con pie, después las jarras de agua panzudas y con una sola asa que empalma la panza con el cuello, así como las escudillas o platos muy abiertos, las marmitas de fondo curvo, las jarras cilíndricas de ancha boca y sin asas, los jarros rojos de ancho cuello y las anforitas pintadas. Pero quizá lo más característico es la técnica de fabricación. Se utiliza un engobe rojo que se aplica sobre la pasta ya seca al sol. Después se procede al bruñido de la superficie sirviéndose de un pulidor resistente, sea una piedra o una concha, y a veces utilizando el torno. Más tarde se

introduce la vasija en el horno para su cocción. Esta es la técnica característica de la cerámica palestina de la época, pues, por ejemplo, el empleo de la pintura suele ser raro.

Pues bien, tanto en las técnicas como en las formas, existe una clara diferencia entre la artesanía del norte y del sur. Un experto en el tema, como fue E. Olívarri, lo resumió así: «Dentro de una homogeneidad general, durante los siglos IX y VIII a.C. existen unas diferencias constantes y definidas, tanto en la técnica de fabricación como en las mismas formas entre la cerámica procedente del reino del norte y del sur. Este fenómeno de diferenciación, no observado durante la época de los jueces y de la monarquía unida (siglos XII a X a.C.), y que aparece notoriamente durante la monarquía dividida, solo es atribuible, atendidas todas las circunstancias, al hecho mismo de la separación política de los dos reinos».

En realidad, ambos reinos hermanos vivieron ciertamente separados, muchas veces voluntariamente distanciados ignorándose mutuamente, y en ocasiones claramente enfrentados. Cuando llegaron a las manos, las luchas tuvieron lugar en el territorio fronterizo de Benjamín, al norte de Jerusalén. Esta tribu quedó del lado judaíta, pero fue terreno de disputa ya desde los primeros días del cisma político y religioso de ambos pueblos.

Abías, rey de Judá (911-908 a.C.), y sucesor de Roboam, comenzó la guerra fratricida contra Israel, que por entonces estaba aún bajo el cetro de Jeroboam I. El hecho está narrado en 2 Cr 13. Atacó la frontera por Benjamín y consiguió anexionarse algunas plazas fuertes de Israel, entre las que se hallaba nada menos que Betel con su santuario y las ciudades de Ofrah (árabe *El-Taiyibeh*) y Jeshanah (árabe *Burj el-Isaneh*). Esta situación se mantuvo unos 25 años hasta que el rey israelita Basá (906-883 a.C.) consiguió en una campaña, no solo recuperar el territorio perdido, sino adentrarse en las mismas tierras judaítas y tomar la ciudad de Ramah (árabe *er-Ram*), que fortificó como baluarte contra Judá. El rey de Jerusalén, Asá (908-867 a.C.), logró contraatacar y reconquistó la plaza fuerte de Ramah, destruyó sus murallas aún no concluidas y con los materiales allí desmantelados fortificó, más al norte, las ciudades judaítas de Mizpah (Tell en-Nasbeh) y Geba (Jebah), volviendo las fronteras a su estado original anterior a las guerras. En realidad, el rey de Judá se valió de un «juego sucio», pues había enviado previamente

cuantiosos regalos al rey arameo de Damasco para que atacara a Israel por Galilea. El estado precario en que se hallaba la hacienda de Jerusalén se deduce de las mismas palabras empleadas por la Biblia para referirse al acopio de regalos: «Asá cogió la plata y el oro que quedaba en los tesoros del templo y del palacio» (1 Re 15,18). Con el ataque del rey arameo Ben Hadad I, la mayoría de las tropas israelitas tuvieron que ir a defender la frontera norte, dejando desguarnecida la de Judá, circunstancia esta que fue hábilmente aprovechada por el rey Asá.

La arqueología nos ha permitido comprobar y clarificar la historia de estas campañas entre los dos Estados, del norte y del sur. No se ha excavado en Er-Ram, ni en Jebah, pero sí en Tell en-Nasbeh, la antigua Mizpah. Se encuentra a la izquierda de la actual carretera de Jerusalén a Ramallah y es un tell ya ocupado desde el Calcolítico y en los comienzos del Bronce Antiguo. Tras una larga interrupción, aparece de nuevo habitado como ciudad israelita a partir del Hierro I. Pero cuando realmente llega a convertirse en una plaza fuerte importante es a principios del siglo IX a.C. La muralla de entonces es maciza, con entrantes y salientes, y reforzada por 12 torres. Tiene un espesor de 4 m en el lienzo ordinario y hasta 9 m cuando coincide con las torres. Parece que tenía también un foso protector y, desde luego, glacis junto a las torres. Poseía dos puertas, una de las cuales fue abandonada cuando se hizo la otra algo más al norte. Esta entra en la ciudad lateralmente, de manera que el atacante se vea controlado por su lado derecho por parte de los defensores que se hallan sobre la muralla. La puerta es de doble tenaza, con sendos puestos de guardia, pero tiene hacia el exterior una plaza, como la puerta de la ciudad de Dan. Tanto las paredes de esta plaza, como las de los puestos de guardia, poseen bancos corridos, como en Beersheva y Dan. Junto a la primitiva puerta había una *massebah*, lo que recuerda otros casos, como Beersheva y Tell el-Fara'ah norte.

En el interior se han excavado varias casas, que siguen modelos ya conocidos, entre ellos el «de pilares» con cuatro habitaciones. Son muy abundantes las cisternas para retener el agua de la lluvia. Los objetos hallados son numerosos y de gran interés. Hay un sello que dice: «De Jaazaniah, siervo del rey». Es posible que se trate del Yazanías de Maaca, capitán a las órdenes de Godolías, que, siendo este gobernador de Judá, nombrado por Nabucodonosor, residía en Mizpah (2 Re 25,22-23; Jr 40,8).

Se trataba, pues, de una ciudad no grande, pero sí magníficamente fortificada, lo que coincide plenamente, en cuanto a contenido y cronología, con lo que nos ha transmitido el libro de los Reyes acerca de la guerra de Asá contra Basá.

Después de esto, vemos transcurrir un período de paz entre ambos reinos y hasta una colaboración entre sus reyes. Josafat de Judá (867-846 a.C.) acompaña a Ajab, rey de Israel, en una campaña para reconquistar Ramoth de Galaad (1 Re 22,2-33), donde sufren ambos reyes un serio revés, y Ajab pierde la vida en el combate. Algún tiempo después, Joram, rey de Israel (851-842 a.C.), emprendió, con la colaboración del rey Josafat de Judá (867-846 a.C.), una campaña contra Meshá, rey de Moab, a quien atacó con éxito por el sur del mar Muerto, si bien al fin tuvieron que levantar el asedio de Kir-Haresheth (Kerak) y retirarse (2 Re 3,4-27). Todavía Judá, ya solo, se vio obligado a aguantar, y esta vez con fortuna, un ataque de represalia por parte de los moabitas, que tomaron En-Gedi, en las riberas del mar Muerto, e intentaron acercarse a Jerusalén subiendo por el desierto de Judá (2 Cr 20,1-28).



*El llamado «Obelisco negro»,
en donde está representado
el rey israelita Jehú,
rindiendo tributo
al rey asirio Salmanasar III.
Hacia el 825 a.C.
British Museum, Londres.*

Cuando el golpe de Estado de Jehú en Israel, el rey de Judá Ocochías estaba de visita en la corte de Joram, rey de Israel (2 Re 9,16). Pero en los tiempos de Amasías de Judá (798-769 a.C.) vuelve el enfrentamiento con Israel, que entonces se hallaba bajo el reinado de Joás (800-784 a.C.). La provocación vino por parte judaíta, y el texto bíblico es muy explícito en declarar la supremacía de Israel. Amasías mandó un mensaje al rey israelita diciéndole: «¡Sal, que nos veamos las caras! Pero Joás de Israel le envió esta respuesta: El cardo de Líbano mandó a decir al cedro de Líbano: Dame a tu hija por esposa de mi hijo. Pero pasaron las fieras de Líbano y pisotearon el cardo. Tú has derrotado a Edom y te has engréido. Disfruta de tu gloria y quédate en tu casa. ¿Por qué quieres meterte en una guerra catastrófica provocando tu caída y la de Judá? Pero Amasías no hizo caso» (2 Re 14,8-11). El resultado fue que Joás respondió al desafío de Amasías. No atacó de frente las fortalezas del norte de Judá, sino que bajando por los llanos de la costa se enfrentó con el ejército judaíta en Beth Shemesh. Las tropas de Amasías huyeron derrotadas, el rey israelita las persiguió y entró en Jerusalén, pero al fin perdonó la vida a su colega, no sin obligarle a entregar un cuantioso botín.

Las diferencias entre los dos Estados tuvieron su máximo exponente en los tiempos de Pecaj, rey de Israel (735-733 a.C.) y Ajaz, rey de Judá (733-727 a.C.). Pecaj era uno de los cuatro conspiradores que subieron al trono de Israel en los últimos momentos de su historia, cuando la amenaza del Imperio asirio era ya agobiante. Se alía con Razín, rey de Damasco, y ambos atacan a Judá el año 734 a.C. y ponen sitio a Jerusalén, con ánimo incluso de destronar a Ajaz y sustituirle por Tabaél (Is 7,6), que puede ser un príncipe transjordano, pero también el príncipe de Tiro, que en documentos asirios aparece con el nombre de Tubá'il.

Por si esto fuera poco, los edomitas atacan a Judá por el sur y hasta los filisteos tratan de conquistar la Sefela e internarse en el Negev (2 Cr 28,18), mientras Razín emprende una campaña paralela para apoderarse de toda Transjordania. Es entonces cuando el rey de Judá, para librarse de la hostil federación sirio-efraimita, acude a implorar la protección del coloso asirio, que accede gustoso a su demanda. Solo trece años después, el rey judaíta Ezequías podrá contemplar impertérrito cómo Samaría, la capital del reino hermano, cae en poder del coloso, y el reino de Israel se hunde para siempre.

9

Oráculo contra Nínive

Período asirio

La época de esplendor de Israel, primero como monarquía unida y luego separada, coincidió con un bache histórico en la línea política de las grandes potencias del Creciente Fértil, que iban turnándose el poder imperialista. Babilonia no había sido, hasta entonces, más que el fulgor pasajero de un relámpago en la historia del Próximo Oriente. Mitani había sucumbido tan misteriosamente como antes había hecho su aparición en la historia. El Imperio de los hititas no había podido sobrevivir a los embates de los «Pueblos del Mar», que aparecen como un presagio de lo que después llegará a representar el mundo egeo en Oriente. Egipto, tras la decadencia progresiva y sin punto de retorno que supuso la XIX dinastía, era solo ya un «bastón de caña rota», que «penetra y traspasa la mano del que se apoya sobre ella» (Is 36,6).

Hay, sin embargo, a las orillas del Tigris, justamente en el triángulo que forma este con sus afluentes, el pequeño y el gran Zab, un viejo pueblo allí asentado, cuyo nombre hemos visto a veces barajarse en las luchas entre las grandes potencias, sin que él haya conseguido hasta ahora la verdadera dimensión de un imperio. Este pueblo, que aparece y desaparece en la historia como la luz de un cometa, sin que llegue nunca a competir con la del sol, es Asiria, llamado por fin ahora a desempeñar su papel en el teatro de la historia del Creciente Fértil.

Los asirios fueron un pueblo ambicioso, guerrero y cruel. Conservamos muchos documentos y un gran repertorio de arte plástico narrativo que ilustra la vida y las ideas de los asirios. En este sentido artístico, Asiria podría recordar a Egipto, incluso por la calidad de sus pinturas y relieves, pero la diferencia de fondo es abismal. Mientras que los egipcios constituyen un pueblo tolerante, acendrado y con alegría de vivir, los asirios se muestran con una seriedad e impasibilidad que im-

presiona. Se les ve quizá disfrutando con la muerte ajena, si es que su rostro impenetrable puede descubrirnos un sentimiento humano. Aparecen como los fundadores de un imperio, en el que los protectorados y reinos tributarios fueron prácticamente sustituidos por una rigurosa organización de provincias controladas directamente por el poder central. Un Imperio, donde se inició la política del traslado de pueblos enteros entre unas y otras provincias en impresionantes caravanas de miles y miles de exiliados, con el fin de desarraigar cualquier sentimiento nacionalista. La creación del Imperio asirio fue –dice André Parrot– «una obra gigantesca. Evidentemente, una obra de servidumbre, realizada con unos medios y unos métodos de brutalidad y salvajismo que exceden toda calificación, y que no hay razón alguna para tratar de encubrir, ya que sus mismos autores no hacían de ello el menor misterio. Muy al contrario, se gloriaban de ello. Toda la decoración de sus palacios se inspira en los mismos temas: la caza y la guerra. La lucha contra los leones constituye el mejor entrenamiento para los campos de batalla...». Y hasta cuando se representaba al rey descansando en el jardín con la reina, bebiendo y escuchando música, «en este cuadro idílico solo había una sombra: el trofeo sangriento que en este mismo remanso de paz recordaba el salvajismo de los combates. A pocos pasos de Asurbanipal, que se deleitaba bajo el emparrado, podía verse, sujeta a un árbol, la cabeza de Teumán, el vencido en la última expedición contra Elam».

De uno de los reyes asirios, los Anales guardan estas palabras: «A muchos prisioneros los quemé a fuego, a muchos los capturé vivos: a unos les amputé manos y dedos, a otros les corté la nariz y las orejas, a muchos les vacié los ojos. Hice un montón de vivos y un montón de cabezas; até las cabezas a palos en torno a la ciudad. Quemé en el fuego a sus hijos y a sus hijas. Destruí, devasté la ciudad, la quemé a fuego y la arrasé por completo».

1. LA CREACIÓN DE UN IMPERIO

Los primeros reyes conocidos de Asur se remontan a los comienzos del II milenio a.C. y, como ya comentamos en el capítulo 4, fue la I dinastía de Babilonia quien se encargó de frenar el poderío incipiente y las

ansias de expansión de aquella primera remesa de reyes asirios. Para entonces, los asirios no solo se asentaban en la ciudad de Asur, sino también más al norte, donde Nínive constituía ya otra ciudad importante en el ámbito del mundo asirio. En realidad, los asirios habían surgido de una beneficiosa mezcla entre los antiguos semitas –los viejos habitantes «acadios» de la ciudad de Asur– y los nuevos amoritas o «semitas del oeste». Un caso análogo a lo sucedido con Babilonia y con tantas otras ciudades del Creciente Fértil.

Después de que los nombres de reyes asirios con algún poder reaparezcan en el siglo XVI a.C., para desaparecer rápidamente poco después, hay que esperar al final del siglo XV a.C. para verlos tratándose de librar de la dominación mitania y contemplar ya a un Ashur-uballit I (1365-1330 a.C.) empezando a ejercer la hegemonía en toda la región. Otro rey importante fue Salmanasar I (1274-1245 a.C.), tanto por sus victorias sobre los montañeses de los Zagros y de Armenia, como sobre los hurritas. Su sucesor Tukulti-ninurta I (1244-1208 a.C.) conquistó Babilonia. Más tarde transcurrieron tiempos peores, con otros reyes de nombre menos famoso, en cuyo tiempo llegará incluso a perderse Babilonia. Un nuevo rey asirio, que representa un impulso decisivo en la ampliación y consolidación del imperio, fue Tiglat-pileser I (1115-1077 a.C.). Una pesadilla tradicional para los asirios eran las gentes que habitaban las montañas al norte y al este del país. El nuevo rey emprendió valientes campañas contra ellas, llegando hasta las fuentes del Éufrates. Derrotó a los babilonios, se apoderó de todo el curso medio del Éufrates y llegó victorioso hasta las orillas del Mediterráneo en la costa de Siria. «Mi mano conquistó en total cuarenta y dos países con sus reyes, desde las orillas del Zab inferior, comarca de lejanas montañas, hasta las orillas del Éufrates, el país de Hattu y el Mar Superior donde se pone el sol», dirá el rey en uno de sus monumentos.

Entre sus sucesores habrá que nombrar a Adad-ninari II (911-891 a.C.), gran batallador contra los arameos que penetraban en la Jazireh, así como contra los eternos enemigos: los montañeses y los babilonios. Asurnazirpal II (883-859 a.C.) reafirma su poder sobre la costa mediterránea, recibiendo tributos de las ciudades fenicias de Tiro, Sidón, Biblos y Arvad. Salmanasar III (858-824 a.C.) dará un paso más hacia adelante sometiendo a tributo a los reyes de Damasco, Hammath e Israel. Cono-

ceamos detalles de la expedición, que partió el año 853 a.C. de Nínive. El ejército imperial atravesó la Jazireh, cruzó el Habur y luego el Balih, atravesó en barcazas el Éufrates cerca de Pethor y llegó a Alepo. Desde aquí inició su campaña de castigo contra las ciudades sirias del oeste, entre ellas Qarqar sobre el Orontes. Pero aquí se encontró con la sorpresa. Un poderoso ejército formado por 3.940 carros de combate, 1.000 camellos y más de 62.000 soldados de infantería, le salió al encuentro en son de batalla. Era una alianza de reyes levantinos, a la cabeza de la cual iba Hadadezer, rey de Damasco, y en la que Ajab rey de Israel llevaba el ejército más poderoso, y en la que figuraban también contingentes armados de otros pueblos como la ciudad de Arvad, los amonitas, los árabes, que eran los que aportaban los camellos, y hasta Egipto, que se unía a la liga con un contingente simbólico de 1.000 infantes.

La batalla, desde luego, fue favorable a los asirios, pero esto no quiere decir que todos esos reyes perdieran sus territorios, ni siquiera su poderío. Se dieron por vencidos y, sin duda, se comprometieron a pagar tributo. Sin embargo, la narración de los hechos en las fuentes asirias es triunfalista hasta el extremo y vale la pena referirla aquí, pues además se detiene en detalles cruentos, lo que sirve para comprobar una vez más el espíritu sanguinario de aquel pueblo: «Con poderosa fuerza que [el dios] Nergal, que va delante de mí, me ha concedido, combatí contra ellos —dice Salmanasar—. Los derroté entre Qarqar y Gilzán. Di muerte con las armas a 14.000 de sus soldados, como [el dios] Adad hice caer sobre ellos un diluvio. Esparcí sus cadáveres, cubrí la llanura con sus numerosas tropas. Hice correr su sangre con las armas. El campo fue demasiado pequeño para la carnicería que ejecuté en ellos. El vasto campo fue insuficiente para enterrarlos. Con sus cadáveres obstruí el río Orontes como un dique. En el curso de aquella batalla les cogí sus carros, sus aurigas, sus caballos y sus arneses».

De los tiempos de Jehú tenemos documentación asiria, que nos asegura que este rey seguía pagando tributo a Salmanasar III, que había batido recientemente al rey de Damasco. El nombre de Jehú aparece como rey tributario sucesor de Omri, citado entre los fenicios de Tiro y Sidón. Por fortuna hay otro espléndido documento, que es el obelisco negro de Nimrud, donde aparece representado el propio rey israelita ofreciendo su homenaje al rey asirio. La inscripción dice: «El tributo de Jehú, sucesor

de Omri. Recibí de él plata, oro, un cuenco de oro, un recipiente de oro, copas de oro, sellos de oro, estaño, un cetro real y lanzas».

Poco después, en tiempos del rey Adad-ninari III (810-783 a.C.), Asiria vuelve a reclamar su dominio sobre los países del cuerno occidental del Creciente Fértil. Una expedición organizada hacia el 806 a.C. termina con el sitio de Damasco, ciudad que capitula pagando fuertes tributos. Con motivo de ello, el rey asirio recibe también los tributos de los territorios cercanos, entre los que figura el «País de Omri», es decir, Israel, al lado de las ciudades fenicias, filisteas y de Edom. Algunos años después, el mismo rey asirio realiza otra expedición al Levante, donde recibe tributos de Mari y especialmente muy copiosos de Damasco. El texto de la estela de Tell el-Rimah prosigue diciendo: «Recibí los tributos de Joás el samaritano, el del tirio y el del sidonio. Me dirigí al Gran Mar de Occidente; en Arvad, que está internada en el mar, erigí una efigie real mía. Subí al monte de Líbano y corté cien grandes vigas de cedro para las necesidades de mi palacio y de mis templos».

2. LAS TROPAS ASIRIAS INVADEN PALESTINA

Con la presencia del rey Tiglat-pileser III (745-727 a.C.) va a cambiar el panorama de la presencia asiria en Palestina. Ya no se trata de encuentros y combates en tierras más o menos cercanas al país, ni de problemas de sumisión o entrega de tributos. Ahora es el ejército asirio el que penetra en las tierras de Israel y Judá, y el fruto de las victorias se transformará en la incorporación formal al Imperio, mediante la creación de provincias y distritos, el derrocamiento de las monarquías locales y, en su caso, las deportaciones en masa de la población. En una palabra, se trata de la implantación del método asirio en todo su rigor.

Tiglat-pileser III subió al trono después de una etapa de cierta decadencia, durante la cual los reyes asirios, preocupados por sus problemas con los montañeses de la frontera norte, apenas habían tenido tiempo de mantener y consolidar sus dominios y protectorados de Occidente. El nuevo rey comenzó a realizar obras en su capital Kalhu (la bíblica Kalah), hoy Nimrud, unos 30 km al sur de Nínive. En realidad, esta ciudad había sido ya fundada por Salmanasar I y convertida en ca-

pital por Asurnazirpal II. Allí empezó Tiglat-pileser a construir su nuevo palacio. Pero más que un monarca constructor, Tiglat-pileser fue un experto militar convertido en auténtico conquistador, y un hábil político que llegó a ser el organizador de todo un imperio, que años después sería el más extenso de cuantos se habían conocido hasta entonces en el Próximo Oriente.

Dejando a un lado sus campañas en la Baja Mesopotamia, en Irán y en Turquía, vamos a fijarnos en las que realiza en el cuerno occidental del Creciente, primero contra los reyes arameos de Siria hacia el 744-741 a.C., y después en Palestina el 734 a.C. Pero no olvidemos que la culminación de toda su larga y dilatada empresa tuvo lugar en la primavera del año 728 a.C., un año antes de su muerte, cuando llegó a proclamarse también rey de Babilonia.

Pues bien, volviendo a Occidente, digamos que Tiglat-pileser sitió la ciudad de Arpad, la cual cayó, después de tres años de asedio, el 741 a.C. Derrotó al rey de Sam'al en el 742, se apoderó de Fenicia y el 738 recibió el acatamiento de Razín, rey de Damasco, de Menahen, rey de Samaria y de la reina árabe de Zabide. Este hecho, y el nombre del rey de Damasco, nos lleva de la mano al tema de la guerra sirio-efraimita contra Judá, de la que ya hablamos en el capítulo 8, cuando Tiglat-pileser entra en Palestina con sus tropas. En realidad fueron tres campañas sucesivas, la primera de las cuales, precisamente la del 734, consistió en un ataque por la costa, partiendo desde Fenicia e internándose después en Israel por los llanos de Sharon, para proseguir en la Pentápolis filistea, donde tiene lugar la toma de Gaza, expresamente mencionada en los textos. Al parecer, el ejército asirio llegó hasta el «torrente de Egipto», es decir, hasta la frontera con el antiguo coloso del Nilo. Al año siguiente, las tropas asirias penetraron por Galilea desde la Beqaa, ocupando entre otras plazas Hazor, Kinneret y la propia Megiddo. Posiblemente entonces un destacamento se apoderó de Galaad. El tercer año -732- tuvo lugar la toma de Damasco y la ocupación del Haurán con la conquista de la ciudad de Ashtaroth, expresamente aludida en las fuentes.

De Israel solo se salvó la montaña de Efraím, perdiéndose definitivamente la Galilea, las llanuras de Yizreel y de Sharon, así como Galaad. Samaría permaneció como una reliquia de lo que fue el reino del norte,

y aun así bajo el control de Asiria: «Del país de la casa de Omri conduje a Asiria el conjunto de sus gentes. Derroqué a Pecaj su rey y puse sobre ellos a Oseas como rey. Recibí de ellos 10 talentos de oro y 1.000 (?) talentos de plata como tributo anual y me los llevé a Asiria», dice Tiglat-pileser. El resto del país fueron territorios sometidos directamente a Asiria y administrados por gobernadores. Las provincias creadas fueron: Dor, con la capital de su nombre en el Sharon; Megiddo, con su homónima por capital en Yizreel y Galilea; Galaad, con Ramoth de Galaad por capital; el Haurán, con Bezer por capital; Karnaim, con la ciudad de su nombre por capital, en el Golán; y, ya fuera del país, las provincias de Damasco, Mansuate, Subite y Hammath.

En el palacio asirio de Nimrud se conservan relieves que conmemoran las hazañas del gran Tiglat-pileser III. Allí se ven las ciudades amuralladas contra las cuales aparecen instaladas las máquinas bélicas de asedio, el éxodo de semitas en carretas de bueyes, y los funcionarios reales que recuentan los ganados de ovejas y cabras que figuran en el botín. Una de las ciudades, expresamente aludida en los relieves conservados, es Ashtarot (hoy Tell Ashtarach), al norte del Yarmuk. Junto a ella figuran sus gentes, arameos o israelitas, caminando hacia el destierro, a pie con el hato al hombro, custodiados por soldados.

El rey asirio aparece, en cambio, en todo el esplendor de su gloria en las impresionantes pinturas murales del palacio provincial de Til Bersib (Tell Ahmar), en la ribera izquierda del Éufrates. Allí está sentado en su trono, con el rostro inexpresivo bajo su tupida barba, rodeado de efebos y soldados de su guardia, recibiendo en audiencia a los dignatarios del imperio.

* * *

El segundo rey importante que interviene de forma trascendental en Palestina es Sargón II (721-705 a.C.), hijo de Tiglat-pileser. Este rey ambicioso y emprendedor fue un verdadero loco de la arquitectura y el urbanismo. Decidió crearse una nueva capital para su Imperio, Dur Sharrukin, la actual Khorsabad, unos 15 km al norte de Nínive. Era una ciudad de 300 ha, con 7 puertas (tres de ellas revestidas de bellos ladrillos esmaltados). En el noroeste se hallaba un fantástico palacio real, que

ocupaba 10 ha, con 209 salones, llenos de terrazas desde donde se puede contemplar el bello paisaje de las montañas lejanas. Se entraba por una triple puerta guardada por colosos, y de ahí se pasaba, a través de distintos patios, a la sala del trono de 45 x 10 m, decorada con bajorrelieves y pinturas. Después había otras estancias y residencias fastuosamente decoradas. Formando parte del palacio había una serie de templos, entre los que se alzaba un gran zigurat con 5 o 7 pisos, cada uno de ellos al parecer pintado al exterior de un color diferente. Una inscripción dice: «Sargón, rey del universo, ha edificado una ciudad. Dur Sharrukin se ha llamado. Un palacio sin igual ha construido dentro de ella». Solo seis años tardó en levantarse el edificio y en él intervino mano de obra integrada por cautivos, sometidos a dura disciplina, como el mismo rey no tuvo inconveniente en testimoniar: «Construí una ciudad con el trabajo de los pueblos de los países que mis manos habían sometido, que [los dioses] Assur, Nabu y Marduk hicieron que se pusieran a mis pies, de manera que sufrieran mi yugo».

Uno de tantos países que sufrieron el yugo tremendo de Sargón II fue precisamente Samaría. Durante el reinado de su hermano y predecesor en el trono Salmanasar V (726-722 a.C.), Oseas, rey de los restos supervivientes del reino de Israel, entró en tratos con Egipto y tuvo la



*Sargón II, rey de Asiria,
que tomó y arrasó Samaría,
la capital del reino de Israel,
el año 721 a.C.
Museo de Turín.*

osadía de sublevarse contra la gran potencia. Salmanasar se trasladó con su ejército a las montañas de Efraím y puso sitio a la ciudad, pero esta, bien situada estratégicamente, pudo increíblemente resistir el asedio durante tres años consecutivos, hasta el punto de que Salmanasar no logró ver el fin de su empresa, ya que falleció al segundo año. Fue entonces cuando subió al trono Sargón II, y su primera hazaña consistió en tomar y arrasarse la antigua capital de Israel. En realidad, el ejemplo de Samaría había cundido también entre otras ciudades del oeste, como Hammath, Damasco y Gaza. Después de una batalla en Qarqara, todas ellas fueron sometidas por el nuevo rey. A Yahubidi, rey de Hammath, «lo capturé... y le arranqué la piel». Respecto a Israel, dice el texto asirio: «Sitié y conquisté la ciudad de Samaría: me llevé como botín 27.290 habitantes de ella. Reuní 50 carros de entre ellos, e hice trabajar al resto en su oficio...». Otro texto –el prisma de Nimrud– añade: «Restauré la ciudad de Samaría y la hice mayor de lo que era antes. Hice venir gente de los países conquistados por mis manos. Puse sobre ellos como gobernador un alto funcionario y los conté con las gentes de Asiria». Es decir, que no solo deportó a un buen número de israelitas «al interior de Asiria» –como dice el texto en otro lugar–, sino que ocupó el espacio vacío con gentes de otras zonas del imperio y convirtió Samaría en una nueva provincia. También lo consigna la Biblia: «El rey de Asiria trajo gente de Babilonia, Cutá, Avá, Hammath y Sefarvaim y la estableció en las poblaciones de Samaría, para suplir a los israelitas» (2 Re 17,24). Este desarraigo de pueblos, ampliamente comentado en la Biblia como el mayor atentado contra Israel y sus tradiciones (2 Re 17,26-34), es el origen del odiado «pueblo samaritano», que veremos después enfrentado a los judíos en los tiempos postexílicos y aun en el Nuevo Testamento. El lugar adonde preferentemente fueron a parar los israelitas deportados era Gozan, que parece que ha de identificarse con Tell Halaf, hacia las fuentes del Habur (2 Re 17,6; 18,11), así como a ciertas ciudades de la vecina Media, entre las que se cita Ecbatana o Acmetha (Tob 3,7; 4,1ss).

En realidad, la reforma administrativa de Sargón II consistió en crear la nueva provincia de Samaría, de la que formaban parte los territorios ahora conquistados y la antigua provincia de Dor. A todos estos territorios imperiales se añadió también ahora la nueva provincia de Ashdod, que abarcaba el norte de Filistea. Es interesante dejar constancia de que por vez primera los textos asirios hablan de Judá (Ya'udu) co-

mo un nuevo reino tributario asirio, lo que demuestra que, si bien la amistad de Ajaz con Tiglat-pileser III libró al pequeño reino de verse envuelto en las luchas contra el imperio, no le impidió sentirse sometido al ámbito del poder imperial, y, por eso, veremos al nuevo rey Ezequías, cuyo país linda ya por el norte con las nuevas provincias asirias, que pague tributo al inevitable tirano de Asiria.

Las excavaciones arqueológicas en Palestina han puesto de manifiesto la presencia de los asirios y el remozamiento de las ciudades principales que sirvieron de residencia para sus gobernadores. En Megiddo, el estrato III, que corresponde a esta época, demuestra que la ciudad fue replanteada con un nuevo criterio urbanístico, diríamos, mucho más moderno, con viviendas más amplias y desahogadas y con calles rectas. Las murallas eran las mismas de antes y la puerta norte, de triple tenaza, continuó en uso durante el período asirio, siendo ligeramente retocada y convertida en una puerta de solo doble tenaza. En Megiddo, al finalizar el estrato inmediatamente anterior, había señales de una destrucción atribuida a la conquista asiria, pero donde tal destrucción se percibe de forma impresionante es en Samaría. Desgraciadamente, aunque existen restos de la posterior ocupación asiria, no tenemos muchos datos sobre ella, pues queda mucha labor arqueológica por realizar en una ciudad tan grande, donde prácticamente casi solo se ha excavado el palacio real israelita.

* * *

El tercer gran monarca asirio directamente relacionado con Palestina es Sennaquerib (704-681 a.C.). Sucedió a su padre Sargón, pero ni siquiera terminó de edificar la ciudad de Dur Sharrukin, que aún no se había concluido, y, abandonando el fantástico palacio de su padre —este solo había podido disfrutar de él dos años hasta su muerte—, trasladó la capital a Nínive, donde emprendió la construcción de otro gran palacio en el sur de la ciudad. Este último se componía básicamente de un patio central de 50 m de lado, rodeado de edificaciones por tres de sus costados, entre las que había dos salas del trono y otra serie de dependencias civiles y administrativas (*babanu*), además de la residencia real (*bitanu*). El monarca reconstruyó también las murallas de la ciudad, que tenían

doce puertas, y otra serie de edificios públicos y de templos, que hacían de ella la mayor ciudad del mundo en su época. En el citado palacio se encuentran los famosísimos relieves referentes a la campaña de Palestina, de los que hablaremos enseguida con toda la atención que merecen.

Sennaquerib realizó varias campañas en la Baja Mesopotamia, reconquistó Babilonia, cuyo monarca, ya desde los tiempos de Sargón, se apoyaba para sus reivindicaciones en el vecino estado de Elam, al otro lado del bajo Tigris. Sennaquerib llevó deportados al país de Asiria 208.000 prisioneros de la región. Después proyectó una invasión al propio reino elamita, que llegó a realizarse solo parcialmente. Para esta empresa colosal utilizó, además de su formidable ejército, una escuadra naval tripulada por marinos fenicios y chipriotas, que hizo descender Tigris abajo desde Nínive. Pero quizá la batalla más espectacular contra los elamitas fue la de Hallule (689 a.C.), después de la cual el ejército asirio arrasó la ciudad de Babilonia, lo que se consideró un verdadero acontecimiento, pues esa ciudad, además de su grandiosidad —probablemente era entonces la mayor después de Nínive—, conservaba como ninguna otra la herencia de la rica cultura mesopotámica y de sus tradiciones religiosas.

Para nosotros es de especial interés la campaña de Sennaquerib en el cuerno occidental del Creciente Fértil. En aquellos días, ni Israel, ni el reino arameo de Damasco, ni los demás reinos de Siria existían ya, pues habían sido convertidos en provincias asirias. Solo las ciudades fenicias continuaban con su autonomía, así como algunas de las ciudades filisteas y el reino de Judá, entonces regido por Ezequías. Es el año 701 a.C. El rey asirio en persona con un formidable ejército se dirige a la costa mediterránea. La sublevación estaba bien preparada, y Ezequías era uno de los principales líderes, apoyados por Egipto. Hasta el levantisco rey de Babilonia Marduk-apal-iddina (Merodac Baladán), apoyado por Elam, había establecido contactos con los insurgentes (2 Re 20,12-13). El monarca judaíta había preparado la ciudad de Jerusalén, por si hubiera lugar a un prolongado asedio reconstruyendo las murallas y asegurando el aprovisionamiento de agua. Lo mismo hizo en otras ciudades, según ya vimos en el capítulo 8 de esta obra. Por otra parte, la conexión entre Jerusalén y la ciudad filistea de Ashkelon fue muy estrecha. Ambos príncipes, de mutuo acuerdo, capturaron y destronaron al rey Padi de Ekrón, remiso a enrolarse en la conspiración.

Sennaquerib atacó las ciudades de la costa fenicia, entre las que figuraban Sidón, Tiro, Sarepta y Akko. El rey sidonio Luli, uno de los conspiradores, tuvo que huir a Chipre. Una vez que el ejército asirio atravesó los pasos obligados de Megiddo y Afek en la *Via Maris*, conquistó Yaffo, que había caído en poder del rey rebelde de Ashkelon, consolidó su dominio sobre el territorio de Ashdod y atacó la propia Ashkelon, de la que se apoderó. A su rey Sidqa le deportó al país de Asiria. Igualmente hizo con la ciudad de Ekrón, donde dio muerte a los conspiradores, cuyos cadáveres colgó de las torres de la ciudad. Inmediatamente comenzó a internarse en territorio de Judá. Aunque el Prisma de Sennaquerib habla nada menos que de la conquista de 46 ciudades judaítas, lo cierto es que el peso del ataque asirio recayó sobre la ciudad de Lakhish, donde tuvo lugar un violento y prolongado asedio, que es el que aparece representado con todo detalle en los famosos y memorables relieves del palacio imperial de Nínive, hoy en día conservados en el British Museum, los cuales van a ser ahora objeto de nuestro análisis.

Aparece en ellos la ciudad de Lakhish rodeada de una doble muralla con numerosas torres. La perspectiva del relieve se corresponde perfectamente con el plano proporcionado por las excavaciones de la ciudad, las cuales nos han ofrecido el trazado de la doble muralla con las mismas características con que aparece en la representación. Más aún, dichas excavaciones nos han permitido comprobar que ambas murallas fueron semiderruidas con motivo de la captura de la ciudad, así como las señales de lucha delatadas por el fuego y la abundancia de flechas que aparecen por todas partes. Los relieves de Nínive nos presentan una gran rampa de asalto, que permite al ejército asirio aproximarse cómodamente a los muros de la ciudad para iniciar el ataque. Las excavaciones nos han descubierto dicha rampa, tal y como aparece dibujada en los relieves, formada por ejes longitudinales de piedra canteada, entre cuyos espacios hay un relleno de tierra y piedras. Los defensores construyeron también una contrarrampa en el interior de la ciudad para poder hacer frente al enemigo.

Los soldados judaítas aparecen tras las almenas de las murallas y torres, arrojando piedras, antorchas encendidas y disparando saetas con sus arcos. Están tocados con dos tipos de gorro o casco, uno de los cuales es alto y puntiagudo, al estilo asirio. Ambos llevan barbuquejo. A primera



Ataque de las tropas asirias a la ciudad judaíta de Lakhish el año 701 a.C., representado en las paredes del palacio de Sennaquerib en Nínive (fragmento del relieve conservado en el British Museum de Londres).

vista, puede sorprender que los soldados judaítas se hallen equipados un poco «a lo asirio», aunque la Biblia alude al hecho de que el rey Ozías, algunos años antes, había ya reorganizado el ejército, introduciendo armamento moderno, en el que se incluían cascos, corazas y arcos, además de máquinas de guerra como catapultas y balistas (2 Cr 26,13-15).

En el campo asirio vemos tropas de distintos tipos: lanceros de escudo redondo grande y casco con cimera; arqueros de grandes arcos y armamento defensivo ligero; arqueros de grandes arcos y armamento pesado (casco puntiagudo, cota de malla y botas altas); honderos con armamento pesado; oficiales lujosamente vestidos con espadas o mazas... Asimismo hay jinetes con lanza y aurigas con sus carros; hay también carros blindados de cuatro ruedas, movidos a tracción humana y que permiten a los asaltantes acercarse a los muros protegidos de los disparos enemigos. Detrás de esta especie de tanques se cobijan los arqueros. Uno de los tripulantes maneja una enorme lanza o ariete y otro está encargado de apagar el fuego que podría prender en los cueros que recubrían el extraño vehículo, ya que contra estos carros que iban en primera fila se dirigían preferentemente las antorchas encendidas que se

arrojaban desde las murallas. Las tropas llevaban también escalas para acceder a los muros. En las excavaciones arqueológicas de Lakhish se han encontrado cascos asirios con su cimera.

Pero la escena tiene además un aspecto narrativo. En efecto, por una puerta de la ciudad salen ya al destierro hombres y mujeres andando con el hato a la espalda, mientras que unos lanceros comienzan a tomar represalias, empalando a unos prisioneros desnudos. En otro lugar de la composición se halla el gran rey sentado sobre un trono, asistido por sus efebos con abanicos, mientras que un alto personaje de la comitiva real, acompañado de oficiales del ejército y de otros soldados de su guardia, da cuenta al monarca de la marcha de los acontecimientos y va haciendo pasar a un grupo de judaítas cautivos, que al llegar al trono se arrodilla con las manos en alto implorando misericordia, mientras que otros incluso se tienden al suelo y se acercan al rey a gatas. Después, algunos son ejecutados. Un rótulo en escritura cuneiforme dice: «Sennaquerib, rey del universo, rey de Asiria, sentado sobre su trono de campaña, recibe el botín de Lakhish».

Desde Lakhish, el gran rey envió una embajada conminatoria a Ezequías, que permanecía en Jerusalén. La embajada estaba formada por un personaje muy importante en la corte asiria, el *rab-shaqué* o copero real, tal vez acompañando al *tartanu* o general en jefe y a un funcionario civil, el *rab-saris* o jefe de los eunucos. Los tres se presentaron en Jerusalén y transmitieron al rey judaíta el mensaje del gran rey de Asiria, conminándole a rendirse, y haciéndole ver su inferioridad y la de Yahveh frente al poder de Sennaquerib y de los dioses de Asiria. Desde la muralla que mira al torrente Cedrón, otros tres altos funcionarios judaítas, el mayor-domo de palacio, el secretario y el heraldo les rogaban que hablaran en arameo y no en hebreo, para que sus palabras no escandalizaran a los soldados y al pueblo que, asomado en lo alto de las almenas, contemplaba el singular espectáculo. Pero el copero real, que debía ser políglota, no solo se conformaba con transmitir el mensaje real, sino que se puso a arengar en hebreo a la multitud: «Que no os engañe Ezequías, porque no podrá libraros de mi mano... Rendíos y haced la paz conmigo, y cada uno comerá de su viña y su higuera y beberá de su pozo hasta que llegue yo para llevaros a una tierra como la vuestra, tierra de trigo y mosto, tierra de pan y viñedos, tierra de aceite y miel, para que viváis y no muráis. No

hagáis caso a Ezequías que os engaña diciendo: Yahveh nos libraré. ¿Acaso los dioses de las naciones libraron sus países de la mano del rey de Asiria... Y va Yahveh a librar a Jerusalén de mi mano?» (2 Re 18,29-35).

Cuando la embajada asiria volvió a Sennaquerib, este ya había conquistado Lakhish y se hallaba sitiando a la ciudad de Libna, acaso Tell Burna, al norte de aquella ciudad. Por entonces, o quizá ya antes de la toma de Lakish, debió producirse algo inesperado. El ejército egipcio, país que estaba detrás de toda la conspiración, había sido visto a marchas forzadas camino de Palestina, al frente del cual iba un hermano del faraón, el etíope Taharqa. Sennaquerib se apresuró a disponerse para la batalla. Esta se dio en los llanos de la costa, concretamente en Eltekeh, al norte de Ashdod. El ejército egipcio huyó, y Sennaquerib se decidió por fin a poner sitio a Jerusalén. Los anales asirios, conservados en el Prisma de Sennaquerib, dicen que a Ezequías «le encerré en el interior de Jerusalén, su real ciudad, como a un pájaro en la jaula. Levanté fortificaciones contra él y a los que intentaban salir por la gran puerta de la ciudad, los castigaba». Sigue diciendo que a «Ezequías le derribó el terrible resplandor de mi soberanía». Entonces el rey judaíta entregó un cuantioso botín para librarse del asedio. Según los anales asirios, que en esto coinciden fundamentalmente con la Biblia, 300 talentos de oro, 800 talentos de plata, piedras preciosas, lechos y sillones de marfil, pieles de elefante, maderas preciosas, marfil y «a sus hijas, sus mujeres de palacio, cantores y cantoras». Todo ello no sirvió para aplacar al gran rey, pero un hecho inesperado, probablemente una peste producida por las ratas que abundaban en el campamento asirio, diezmó en poco tiempo al ejército imperial. La Biblia habla, como en otras ocasiones al referirse a la peste, del «ángel de Yahveh» que exterminó a 185.000 soldados, y lo atribuye a un castigo de Dios, anunciado por el profeta Isaías, que era quien aconsejaba a Ezequías. El historiador griego Heródoto, por el contrario, que maneja fuentes egipcias, habla de la plaga de ratas, y lo atribuye a los dioses del Nilo. Los anales asirios lo silencian. El hecho es que los restos del maltratado ejército asirio se retiraron con su rey a la lejana Nínive. Bastantes años después, estando el rey orando en un templo, fue asesinado por sus hijos. Y en esto coinciden también la Crónica Babilónica y la Biblia, si bien esta da a entender que se trataba de un último castigo de Yahveh, contra quien la embajada real había blasfemado junto a los muros de Jerusalén.

3. LA CAÍDA DE NÍNIVE

A la muerte de Sennaquerib, le sucede su hijo Asarhaddon (680-669 a.C.), que comienza deshaciéndose de sus hermanos parricidas. Inicia la reconstrucción de la ciudad de Babilonia, y se dedica a la solución de los problemas fronterizos del norte y del este, suscitados principalmente a causa de los peligrosos movimientos de pueblos que entonces estaban realizándose más allá de las fronteras con motivo de las migraciones de cimerios y escitas, y de los intentos de unificación de los medos; los primeros, procedentes del sur de Rusia y los últimos, habitantes de las mesetas colindantes con el mar Caspio.

Pero la hazaña militar del nuevo monarca asirio fue la conquista de Egipto. En la primavera del año 671 a.C. estaba al mando de un impresionante ejército a las puertas de las ciudades de Arzani (Tell Jemmeh) y Rafia (Tel Rafah), al sur de Gaza, no lejos del «Torrente de Egipto», que separa este país de Palestina. «Salí de mi ciudad de Asur –dirá el rey en los anales– en el mes de Nisán, el primer mes. Crucé el Éufrates y el Tigris en su crecida, atravesé como un búfalo las montañas escarpadas... Di de beber a mis tropas sacando agua de los pozos con cuerdas, cadenas y poleas, a lo largo de 30 leguas de camino desde la ciudad de Afek en el país de Samaría... hasta la ciudad de Rafia en el límite del Torrente de Egipto, donde no existe río». Así atravesó la llanura filistea y el norte del Sinaí y se internó en Egipto, tras derrotar al ejército del faraón Taharqa. Al fin, se apoderó de la famosa ciudad de Menfis, situada en las cercanías de la actual ciudad de El Cairo. Todavía dos años después, organizó una segunda expedición militar para completar la conquista, pero en el camino, a la altura del Éufrates, el rey cayó gravemente enfermo y allí mismo murió.

Su hijo y sucesor es el famoso Asurbanipal (668-627 a.C.), el rey más poderoso de toda la amplia historia asiria. Fue el constructor de otro espléndido palacio en Nínive, al norte de la ciudad, donde han aparecido los famosísimos relieves de cacerías de leones, verdaderas obras maestras de la plástica asiria. Allí también se encontró la fabulosa biblioteca real con más de 10.000 tablillas que contenían el tesoro de toda la literatura mesopotámica.

Asurbanipal volvió a someter a los fenicios rebeldes y emprendió una nueva campaña contra el país del Nilo, que le llevó a ocupar el Al-

to Egipto y su capital Tebas. En otras fronteras tuvo también encuentros victoriosos con otros pueblos, como los cimerios y los árabes o nabateos. Con los escitas mantuvo alianzas. Contra su mismo hermano, que ocupaba el trono de Babilonia y que se había dejado manejar por los nacionalismos de la población de la Baja Mesopotamia, tuvo una guerra victoriosa que concluyó con la coronación del propio Asurbanipal como rey de Babilonia. Pero quizá la más larga y sangrienta de las contiendas fue contra los elamitas –uno de sus reyes fue Tepet-Humban–, a quienes derrotó, destruyendo la ciudad de Susa.

Sin embargo, era muy difícil conservar el orden y la paz en un imperio tan vasto. En Egipto no había forma de mantener el control, y el hijo del príncipe Nekao, que hasta entonces había estado respaldado por Asiria, se volvió contra la guarnición asiria y logró expulsarla y perseguirla hasta Ashdod en Palestina. El nombre del ya nuevo faraón será Psamético I.

Durante los dos últimos reinados de los monarcas asirios, Judá siguió respetada en su integridad política, aunque permanecía con la obligación de continuar pagando tributos a Nínive. Así vemos que Asarhaddon dice: «Convoqué a los reyes del país de Hatti y del otro lado del río (Éufrates), Ba'alu, rey de Tiro; Manasés, rey de Judá; Kaushgabri, rey de Edom; Musuri, rey de Moab; Sibel, rey de Gaza; Mitinti, rey de Ashkelon; Ika'usu, rey de Ekrón... a todos di ordenes, y arrastraron penosamente y con dificultades desde las montañas donde se encuentran hasta Nínive mi real ciudad, grandes vigas, postes altos, traviesas alargadas de cedro y ciprés, producto del monte Sísara y del monte Líbano», así como toda clase de piedras y mármoles con destino al palacio imperial.

De nuevo vuelve a ser citado el rey judaíta Manasés (689-642 a.C.) en la campaña de Asurbanipal contra Egipto. «En el curso de mi campaña trajeron ante mí su importante presente y besaron mis pies, Ba'alu, rey de Tiro; Manasés, rey de Judá; Ka'ushgabri, rey de Edom; Musuri, rey de Moab; Sibel, rey de Gaza; Mitinti, rey de Ashkelon; Ika-samu, rey de Ekrón...».

Después de todo lo dicho sobre Asiria y sus sangrientas conquistas en el Creciente Fértil, se comprenderá fácilmente que todos los pueblos odiaran al soberbio invasor y que Nínive fuera el símbolo de la tiranía y el blanco de los apóstrofes, injurias y maldiciones de las gentes de todas las ciudades no asirias. Este clamor universal se refleja en la Biblia repetidas

veces. En ocasiones, el pueblo asirio aparece hablándose consigo mismo, hinchado por el orgullo: «Cambié las fronteras de las naciones, saqué sus tesoros y derribé como un héroe a sus jefes. Mi mano cogió como un nido las riquezas de los pueblos; como quien recoge huevos abandonados, cogí toda su tierra y no hubo quien batiese las alas, quien abriese el pico para piar» (Is 10,13-14). En otras, es el pueblo hebreo quien se alegra de cualquier traspies que den los asirios: «Cada golpe de la vara de castigo que Yahveh descargue contra ella (Asiria), se dará entre panderos, cítaras y danzas» (Is 30,31-32). En este sentido es muy elocuente el libro de Jonás con su «historia ejemplar». Cuando Yahveh da la orden a Jonás de ir a predicar a Nínive, este rechaza el encargo y toma la dirección contraria, embarcándose para Occidente (Jon 1,2-3). Más tarde, cuando se entera de que Dios ha perdonado a la ciudad, que no va a ser destruida, el profeta se desespera hasta desearse la muerte (Jon 4,2-3).

Es sorprendente comprobar cómo el imperio más poderoso que hasta entonces había existido en el mundo desaparece en el espacio de menos de 20 años. De la cumbre de su gloria en tiempos de Asurbanipal, se precipita hacia el abismo, con una irreversible crisis política, acuciada por las presiones externas de los pueblos enemigos, que merodean ansiosos en torno a la presa. Su trágico fin se verá simbolizado por la caída y destrucción de Nínive.

En realidad, durante los últimos años del largo reinado de Asurbanipal se mascaba la crisis, como ha sucedido también en otros casos similares de la historia. A veces, la cima del poder y la gloria lleva consigo la semilla del fracaso y la destrucción. Ya hemos visto que, viviendo Asurbanipal, Egipto logró su independencia. Pero no solo esto, la debilidad interna del poderoso imperio era tal que permitió a las hordas escitas recorrerlo sembrando el pánico y la destrucción, y retirarse después a su lugar de origen.

A la muerte de Asurbanipal, retendrán sucesivamente el trono sus dos hijos, Assur-etil-ilani (627-623 a.C.) y Sin-shar-ishkun (623-612 a.C.), incapaces ambos de poner límite al desastre que acuciaba por todas partes. En Babilonia hay un nuevo rey, Nabopolasar, que inicia la conquista del antiguo territorio de Súmer y Acad y comienza el ataque a la Alta Mesopotamia, donde se encuentran las grandes ciudades asirias. Por su parte, los elamitas apoyan también a los babilonios. Otra potencia se afirma por el

oriente. Se trata de los medos, al mando de su rey Cyaxares, que comienzan el ataque a las ciudades asirias desde el nordeste. Ambos ejércitos, medo y babilonio, se encontrarán al pie de los muros de la vieja ciudad de Asur el 614 a.C. Finalmente, en el verano del 612 a.C. cae por fin Nínive.

La noticia corrió por todo el Creciente Fértil como una llama que hace presa en los rastrojos. Todo el mundo estaba pasmado y lleno de alegría. En las ciudades, en el campo, todos, desde los príncipes hasta los pastores que cuidaban sus rebaños, se regocijaron y celebraron el acontecimiento. No es difícil comprender el odio acumulado que en todo el Próximo Oriente existía contra los despiadados asirios y contra su orgullosa capital. En el reino de Judá, un profeta llamado Nahúm entonó una elegía a la caída de Nínive, que es más bien un canto de victoria y el eco de la alegría que la noticia causó en todo el pueblo. Piénsese, por vía de ejemplo, lo que supuso la caída del III Reich en las naciones aliadas el año 1945.

El libro de Nahúm, muy breve, pero de gran belleza literaria, empieza con estas palabras: «Oráculo contra Nínive». Tiene una primera parte en la que aparece Yahveh dirigiéndose a la ciudad para destruirla. Más tarde se describen los cantos y fiestas en Jerusalén después que, a través de los montes, llegan los mensajeros con la noticia: «Festeja tu fiesta, Judá, cumple tus votos, que el Criminal no volverá a atravesarte, porque ha sido aniquilado» (Nah 2,1-3). A continuación se describe con extraordinaria viveza el asalto de la ciudad, la destrucción de las murallas, el incendio y el saqueo: «Los jinetes vertiginosos, los carros enloquecidos se lanzan por las calles y callejas revolviéndose como teas o relámpagos» (Nah 2,5). El profeta se pregunta dónde está lo que era como la cueva de los leones que salían por el mundo a sembrar el temor y a cobrarse sus víctimas. La guarida ha sido profanada y destruida.

«Ay de la ciudad sanguinaria y traidora, repleta de rapiñas, insaciable de despojos. Escuchad: látigos, estrépito de ruedas, caballos al galope, carros rebotando, jinetes al asalto, llamear de espadas, relampagueo de lanzas, multitud de heridas, masas de cadáveres, cadáveres sin fin, se tropieza en cadáveres...» (Nah 3,1-3).

Y concluye diciendo: «Los que oyen las noticias sobre ti, aplauden, pues ¿sobre quién (Nínive) no descargó su perpetua maldad?» (Nah 3,19).

El eco de lo que fue y de cómo cayó Nínive llega incluso hasta el Nuevo Testamento (Mt 12,41; Lc 11,30.32).

10

Babilonia, la perla de los reinos

Período neobabilónico

El libro de Isaías, al hablar de la ciudad de Babilonia, se refiere a ella como la perla o la flor de todos los reinos del mundo (Is 13,19). Tal era la fama de belleza y grandiosidad, que en el mundo de entonces tenía la gran ciudad del Éufrates.

La Biblia habla de ella constantemente. Desde los primeros relatos del Génesis, en que la torre de Babel, el gran zigurat de Babilonia, es signo de confusión, de división y del pecado de orgullo, hasta el Apocalipsis, donde Babilonia aparece como la Gran Prostituta, «vestida de púrpura y escarlata y enojada con oro, pedrería y perlas» (Ap 17,4), como símbolo de las abominaciones, de la impiedad y de la idolatría.

Babilonia es objeto de numerosos oráculos de los profetas. Los babilonios serán quienes destruirán Jerusalén y su templo y se llevarán el pueblo de Dios al destierro. Con la ruina del primer templo desaparecerán para siempre algunos de los objetos culturales más queridos de Israel, como el Arca de la Alianza. En Babilonia fraguará entre los exiliados la nueva comunidad judía con un estilo propio y una nueva visión de la religión y de la política. Aun después de la vuelta del destierro, Babilonia seguirá siendo para el judaísmo uno de sus principales centros de estudio de la ley y de la tradición religiosa, que culminará con la redacción del Talmud.

Pues bien, el encuentro entre el pueblo hebreo y la gran ciudad mesopotámica va a iniciarse en el siglo VII a.C., primero en un régimen de amistad mutua, después en un enfrentamiento terrible, en el que influirá decisivamente el peso de las tradicionales relaciones de Israel con Egipto. Más tarde vendrá la experiencia amarga y a la vez creadora del destierro y, finalmente, la mística de la vuelta a Jerusalén.

Si Nínive fue la ciudad odiada por su connotación de crueldad, Babilonia aparecerá como la ciudad corrompida y corruptora, peligrosa-

mente admirada y temida. Por eso, en esta ambivalencia de sentimientos, el día en que llegue su caída, más que proporcionar alegría, la noticia producirá una sensación de alivio, será un signo de liberación.

1. LA DINASTÍA DE LOS CALDEOS Y SU IMPERIO

Ya hemos ido siguiendo en distintos capítulos de esta obra la larga historia de Babilonia. Desde los tiempos de la I dinastía, la amorrea, con el reinado de Hammurabi como punto culminante de aquel primer imperio, han transcurrido más de mil años, en los que la gran ciudad-estado ha sufrido altos y bajos en su azarosa historia. En el 1595 a.C. fue víctima de un fulminante ataque de Mursil I, rey de los hititas. Después fue regida por la dinastía Kassita, de origen extranjero, de las montañas de más allá del Tigris. En esta etapa, que abarca los siglos XVI al XII a.C., hubo reyes importantes como Burnaburiash II (1380-1350 a.C.), Kurigalzu II (1345-1324 a.C.) y Kadashman-Enlil II (1279-1265). Al final, la ciudad cae bajo el control de Asiria, que constituirá para ella un pesado destino en los siglos venideros. De todos modos, a mediados del siglo XIII a.C. sufre algunas invasiones de los elamitas, en una de las cuales se llevan como trofeo a Susa, la capital elamita, algunas de las piezas más características de la cultura y el arte babilonio, como la famosa estela que contiene el Código de Hammurabi. Se implanta a continuación la IV dinastía, cuyo principal rey será Nebuchadrezzar (Nabucodonosor) I (1124-1103 a.C.), valiente triunfador sobre los elamitas. Una serie de situaciones desafortunadas y crisis políticas da lugar a la sucesión rápida de tres dinastías, la V, VI y VII, que pasan sin pena ni gloria, hasta la implantación de la dinastía VIII en el 977 a.C. En esta dinastía sobresale un rey emprendedor, Nabu-apal-iddina (885-852 a.C.).

Ahora vuelve el dominio asirio sobre Babilonia, en medio de luchas, rebeliones y hasta saqueos y destrucciones, como ya hemos visto en el capítulo anterior. Recordemos los nombres de los reyes Marduk-apal-iddina (721-711 a.C.) y Shamash-shum-ukin (668-648 a.C.), para desembocar por fin en Nabopolasar, fundador de la dinastía XI, que va a merecer ahora una mayor atención por nuestra parte.

Nabopolasar (626-605 a.C.) pertenecía a la noble familia de la tribu Kaldú (caldeos) y era un general importante con el cargo de gobernador bajo el dominio asirio. Aprovechando la crisis producida a la muerte de Asurbanipal, se sublevó, derrotó al ejército asirio y se proclamó rey de Babilonia, inaugurando así la XI dinastía. La lucha continuó con éxito en la Baja Mesopotamia, y poco después se hallaba ya en condiciones de llegar al Jazireh e iniciar allí las campañas de sitio contra las principales ciudades asirias, esta vez, como ya hemos dicho, con el apoyo de medos y escitas, hasta conseguir la caída de Nínive. Una vez que esta se produjo, los restos del ejército asirio, que consiguieron salvarse, huyeron y se refugiaron en la región de Haran, sobreviviendo un simulacro de Imperio asirio durante tres años, bajo el mandato del general Ashur-uballit, que se proclamó rey. Este pidió ayuda desesperada a Egipto, en virtud de un tratado firmado unos años antes en tiempos de Sin-sha-rishkun. Entonces se produjo un hecho de particular importancia para la historia de Palestina, del que vamos a hablar con mayor detención.

Es el año 609 a.C. En Judá se sienta en el trono un gran rey, Josías (640-609 a.C.), promotor de una importante reforma religiosa, restaurador de la pujanza de Jerusalén, y puede decirse que el monarca más poderoso de cuantos existieron en Judá desde los tiempos de la monarquía dividida. En efecto, aprovechándose de la rápida crisis asiria, se había ido apoderando de las provincias de Palestina, integrando en su reino a Samaría, Megiddo, Galaad y una zona de la costa al norte de la ciudad de Ashdod, que pertenecía a la provincia de este nombre.

Para entonces, el espantajo de rey asirio había perdido ya Haran a manos de Nabopolasar y, huido, reclamaba el apoyo desesperado del faraón. Este se produjo en el último momento, tal vez por un vano deseo por parte de Egipto de volver a tiempos pasados y recuperar su influjo político sobre el cuerno occidental del Creciente. Este romanticismo arcaizante de «volver al pasado» es típico de la dinastía XXVI, que entonces reinaba en Egipto. Precisamente ese año 609 había subido al trono un nuevo faraón, Nekao II, que inmediatamente toma la decisión de acudir al campo de batalla del Éufrates, con el fin de contener la peligrosa amenaza de una Babilonia en expansión imperialista. Con un considerable ejército, en el que al parecer había mercenarios griegos, fruto

de la reforma militar que acababa de realizarse en el país, Nekao tomó la *Via Maris* y se internó en Palestina.

Josías, en virtud del viejo tratado de amistad con Babilonia, estaba obligado a no permitir el paso de las tropas egipcias por su territorio. Pero, sobre todo, cabe pensar que el rey de Judá se sentía receloso de que Egipto intentara recuperar el control sobre la tierra palestina. Por eso tomó una decisión arriesgada, que le iba a costar muy cara. Se puso al frente de su ejército y aguardó al acecho el paso del faraón por el más estratégico lugar de la *Via Maris*: la ciudad de Megiddo. Nekao, probablemente informado por sus espías, mandó un mensaje disuasorio a Josías: «No te metas en mis asuntos, rey de Judá. No vengo contra ti, sino contra la dinastía que me hace la guerra» (2 Cr 35,21). Josías no hizo caso y le presentó batalla en el llano contiguo a la ciudad. Iba al frente de su ejército, dispuesto a batirse como un valiente y a lograr lo que a todas luces era imposible de conseguir: detener el grueso del ejército faraónico. Una flecha hirió mortalmente al rey. Este dijo a sus servidores: «Sacadme del combate, porque estoy gravemente herido. Sus servidores lo sacaron del carro y lo trasladaron al otro que poseía y lo llevaron a Jerusalén, donde murió» (2 Cr 35,23-24).

El ejército egipcio continuó su camino, sin detenerse, hacia el Éufrates. A la altura de Riblah, junto al Orontes, hizo un alto más prolongado y Nekao aprovechó para ocuparse de los asuntos de Palestina. Destituyó a Joacaz, hijo de Josías, que se había nombrado su sucesor, lo envió como rehén a Egipto y puso en el trono a su hermano Joakim (608-598 a.C.), no sin obligarle a pagar como tributo 100 talentos de plata y uno de oro. El faraón actuaba ya como verdadero soberano sobre las antiguas provincias de Asia. El descalabro del ejército judaíta en Megiddo no permitía posibilidad alguna de contestar las órdenes imperiales.

La ciudad de Haran había ya caído en poder de los medos, y el intento por recuperarla salió fallido. Ashur-uballit murió, y los egipcios se hicieron fuertes en la orilla derecha del Éufrates, tomando como baluarte la ciudad de Karkemish. Un gran ejército babilonio, al frente del cual se encontraba el príncipe heredero Nabucodonosor, se acercó a Karkemish en el año 605, donde infligió una severa derrota a las tropas egipcias. Los restos del ejército faraónico se retiraron penosamente ha-

cia su país, perseguidos por los babilonios. En Hammath sufrieron todavía un nuevo castigo. De ahí, a través de la *Via Maris*, volvieron a Egipto, hasta cuyas primeras ciudades entraron las tropas babilónicas. El príncipe, enterado de la muerte de su padre, se retiró a Babilonia para ceñir la corona del nuevo Imperio, convirtiéndose en Nabucodonosor II (605-562 a.C.).

Al año siguiente, Nabucodonosor volvía con sus tropas para afirmar su dominio por todos los territorios del cuerno oeste del Creciente. La ciudad de Ashkelon, que se mostraba levantisca, fue conquistada y destruida. Las tropas babilónicas llegaron hasta el «Torrente de Egipto», y Judá pasó a ser un protectorado del nuevo emperador de Oriente. El reino de Judá se sentía ahora atraído simultáneamente por los dos focos de poder: Babilonia y Egipto, uno en el colmo de su esplendor, otro sumido una vez más en la crisis de su lento ocaso. Jerusalén, en principio mejor situada en relación a su antigua aliada Babilonia, veía, no obstante, con mayor simpatía a Egipto, dada su proximidad y la posibilidad de recibir ayudas inmediatas del país del Nilo. En la sociedad judaíta se abrió una brecha insalvable entre partidarios de ambas potencias. El famoso profeta Jeremías se hallaba al frente del partido probabilonio, invocando la inspiración divina, mientras que el monarca, nombrado por Egipto, se inclinaba a la alianza con este país.

El año 601, Nabucodonosor retornaba con objeto de dar batalla a Egipto y apoderarse del país, aunque no lo consiguió. En los años sucesivos realizó otras campañas, entre ellas una contra los árabes el 599 a.C., los cuales ya venían presionando incluso contra las fronteras de Judá, como se deduce de un óstracón (carta escrita sobre un cascote de cerámica) hallado en el puesto fronterizo de Arad. Por fin, el año 598 a.C., Joakim, actuando de forma insensata, se subleva contra el poder babilónico, lo que determina una nueva campaña imperial en el país, primero solo compuesta por tropas de la guarnición y aliados arameos, moabitas y ammonitas, después por el propio ejército real venido de Babilonia. Joakim murió, acaso asesinado, haciéndose cargo del poder su hijo Joaquín (598-597 a.C.), que cayó en manos de los babilonios cuando estos consiguieron penetrar en Jerusalén. La ciudad no fue destruida. El rey judaíta, su madre, sus esposas, los funcionarios y nobles más importantes, la gente de guerra más destacada y los artesanos especializados en la

fabricación de armas, todos fueron deportados a Babilonia, unos 10.000 exiliados, junto con los tesoros del templo y del palacio real. Al frente del país, Nabucodonosor puso como rey vicario a Sedecías (597-586 a.C.), un hermano de Joakim.

Pero la insensatez suicida del partido proegipcio continuó privando en la nueva y restringida corte, a pesar de que se habían esperado en vano los auxilios de Egipto durante el sitio de Jerusalén en el 597 a.C. El territorio del reino quedó probablemente más reducido que en los tiempos de Josías. En el 589 a.C. ya estaba de nuevo Judá en pie de guerra, con la vaga promesa de auxilio por parte de Egipto, Ammón y probablemente Tiro. Nabucodonosor vino al mando de su ejército y empezó a conquistar el país, mientras el rey judaíta permanecía encerrado en Jerusalén.

Las últimas ciudades en caer fueron Azecah y Lakhish (Jr 34,7). Un óstracon aparecido en las excavaciones de esta última ciudad es el testimonio palpitante de la situación. Se trata de la nota de campaña de un oficial que permanece en un puesto avanzado en el campo y que recuerda al gobernador de la plaza que «permanecemos vigilando las señales de fuego de Lakhish, según todas las instrucciones que mi señor nos ha dado, pero ya no podemos ver Azecah». Está claro que esta última ciudad, que ya no emitía señales, había caído en poder del enemigo. Por otro de estos documentos sabemos que un general había ido a Egipto para solicitar la deseada ayuda. No parece que esta realmente viniera, pero sí se divulgó la voz de que tropas egipcias estaban en camino, lo que obligó al ejército babilonio a levantar temporalmente el cerco de Jerusalén para tomar posiciones ventajosas por si el enemigo aparecía en escena (Jr 37,5).

De nuevo puso sitio a la capital y en el verano del 587 a.C. las tropas babilonias abrieron una brecha junto a la Puerta Central (Jr 39,3), penetrando por ella los soldados al mando de los generales Nergal-sarés-ser y Nabusardán, que ostentaban los cargos de «jefe de empleados» y «jefe de eunucos» en la corte imperial. Las excavaciones arqueológicas realizadas en Jerusalén en estos últimos años a cargo de Avigad, como ya dijimos en el capítulo 8, nos han permitido poco menos que «contemplar» la escena. En efecto, allí estaba la gran puerta, al parecer de triple tenaza, construida unos años antes, y, junto a la muralla derruida en

parte (todavía conserva unos 8 m de altura), señales evidentes de fuego y numerosos proyectiles diseminados por el suelo. Se han podido estudiar los distintos tipos de puntas de flecha y comprobar las pertenecientes al ejército babilonio, que son de tipo escita, es decir, de base hueca y triple aleta, hechas de bronce, así como las del ejército judaíta, de hierro, con doble aleta y de sección plana.

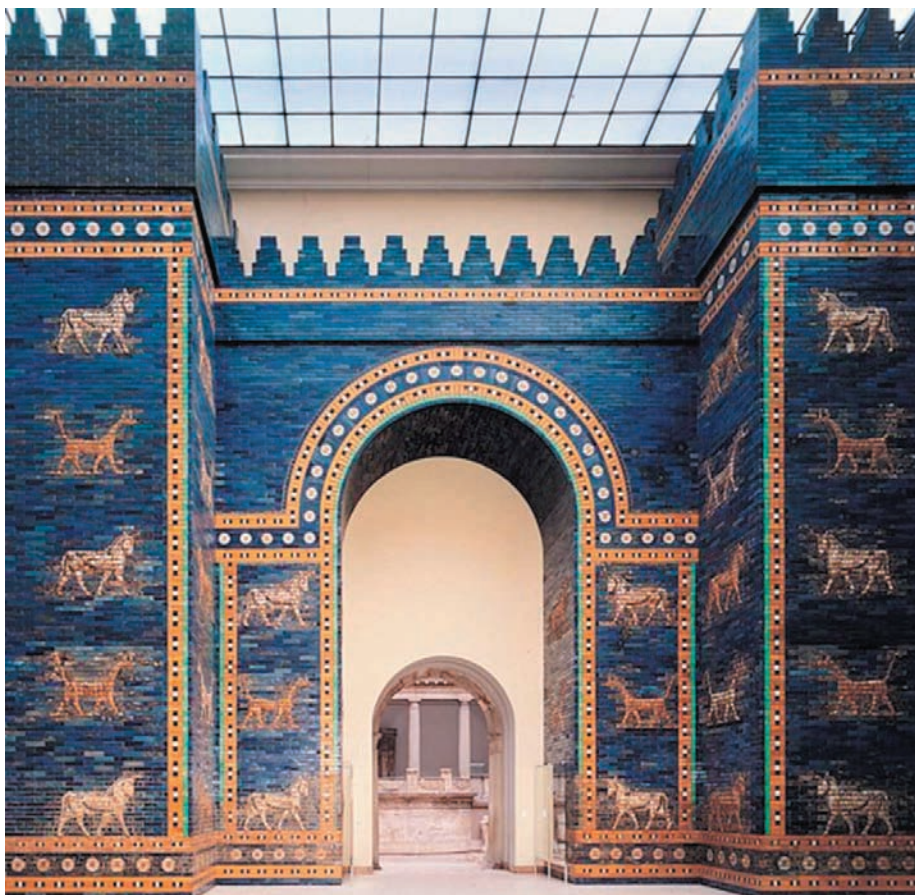
Entretanto, Sedecías, su familia y algunos de sus oficiales, viéndose perdidos, huyeron por una de las puertas que dan al torrente Cedrón y tomaron el camino del desierto con ánimo de llegar a Transjordania. Fueron capturados a la altura de Jericó y conducidos ante Nabucodonosor, que se hallaba entonces en la ciudad de Riblah. Allí fueron ejecutados los hijos del rey y los nobles en su presencia. A Sedecías le sacaron los ojos y, cargado de cadenas de bronce, lo enviaron a Babilonia. Al cabo de un mes, el propio Nabusardán volvía a Jerusalén con órdenes precisas de incendiar la ciudad y arrasar sus edificios y murallas. Todo fue saqueado o destruido, y a hombros de los habitantes de Jerusalén, destinados al destierro en Babilonia, fue transportado aquello que se consideraba de valor, incluidas las dos columnas del templo, que medían 9 m y tenían capiteles de 1,5 m, todo ello de bronce. Solo quedaron los campesinos de las aldeas para poder seguir cultivando la tierra. Algunos fueron enviados a Riblah para ser ajusticiados ante el gran rey.

Después de la deportación en masa, las gentes que quedaron en el país se reorganizaron en torno a Godolías, que fue nombrado gobernador del territorio por parte de la administración babilonia. La nueva capital se estableció en Mizpah (Tell en-Nasbeh), donde se han encontrado hallazgos de esta época, como ya comentamos en el capítulo 8. El asesinato de este gobernador y la huida de los culpables a Egipto marca un nuevo paso en la obstinada y suicida pretensión del partido antibabilónico, condenado a un irrevocable fracaso.

Igualmente en Lakhish, como ya hemos indicado en su momento, hay restos de la toma y destrucción babilonia, que corresponde al fin del estrato II. Lo mismo sucede en Arad con el nivel VI, y hasta en la fortaleza de Kadesh Barnea con el estrato más reciente, donde un pavoroso incendio pone fin a la ocupación judaíta del fuerte restaurado por Josías.

2. JUNTO A LOS CANALES DE BABILONIA...

Babilonia, cuya etimología semita se interpreta como «puerta de los dioses» (*Bab-ili*), ha llegado a ser en su momento de mayor esplendor la ciudad más grande del Próximo Oriente, incluida la propia Nínive, ya que esta última tenía 750 ha, mientras que Babilonia llegó a las 850 ha. Su historia es muy dilatada, desde los tiempos en que recibía el nombre sumerio de Kadingir, pasando por la etapa gloriosa de Hammurabi en el milenio II a.C., hasta las épocas persa, helenística y parto-romana. Pero su momento culminante fue, sin duda, el período de la dinastía caldea



La Puerta de Ishtar, a la entrada de las murallas de la ciudad de Babilonia. Está decorada con ladrillos vidriados. Fue construida por Nabucodonosor II a principios del siglo VI a. C. Fue trasladada al Museo de Berlín, donde se conserva.

en los siglos VII y VI a.C., que es precisamente el que aquí nos ocupa. Entonces la ciudad tenía una triple muralla con ocho puertas, y el río Éufrates pasaba por dentro de la población, separándola en dos barrios, unidos por un impresionante puente de siete pilares en forma de nave. La puerta principal, llamada la puerta de Ishtar, se hallaba en el lienzo norte de la segunda muralla. Se accedía a ella por un paso de unos 200 m entre altos muros revestidos de ladrillos esmaltados de fondo azul, donde se hallaban pintados grandes leones. La puerta propiamente dicha era doble y con sendas torres. Su fachada externa estaba también recubierta de ladrillos de colores, donde estaban representadas enormes figuras de animales míticos (toros y dragones). De aquí partía la arteria principal de la ciudad, llamada «calle procesional», ya que en ella tenían lugar los desfiles oficiales. Esta conducía al gran templo de Marduk, como centro de la ciudad, pues este dios era el patrono de la misma. El nombre de esta colosal edificación era Esagila. En su parte norte y casi pegando al río se levantaba un espectacular zigurat, que se llamaba Etemenanki, y que no es otro que la famosa torre de Babel, la cual da sentido al nombre de la ciudad, ya que servía de comunicación mística entre el cielo y la tierra. Esta idea aún subyace en la narración bíblica de los orígenes legendarios de la torre (Gn 11,4-9), si bien en este texto se fuerza una etimología popular relacionada con el verbo hebreo *balal*, «confundir». La enorme edificación tenía siete pisos, con una superficie en la base cuadrangular de 91 m de lado y una altura total estimada de unos 100 m, pues actualmente solo se conservan los restos de su parte inferior. En la cima se hallaba el santuario (*sahuru*) del dios, bellamente decorado de ladrillos esmaltados. La edificación era de adobe en el interior y de ladrillo en el exterior. Tenía escaleras adosadas por fuera y una gran escalinata perpendicular que subía hasta el segundo piso por el sur.

Además de este y de los grandes templos de las diosas Nimah e Ishtar y del dios Ninurta, había otros templos menores hasta un número de 1.179. Babilonia poseía dos monumentales palacios. El más importante era el llamado «palacio de Nabucodonosor», una verdadera fortaleza de enorme extensión (más de 6 ha), con cinco grandes patios en el interior, el mayor de los cuales, que conducía a la sala del trono, sobrepasaba los 8.000 m². Se encontraba cerca de la puerta de Ishtar. Más al norte, fuera de la gran ciudad y junto al recinto exterior, se hallaba el «palacio de verano», también fortificado.



Detalle de la figura de un león en la Vía Procesional junto a la Puerta de Ishtar en Babilonia. Museo del Louvre, París.

Indudablemente era una ciudad impresionante, auténticamente grandiosa y de belleza fascinante, que debió subyugar a los pobres hebreos allí deportados, procedentes de la montaña de Judá. Babilonia se mostraba como una ciudad corruptora e impía, donde nada menos que se hallaba la torre de Babel, símbolo de uno de los pecados primigenios de la humanidad, donde el culto a los ídolos tenía un esplendor y boato que sobrepasaba lo que la imaginación de cualquier israelita podía concebir. Además, Babilonia era una ciudad de perdición, porque en ella tenían su sede principal los cultos a la fertilidad y la prostitución sagrada, que los profetas tanto habían combatido en Palestina. Heródoto nos cuenta detalladamente algo a lo que alude también la Biblia (Bar 6,43), y es que la prostitución estaba allí tan generalizada que toda mujer, de cualquier condición que fuese, tenía que practicarla, aunque fuera una sola vez en su vida, sentándose junto al templo de la diosa Ishtar y esperando pacientemente a que algún transeúnte la solicitara.

Los desterrados de Judá fueron allí en una doble tanda, la primera en tiempos del rey Joaquín, en número que se calcula en torno a los 10.000 hombres, sin contar mujeres y niños; la segunda, en los tiempos de Sedecías y de la total destrucción de Jerusalén. Los autores calculan el número

de esta segunda remesa de exiliados en torno a los 15.000 varones. Para ser objetivos, hay que reconocer que el destierro de Babilonia fue muy distinto del destierro de los israelitas al país de Asiria, algo más de un siglo antes. Es la diferencia que existía entre la crueldad asiria y la tolerancia babilónica. El propio rey Joaquín y su corte fueron siempre tratados como tales en la gran ciudad mesopotámica. La Biblia lo reconoce expresamente: el «rey de Babilonia, en el año de su subida al trono, concedió gracia a Joaquín de Judá y le sacó de la cárcel. Le prometió su favor y colocó su trono más alto que los de los otros reyes que había con él en Babilonia. Le cambió el traje de preso y le hizo comer a su mesa mientras vivió. Y mientras vivió, se le pasaba una pensión diaria de parte del rey» (2 Re 25,27-30). Este testimonio concuerda con las fuentes babilónicas, donde se consigna la entrega de productos, concretamente de aceite, con destino a la corte del rey judaíta en el destierro, hacia el año 591 a.C. Dice así un texto: «Un sutu (unos 5 litros) para Yahukin, rey del país de Judá. Dos qu (unos 2 litros) y medio para los cinco cortesanos del rey del país de Judá».

La mayoría de los judaítas no vivía dentro de la gran ciudad, sino en una colonia en el campo, llamada Tel Abib, junto al canal conocido con el nombre de Nar Kabari, simplemente llamado Kebar en la Biblia (Ez 3,15). Este canal, cuyas aguas procedían del Éufrates, se hallaba en la zona comprendida entre Babilonia y Nippur, y era uno de tantos como existían en la gran llanura para regar las tierras de labranza. Allí los hebreos construyeron sus casas, organizaron su comunidad y gozaron de una relativa autonomía. Otros se dedicaron al comercio en el seno de la propia Babilonia y llegaron a ser poderosos y adinerados, hasta el punto de que, cuando tuvo lugar la vuelta del destierro, prefirieron permanecer allí. Otras colonias se llamaban Tel Malaj, Tel Jarsa, Kerub, Addan e Immer (Esd 2,59), y existía también otro asentamiento junto al río Sud (Bar 1,4) y en Kasifya (Esd 8,17), sin que tengamos noticias de la identificación de estos topónimos.

La tradición literaria del pueblo ha conservado algunos recuerdos de aquella estancia entre los canales de Babilonia. El Salmo 137 habla de que los hebreos llevaban consigo cítaras y entonaban sus cantares en medio de aquella fértil y calurosa llanura, en donde los sauces servían para colgar sus instrumentos musicales. Los naturales de la tierra tenían curiosidad y agrado por escuchar las bellas tonadas del lejano país de Judá. El poeta vibra ante el recuerdo de la tierra querida que debía abandonar

y estalla al final, entre maldiciones, en un apóstrofe de venganza despiadada para aquellos que cercenaron su libertad:

«Junto a los canales de Babilonia nos sentamos
y lloramos con nostalgia de Sión;
en los sauces de sus orillas colgábamos nuestras cítaras.
Allí los que nos deportaron nos invitaban a cantar,
nuestros opresores a divertirlos:
“Cantadnos un cantar de Sión”.
¡Cómo cantar un cántico de Yahveh en tierra extranjera!
Si me olvido de ti, Jerusalén,
que se me paralice la mano derecha,
que se me pegue la lengua al paladar si no me acuerdo de ti,
si no pongo a Jerusalén en la cumbre de mis alegrías.

[...]

¡Capital de Babilonia, criminal!
¡Quién pudiera pagarte los males que nos has hecho!
¡Quién pudiera agarrar y estrellar tus niños contra las piedras!»

3. LA TOMA DE LA GRAN CIUDAD

Después del largo reinado de Nabucodonosor, y como tantas veces sucede en la historia, el imperio entra rápidamente en crisis, o, por mejor decir, es entonces cuando eclosiona la crisis incubada durante los últimos años de aquel reinado. El nuevo rey, hijo del anterior, llamado Awel-Marduk (561-560 a.C.), resulta incapaz de controlar la situación y es suplantado por su cuñado Nergal-shar-usur, general del ejército, a quien en poco tiempo sucede su propio hijo, el niño Labashi-Marduk, que es asesinado. Es preciso buscar un hombre preparado que pueda salvar el imperio, y así es como en la corte se elige al príncipe de origen arameo Nabunaid (Nabónido), que era hijo de un alto dignatario real.

Nabunaid (556-539 a.C.) fue un curioso rey, lo suficientemente terco como para mantener el imperio durante casi treinta años, pero, a la vez, lo suficientemente incapaz como para presenciar su ruina defini-

tiva con sus propios ojos. Tuvo la peregrina idea, sugerida por su madre, de hacer una reforma religiosa en circunstancias tan inseguras y peligrosas. Consistía en suplantarse la hegemonía del dios Marduk, señor de Babilonia, por el dios Sin, señor de la ciudad de Ur, divinidad masculina de carácter lunar, que era venerada también en otras ciudades, entre ellas la de Haran en el valle del Balih. Ello conllevó el descontento y la enemistad de una buena parte de la población, en especial entre las clases dirigentes, lo que originó una campaña interna de desprestigio, favorecida por la presión de las potencias externas que acechaban el momento oportuno para lanzarse sobre los despojos del imperio herido de muerte.

Nabunaid, en su inconsciencia mística, desapareció de la corte durante ocho años, dedicado a reconstruir santuarios para su dios en el desierto de Arabia. Incluso se dijo que había caído en un estado de profunda neurosis, de lo que se hacen eco algunas narraciones tardías de la Biblia (Dn 4). El gobierno quedó en manos de su hijo Bel-shar-usur (Belsazar).

Mientras tanto, la nueva amenaza exterior tenía ya un nombre claro: Ciro, rey de los persas, que había logrado no solo formar una gran potencia militar, aunando reinos más allá de las fronteras del imperio, sino minando en el interior el prestigio de la dinastía caldea. La situación era ya insostenible. Nabunaid volvió a Babilonia desde su destierro voluntario y empezó a preparar la defensa, encargando el mando de las tropas a su hijo, que por cierto era un militar bastante experto. La batalla tuvo lugar en Opis, junto al Tigris, y en ella murió Bel-shar-usur. El fantástico ejército persa se dirigió a Babilonia. A su paso, la ciudad de Sippar sobre el Éufrates se rindió. Por fin se apoderó de Babilonia, sin destruirla. Era el 12 de octubre del año 539 a.C.

En la Biblia salen: Awel-Marduk, a quien se llama Evil Merodac, y que es quien libera al rey Joaquín de su prisión (2 Re 25,27); y Bel-shar-usur, que recibe el nombre de Baltasar, a quien se anuncia en un banquete la inminente entrada en Babilonia de las tropas persas (Dn 5); igualmente se hace referencia a él en otras visiones (Dn 7,1; 8,1).

No existe paralelo entre la caída de Nínive y la de Babilonia. En realidad, Ciro fue recibido en la gran ciudad como un libertador, no solo por los pueblos oprimidos, sino por los propios babilonios que vie-

ron en él un restaurador del viejo culto a Marduk. Los profetas de Judá hablan de la caída de la ciudad, señalando que se trata de un castigo divino, a causa de la corrupción, la idolatría y el orgullo de Babilonia y de su rey. A este le dice un texto atribuido a Isaías: «¿Cómo ha acabado el tirano, cómo ha acabado su arrogancia! Ha quebrado Yahveh el cetro de los malvados, la vara de los dominadores, al que golpeaba furioso a los pueblos con golpes incesantes y oprimía iracundo a las naciones con opresión implacable. La tierra entera descansa tranquila, gritando de júbilo. Hasta los cipreses se alegran de tu suerte, y los cedros de Líbano... ¿Cómo has caído del cielo, lucero de la aurora, y estás derrumbado por tierra, agresor de naciones! Tú que decías en tu corazón: Escalaré los cielos y por encima de los astros divinos levantaré mi trono... Los que no te ven se te quedan mirando, meditan tu suerte: ¿Es este el que hacía temblar la tierra y estremecerse los reinos, que dejaba el orbe desierto, arrasaba sus ciudades y no soltaba a sus prisioneros?» (Is 14,5-17). Y en otro texto del Deuterocanónico se dice: «Baja, siéntate en el polvo, joven Babilonia, siéntate en tierra sin trono, capital de los caldeos, que ya no te volverán a llamar blanda y refinada... Siéntate y calla, entra en las tinieblas, capital de los caldeos, que ya no te llamarán señora de los reinos» (Is 47,1-5). Y el profeta Jeremías dice con júbilo: «Anunciadlo a las naciones, pregonadlo, alzad la bandera, pregonad, no lo calléis, decid: Babilonia ha sido conquistada, Bel está confuso, Marduk consternado, sus ídolos derrotados, sus imágenes consternadas» (Jr 50,2).

Sin embargo, algunos textos en su desbordada imaginación poética van más allá de la realidad, como cuando aluden a una destrucción que no tuvo lugar: «Quedaré Babilonia, la perla de los reinos, joya y orgullo de los caldeos, como Sodoma y Gomorra en la catástrofe de Dios. Jamás la habitarán ni la poblarán de generación en generación. El beduino no acampará allí, ni apriscarán los pastores. Apriscarán allí las fieras, los búhos llenarán sus casas, anidará allí el avestruz y los chivos brincarán; aullarán las hienas en las mansiones y los chacales en los palacios de placer» (Is 13,19-22).

En realidad, la caída de Babilonia para la Biblia no es tanto la consumación de una venganza, cuanto una noticia de liberación. Cuando cayó Nínive, Judá y el mundo entero se alegraron, aunque ya nada tenían que temer de un tirano distante y herido de muerte. Pero Israel no

volvió del destierro, ni se reinstauró un nuevo reino en la montaña de Efraím. La caída de Babilonia supone, en cambio, el fin de una amenaza, el desplome de una tentación idolátrica que presionaba a Judá, y, sobre todo, es la trompeta que anuncia la liberación del pueblo, que inmediatamente se pondrá en marcha hacia la Tierra Prometida. Es el triunfo de Yahveh sobre los ídolos de las naciones y una confirmación de que la historia del pueblo abatido sigue siendo conducida por la mano firme y paternal de Dios. Por eso, se trata de la gran noticia: «Mirad: llega gente montada, un par de jinetes, y anuncian: Ha caído, ha caído Babilonia; las estatuas de sus dioses yacen destrozadas por tierra. Pueblo mío, trillado en la era, lo que he escuchado de Yahveh Sebaoth, Dios de Israel, yo te lo anuncio» (Is 21,9-10).

11

Así dice Yahveh a su ungido Ciro

Período persa

Los medos y los persas son pueblos indoeuropeos, muy distintos de la mayoría de las gentes que han ido desfilando por esta historia. En principio, medos y persas eran gentes poco refinadas en comparación con los semitas –asirios y babilonios–, que habían heredado y perfeccionado la vieja cultura de las ciudades sumerias. Pero, en cambio, estos iraníes de las altas mesetas de más allá del Tigris eran pueblos de costumbres más sobrias y con un sentido de la ética mucho más desarrollado que los mesopotamios. La frase conocida de que la educación persa consistía fundamentalmente en enseñar a los chicos a montar a caballo y a decir la verdad, puede resumir el doble carácter montaraz, guerrero, primitivo si se quiere, y, a la vez, de una moral estricta, en la que se cotizaban muy alto los valores de la sinceridad, la autenticidad y la caballerosidad, más que el egoísmo. Porque los medos y persas fueron un pueblo duro en la guerra, pero comprensivo y muy tolerante, no solo en política, sino incluso en temas religiosos, raciales y sociales.

Esta manera de ser era bien conocida por todas las naciones del entorno, lo que predispuso su triunfo en medio de una acogida benevolente. «Mirad: yo incito contra ellos a los medos, que no estiman la plata ni les importa el oro» (Is 13,17). «Como torbellinos que azotan el Negev, vienen del desierto, de un país temible... ¡Adelante, elamitas; al asedio, medos!... ¡Preparad la mesa, extended el mantel, a comer y beber! ¡En pie, capitanes, engrasad el escudo!» (Is 21,1-5).

Por otra parte, este carácter natural del pueblo persa había sido aún más moldeado, sobre todo en las clases dirigentes, por la doctrina de un personaje religioso, predicador, profeta y filósofo, que había vivido aproximadamente un siglo antes de la toma de Babilonia. Nos referimos a Zaratustra (Zoroastro), al parecer medo de origen, y cuya actividad

docente se desarrolló principalmente en la Bactriana, al norte del Afganistán. Aparte de sus doctrinas puramente teológicas, influyó notablemente en el enriquecimiento humano de la religión, hablando del amor y de la alegría de vivir, imprimiendo un optimismo y una esperanza trascendente en la vida cotidiana. El príncipe debería implantar el «orden justo» (*Rtam*) en el mundo, de acuerdo con los designios de Dios, y esta fue la estrella que guió a Ciro en la creación de su imperio, el mayor de cuantos habían existido hasta entonces.

1. LA FORMACIÓN DEL IMPERIO

Los medos y persas, así como otros pueblos iraníes emparentados con ellos, procedían tal vez del sur de Rusia y estaban ya establecidos en las mesetas iraníes desde finales del II milenio a.C. Vivían, pues, fuera de lo que entendemos por Creciente Fértil, es decir, más allá del Tigris y aun de la cadena montañosa de los Zagros, en las orillas del lago Urmia, al sur del Cáucaso. A comienzos del siglo VII a.C., las diferencias entre medos y persas obligan a estos últimos a emigrar hacia el sureste y establecerse en el Faristán, la alta meseta al oriente del golfo Pérsico. Para entonces había ya dos fracciones o reinos persas, cuyos reyes se decían descendientes de Aquemenes, y ambos estaban sometidos al rey de Elam, pueblo este que no era ni semita, ni indoeuropeo. Mientras tanto, los medos habían adquirido mayor importancia, y su rey Cyaxares II (653-585 a.C.) había contribuido a la caída de Nínive, aliándose con Babilonia. La subida al poder de esta última ciudad y la creación de su imperio supuso un revés para las pretensiones elamitas, cuyo territorio pasó a depender del nuevo imperio. Por su parte, los persas pasaron a ser vasallos de los medos. Por entonces, la capital del reino medo era Ecbatana.

El hijo de Ciro I, uno de los reyezuelos persas, llamado Cambises I (600-559 a.C.), logró contraer matrimonio con Mandane, la hija de Astiages (585-550 a.C.), rey de los medos. El hijo de ambos fue el famoso Ciro II el Grande (559-530 a.C.), que heredó los tronos de ambos reinos. De niño se crió en la corte de Astiages. La leyenda acerca de la infancia de Ciro como héroe y la curiosidad por las cosas medo-persas fueron las que inspiraron una obra clásica de la literatura griega, *La Ciropedia* de Je-

nofonte, donde se narra la infancia y educación de Ciro. Más tarde, Ciro se proclamó rey de Anshan, uno de los antiguos reinos persas y desde allí inició la reunificación de todo su pueblo, arrebatando incluso la corona meda a su abuelo, que aún vivía, con el pretexto de ayudar al psicópata rey de Babilonia, interesado en recuperar el santuario del dios Sin en la ciudad de Haran, entonces en poder de los medos. El año 550 a.C., Ciro el Grande era ya rey de todos los persas y de Media.

Entonces es cuando empieza la conquista del mundo conocido. Se dirige, en primer término, al occidente contra el poderoso rey de Lidia, el famoso Creso (560-547 a.C.), conocido por sus fabulosas riquezas. Lidia era un país en el oeste de la península de Anatolia, asomándose a las costas del Egeo, cuya capital se llamaba Sardes. Fuertemente influida por la cultura griega, poderosa por la riqueza natural de su tierra, Lidia se había convertido en un Estado importante, cuyas fronteras llegaban hasta el río Halys por el este, y abarcaban gran parte de la península, si bien se había tratado de respetar algunas de las colonias griegas en las riberas del Egeo. Ciro, al mando de su adiestrado y aguerrido ejército, tomó el camino de poniente, no reparando incluso en apoderarse de ciertos países que aún formaban parte del Imperio babilónico, como Cilicia en la zona de la cordillera del Tauro. Pasó a la gran meseta central, haciéndose dueño de Capadocia tras la batalla de Pterium el año 547 a.C., en la que derrotó al ejército lidio que le había salido al paso. Entonces comenzó la persecución de las tropas vencidas, que no concluyó hasta que Sardes cayó en manos de Ciro, después que las mesnadas persas a camello infligieran un terrible descalabro a la caballería griega del ejército lidio. De nada le sirvió a Creso su alianza con Babilonia y Egipto, que, a la verdad, como era de prever, le dejaron solo ante el empuje del nuevo conquistador. Toda Asia Menor cayó en manos de Ciro, incluidas las colonias griegas, así como Siria y probablemente Palestina.

A continuación emprende la conquista del oriente, y van cayendo los distintos países que hoy integran las naciones de Irán, Pakistán, Afganistán, los países caucásicos y Turkmenistán, Uzbekistán, Kazajstán y Tadjikistán, es decir, los territorios del Asia Central hasta el lago Aral, incluyendo la meseta del Pamir y el curso del río Indo.

Ya hemos visto que Babilonia cae en el año 539 a.C. Importa ahora destacar que Ciro, cuya misión teórica es liberar los pueblos oprimi-



*Friso de los arqueros en el palacio
de Darío I el Grande en Susa.
Hacia el 500 a.C.
Museo del Louvre, París.*

dos para que todos puedan ejercer sus derechos dentro de un orden nuevo, aparece como un personaje providencial, escogido por la divinidad para salvar al mundo. El dios Marduk se aparece al rey Nabunaid y le dice, según una inscripción cuneiforme: «Dentro de tres años, yo haré que Ciro, rey de Anshan, siervo de ellos [de los medos], lo expulse». Más tarde, será el mismo dios quien escoja a Ciro para hacerle dueño de Babilonia, según el llamado Cilindro de Babilonia: «Marduk... escudriñó, examinó todos los países y buscó un príncipe recto, deseo de su corazón. Cogió en su mano a Ciro, rey de Anshan, pronunció su nombre, le exaltó para la soberanía sobre la totalidad... Marduk, el Gran Señor, el que cuida de sus gentes, vio con alegría sus buenas acciones y su recto corazón. Le ordenó ir a Babilonia, le hizo tomar el camino de Babilonia, caminó a su lado como un amigo y compañero. Sus tropas numerosas, incontables como las gotas de agua de un río, avanzaban a su lado ceñidas con sus armas. Le hizo entrar en Babilonia, sin combate ni lucha. Salvó de la dificultad a su ciudad, Babilonia».

Es el mismo contexto que vemos en la Biblia, aplicado en este caso a Yahveh: «Así dice Yahveh a su ungido Ciro, a quien lleva de la mano: Do-

blegaré ante él las naciones, desceñiré las cinturas de los reyes, abriré ante él las puertas, los batientes no se le cerrarán. Yo iré delante de ti, allanándote los cerros; haré trizas las puertas de bronce, arrancaré los cerrojos de hierro, te daré los tesoros ocultos, los caudales escondidos. Así sabrás que yo soy Yahveh, que te llamo por tu nombre, el Dios de Israel» (Is 45,1-3).

En efecto, Ciro, conquistada Babilonia, se preocupa de la restauración religiosa de las distintas comunidades, como uno de los signos peculiares de su nacionalidad. Así dice la Crónica Babilónica que «Kurash (Ciro) anunció la paz para toda Babilonia. Gubaru, su gobernador, puso gobernadores en Babilonia. Desde el mes de Kislimu (noviembre-diciembre) al mes de Addir (febrero-marzo) volvieron a sus santuarios los dioses del país de Acad, que Nabunaid había bajado a Babilonia». Igualmente se lee en el citado Cilindro de Babilonia poniéndolo en boca de Ciro: «Guardé en bienestar la ciudad de Babilonia y todos sus lugares de culto. A los habitantes de Babilonia... que contra la voluntad de los dioses habían arrastrado una cuerda, aflojé sus ataduras. Marduk, el Gran Señor, se alegró por mis buenas acciones y a mí, Ciro rey, que le venera, y a Cambises, hijo de mi carne y al conjunto de mis tropas bendijo con benevolencia y caminamos venturosamente ante él en bienestar... Reuní a todas las gentes y las volví a sus lugares de origen. A los dioses del país de Súmer y Acad, que Nabunaid había introducido en el interior de Babilonia para indignación del Señor de los dioses, por orden de Marduk, el Gran Señor, el bienestar puse en sus lugares, morada grata a su corazón».

En este contexto ha de interpretarse el decreto de Ciro conservado en la Biblia y que ha de responder en sus líneas generales a un documento histórico: «Ciro, rey de Persia, decreta: Yahveh, Dios del Cielo, me ha entregado todos los reinos de la tierra y me ha encargado construirle un templo en Jerusalén de Judá. Los que entre vosotros pertenezcan a ese pueblo, que su Dios les acompañe y suban a Jerusalén de Judá para reconstruir el templo de Yahveh, Dios de Israel, el Dios que habita en Jerusalén...» (Esd 1,2-3). Se conserva otra versión del mismo decreto, refrendada en los tiempos del rey Darío (6,3-12), escrita en arameo y de cuya autenticidad no puede dudarse, a juzgar por su peculiar estilo.

La expedición de repatriados –la primera de las que en años siguientes iban a tener lugar– fue encabezada por el príncipe judío Sesbasar, probablemente hijo del rey Joaquín, en el año 537 a.C. A este per-

sonaje se le concedió el título de gobernador y se envió con las primeras gentes que quisieron repatriarse a Jerusalén, con el fin de comenzar las obras de restauración del templo. Se le devolvieron oficialmente los utensilios de culto que quedaban en Babilonia desde los tiempos en que fueron trasladados allí con los desterrados (Esd 1,7-11; 5,14-16).

Muy pocos años después, un sobrino de Sesbasar, llamado Zorobabel, subió a Jerusalén con otra partida importante de repatriados, entre los que se hallaba el sacerdote Josué, hijo de Yosadac. Al parecer, Sesbasar había ya muerto, y la misión de Zorobabel consistía en continuar su obra.

Por aquellos días se iba a consumir uno de los proyectos más acariciados por Ciro, y al que probablemente no era ajeno su rápido interés por reorganizar y favorecer el viejo reino de Judá. Se trataba de la conquista de Egipto, que daría al imperio una nueva dimensión territorial y cultural. Desgraciadamente, el rey no vio consumada la obra. Fue su hijo Cambises II (530-522 a.C.), asociado con él al trono, buen militar, pero regular persona, quien llevó a cabo la conquista en el 525 a.C., derrotando al faraón Psamético III en Pelusio. Las tropas persas persiguieron a los mercenarios griegos al servicio de Egipto hasta Menfis, que al final se rindió. Inmediata y fácilmente conquistó después todo el Alto Egipto. De aquí partió hacia el occidente con ánimo de apoderarse de Libia y llegar hasta Cartago, pero no obtuvo el éxito que esperaba. Hombre acaso esquizofrénico, no se contentó con asesinar a su hermano Bardiya, sino que se dejó llevar de su ira demencial durante su estancia en Egipto, dando muerte en Menfis también a su hermana Roxana. Al final, debió suicidarse cuando pasaba por Siria, camino del oriente.

2. REY DE REYES

Después de los días turbulentos de Cambises y de la anarquía provocada por su muerte, entre los distintos pretendientes a la corona acabó triunfando la figura de un nuevo príncipe aqueménida, lejano pariente del propio Cambises, convertido ahora en Darío I (521-486 a.C.). Si Ciro II fue el conquistador y forjador del imperio, Darío I se iba a

convertir en el político capaz de dar cohesión y organizar todo aquel cúmulo de países diversos, con culturas, lenguas, tradiciones y creencias tan distintas.

No vamos a hablar de las campañas de este nuevo rey contra los griegos, cuando intentó extender su imperio a Europa, las famosas guerras médicas, que fueron continuadas por sus sucesores Jerjes I (485-465 a.C.) y Artajerjes I (464-424 a.C.), ni de las revueltas de carácter nacionalista que tuvieron lugar en Babilonia durante los dos primeros reinados. Nos fijaremos únicamente en las reformas administrativas inauguradas por Darío y su repercusión sobre el territorio de Palestina, así como la huella dejada por los persas en la historia y tradiciones bíblicas.

Darío trató aún más de hacer realidad en su imperio las consecuencias derivadas de la doctrina de Zaratustra. El se constituyó en un soberano universal, llamado a aglutinar sin destruir a otros que le estuvieran sometidos y se ajustaran a los dictámenes de la administración central del único Estado. Por eso adoptó el título de Rey de Reyes.

Inmediatamente decidió crear una nueva capital para su imperio, no lejos de Pasagarda, en el corazón de Persia, que hasta ahora había venido siendo la ciudad real, aunque nunca llegó a ser una verdadera capital, compartiendo los honores de corte con otras ciudades como Susa, Ecbatana y hasta la misma Babilonia. Esa nueva ciudad se llamó Parsa, más comúnmente conocida por la forma griega de Persépolis. Arqueológicamente queda mucho por hacer en las ruinas de esta ciudad para llegar a un conocimiento más preciso de sus dimensiones y urbanismo. Solo la ciudadela, donde se levanta el palacio imperial, ha sido excava-



Escalinata monumental en la entrada este del palacio real de Persépolis. Siglo V a.C.

da. Ocupa una extensión de 13,5 ha. Está ligeramente fortificada en tres de sus lados, ya que por el otro se unía al resto de la ciudad. En realidad, se trata de todo un complejo de palacios y dependencias, construidas por los tres grandes reyes mencionados (Darío, Jerjes y Artajerjes). El acceso por el noroeste es espectacular y se hace mediante bellas escalinatas, que llevan a la Puerta de todas las Naciones, especie de complejo arco de triunfo del que sale una amplia calle. Al sur se encuentra el palacio conocido como Apadana, sobrelevado en una rampa, cuyo zócalo está cubierto de magníficos relieves que representan los funcionarios de palacio cuando introducen a representantes de todos los pueblos que llevan su tributo al Rey de Reyes. La sala central del palacio, rodeada de pórticos, es impresionante, con sus treinta y seis columnas centrales y otras tantas laterales, todas ellas esbeltas y altísimas (19 m), coronadas por bellos capiteles que representan parejas de toros. Más al sur se encuentran las inmensas dependencias privadas del palacio. En la zona oriental hay todo otro complejo de edificios diversos, entre los que figura la sala del trono o sala de las cien columnas, así como una serie de construcciones destinadas a guardar el tesoro real.

Este fabuloso palacio acabaría, años después, siendo pasto de las llamas durante una noche, en la que el conquistador Alejandro Magno celebraba una bacanal con sus generales y amigos. La idea del incendio partió, al parecer, de una amante de Alejandro, la bailarina ateniense Thais, y, en medio de la borrachera de todos los comensales, fue ejecutada por el propio Alejandro y los suyos.

Desde aquí, los reyes persas gobernaban el inmenso imperio dividido en 20 satrapías o provincias, que iban desde la India hasta Grecia y Libia. Por primera vez en la historia se planteó y trató de resolverse el sistema de comunicaciones, con acondicionamiento y protección de los caminos, especialmente las grandes rutas, como el «Camino Real» de Sardes a Susa, y un servicio de correos reales muy sofisticado. Se adoptó el sistema monetario practicado por los griegos, acuñando una moneda básica para todo el imperio, que recibió el nombre de dárlico. Hasta entonces, en los grandes imperios no se había utilizado la moneda propiamente dicha, aunque sí existían medidas de peso para los metales preciosos, que servían de patrón en las transacciones, tales como el talento de oro y de plata, la mina y el siclo. Ya en los tiempos del Im-

perio neobabilónico se había notado claramente la existencia de una inflación creciente, así como el desarrollo del sistema de créditos y la aparición de banqueros profesionales, que sustituyeron a la vieja administración ejercida en los templos. Ahora, con la modernización económica y monetaria de Darío, la inflación se disparó en pocos años. Por otra parte, la nueva administración había organizado todo un sistema fiscal con impuestos directos, que se recaudaban por satrapías, lo que produjo una serie de desajustes y movimientos económicos imprevisibles y desconcertantes para aquellos tiempos. También se adoptó una lengua oficial para todo el imperio: el arameo, por ser entonces una de las más extendidas.

Otro de los aspectos de la organización del nuevo Estado fue la milicia. Existía un ejército central persa, cuyo cuerpo de élite eran los «inmortales», una guardia real de 10.000 hombres. Las armas preferidas de medos y persas eran el arco y las flechas, si bien se utilizaban asimismo las lanzas y las espadas cortas. Muy importante fue la caballería, no solo de carros, sino también de jinetes. Pero es evidente que este ejército de confianza no era capaz de responder a las necesidades de un imperio tan dilatado, en el que las fronteras distaban entre sí varios miles de kilómetros. Por eso fue preciso reclutar tropas indígenas en las distintas satrapías, que, armadas a la usanza local, pudieran subvenir a las necesidades defensivas del momento e incluso ser enviadas como guarniciones permanentes a lugares muy lejanos del vasto imperio.

Por lo que a Palestina se refiere, hemos de decir que se hallaba integrada dentro de la V satrapía, conocida con el nombre de Abar Nahara, es decir, «al otro lado del río», lo que en latín se expresa con el nombre de Transeufratina, es decir, «Más allá del Éufrates», visto naturalmente desde Mesopotamia. Cada una de estas satrapías estaba dividida en demarcaciones menores con sus gobernadores al frente, de modo que en todo el imperio el número de estos ascendía a 127 (Est 8,9). En Palestina, estas provincias menores eran: Tiro, Galilea, Samaría, Dor, Ashdod, Karnaim, Galaad, Ammón, Moab, Yehud (Judea) e Idumea, tal vez esta última enmarcada dentro de la satrapía de Arabia. Los nombres ya conocidos nos indican su situación en la geografía del país, sin que sea preciso, a estas alturas, detenernos en otras explicaciones, salvo recordar que Karnaim correspondía a Basán.

Mientras tanto, en Jerusalén proseguía lánguidamente la reconstrucción del templo, a pesar de que los judíos allí residentes iban poco a poco reestructurando su vida. Contra esta actitud pasiva se levantaron dos profetas, Ageo y Zacarías, que animaron al pueblo a responsabilizarse con la empresa iniciada. El sátrapa Tatenay hubo de consultar a la corte de Darío sobre la legitimidad de las obras, y, una vez comprobada la misma, estas se reanudaron hasta la inauguración del templo el año 515 a.C. Nada queda arqueológicamente que pueda ilustrarnos sobre el carácter de esta reconstrucción.

En los tiempos de Artajerjes, hacia el 448 a.C., pudo haber una nueva repatriación. En todo caso se estaba ya intentando reconstruir la muralla de Jerusalén, pero las obras se paralizan por orden de la satrapía, tras consulta a la corte. En el 445 a.C., un dignatario importante de la corte imperial, que residía en Susa, llamado Nehemías, de origen judío —lo que nos ilustra sobre la dispersión y el grado de bienestar social a que habían llegado muchos judíos exiliados—, es designado por Artajerjes gobernador de Yehud, donde va a residir por espacio de doce años (Neh 5,14). Es entonces cuando se realiza la reconstrucción de la muralla de Jerusalén. El texto bíblico conserva un interesante relato de la inspección nocturna hecha por el gobernador y en la que pudo comprobar el lamentable estado del recinto urbano, antes de comenzar las obras. Allí se consignan los nombres de las antiguas puertas La Puerta del Valle hacia el Tyropeon, la Puerta de la Basura sobre el Hinnom, la Puerta de la Fuente y la de las Aguas sobre el Cedrón. Pero las murallas «estaban en ruinas y las puertas consumidas por el fuego» (2,13). La nueva reconstrucción se limitó al recinto de la antigua ciudad de David y de la colina del templo, donde estaban la Puerta de los Caballos, la Puerta Oriental, la de la Inspección, la Puerta de las Ovejas, la del Pescado y la Puerta Vieja o Puerta del Barrio Nuevo (3,1-32), dejando fuera de las murallas todo el ensanche incorporado por Ezequías, cuyo «muro ancho» en ruinas no se reconstruyó. A esto parecen aludir frases como estas: «Reconstruyeron Jerusalén hasta el muro ancho» (3,8), o cuando se alude a que la procesión inaugural que había comenzado por el poniente de la ciudad fue «por encima de la muralla, a lo largo de la torre de Los Hornos hasta el muro ancho y continuó por la Puerta de Efraím...» (12,38). Por cierto, que esta última debe ser la ya citada Puerta Vieja.

Nehemías retornó a Susa después de su gobierno, pero al poco tiempo fue de nuevo designado gobernador de Judea, donde le vemos en el 430 a.C. Varios años después aparecerá un sacerdote y escriba llamado Esdras, encargado de realizar una importante reforma religiosa en la comunidad y la puesta a punto del templo. Venía con cartas de Artajerjes II, cuyo texto es aceptado como auténtico (Esd 7,11-26), y era acompañado de algunos repatriados, que llegaron a Judea por el camino más directo, atravesando el desierto por Tadmor (Palmira), a pesar de ir sin escolta militar (Esd 8,22).

La provincia de Yehud, cuya capital era Jerusalén, tenía unos límites mucho más reducidos que cualquiera de los que constituyeron en otro tiempo el viejo reino de Judá. Limitaba por el norte con la provincia de Samaría, incluyendo Lod, Betel y Jericó. Por el oeste llegaba hasta Gezer; por el sur hasta Beth-zur y En-Gedi, dejando fuera Hebrón, que pertenecía a la provincia de Idumea. Por el este lindaba con el bajo Jordán y el tramo norte del mar Muerto. En esta época, el gobernador tenía facultad de acuñar moneda con el nombre de Yehud. Es una pieza de plata que imita al dracma ático, incluso con la representación de la lechuza ateniense. Igualmente se ve el sello con ese nombre impreso en algunas vasijas de cerámica destinadas al almacenamiento de distintos productos.

Restos arqueológicos de la época persa se han hallado en Gezer (estrato IV), en Betel, en Beth-zur, en Mizpah; pero quizá los más significativos se encuentran en ciudades palestinas que pertenecían entonces a otras provincias, como Lakhish, que era una ciudad idumea, probablemente su capital. Aquí el nivel I corresponde a la ocupación persa, y en él se levanta una nueva muralla con su puerta y, sobre todo, el edificio residencial o palacio del gobernador en la antigua ciudadela, con escalinata y pórticos.

La cerámica que se utiliza entonces es de claro influjo griego, cuando no realmente fabricada en talleres egeos. Es frecuente el tipo ático de figuras rojas sobre fondo negro.

Había tensiones entre las gentes y gobernantes de Judea y los de las provincias circundantes, pues estos veían con malos ojos la creciente prosperidad del pequeño territorio y la importancia y atractivo que podía tener en un próximo futuro el santuario nacional de Jerusalén, del

que estaban excluidas las gentes de esas provincias, que, aunque algunas de ellas eran de origen israelita, practicaban sin embargo una religión sincretista, a causa de la mezcla prolongada con los otros pueblos establecidos en su territorio. En estos conflictos se citan expresamente las provincias de Samaría, Ammón e Idumea.

Pero los judíos no solo se hallaban establecidos en su pequeño país, sino que estaban ya dispersados por Mesopotamia, por las ciudades de Media y Persia, por Asia Menor (Sardes) y especialmente por Egipto, donde en la isla Elefantina, en Asuán, tenían una importante colonia. Era de origen militar, es decir, se trataba de uno de esos destacamentos militares al servicio de los persas, integrado en este caso por tropas mercenarias judías. Llegaron a edificar allí un templo dedicado a Yahveh bajo el nombre de «Yaho, Dios del Cielo», aunque sin ánimo de rivalizar con el gran santuario nacional de Jerusalén, ya que en el templo de Elefantina solo se oraba y se ofrecían incienso y oblaciones, mas no se llevaban a cabo sacrificios cruentos. Se conserva documentación sobre las relaciones de esa comunidad con la de Jerusalén y con el gobernador de Egipto. En una carta del 407 a.C., siendo rey Darío II (423-404 a.C.), Yedonías, que era el sacerdote de Elefantina, se dirige al gobernador de Judea, llamado Bagohi y le dice, entre otras cosas, que ha escrito al sumo sacerdote Juan y a los notables de Jerusalén pidiéndoles ayuda para la reconstrucción del templo. Y añade: «Preocúpate de que se construya este santuario, ya que a nosotros no se nos permite construirlo. Mira qué personas agradecidas y qué amigos tienes aquí en Egipto; envíales una carta a propósito del santuario de Yaho Dios, para que se le construya en la fortaleza Elefantina, como se había construido antes».

3. EL OCASO DEL IMPERIO

Una vez más en esta historia, el gran imperio de los persas, igual que antes había ocurrido con los babilonios, asirios..., se vio sometido a la enfermedad y a la muerte, como cualquier ser vivo, según la famosa teoría de Spengler. Sin embargo, en el caso de Persia los hechos ocurrieron a un ritmo diverso. Mientras que en Asiria, tras la cima representada por Asurbanipal, se desencadena la crisis que conduce a la caída, y lo mismo en Babilonia tras Nabucodonosor, en Persia la enfermedad na-

cional, claramente diagnosticada a la muerte de Artajerjes I, va a seguir un curso lento por espacio de casi un siglo. Y no se olvide que la caída del Imperio no será definitiva, pues transcurrida esta primera etapa histórica, la de los aqueménidas, volverá antes de cien años a resurgir, esta vez con el nombre de reino de los Partos. Pero esta última historia cae ya prácticamente fuera de la atención de nuestro libro.

Pasemos, pues, revista muy rápidamente a los últimos aqueménidas. Después de Artajerjes I, subió al trono su hijo Darío II, no sin que antes hubiera cometido el asesinato de sus dos hermanos con mayores derechos al trono que él. Durante su reinado se reprimió una sublevación de los medos. Darío intervino en la guerra del Peloponeso alternativamente a favor de unos u otros contendientes. A su muerte, le sucedió en el trono Artajerjes II (404-359 a.C.), en cuyo tiempo tuvo lugar la famosa rebelión de su hermano menor Ciro el Joven, que concluyó en la célebre batalla de Cunaxa (401 a.C.), ganada por Ciro, aunque pereció en ella, y, por tanto, sin consecuencias para la continuidad en el poder del rey Artajerjes. Entre las tropas mercenarias de Ciro había más de 10.000 griegos, cuya retirada desde el escenario de los hechos en la Baja Mesopotamia hasta la vuelta a su lejana patria fue dirigida y después fascinadamente narrada en *La Anábasis* por el célebre escritor ateniense Jenofonte.

Viene después Artajerjes III (358-338 a.C.), que reconquistó Egipto y llevó una vida turbulenta y de intrigas. Mandó asesinar a los príncipes de su corte, y él mismo murió envenenado. Le sucedió Darío III (335-331 a.C.), pariente lejano del anterior, en cuyo reinado continuaron las intrigas y los crímenes cortesanos. En su tiempo, Alejandro Magno se apoderó del imperio.

La conquista del Imperio persa era para los griegos un tema romántico y a la vez una utopía, puesto que un país tan fraccionado como Grecia no tenía poder político ni fuerza militar para realizar una empresa de esa índole. Algo así como la conquista del Imperio turco para los Estados cristianos de nuestro siglo XVI. Durante los siglos V y IV a.C., los griegos se habían interesado mucho por los persas, no solo a causa de sus intervenciones militares tanto en las guerras médicas como posteriormente, intervenciones en las que la valentía de los griegos solía salir vencedora, sino también porque el comercio griego, como hemos visto,

iba penetrando en el imperio colocando sus productos y sus mercaderes, y, sobre todo, porque la literatura helénica se había recreado en los temas persas, desde los tiempos de Esquilo y Heródoto.

Pues bien, con la forzada unificación de Grecia bajo el poder macedónico de Filipo II y con el espíritu juvenil y caballeresco de su hijo y sucesor Alejandro, se daban las condiciones en el 334 a.C. para que se hiciera realidad lo que hasta entonces no había pasado de un vago deseo. Alejandro, con un ejército disciplinado y eficaz, pero no excesivamente numeroso –35.000 hombres–, atravesó el estrecho de los Dardanelos y comenzó la guerra de conquista, en la esperanza de que el botín y la confiscación de los tesoros reales en las ciudades importantes que cayeran en sus manos podrían financiar la empresa, que se presumía iba a durar varios años.

Una a una fueron cayendo sin especial dificultad las ciudades del norte, para después conquistar Sardes, la capital persa de aquella satrapía. Más tarde el ejército macedónico fue capturando todas y cada una de las ciudades de la costa de Lidia, Caria, Licia y Panfilia en el sur de Anatolia, si bien Mileto y Halicarnaso cayeron solo después de un asedio. De allí, Alejandro se dirigió con su ejército hacia el centro de Anatolia, a la región de Frigia, y cayó en sus manos la ciudad de Gordium, donde se cuenta la anécdota del llamado «nudo gordiano», imposible de deshacer, a pesar de que se prometía todo el imperio a quien lo hiciera, y que Alejandro sin más cortó de un tajo con su espada. Pasó por la meseta de Capadocia, atravesó las gargantas del Tauro, llegó a la costa de Cilicia, conquistando las ciudades, y allí tuvo el primer encuentro serio con el grueso del ejército persa, al frente del cual venía el Rey de Reyes. La batalla fue librada en Issos (333 a.C.) y supuso un revés espectacular para los persas, cuyo rey consiguió al fin salir huyendo del campo, abandonando su ejército en manos de Alejandro.

A partir de este momento, el joven rey macedónico comienza la campaña de Siria-Líbano, conquistando no solo las ciudades de la costa, sino también las del interior, como Damasco. Solo Tiro resistió el asedio durante siete meses, debido a su favorable situación estratégica (prácticamente era una isla), pero al fin fue tomada al asalto, merced a las obras de la ingeniería griega, consistentes en la construcción de un camino sobre el mar hasta los muros de la ciudad. Después de Tiro, los griegos

continuaron el avance por la costa palestina, apoderándose sucesivamente de las ciudades de Akko, Dor y la llamada Torre de Stratón (que siglos después recibiría el nombre de Cesarea). Una vez hubo accedido a la *Via Maris*, el ejército macedónico tomó el camino de Egipto, capturando las ciudades de la Pentápolis filistea, de las que solo Gaza, apoyada por los nabateos, resistió un asedio de dos meses, al cabo del cual fue destruida y su población asesinada o vendida como esclavos, instalándose allí gentes procedentes de otros lugares. Una tradición recogida por Josefo dice que, durante el sitio de Gaza, Alejandro se dirigió a Jerusalén, donde se entrevistó con el sumo sacerdote y recibió el acatamiento de la población. Alejandro, por fin, entró en Egipto, como antes habían hecho los asirios y los persas, y sometió con facilidad el país. Allí pasó el invierno del 332-331 a.C. y fundó la ciudad de Alejandría.

Pero la conquista del imperio no está más que iniciada. Alejandro vuelve sobre sus pasos, atravesando Palestina. Por entonces tiene lugar una expedición de castigo contra la ciudad de Samaría, que se había rebelado y que fue destruida y convertida más tarde en colonia para los veteranos de su ejército. Alejandro pasa a Damasco; de aquí se dirige al Éufrates, atraviesa el Tigris y se enfrenta de nuevo con Darío en la batalla de Arbela (331 a.C.), donde este es de nuevo derrotado. El príncipe macedónico toma Babilonia, Susa, Persépolis y Ecbatana. Hace un gran funeral para Darío que había muerto en la huida, y se proclama su heredero en el imperio. Entonces es cuando se inicia su aventura por Oriente, que le lleva a conquistar todos los antiguos dominios persas, llegando hasta el Indo, el cual atraviesa camino del Ganges. Pero su ejército, cansado de tantos combates y conquistas, quiere regresar, y así lo hace, esta vez por una ruta relativamente cercana a la costa, bordeando el mar de Omán y el golfo Pérsico, para arribar por fin a Babilonia, donde el héroe Alejandro muere el 323 a.C. a la edad de 32 años. Sus conquistas habían rebasado incluso los límites del Imperio persa. Todo estaba realizado, pero ahora se abría una incógnita de futuro. ¿A manos de quién iría a parar el nuevo Imperio macedónico?

Palestina y con ella el antiguo territorio persa de Judea (Yehud) pasaron a depender de un nuevo amo: los griegos.

Las vicisitudes de esta época están bien representadas en la estratigrafía de algunas ciudades palestinas, principalmente de la costa, como

Akko, Dor y Ashdod. Pero sobre todo hay que citar Tell Abu Hawam, en la actual Haifa, donde la transición entre los estratos I-II marca de forma muy interesante este período. En época persa se construye la muralla de casamatas y se nota una gran actividad urbanística, debido, sin duda, al interés de los persas por favorecer el comercio de las ciudades fenicias. Hacia el año 404 a.C. se registra una destrucción de la ciudad, probable testimonio de la sublevación egipcia contra el poder central persa, que por entonces tuvo lugar. La segunda destrucción de la ciudad está registrada al comenzar el último tercio del siglo IV y ha de corresponder a la toma de Alejandro el año 332 a.C.

Los recuerdos que la época persa ha dejado en la Biblia son notables, especialmente el boato de su corte, a la que en ocasiones tuvieron acceso algunos judíos. La figura impenetrable del Rey de Reyes, prácticamente inaccesible, rodeado de sus cortesanos, sentado en majestad y vestido de oro y pedrería, aparece en varios libros de la Biblia, como en Nehemías (2,1-6), en Daniel (6,1-29; 9,1; 10,1; 11,1; 14,1-42), pero principalmente en el libro de Ester, cuya novelesca trama se desarrolla toda ella en la corte de un rey persa llamado Asuero, cuyo nombre equivale a Jerjes. Véase, por ejemplo, esta descripción que el texto griego da del Rey de Reyes, cuando la reina Ester se presenta a él, sin ser llamada: «Atravesó todas las puertas, hasta quedar de pie ante el rey. Estaba sentado en su trono real, revestido de todos los ornamentos majestuosos, de oro y piedras preciosas. El rey aparecía terrible. Levantó la cabeza incendiada de gloria y, en la cumbre de su cólera, lanzó una mirada. La reina palideció y se apoyó en el hombro de la doncella, desmayándose» (Est 15,9-10).

Hasta en el Nuevo Testamento pueden tal vez encontrarse trasuntos o alusiones a la gran corte persa en algunas de las parábolas (Mt 18,23-34; 22,1-14). Pero, sobre todo, parece innegable que la visión del Cristo en majestad del Apocalipsis está inspirada en la idea que entonces se tenía de lo que había sido un monarca del Imperio persa (Ap 1,13-15), de acuerdo con una tradición que aparece ya en Dn 7,13-14; 10,4-6. Esta visión se repite varias veces con variantes en el Apocalipsis. Por si hubiera alguna duda, la expresión reiterada de «Rey de Reyes», que el monarca de la visión lleva escrita como un título en la capa y en el muslo (Ap 17,14; 19,16), identifica perfectamente el origen formal de la figura.

12

Bajo el dominio de Europa

Períodos helenístico y romano

Ya hemos visto que el Creciente Fértil ha sido objeto de atención y codicia por parte de otros pueblos que vivían más allá de sus fronteras naturales. No solo se han dado las periódicas invasiones de semitas, procedentes del sur y que llegaban por el interior, sino también las de otros pueblos, por lo general indoeuropeos, que venían desde las montañas y mesetas de la zona exterior del Creciente. Este ha sido el caso de los hititas, medos y persas. Pero, quien haya leído las páginas anteriores, será consciente también de que algunos pueblos de la cuenca mediterránea europea –los griegos– llevaban ya dejándose ver reiteradamente en nuestra zona, desde el tiempo de las incursiones de los Pueblos del Mar –que aún no pueden considerarse como griegos en sentido estricto–, pasando por los mercenarios griegos del ejército egipcio a partir del siglo VII a.C., hasta los que figurarán después en el ejército persa. Además hay que tener en cuenta la presencia reiterada de productos culturales egeos, desde los capiteles protoeólicos, hasta la cerámica cretense, chipriota y griega, sin olvidar las monedas y tantos otros detalles que no se citan aquí. Todo ello tiene su culminación en la conquista de Alejandro, someramente narrada en el capítulo anterior, y a la que queremos ahora añadir, como dato imprescindible para comprender el sentido de la historia, el hecho de que esa singular acción militar haya ido acompañada de una expansión de la cultura helénica por toda Asia, de tal modo que, a partir de ese momento, no solo se generalizan el arte –hasta en la India existirá el llamado arte grecobúdico– y ciertas formas de vida griega, sino también la lengua. Después de la caída del Imperio persa, el griego sustituye como *lingua franca* al arameo en todo el Creciente Fértil, incluido por supuesto Egipto.

Asistimos, pues, a lo que podríamos llamar una rápida europeización del Próximo Oriente, más tarde simplemente matizada por la pre-

sencia de los romanos, y que a partir de este momento va a resultar imprescindible para explicar el contexto bíblico de los últimos libros del Antiguo Testamento y todos los del Nuevo.

1. LOS DIADOCOS

A la muerte de Alejandro Magno, el inmenso imperio por él conquistado en tan pocos años fue repartido no sin disputas y contiendas entre sus generales, que son conocidos por el nombre genérico griego de diadocos (sucesores). Estos eran seis, por lo menos, de los cuales solo nos interesan aquí dos, Seleuco y Ptolomeo Lago, a quienes les tocó en el reparto las tierras del Creciente Fértil y de Egipto. Palestina quedaba indecisa, como tierra de disputa entre ambos reinos, lo que dio origen a numerosas guerras.

En realidad, esta es una visión muy simplificada de lo que verdaderamente aconteció y del cúmulo de luchas que tuvieron lugar duran-



Alejandro Magno en plena batalla contra Darío III. Mosaico de Pompeya, que copia un original griego de alrededor del año 300 a.C. Museo Nacional, Nápoles.

te un siglo, tema histórico en el que tampoco nosotros vamos a entrar a fondo, limitándonos a enumerar los más significativos hechos ocurridos y sus repercusiones en el panorama del momento.

Entre los diadocos de los primeros tiempos existían divergencias sobre la forma de regir el imperio y no todos participaban de la idea de Ptolomeo, hijo de Lago, gobernador de Egipto, que consistía en repartir las distintas provincias creando Estados independientes. Por de pronto, Ptolomeo quiso asegurar su control sobre Palestina y en el 320 a.C. ocupó militarmente, mediante una doble expedición por tierra y mar, las plazas más importantes del país. Pero esto no era más que el comienzo de una dura lucha. Otro diadoco, contrario a las ideas de Ptolomeo, el general Antígono, junto con su hijo Demetrio, se trasladó a Palestina en el 315 a.C. con un fuerte ejército para enfrentarse a Ptolomeo. La campaña duró en realidad nueve años, con interrupciones y suerte alternativa por ambas partes. A Ptolomeo le apoyaba Seleuco, que también acudió al lugar de la disputa con sus tropas desde Babilonia, donde tenía entonces la sede de su gobierno. Antígono ocupó la costa de Palestina y se internó en Egipto, pero fue aquí derrotado en el 306 a.C. Su hijo Demetrio había ocupado Transjordania en el 311 a.C. y pasó también a Egipto para apoyar a su padre, siendo rechazado en las proximidades de Damietta, en el delta del Nilo.

En el año 301 a.C. tuvo lugar el enfrentamiento decisivo entre los aliados (Ptolomeo y Seleuco) por una parte, y Antígono por otra. Este fue derrotado y muerto en Ipsos (hoy Ipsili), al noroeste de Anatolia, en una sangrienta batalla en la que jugó el papel decisivo la presencia de un contingente de elefantes adiestrados, procedentes de India, que Seleuco traía entre sus tropas. A partir de entonces, Seleuco y Ptolomeo quedaron dueños definitivos de sus reinos, ostentando el título de reyes, el primero gobernando desde Babilonia y después desde una nueva ciudad, Antioquía, en la costa norte de Siria; y el segundo asentado en la que había convertido en capital de Egipto, Alejandría. Palestina quedaba en el reparto del lado egipcio, incluida la costa del Líbano y Transjordania; pero no Damasco, ni la costa siria, que pertenecían a Seleuco. El territorio se dividió en *hiparquías*. Estas eran: Idumea, Ashdod, Judea, Samaría, Galilea, Fenicia, Gaulanitis (en el Golán), Galaaditis (en Galaad), Ammonitis, Perea (en el Belqa transjordano), Moabitis y Gabalitis (al

sur del Arnón). Entonces es cuando se fundan algunas ciudades griegas sobre antiguas poblaciones, ahora con estatutos especiales de autonomía, como Philadelphia (Ammán), Ptolemaida (Akko) y Berenice (Pella). Este estado de cosas se prolonga durante todo un siglo, en el que se suceden hasta cinco reyes en Alejandría, siempre con el nombre repetido de Ptolomeo (I-V).

Pero la posesión de Palestina por parte de los greco-egipcios no fue precisamente pacífica. Los descendientes de Seleuco —reyes que llevaron los nombres de Antíoco y Seleuco—, conscientes del valor estratégico del país, comenzaron a reclamarlo y a intervenir militarmente en él. El matrimonio de Antíoco II con Berenice, la hermana de Ptolomeo III, en el 225 a.C., puso un pasajero alto en el camino a las luchas entre ambos reinos, las cuales volvieron a reanudarse poco después. Entre el 246 y el 240 a.C., Egipto llevó la mejor parte, apoderándose de Seleucia (el puerto de Antioquía) y de esta misma ciudad, llevando sus incursiones militares hasta el Éufrates. Ptolomeo III tuvo al fin que retirarse a Egipto, aunque él y sus sucesores conservaron el puerto de Seleucia hasta el año 219 a.C.

Pero se aproximaba el fin de la hegemonía de los lágidas o Ptolomeos. La subida al trono de Siria del rey Antíoco III el Grande (223-187 a.C.), el monarca que acogió en su corte al Aníbal derrotado en Zama, iba a marcar el punto final al influjo greco-egipcio sobre Palestina. Antíoco reconquistó la ciudad de Seleucia y se lanzó sobre Palestina, conquistando las ciudades de la costa, por una parte, y Galilea y Transjordania, por otra, en este último caso ayudado por sus aliados los nabateos. Sin embargo, Ptolomeo IV le salió al paso y le puso en fuga, tras derrotarle en la batalla de Rafia (Tel Rafah, al sur de Gaza) el año 217 a.C. Hubo, no obstante, un segundo y definitivo intento por parte de Antíoco. El 201 a.C. repitió victoriosamente su marcha por la costa y puso sitio a la ciudad de Gaza, que en principio se resistió. El ejército greco-egipcio, al mando del general Scopas, forzó la retirada provisional de Antíoco, mientras las tropas lágidas afirmaban su control sobre Jerusalén, Samaria y otras ciudades que se mostraban partidarias de los greco-sirios. Al fin, la batalla decisiva se dio cerca de las fuentes del Jordán, en Panias (la actual Banyas), y el ejército egipcio fue derrotado. Era el año 198 a.C. A partir de entonces, Antíoco no hizo más que recorrer triunfalmente el país, donde fue bien recibido por la población, principalmente en Jerusalén. El rey greco-sirio

actuó como un libertador, dando muestras de tolerancia frente a las costumbres e instituciones judías. Palestina había pasado definitivamente a pertenecer al reino de los seléucidas.

Antíoco dirigió sus ambiciones conquistadoras hacia Europa, pasando a Grecia, pero allí chocó con la mayor potencia militar de toda la antigüedad: Roma. Fue derrotado primero en las Termópilas el año 191 a.C. y, después de retroceder hacia Anatolia, fue aquí espectacularmente vencido por L. Escipión en la famosa batalla de Magnesia (190 a.C.). Era evidente que con Roma, que así comienza su presencia en Asia, no se podía jugar. El refugio y apoyo que Antíoco había dispensado al viejo enemigo del pueblo romano, Aníbal, le había salido más caro de lo que nunca habría podido pensar. Las condiciones de la paz firmada fueron muy gravosas para el reino de Siria.

Pero volvamos a Palestina, donde los greco-sirios continuaron dominando el país por espacio de más de medio siglo. El territorio estaba entonces dividido en cinco eparquías: Paralia (la costa desde Fenicia a la frontera de Egipto), Samaría (que ahora comprendía también Galilea, Judea y Perea), Idumea y Galaaditis (Transjordania). El régimen de ciudades griegas autónomas tuvo gran desarrollo a partir de entonces.

Bajo el reinado de Antíoco IV Epífanes (175-164 a.C.) va a iniciarse un movimiento independentista por parte judía, que dará lugar a las guerras de los macabeos y finalmente a la independencia total. Este rey, en su afán por fortalecer el Estado y prepararse para un eventual enfrentamiento con Roma, cometió la equivocación de tratar de unificar las costumbres, el derecho y los cultos religiosos de todo su reino, intensificando de forma violenta el proceso de helenización que hasta entonces iba produciéndose pacíficamente en todos los territorios bajo su dominio. Y aquí chocó sin remedio con un judaísmo renaciente y fuerte, dispuesto a defender sus valores nacionalistas hasta el fin.

No vamos a entrar a narrar la historia de la sublevación de los Macabeos, precedida por la presencia de Antíoco en el país con motivo de su campaña contra Egipto (170-167 a.C.), fallida a causa de la intervención romana, apoyando a Ptolomeo VI. El hecho es que el año 167 a.C., los hermanos macabeos, de stirpe sacerdotal, huidos al monte con otros muchos judíos patriotas, iniciaron una guerra de liberación nacional, cuyos hitos más importantes fueron: la batalla de Bet Horon (166

a.C.), la batalla de Emaús (165 a.C.), la de Beth-zur (165 a.C.), la de Beth-Zacarías (162 a.C.), la de Cafarsalama (162 a.C.), la de Adasá (161 a.C.) y la batalla de Eleasa (161 a.C.), en la que murió gloriosamente Judas Macabeo, el caudillo de la revuelta. La segunda etapa está marcada por el caudillaje de su hermano Jonatán, con la victoria y levantamiento del sitio de Bet-Basi (156-152 a.C.), la toma de Joppe (Yaffo) y la batalla de Yamnia (147 a.C.) y la de Hazor (144 a.C.). Tras la muerte de Jonatán (142 a.C.), Simón, otro de los hermanos, se pone al frente de los nacionalistas, toma Gezer, la ciudadela de Jerusalén, y sus tropas logran la victoria en la batalla del Cedrón (Qatna, cerca de Yamnia) en el 137 a.C.

Con Juan Hircano (134-104 a.C.), hijo de Simón, comienza una nueva etapa. Ya no es solo un caudillo, ni el sumo sacerdote; es el príncipe de un Estado independiente, pero que tiene que luchar aún contra los sirios. Su hijo Aristóbulo se proclamaría rey. Pero a estos personajes nos referiremos después al hablar de la dinastía asmonea.

Digamos únicamente que, desde el punto de vista arqueológico, los hallazgos pertenecientes a esta época son abundantes. Citemos, entre otras ciudades, Ashkelon, Ashdod, Beth-zur, Gezer, Jaffa, Torre de Stratón, Dor, Hazor, etc. Hay que subrayar, no obstante, la ciudad de Samaría, en su estrato IX, a la que pertenecen unas bellas torres redondas, que formaban parte de la muralla, y, sobre todo, la ciudad de Marisa (Tell Sandakhanna, al sur de Bet-Govrin), que fue la capital de la provincia de Idumea, reemplazando en importancia a la vieja Lakhish. Lo más notable de Marisa es tal vez su urbanismo. Fue una ciudad helenística perfectamente concebida y trazada, con calles perpendiculares. Los hallazgos realizados son muy abundantes.

Es muy dudoso que en Jerusalén los seléucidas construyeran una ciudad de tipo helenístico –Antioquía– sobre la colina más alta (el hoy llamado «monte Sión»), como se ha pretendido deducir de una interpretación del pasaje bíblico 2 Mac 4,9. Los estudios y excavaciones arqueológicas no abogan esta hipótesis. Respecto al Akra o fortaleza bien abastecida, que resistió reiteradamente las distintas ocupaciones de Jerusalén, no debe buscarse tampoco en esa zona de la ciudad, sino ligeramente al sur del templo, donde unas ruinas halladas hace pocos años podrían delatar sus cimientos.

2. LA DINASTÍA ASMONEA

Juan Hircano, que había combatido ya al mando del ejército en los tiempos de su padre, sucedió a este como líder al frente de Judea, después que su padre y tíos fueran asesinados. A la muerte de Antíoco VII (138-129 a.C.), sobrevino una crisis en el reino seléucida de Siria, que fue aprovechada por este miembro de la segunda generación de los macabeos, llamado Hircano, para consolidar y extender el nuevo Estado libre de Judea, que comenzaba ya a figurar en el abigarrado mosaico de reinos y principados en que se hallaba dividido el antiguo imperio de Alejandro. Su labor fue precisamente esa: engrandecerse a costa de sus vecinos, para rememorar tiempos pasados e indudablemente mejores. Por eso, Hircano pasa con sus tropas al otro lado del Jordán, allí recupera la zona de Mádaba. Después incorpora a Judea la provincia Idumea hasta Beersheva inclusive. Por el oeste se anexiona una parte de la zona marítima que incluye Yamnia y Joppe, y, por el norte, la antigua provincia de Samaría hasta el valle de Yizreel, incluida Beth Shean, ahora llamada Scythópolis, desde que algo más de un siglo antes había servido de asentamiento para los licenciados de las tropas mercenarias de origen escita al servicio de Ptolomeo II.

El hijo de Hircano, el rey Aristóbulo (104-103 a.C.), de brevísimo reinado, siguiendo la política de su padre, anexionó Galilea a su Estado judío. Su muerte prematura permitió subir al trono a su hermano Alejandro Janeo (103-76 a.C.), que fue el más importante de los reyes asmoneos. En su tiempo, el nuevo Israel comprendía Galilea, Samaría, Judea, Idumea, la Moabitis, Perea y la Galaaditis, es decir, un territorio que, como en la fórmula tradicional bíblica, iba desde Dan hasta Beersheva y el torrente de Egipto, y desde la costa del Mediterráneo hasta bastante más allá del Jordán, dejando fuera de sus fronteras las ciudades de Philadelphia y Petra, pero incluyendo otras importantes, como Pella, Gerasa y Mádaba. Solo quedaba sin recuperar Ashkelon y la costa al norte del Carmelo, que pertenecía a Fenicia.

Pero ahora se produce una disensión interna de carácter ideológico-religioso dentro del reino, que va a suponer el origen de una serie de males políticos, los cuales con el tiempo conducirán a la ruina del pueblo judío y de su nuevo Estado israelita. A la muerte del rey, y después de la regencia de su viuda Alejandra (77-67 a.C.), la escisión adquiere caracteres trágicos al elegir cada una de las facciones a un pretendiente.

Los saduceos, más vinculados al sacerdocio del templo, pero a la vez más helenizados, fueron partidarios de Aristóbulo, uno de los hijos del rey, mientras que los fariseos, más populares y defensores a ultranza de las tradiciones religiosas, apostaron por el otro hermano llamado Hircano. Aquí se produjo la intervención de Roma para zanjar la disputa, apoyando a una de las partes, concretamente a Hircano. Ya nos referiremos más adelante a la conquista de Jerusalén por Pompeyo en el año 63 a.C.

En los tiempos de Hircano II (63-40 a.C.), hombre más bien indolente y, en cualquier caso, poco preocupado por los asuntos políticos, quien llevaba el peso efectivo del poder era un intrigante idumeo, especie de primer ministro, llamado Antípatro, cuyos hijos, Fasael y Herodes, ocupaban el gobierno de Jerusalén y Galilea respectivamente.

Los partos, uno de los grupos del conjunto iranio, habían caído sobre los despojos del reino seléucida apoderándose de Mesopotamia. La Siria occidental permaneció aún independiente hasta su ocupación por los romanos el año 64 a.C. Pero ahora, en el año 40 a.C., los partos amenazaban con caer sobre ella, incluyendo en su propósito la conquista de Palestina. Estaban de acuerdo con un hijo de Aristóbulo II, llamado Matías Antígono, a quien nombraron rey de los judíos (40-37 a.C.). La invasión de Palestina se produjo, una vez más, descendiendo por la costa desde Fenicia. El rey parto Pacorus tomó Jerusalén y coronó allí a Antígono. Capturó al rey Hircano y a Fasael; al primero le mutiló incapacitándole para ejercer el sumo sacerdocio, y al segundo le obligó a suicidarse. Solo Herodes pudo huir a Idumea y hacerse fuerte temporalmente en la fortaleza de Masada, junto al mar Muerto. Después huyó a Petra; de ahí a Alejandría y finalmente a Roma, donde fue bien recibido por Marco Antonio y proclamado por el senado rey de los judíos.

De la época asmonea existe bastante documentación arqueológica en Palestina. Quizá lo más significativo sea la reparación y ampliación de la muralla exterior de Gezer, a la que se añadieron los bastiones semicirculares que rodean las torres, y la gran muralla de Jerusalén, descubierta en las excavaciones de los años 70 en el Barrio Judío. Esta ciudad fue ampliada hasta cubrir el área que había tenido en los tiempos anteriores al exilio, lo que quiere decir que hubo un momento de prosperidad efectiva del país, que permitió un incremento de la población y el amplio desarrollo urbanístico de su capital. La muralla, ahora edifi-

cada, coincide en su trazado fundamentalmente con la antigua y la utiliza a veces en la construcción. Es el llamado por Josefo Muro I, que, partiendo del templo, atravesaba el Tyropeon y llegaba a la ciudad alta hasta donde se encuentra la Ciudadela. Una torre cuadrangular de buen aparejo se halló junto a la puerta del antiguo muro del siglo VII a.C. en el Barrio Judío. Otros restos se ven más allá, que probablemente forman una puerta (la puerta de Gennath de que habla Josefo), y en la propia Ciudadela. Lo mismo sucede con los cimientos de la muralla actual por la parte oeste en el Barrio Armenio y en lo alto del Hinnom, bordeando la colina llamada hoy en día «monte Sión», junto al cementerio inglés. Fue también reconstruido el llamado «muro I», que encintaba la antigua ciudad de David en el Ofel, si bien el muro oriental se edificó sobre la pendiente a mayor altura que el antiguo.

En la explanada del templo se hicieron asimismo obras importantes, como ha podido comprobarse tras los estudios realizados recientemente. Se construyó el gran muro oriental, sobre el que se asentaba el llamado pórtico de Salomón. Las excavaciones realizadas en el exterior de la explanada del templo, al descubrir hasta los cimientos este muro, han mostrado claramente la obra que corresponde a la época asmonea y la que pertenece a la época herodiana. Esta última consistió en ampliar la plataforma y, por tanto, el muro oriental hacia el sur no más de 32 m de longitud. En el lienzo de muralla actualmente visible puede comprobarse la discontinuidad en el aparejo, que indica el lugar a partir del cual comienza la ampliación de Herodes.

De época asmonea podemos datar también varios monumentos funerarios junto al torrente Cedrón (valle de Josafat), algunos de grandes dimensiones y de indudable belleza, con elementos tanto griegos como egipcios. Es el caso de la tumba de Beni Hazir, la llamada «tumba de Zacarías», y otras.

3. EN TIEMPOS DEL REY HERODES

El Nuevo Testamento, de acuerdo con el orden actual de los libros sagrados, comienza con el evangelio de Mateo, y este, después de dedicar el capítulo 1.º a la genealogía y concepción de Jesús, inicia el capítulo 2.º con estas palabras: «Jesús nació en Belén de Judea en tiempos

del rey Herodes» (Mt 2,1). Podemos, pues, decir que Herodes es el primer personaje político que aparece en el Nuevo Testamento. Y es una figura que concita opiniones muy encontradas por parte de los historiadores, pues mientras que unos alaban su «modernidad», es decir, su apertura al mundo helenístico, otros, sobre todo en ambientes judíos, impugnan esa misma postura como traidora a la tradición de Israel. De cualquier forma, no hay que considerar a Herodes como un verdadero israelita, ya que su padre era idumeo y su madre árabe.

Ahora bien, lo que nadie puede negar es la extraordinaria habilidad y maquiavelismo de este rey, que, sin ser judío, aceptó su religión y reconstruyó el templo; que, abierto a la cultura griega, tuvo buen cuidado de no herir la sensibilidad judía, respetando creencias y costumbres tradicionales; y que, finalmente, entregado en manos de los romanos, engrandeció el país haciendo que en sus tiempos adquiriera tanto poder y prestigio como quizá no había tenido desde la época de David y Salomón. Por otra parte, hay que reconocer que fue un cínico sin idealismos, un hombre extremadamente cruel sin paliativos, y, en definitiva, un verdadero paranoico. Aun así, su labor fue increíble: instauró una nueva dinastía, que iba a durar más de un siglo; mantuvo a distancia a saduceos y fariseos, sin permitir que su enfrentamiento llevara al país a la tragedia, y sin cederles un poder político efectivo, aunque sí dejándoles la autoridad religiosa; embelleció el país e hizo próspero el Estado, realizándose en su tiempo las más impresionantes obras urbanísticas, y levantándose los edificios más bellos y espectaculares de toda la historia de Israel.

Herodes el Grande (40-4 a.C.) supo como nadie sortear los constantes cambios políticos de Roma, en cuya amistad y lealtad se fundó siempre para mantener su reino. Así como su padre Antípatro había sido sucesivamente amigo y confidente de Pompeyo y de César, él lo fue de los rivales Marco Antonio y Octavio, este convertido después en César Augusto, es decir, supo estar en todo momento al lado del poder y cambiar a tiempo cuando los acontecimientos apuntaban una nueva dirección.

Fue primero gobernador de Galilea, después rey de Judea, comprendiendo en su reino Galilea y Perea. Más tarde incorporó una parte de Samaría, la costa mediterránea, el Golán y parte de Galaad. Finalmente anexionó un extenso territorio en el Haurán, que incluía las re-

giones de Batanea, Traconítide, Auranítide y Gaulanítide, así como una parte de Transjordania sur que arrebató a los nabateos. Solamente el territorio de Ashkelon y la costa fenicia, que entonces llegaba hasta Dor, quedaron fuera del control herodiano, a lo que hay que añadir algunas ciudades griegas de la Decápolis, como Scythópolis, Pella, Gerasa y Philadelphia. La parte más importante de estos territorios la consiguió luchando contra su contrincante el asmoneo Antígono entre los años 40 y 37 a.C., si bien fue a veces apoyado militarmente por los romanos.

Su vida privada fue trágica, dominada por una fatal ambivalencia de sentimientos que le llevó a dar muerte a sus seres más queridos: a su esposa Mariamne, a su cuñado Aristóbulo y a sus propios hijos Alejandro, Aristóbulo y Antípatro. A su propia muerte, dejó establecido que convocaran a la gente principal de Jerusalén en el estadio para darles allí la noticia del fallecimiento y proceder inmediatamente a la masacre de todos ellos, «para que no se recibiera con una explosión de alegría su muerte». Afortunadamente, este bárbaro testamento no se cumplió. El reino fue repartido entre sus hijos restantes: Judea y Samaría para Arquelaos, Galilea y Perea para Herodes Antipas, la Gaulanítide, Traconítide, Batanea y Auranítide para Filipo, el territorio de Yamnia y Ashdod para su hermana Salomé, mientras que las ciudades helenísticas de Gadar y Hippus pasaban a engrosar la Decápolis, directamente dependiente de la provincia romana de Siria.

Herodes, como algunos otros reyes de la antigüedad, fue atacado por una especie de fiebre constructora, una manía psicológica que le impulsó constantemente a levantar ciudades y edificios grandiosos, si bien en este caso de extraordinaria solidez. Fue el constructor de dos nuevas ciudades en honor de Augusto: el puerto de Cesarea sobre la antigua Torre de Stratón, y Sebastia sobre la antigua Samaría, donde levantó un enorme templo en honor de Augusto como divinidad, encima de las ruinas del antiguo palacio de los reyes.

Escogió el oasis de Jericó para levantar allí su ciudad de invierno, siguiendo la tradición iniciada por algunos soberanos helenistas, que la consideraban como posesión real. Sus palacios, cuyas ruinas reciben actualmente el nombre de Tulul el-Alaiq, constan además de parques, piscinas, pabellones menores y otras dependencias. El llamado «Tercer Palacio» era un edificio que tenía una gran fachada porticada. Tras ella

había dos enormes salas de recepción, una de ellas de 30 x 20 m rodeada de 22 columnas, la sala del trono de 29 columnas jónicas y unas termas completas con *caldarium*, *frigidarium*, *tepidarium* y *apodyterium*. Además, en las cercanías, en lo que hoy es Tell es-Samrat, construyó un hipódromo y un teatro.

Quizá porque los avatares de su vida le llevaron en sus primeros momentos a huir y hacerse fuerte en los desiertos, construyó, sobre las antiguas fortalezas de allí, una serie de palacios lujosos, que quizá sean el mejor exponente de su excentricidad. Los tres, que han sido excavados con mayor amplitud, son: Maqueronte, Masada y el Herodium. El primero se halla en Transjordania sobre los acantilados que miran al mar Muerto. Fue un palacio residencial, con toda clase de dependencias anejas, que más tarde sería utilizado por Herodes Antipas y donde, según Josefo, fue decapitado el Bautista en la macabra fiesta narrada en Mt 14,1-12 y Mc 6,14-29.

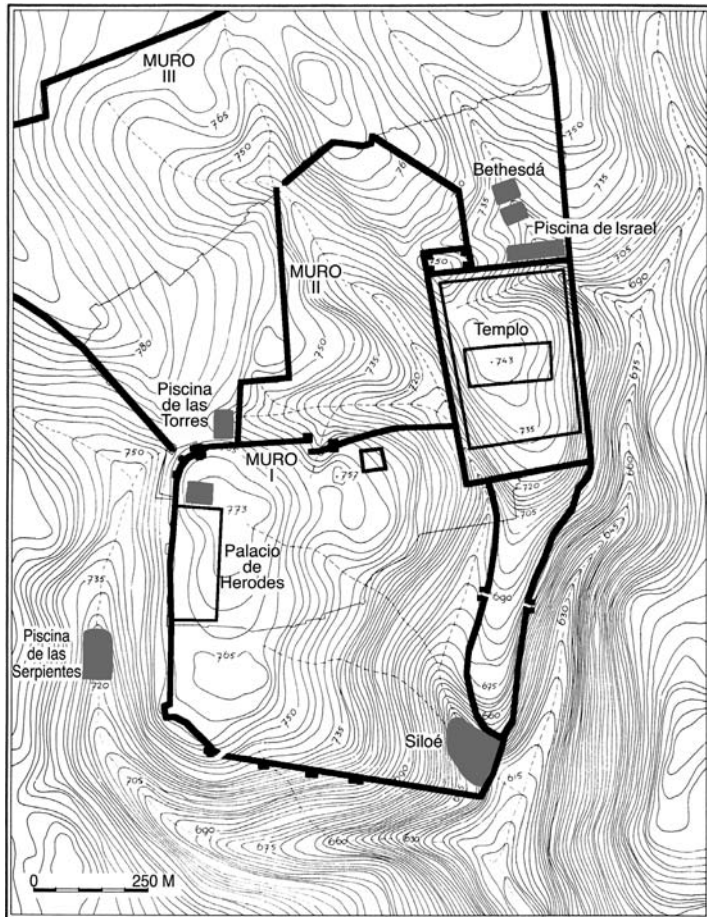
La segunda fortaleza-palacio era Masada, en el desierto de Judá, también junto al mar Muerto, un lugar absolutamente inhóspito. Se halla en la cima de un monte en forma de meseta, de acceso sumamente difícil (hoy en día se sube en teleférico). Recuérdese que aquí se hicieron fuertes los judíos después de la conquista de Jerusalén en el año 70 d.C., logrando resistir tres años el asedio de las poderosas legiones romanas. La parte más espectacular del palacio se encuentra intencionalmente construida en tres terrazas, que, a distintos niveles, cuelgan sobre el acantilado norte, quizá el más abrupto de toda la montaña. Aquí había toda clase de estancias, balconadas y pérgolas, con bellas columnas, paredes estucadas con pinturas, mosaicos, etc. Por si esto fuera poco, en lo alto de la montaña hay unas termas inmensas, donde los residentes podían tomar sus baños con todas las comodidades que exigían las costumbres romanas. El agua era subida en recipientes a manos de esclavos por uno de los acantilados más impresionantes, cercano al edificio, donde se encuentra la llamada «Puerta del Agua». Pero no se olvide que estamos en pleno desierto y que para recoger esa preciada agua habían sido necesarias complejas obras hidráulicas en los wadis o torrenteras de los alrededores de la montaña, con diques, acueductos y cisternas. La persona que hoy visita el impresionante lugar de Masada llega a la conclusión de que se trata de la obra de un loco.

El tercero de los palacios-fortaleza excavados es el Herodium, no lejos de Belén, al comenzar a adentrarse en el desierto de Judá, sobre un alto cerro de forma troncocónica. La fortaleza es circular con cuatro torres también de planta circular o semicircular dispuestas simétricamente en el perímetro. El interior del recinto, aunque no muy grande (50 m de diámetro), poseía un jardín con un bello peristilo de 32 columnas; una zona residencial con un triclinio o sala de banquetes de 4 columnas centrales; y un servicio completo de termas, aparte de dependencias y servicios. Ya al pie del castillo había otro complejo de edificios, entre ellos un nuevo palacio, jardines, almacenes y lo que se ha interpretado como las ruinas de un hipódromo. Desde la ciudad de Belén se divisa al fondo, emergiendo entre las colinas del desierto, este famoso Herodium, adonde, a la muerte de su constructor Herodes el Grande, acaecida en Jericó, fue trasladado y enterrado su cadáver, de acuerdo con su testamento. El visitante procedente de los países mediterráneos, donde existe la tradición de poner por navidad los «belenes» o «nacimientos», no puede menos de reconocer la intuición popular de colocar el lejano «castillo de Herodes» como uno de los elementos típicos del paisaje de Belén.

Pero fue Jerusalén el principal objetivo de la atención de Herodes. La ciudad estaba también amurallada, debido a las obras que en ella se habían realizado pocos años antes por los reyes asmoneos. En este aspecto, Herodes, al parecer, se limitó a incorporar a la ciudad un barrio al noroeste del templo, el llamado «segundo barrio», defendido por una muralla —el «segundo muro» de Josefo—, la cual llegaba por el norte hasta la actual puerta de Damasco, pero dejaba fuera del recinto sendas porciones al este y al oeste de lo que actualmente cae dentro de la muralla de Jerusalén. Herodes edificó un espléndido palacio real en la ciudad alta, apoyado en la muralla occidental, cuya zona norte se hallaba defendida por un fuerte de tres magníficas torres, llamadas Fasael, Mariamne e Hippius, del nombre del hermano, esposa y amigo del rey constructor. En la caída desde esa colina hacia el templo construyó un barrio residencial, que ha sido descubierto al excavar el viejo Barrio Judío. Una bella casa, llamada por los arqueólogos la «residencia herodiana», de 200 m² con patio central, ciertamente fechable en esa época, resulta un claro exponente de lo que eran las mansiones de este barrio lujoso de la gran ciudad. Otras casas, como la llamada «mansión palaciega», de 600 m², que en nada tenía que envidiar a las casas aristocrá-

ticas de las buenas ciudades de Italia, duró hasta la destrucción de Jerusalén en el año 70 d.C., y es dudoso si ya existía en la época de Herodes el Grande, lo mismo que la llamada «casa quemada», que perteneció a una familia sacerdotal.

Lo más grandioso de la Jerusalén herodiana y de todas las obras de este fastuoso rey fue, sin duda alguna, el templo que mandó levantar en la ciudad santa para sustituir a las instalaciones desiguales que hasta entonces se habían construido desde los tiempos de la vuelta del destierro, y que pretendían remedar al viejo templo de Salomón. El nuevo templo de Herodes, comenzado a edificar el año 18 a.C., y algunos de cuyos remates no se concluyeron hasta después de la muerte del gran rey, supe-

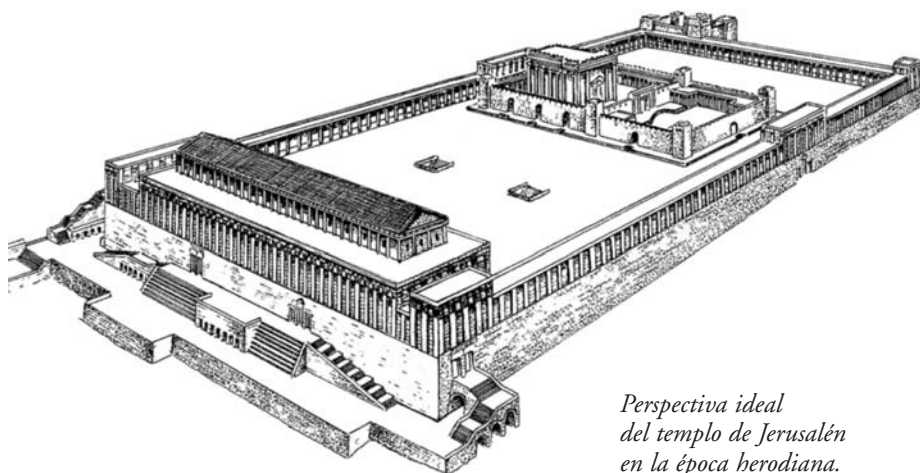


Topografía de Jerusalén en el siglo I.

ró con creces en todos los aspectos a la obra de Salomón. No es de extrañar que los autores de la antigüedad hablen de él como de una obra maravillosa y colosal, tal como lo hacen Flavio Josefo y Tácito, y que en esto coincidan con lo que consigna el evangelio (Mt 24,1-2; Mc 13,1-2; Lc 21,5-6). En su tiempo, era uno de los mayores edificios del mundo y estaba especialmente construido para poder recibir a la vez a millares de peregrinos durante las fiestas. Téngase en cuenta que la ciudad –según se calcula– podría contar con unos 100.000 habitantes (una de las grandes ciudades del imperio) y que en la solemnidad de la Pascua podría duplicarse este número, a causa de los numerosos peregrinos que allí acudían procedentes de todo el mundo.

La explanada, que ocupaba una superficie de 144.000 m², estaba rodeada de un enorme muro, que servía de contención y de recinto, cuya parte superior la formaban impresionantes pórticos de columnas por el interior y de pilastras adosadas por el exterior. La altura media de estos muros era de unos 30 m, pero en algunas zonas en las que las calles descendían podía llegar hasta los 50 m. Estaba construido por inmensos sillares, bien labrados y meticulosamente ajustados. Estos sillares, que aún se conservan en algunas de sus hiladas más bajas, pesan unas 10 toneladas, aunque en lugares especiales, como esquinales, etc., los hay mucho mayores: de 12 m de largo, por 3 de alto y 4 de espesor, con un peso estimado de hasta 400 toneladas. Las columnas de los pórticos tenían 1,5 m de diámetro y su altura se estima en unos 11 m, incluidos basa y capitel. Apoyada en el muro sur había una gran basílica de tres naves, la del centro bastante más alta que las laterales, lo que permitía la existencia de grandes ventanales que iluminaban el interior. El número de columnas exentas, que se calcula habría en este pórtico real, era de 72, y más de otras tantas adosadas. En esta zona, la explanada sobre la que se levantaba la basílica estaba sostenida por tres pisos de enormes bóvedas, contruidos con el fin de alargar la explanada en el vacío. Naturalmente, esta colosal construcción no era ni es visible desde el exterior.

La explanada en su ángulo noroeste tenía una fortaleza, llamada Torre Antonia, que dominaba toda la ciudad. En el centro de dicha explanada había otro recinto murado que contenía el patio de las mujeres, el de los hombres y el santuario propiamente dicho. De toda esta última y principal construcción nada se conserva, porque fue intencionalmente



*Perspectiva ideal
del templo de Jerusalén
en la época herodiana.*

destruida, pero podemos reconstruirla con alguna verosimilitud, basándonos en las descripciones y en algunas representaciones de la época (por ejemplo las que se encuentran dibujadas en las monedas). Probablemente, rodeando esta parte central de la explanada, había una balaustrada en la que iban encajadas unas inscripciones en griego y en latín, en las que se amenazaba con la muerte al gentil que se atreviera a pasar más allá. Se conservan dos de estas inscripciones griegas, que ilustran el pasaje bíblico del tumulto acaecido cuando se dijo que Pablo había introducido allí al griego Trófimo, cristiano de origen pagano (Hch 21,27-36).

El acceso al recinto o explanada del templo se realizaba por diversas puertas, pero las principales estaban en el muro sur y se accedía a ellas mediante sendas escalinatas, una a la derecha de 15 m de ancho, que servía para entrar por la «triple puerta», destinada a los que entraban, y la otra de 65 m de ancho, que servía para bajar desde la «doble puerta», con destino a los que abandonaban el templo. Otras de las entradas más espectaculares, aunque en realidad secundarias, eran las dos que había sobre el muro oeste. Se trataba de pasos que salvaban la calle inferior mediante sendos arcos, cuyos arranques aún se conservan y reciben los nombres de Wilson y Robinson. El primero debía servir de paso aéreo hacia la ciudad alta, mientras que el segundo, mediante una escalinata que torcía en ángulo recto, permitía descender hasta una animada calle llena de tiendas a ambos lados, que discurrían por el fondo del Tyropeon. Se considera que el arco de Robinson fue el de mayores dimen-

siones del mundo para su época. Dada su anchura (15,2 m), el conjunto de sus dovelas se calcula pesaría unas 1.000 toneladas. Pero, como hemos dicho, se trataba de accesos secundarios al templo, pues, así como los ya descritos de la fachada sur continuaban por un paso subterráneo hasta desembocar en plena explanada a medio camino del verdadero santuario, los accesos laterales de que hablamos, sobre todo el último por el sur, que corresponde al arco de Robinson, iban dirigidos más bien a comunicar los pórticos y más concretamente la basílica con la calle comercial de abajo. Por allí entraba la gente más preocupada por las transacciones comerciales y por la vida pública que se realizaba en los pórticos, mientras que la entrada y salida por la fachada sur estaba reservada a los devotos que se dirigían al templo para orar. En esa zona «comercial» y bullanguera encaja perfectamente la escena de la expulsión por Jesús de los mercaderes y sus mercancías, según se consigna en los cuatro evangelios (Mt 21,12-13; Mc 11,15-17; Lc 19,45-46; Jn 2,14-16).

El templo poseía también otros accesos secundarios: uno con escalinata y arco sobre el vacío en el muro oriental, además de otra puerta a ras del suelo donde hoy se encuentra la Puerta Dorada. En la fachada oeste tenía la llamada puerta de Coponio, también a ras del suelo, hoy conocida como puerta de Barclay, y otras más, la mayoría más bien de servicios, como la llamada puerta de Warren.

Por los restos que han podido recogerse en las excavaciones de estos últimos años, sabemos que la decoración de puertas, pasos subterráneos y paredes era de un alto valor artístico y gran vistosidad, con motivos geométricos y vegetales, distinguiéndose entre estos las rosetas, esvásticas, hojas, pámpanos, etc.

4. LA SOMBRA DE ROMA EN ORIENTE

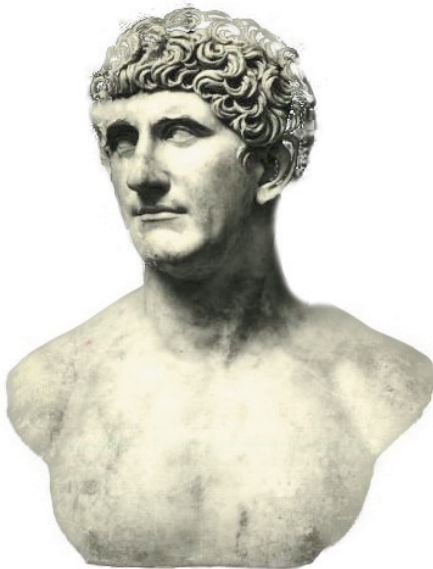
Es el último factor que en los tiempos bíblicos irrumpe en el Creciente Fértil. Ya hemos aludido en páginas anteriores a ello, pero ahora vamos a detenernos algo más. La presencia romana en el Próximo Oriente fue más bien superficial, tanto por el hecho de haber sido restringida en el espacio y el tiempo (no ocupó todo el Creciente Fértil a la vez), como por el grado de penetración de la cultura romana, que aquí se adap-

tó por completo a la helénica, utilizando incluso la lengua griega, salvo para documentos oficiales. Mientras que en Occidente la presencia romana suele ser una garantía de civilización, en Oriente la huella romana apenas se nota, si exceptuamos el mundo militar y el jurídico. Aun así, el derecho romano no sale muy bien parado en un proceso como el de Jesús, a pesar de que la causa había sido redactada al menos parcialmente en latín, según aparece en el evangelio (Jn 19,19-20).

La lucha entre Antíoco III y Roma, como ya hemos indicado, marcó el comienzo de la presencia romana en Asia. La victoria de los romanos fue sellada por el tratado de Apamea del año 188 a.C., que reconocía el influjo romano en Asia, a la vez que cercenaba drásticamente los resortes del poder al reino seléucida. Un año antes, el cónsul Manlio Vulso había derrotado a los gálatas del centro de Anatolia, donde su belicosa presencia suponía un verdadero peligro para la estabilidad de los países de su entorno. Roma apoyaba a la monarquía de Pérgamo, en la ribera anatólica del Egeo y le permitía engrandecerse a costa de sus vecinos, principalmente de Bitinia. Por fin, el espaldarazo final fue el testamento del rey de Pérgamo, Atalo II, que en el año 133 a.C. lega su reino a Roma. A partir de este momento, los romanos establecen legalmente una nueva provincia en Anatolia, que recibe el nombre de provincia de Asia y que abarca toda la zona occidental de la península.

Pero surge un inesperado inconveniente. Mitrídates Eupator, rey del Ponto (111-63 a.C.), en el norte de Anatolia, monarca de origen iranio, está haciendo realidad los deseos de grandeza de sus gentes y se ve abocado por fin a enfrentarse a Roma. En el 88 a.C. invade la provincia y realiza allí una masacre de romanos (se habla de 80.000 víctimas). No contento con esto, cae sobre Grecia y llega incluso a ocupar Atenas. Roma reaccionó de forma inmediata y mandó allí sus mejores generales: Mario en el 88, que no llegó a realizar su misión; Sila, que en el 86 liberó Grecia y en el 85 Asia; L. Murena, que fue derrotado en el año 72; Lúculo, que en el 74 consiguió poner en fuga a Mitrídates, viéndose este obligado a refugiarse en el vecino país de Armenia, bajo la hospitalidad del rey Tigranes. Finalmente, fue designado Pompeyo, vencedor de la guerra contra los piratas en Cilicia, para hacerse cargo de la dirección de la guerra, el cual derrotó definitivamente a los dos reyes en el año 66 a.C. sobre las riberas del Éufrates.

A partir de este momento, Pompeyo toma la decisión de dominar todo el cuerno occidental del Creciente, incluidas Siria y Palestina; pero abandona la idea de ocupar el cuerno oriental –Mesopotamia–, que estaba en manos de los partos. Ya hemos visto que este general romano aprovechaba las disensiones en el seno del reino asmoneo de Judea para intervenir directamente con sus tropas. Partiendo de Damasco, penetra en Transjordania, cruza el Jordán, se apodera de Scythópolis (Beth Shean), marcha por el valle del Jordán para ocupar Jericó y subir a Jerusalén. Es el año 63 a.C., y la primera vez que las legiones romanas contemplan la ciudad y se disponen al asedio. En los años posteriores, esta circunstancia se repetirá varias veces. Pompeyo asienta sus campamentos en la zona del Bloomfiel Park, al suroeste de Jerusalén, y al norte de la ciudad en la zona de Morasha. La ciudad alta, que estaba en poder de Hircano, se entrega a Pompeyo, pero la zona del templo y la antigua ciudad de David, que se hallaba en manos de Aristóbulo, resisten. Los romanos construyen una empalizada alrededor para aislar a los cercados, y preparan las torres y rampas de asalto. Al fin, un sábado atacan por el norte, junto a la fortaleza de Baris (lo que después sería Torre Antonia), y por el oeste a la altura del templo, conquistan la ciu-



*Busto del triunviro romano
Marco Antonio, conquistador
de Jerusalén el año 63 a.C.
Museos Vaticanos, Roma.*

dad, no sin realizar una matanza en masa de judíos, cuyo número según Josefo se elevó a 20.000. Los sacerdotes que oficiaban en el templo continuaron sus ceremonias como si no fuera con ellos. Pompeyo en persona penetró en el recinto y llegó a entrar en el «santo de los santos». Salió desilusionado, porque era un lugar vacío donde no había nada —dice Tácito—, pero mandó a sus tropas respetar el santuario y todo cuanto contenía.

Los romanos tenían ya cinco grandes provincias en Asia: la que llevaba este nombre, Galacia, Bitinia, Cilicia y Siria, aparte de algunos protectorados, como era el caso de Judea.

Una vez desaparecido el reino seléucida y vencido el Ponto, quedaba un enemigo terrible, que acompañará a Roma hasta los últimos días de su imperio y al que solo temporalmente conseguirá arrebatar Mesopotamia en los tiempos de Diocleciano. Nos referimos a los partos. El triunviro Cayo Craso, consciente de la situación y, sobre todo, deseoso de gloria, para emular a sus colegas César y Pompeyo, se puso al frente de un ejército de 40.000 hombres y atacó a los partos en el año 55 a.C. Las tropas romanas avanzando por el desierto padecieron toda clase de penalidades. Al fin llegó el enfrentamiento directo en la célebre batalla de Carras (53 a.C.), donde la caballería acorazada de los partos dispersó a las legiones romanas. Los supervivientes con su general a la cabeza consiguieron huir, pero fueron finalmente destruidos y muertos, incluso el triunviro, no salvándose más que un pequeño escuadrón de caballería, que trajo la noticia. En Roma produjo consternación. El Creciente Fértil no parecía destinado en su totalidad a formar parte del Imperio romano, como antes había sido de los macedonios, de los persas, de los babilonios, de los asirios...

En el año 51 a.C., los partos amenazaban ya la provincia romana de Siria y fueron contenidos a duras penas. Dos años después, Roma se veía agitada por la guerra civil entre los dos triunviros supervivientes. Pompeyo, derrotado en Farsalia, vino a Egipto donde fue asesinado en el 48 a.C. César, tras él, trató de ocupar este país, poniendo en el trono a Cleopatra, y derrotó en el 47 a.C. a Farnaces, rey del Ponto, de nuevo insumiso. Los acontecimientos, de todos conocidos, se precipitan. César es asesinado en el senado el año 44 a.C. Marco Antonio, el nuevo triunviro, comienza su peligroso idilio con Cleopatra, que le retiene en Alejandría los años 42-41

a.C. Mientras tanto, los partos, en este caso instigados por algunos romanos del bando contrario, invaden Siria y Palestina. En este momento adquiere importancia la figura de Herodes el Grande, a cuya historia ya nos hemos referido anteriormente. En el 36 a.C., Antonio prepara una campaña total contra los partos, que se habían retraído a sus dominios, a los que intenta atacar desde Armenia. Fracasa. En el 31 a.C., la batalla naval de Accio pone fin a las guerras civiles romanas, concentrando todo el poder en manos de Octavio (César Augusto). Un año después, este toma posesión de Egipto, incorporándolo al Imperio romano en calidad de dominio personal del emperador.

La división del reino de Herodes, a su muerte, se mantuvo solo parcialmente, pues los territorios de Arquelao, con quien estaba descontento el pueblo, pasaron a ser administrados directamente por Roma, convirtiendo Judea en una provincia procuratoriana. En aquella época, las provincias del imperio estaban divididas en tres tipos: senatoriales, regidas por procónsules designados por el senado; imperiales, regidas por legados propretorios, elegidos por el emperador bajo pretexto de tratarse de países no suficientemente pacificados y donde era necesaria la presencia de legiones; y finalmente provincias procuratorianas, territorios secundarios, cuya administración estaba reservada a un procurador de la clase media romana. Mientras que los gobernadores de las otras provincias pertenecían a la clase senatorial, los procuradores eran individuos del orden ecuestre. Nombrados por el emperador, no tenían sin embargo autoridad sobre el ejército regular romano, es decir, las legiones; de modo que, para mantener el orden y la defensa de sus provincias, solo disponían de tropas auxiliares, es decir, cohortes, por lo general reclutadas entre pueblos bárbaros superficialmente romanizados. Estos soldados, con una organización y atuendo externo muy parecido al de los legionarios, no disfrutaban de la ciudadanía romana hasta el momento de su licenciamiento. En el oriente eran provincias senatoriales, Asia, Bitinia, y Chipre, mientras que Galacia, Cilicia y Siria eran imperiales. Judea permanecía como la única procuratoriana. Respecto a Egipto, se trataba de un caso especial, por pertenecer al patrimonio del emperador. También estaba regido por un procurador de la clase ecuestre, que llevaba el título de prefecto. Por cierto, que el procurador de Judea también recibía ese nombre, posiblemente por similitud con el caso de la vecina provincia del Nilo. Así aparece en una inscripción latina

hallada en el teatro de Cesarea del Mar, donde se cita a *Pontius Pilatus, praefectus Iudaeae*. El gobernador de Judea tenía a sus órdenes un ala de caballería y cinco cohortes de infantería. El número total de soldados puede calcularse al menos en unos 4.000 hombres.

Desde el año 6 d.C., en que se creó la provincia, con la destitución de Arquelao, hasta el 41 d.C., hubo siete gobernadores, de los cuales los más importantes, por haber permanecido más tiempo en el poder, fueron Valerio Grato (15-26 d.C.) y Poncio Pilato (26-36 d.C.). Entre el 41 y el 44 d.C. fue Herodes Agripa, nieto de Herodes el Grande, quien volvió a ostentar el título de rey. A partir del 37 d.C., tuvo a su cargo las regiones de Iturea, después (39 d.C.) la tetrarquía de Antipas, su tío; más tarde, ya en tiempos de Claudio, a partir del 41 d.C. aparece como rey de Judea y sus territorios anexos. Su muerte prematura provocó la vuelta al régimen de gobernadores romanos, que en este caso mandaban sobre toda Palestina. Estos fueron igualmente siete, entre los cuales hay que consignar aquí a Antonio Félix (56-60 d.C.) y a Porcio Festo (60-62 d.C.), pues ambos aparecen citados en los Hechos de los apóstoles (Hch 23-26).

Aparte de las escaramuzas y combates de las tropas auxiliares con los judíos insurgentes, las legiones romanas propiamente dichas, que se hallaban acantonadas en Siria, penetraron en Judea primero a la muerte de Herodes en los tiempos de Arquelao, siendo gobernador de Siria Quintilio Varo (el que años después sería alevosamente derrotado por los germanos de la selva de Teutoburgo). La segunda vez que entraron las legiones en Palestina fue el año 37 d.C., siendo Vitelio gobernador de Siria, cuando por orden de Tiberio fueron desde Ptolemaida (Akko), atravesando Galilea, hasta Transjordania, con objeto de apoyar a Herodes Antipas en su lucha contra Aretas IV, rey de los nabateos. El motivo de este enfrentamiento fue la venganza de Aretas porque Herodes había menospreciado a su legítima esposa, la hija del rey nabateo, uniéndose incestuosamente a su cuñada Herodías. Es el hecho denunciado por Juan el Bautista y que fue el motivo de su muerte, según aparece narrado en los evangelios (Mt 14,1-12; Mc 6,14-29; Lc 9,7-9). La tercera intervención directa del ejército romano fue el año 40 d.C., siendo gobernador de Siria Publio Petronio, que acantonó sus tropas en Ptolemaida sin llegar a la lucha, pues tenía la orden de Calígula de apoyar la



Mapa de Palestina a la muerte de Herodes el Grande (4 a.C.). El territorio fue repartido entre sus hijos: Idumea, Judea y Samaría para Arquelao; Galilea y Perea para Antipas; Gaulanitis y sus territorios adyacentes para Filipo.

dedicación de una estatua del César, como divinidad, nada menos que en el templo de Jerusalén. Con buen criterio, Petronio supo dar demoras al cumplimiento de la orden hasta que llegó la noticia de la muerte del emperador, después de lo cual se retiró de nuevo a Siria. La última intervención fue el año 66 d.C., siendo gobernador de Siria Cestio Gallo. La situación en Palestina era tan tensa, ya casi en vísperas de la Guerra Judía, que el legado de Siria tuvo que enviar en apoyo del procurador Floro la legión XII y cuatro cohortes como una expedición de castigo por todo el país e iniciar el asedio de Jerusalén con ánimo de re-

ducir a la ciudad. La operación salió fallida y se abrieron así las puertas a la gran guerra, que dirigieron después Vespasiano y Tito, la cual concluirá con la toma de Jerusalén (70 d.C.) y el asalto a la fortaleza de Masada (73 d.C.).

No vamos a hablar aquí ya de esta guerra, que prácticamente cae fuera de los tiempos del Nuevo Testamento, y, por tanto, del tema de nuestra obra. Quizás a más de un lector, que nos haya acompañado hasta aquí, le pueda parecer, en todo caso, que en este libro se ha hablado demasiado de generales, ejércitos y guerras. Creo, sin embargo, que esta misma conclusión la sacaría tras una lectura seguida de la Biblia, al menos del Antiguo Testamento.

Respecto a los hallazgos arqueológicos, en distintas ciudades romanas de Próximo Oriente, que se refieren a la época neotestamentaria, hay que decir que son muy numerosos y que aquí no podemos ni siquiera enumerarlos de pasada. Ciudades como Antioquía, que constituyó un foco de irradiación del cristianismo y donde por primera vez se utilizó la palabra «cristiano» (Hch 11,26), fueron núcleos de población y centros comerciales de mucha importancia. Concretamente, Antioquía fue probablemente durante muchos años la segunda ciudad en importancia de todo el Imperio romano, después de Roma.

En Palestina se alzaron nuevas ciudades como Tiberias, junto al lago de Genesaret, fundada por Herodes Antipas, o progresaron notablemente otras como Séforis en la baja Galilea, o Magdala, no lejos de Tiberias, también junto al lago. Otra pequeña pero próspera ciudad al noroeste del lago tiene para la Biblia especial importancia, por ser el centro de las actividades de Jesús durante su misión en Galilea. Se trata de Cafarnaúm, ciudad fronteriza entre la tetarquía de Antipas, a la que pertenecía, y el territorio de Filipo. Se hallaba edificada sobre uno de los ramales de la antigua *Via Maris*, y estaba dedicada al comercio, la agricultura y la pesca. Era sede de una oficina de aduanas (Mt 9,9; Mc 2,13-14; Lc 5,27) y de un destacamento militar (Mt 8,5-13; Lc 7,2-10). Sus ruinas han sido puestas al descubierto durante los años 1968-1982. En una de las calles principales no lejos de la sinagoga, se encontraba la casa de san Pedro, también varias veces citada en los evangelios y que ha podido ser identificada gracias al culto que en los siglos posteriores se localizó en ella, dejando indudables huellas arqueológicas.

De otras ciudades importantes del país ya hemos hablado con anterioridad. Recordemos ahora, para finalizar, las excavaciones realizadas en Qumrán, junto al mar Muerto, y que han puesto al descubierto un monasterio de una secta judía, los esenios, que lo habitaron desde la época asmonea hasta la caída de Jerusalén el año 70 d.C. Como se sabe, la principal aportación arqueológica ha sido el hallazgo de los famosos manuscritos consistentes tanto en documentos acerca de la vida y creencias de la comunidad, como en textos bíblicos. Todos ellos se hallaban en las cuevas cercanas al monasterio, donde los esenios los escondieron para salvarlos en los tiempos de la guerra. Pero las ruinas del monasterio nos han revelado asimismo muchos pormenores de la vida de aquella gente contemporánea de Jesús. Así, sabemos la importancia que daban a los baños rituales, lo que puede servir de contexto a la predicación y bautismo de Juan, el cual realizaba su actividad en una zona cercana al monasterio. Igualmente ciertos rituales practicados en las comidas por la secta de Qumrán pueden ayudarnos a ambientar las celebraciones eucarísticas de la Iglesia primitiva, así como otras prácticas y enseñanzas de la comunidad, que nos amplían la visión del mundo judaico en aquel momento. El judaísmo no solo venía interpretado por las doctrinas de fariseos y saduceos. También se manejaban entonces lenguajes y algunas nociones ciertamente más próximas a lo que iba a ser el cristianismo.

13

Los dioses y los hombres

Religión y moral en la sociedad del Creciente Fértil

Se ha hablado hasta ahora del contexto histórico-arqueológico en el que se desarrollan los relatos bíblicos, pero quizás alguien haya echado de menos la ambientación de las propias ideas religiosas de Israel y, por consiguiente, del cristianismo mismo en sus comienzos. Precisamente para responder a ello, dentro de las obvias limitaciones de un libro como este, hemos reservado el tema para este último capítulo de nuestra obra, dándole así la importancia que evidentemente se merece.

Al hablar de lo sagrado y del concepto que sobre la divinidad poseen las culturas antiguas, hay que tener en cuenta la existencia en ellas de un modelo de concepción y consiguientemente de un estilo de expresión peculiar.

La filosofía, desde los griegos, posee una forma propia de tocar los problemas de la metafísica o de la ética. Lo mismo sucede con la historia, al menos desde Tucídides en el siglo V a.C. y con la ciencia moderna desde F. Bacon en el siglo XVII d.C. La religión que indaga sobre la existencia de lo divino como último responsable de la realidad presente, que se refiere a Dios como origen y rector del mundo en que vivimos o como juez y protector de nuestras vidas, ha tenido un tratamiento especial en el mundo antiguo y un peculiar género literario de expresión. Estamos hablando de la forma conocida con el nombre de «mito». Hay que llamar la atención, desde el primer momento, sobre el valor que tiene esta expresión. En el uso vulgar aparece con un cariz peyorativo, como sinónimo de falso o fantasioso. No es este el sentido que posee el término utilizado científicamente, tal y como nosotros aquí lo empleamos. El mito es la forma de expresión de un contenido religioso, propia del mundo antiguo. En ella se da, por una parte, una personalización simbólica de las fuerzas de la naturaleza y de su sentido último, y, por otra,

la propia naturaleza está tratada aquí como un «tú» y no como un «ello», es decir, se entra en diálogo personal y cercano con ella y con lo que está detrás de ella y la sustenta.

El mito reduce a una historia de apariencia humana las grandes realidades de la creación, las leyes del universo, la propia existencia del hombre, sus tendencias, sus limitaciones y sus conquistas; es decir, la visión religiosa sobre la realidad y las creencias en un «más allá» se expresa como algo cotidiano, tangible, vivo, capaz de contenerse en una simple narración. Pero esta narración —el mito— se encuentra claramente fondeada en una situación especial, fuera del tiempo y del espacio. Lo que narra un mito no ha sucedido en un momento dado, ni en una localidad precisa; es de ayer, de hoy y de mañana; de aquí y de allí; está en la eternidad y en la realidad de cada día, en el cielo y en la tierra. Cuando los egipcios decían, por ejemplo, que el dios Ra moría y su cadáver era conducido en una barca en medio de la noche, y a la mañana volvía a renacer por el oriente, estaban reflexionando sobre la realidad del sol, sin el que no puede darse la vida, que cada tarde se pone en el ocaso y sale a la mañana siguiente por el extremo contrario del cielo para volver a dar vida al mundo. Y esto sucede no por casualidad, sino necesariamente, porque así está decretado por el mundo de lo divino. O cuando Osiris es asesinado por Seth y su cadáver es embalsamado por Isis y su resurrección protagonizada por Horus, los egipcios no se referían a un acontecimiento del pasado. Hablaban de la vegetación que propician las aguas del Nilo, la cual acaba siendo destruida aparentemente por la sequía y el desierto, pero que, latente en la madre tierra, vuelve a resurgir cada año. Y este movimiento cíclico es obra de los dioses y se impone como una realidad que da sentido y perspectivas a la vida cotidiana del hombre, y, hasta en el caso de los egipcios, le ilustra acerca de lo que será su futuro tras la muerte.

La mitología suele jugar con la pluralidad de dioses, porque se desarrolló en la antigüedad en culturas de creencias politeístas, pero puede ser compatible con el monoteísmo y, de hecho, lo ha sido en realidad. Estas ideas resultan imprescindibles para comprender el sentido de la historia de las religiones.

Otro concepto, que debemos plantearnos ahora antes de adentrarnos en el tema, es el del monoteísmo y el henoteísmo. Frente a la plu-

ralidad de divinidades, el monoteísmo proclama la unidad de un solo Dios. Ahora bien, cuando se trata de pueblos antiguos, donde aún no se ha dado la reflexión filosófica capaz de descubrir que la divinidad es por esencia una, el monoteísmo se reviste de una forma tosca y elemental y concibe al único dios como el «dios del pueblo», que es más poderoso que los demás dioses de las otras naciones y capaz de derrotarlos. El henoteísmo o monolatría no acepta más que el culto a un solo dios, pero implícitamente reconoce que pueden existir otros dioses. Es la forma primitiva de monoteísmo, que solo con el tiempo va purificándose, cuando descubre que «nuestro Dios está en el cielo, lo que quiere lo hace», mientras que los dioses de los pueblos «son plata y oro, hechura de manos humanas; tienen boca y no hablan, tienen ojos y no ven, tienen orejas y no oyen, tienen nariz y no huelen, tienen manos y no tocan, tienen pies y no andan, no tiene voz su garganta» (Sal 115,3-7). En la Biblia hay expresiones arcaicas que podrían acaso sonar un poco a henoteísmo: «Yo pasaré esta noche por la tierra de Egipto y heriré a todos los primogénitos del país de Egipto, desde los hombres hasta los ganados, y me tomaré justicia de todos los dioses de Egipto. Yo Yahveh» (Ex 12,12). O aquella otra: «¿Quién como tú entre los dioses, Yahveh?» (Ex 15,11).

1. DIVINIDADES CELESTES

En el panteón del antiguo Próximo Oriente destacan, en primer término, las divinidades de origen celeste, directamente identificadas con el propio cielo, con los astros o con los fenómenos atmosféricos. El dios del cielo por excelencia existe en el trasfondo de todas esas culturas, si bien aparece como un elemento distante y poco activo, pese a su rango indiscutible, que le da preeminencia sobre otras divinidades. Es lo que los historiadores de las religiones llaman un *deus otiosus*. Se trata de An o Anu en el mundo mesopotámico con todas sus variantes, y El en el cuerno occidental del Creciente Fértil, es decir, en Siria y en el mundo cananeo. Aquí desempeña claramente el papel de creador del universo. Así como la esposa de An es Inana o Ishtar, El comparte el trono celeste con su esposa Asherat o Athirat. En los textos de Ugarit aparece

con frecuencia aquella figura celeste presidiendo la asamblea de los dioses.

Pero en estas culturas existen otras divinidades, que han desplazado definitivamente al dios del cielo propiamente dicho. En Mesopotamia tenemos a Enlil, que ejerce prácticamente el papel de divinidad suprema como dios atmosférico. Hay divinidades astrales que tienen un relieve importante como Shamash o Utu, el dios del sol, Sin o Nanna, el dios de la luna, así como Adad, dios de la tormenta, y, en relación con este, Martu o Amorrú, Ninurta, dios del huracán, lo mismo que Ningirsu, etc. Algunos dioses de ciudades, como Assur, Marduk, etc., son también originariamente divinidades celestes y, en todo caso, identificadas con Enlil, llamado también Belu = el Señor. Equivale a ellos el Teshub de los hurritas e hititas.

En Siria-Palestina tenemos al dios Baal (el Señor), que se muestra como dios de la tormenta, mientras que en otras zonas de Siria recibe el nombre de Hadad. Su papel activo es muy relevante, y los textos ugaríticos al respecto son muy significativos. Su esposa es la diosa Anat, señora de la guerra. Baal es el rey y señor del mundo, y, aunque el prestigio de El sigue siendo muy grande, Baal tiende a sustituirle en su dominio del mundo. Citamos a continuación un par de pasajes de los textos ugaríticos en los que se ponen de relieve claramente los papeles que desempeñan los dioses El y Baal. El primero de los textos está tomado del mito llamado «La lucha entre Baal y Motu» y el segundo del mito de «El palacio de Baal». En la bella traducción del profesor del Olmo se cita a los dioses según la lectura original del texto con los nombres de Ilu y Ba'lu respectivamente.

«Se alegró el Benigno, Ilu, el Bondadoso,
 sus pies en el escabel apoyó
 y desfrunció el ceño y se echó a reír.
 Alzó su voz y exclamó:
 Me sentaré y reposaré,
 y reposará en mi pecho mi alma
 porque está vivo Ba'lu, el Victorioso,
 porque está en su ser el Príncipe, Señor de la Tierra.

Y respondió la Gran Dama, Atiratu del Mar:
Que tu mensaje, Ilu, (que) es sabio, sabio,
sí, por la eternidad,
(que) la vida dichosa (de) tu mensaje (sea);
nuestro rey es Ba'lu, el Victorioso,
nuestro juez al que no hay quien supere.
Todos a una su cáliz le llevaremos,
todos a una le llevaremos su copa».

En Egipto, el dios supremo también es un dios celeste, el sol, si bien aquí la idea del antiguo dios del cielo ha desaparecido prácticamente, a no ser que se halle diluida en la figura del dios creador Ptah. El sol naciente es Ra y el del atardecer, Atum, pero también hay otras divinidades locales que, aunque de origen diverso, han sido después asimiladas al sol, como Amón el dios de Tebas, transformado en Amón-Ra. Por otra parte, Thot es una divinidad lunar, convertida en dios de la sabiduría.

Hasta en los pueblos de origen indoeuropeo vemos repetido con variantes el mismo esquema. El dios griego Cronos (Saturno) es un dios celeste prácticamente «ocioso», mientras que todo el poder del panteón se centra en Zeus (Dyaus Pitar en la India, Júpiter en Roma), que es un se-



*Zeus, que habita en el Olimpo,
recibe a su pareja la diosa Hera,
hija de Cronos y protectora
de todas las esposas.
Museo Arqueológico de Palermo.*

ñor de la tormenta que habita en la montaña (el Olimpo). Otras divinidades secundarias completan el cuadro astral, como Ares (Marte), Hermes (Mercurio) y el propio Helios (Sol), sin que falten las femeninas, como la Luna y Afrodita (Venus), si bien estas se hallan ya contaminadas con otro tipo de divinidades no celestes, de las que hablaremos después.

El Israel de la época patriarcal tiene su dios patrimonial. Es el dios del clan, que recibe el nombre genérico de «Dios de los padres», o, mejor, «Dios del padre» (Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob...). Ignoramos su naturaleza exacta, pero todos los indicios permiten ponerle en relación con un dios celeste y probablemente con el ser supremo que en otros pueblos semitas ha pasado a segundo término. Es probable que uno de sus nombres fuera Saday (Gn 17,1; Ex 6,3). A medida que el clan abrahámico va asentándose, su dios —el dios que se revela a los padres— tiende a identificarse con la figura de El, lo que significa, al parecer, que poseía rasgos comunes. A veces, esta identificación o «interpretación» tiene un carácter localista en relación con determinados santuarios o lugares de culto, avalados en el relato bíblico por alguna teofanía. Tal es el caso de El-Olam y El-Roí, relacionados, al menos el primero, con el santuario de Beersheva (Gn 16,13; 21,33). En cambio, la denominación de El-Elyom parece que es algo más moderna y no localista.

Ni que decir tiene que Elohim, nombre con el que se conocerá al Dios de los padres, es distinto del cananeo El, puesto que es un dios único, que no comparte su reinado con otras divinidades, y es un dios activo y poderoso. Además carece de pareja femenina. Estas, entre otras, son las singularidades del Dios de la Biblia, cuya figura se irá perfilando con el tiempo y purificándose a través de las revelaciones sucesivas que tienen lugar en la historia de Israel.

Un papel decisivo en la remodelación del primitivo concepto de Dios es el desempeñado por la personalidad de Moisés. A partir de entonces, el dios israelita aparece con el nuevo nombre de Yahveh. Los textos bíblicos están de acuerdo en subrayar la novedad, así como en hacer ver que este aparentemente nuevo ser supremo, que revela su nombre a Moisés, no es en realidad una divinidad nueva, sino el único Dios a quien Israel debe dar culto, es decir, el viejo Dios de los padres (Ex 3,6; 3,13-15; 15,2-3). El nombre de Yahveh, que se interpreta como «el existente», ha sido objeto de numerosas discusiones entre los especialistas, no faltan-

do quienes vean en él al dios particular del clan de Moisés, incluso a un dios de origen madianita, puesto que es precisamente en Madián donde por primera vez se manifiesta a Moisés en el pasaje de la zarza ardiendo (Ex 3,1-2). Nada está definitivamente probado y, en todo caso, el hecho principal es su «identificación» con el Dios de los padres y la exigencia de un culto monolátrico. Los mandamientos que promulga Yahveh en el monte Horeb (o Sinaí) constituyen el mensaje específico de lo que se ha llamado la nueva religión mosaica y el punto de partida para el desarrollo que esta va a ir adquiriendo progresivamente a lo largo de la historia de Israel.

Hay, pues, una asimilación perfecta entre Yahveh y Elohim, entre el Dios de Moisés y el Dios de los padres, que había sido ya «interpretado» como el El cananeo. El padre De Vaux ve huellas de esta asimilación en el pasaje bíblico del Becerro de Oro (Ex 32,4), puesto que el El cananeo tenía por emblema simbólico el toro. Es, sin embargo, reacio a establecer paralelismos entre Yahveh y Baal, como han sugerido otros autores. Sin entrar aquí en esta discusión, es preciso recordar que Yahveh adopta algunas funciones que Baal desempeñaba en el panteón cananeo. Yahveh, además de vivir en lo alto del cielo, es también un dios de la tormenta, como se demuestra en el Sinaí (Ex 19,16) y en otras ocasiones (1 Sm 12,17-18), es un dios que envía la lluvia para fecundar los campos (Dt 11,10-12) y un dios que habita en la montaña. Esto último se desprende no solo de las múltiples citas del Pentateuco relacionadas con el Horeb-Sinaí-montaña de Dios, sino que era algo ya conocido por los pueblos del entorno de Israel. Así, los arameos de Damasco, refiriéndose a la derrota sufrida frente a Israel, decían: «Su dios (Yahveh) es un dios de montaña; por eso nos vencieron. A lo mejor, si damos la batalla en el llano, los vencemos» (1 Re 20,23-24). Esta misma tradición montañesa de Yahveh se verá plenamente realizada con la construcción del templo de Salomón en la zona más alta de Jerusalén, que se convertirá en el «monte santo de Yahveh» (Sal 2,6; 48,2; etc.). De hecho, la semejanza de atributos entre Yahveh y Baal dio lugar a una lucha a muerte entre ambos cultos, a la que se alude repetidas veces en la Biblia, pero principalmente en la historia de Elías, cuando yahvistas y servidores de Baal compiten sobre el monte Carmelo (1 Re 18,19ss). Cuando, siglos después, los samaritanos quieren hacer la competencia a Jerusalén, elegirán también un monte para dar culto a Yahveh, el monte Garizim.

Respecto al influjo que, sobre el concepto de Dios en la Biblia, pudo tener el «monoteísmo» de la reforma religiosa del faraón Amenhotep IV (Akhenaton), las posibilidades son cuanto menos dudosas, si nos referimos a un influjo más o menos directo, a través, por ejemplo, de Moisés. Sí, en cambio, son innegables las huellas que la literatura egipcia de la frustrada reforma dejaron en la Biblia, como es el caso del Salmo 104, claramente inspirado en el himno egipcio al dios Atón.

2. LAS DIVINIDADES DE LA TIERRA

Frente a las divinidades de origen celeste aparece otra serie de ellas, de carácter netamente terrestre, relacionadas principalmente con la fecundidad, e incluso algunas de tipo infraterráqueo o infernal, que hacen referencia a la vida del más allá; son las llamadas divinidades ctónicas.

En la serie predominan las divinidades femeninas, como símbolo de la fecundidad, y están asimiladas a la propia tierra. En Mesopotamia tenemos a la diosa Ishtar, a las diosas Bawun, Nisba y Ninhursag. En Anatolia, a la diosa Kubaba, después llamada Cibele. Entre los semitas del oeste se veneraba a la diosa Astarté y a la diosa Kadash. También la diosa Anat puede presentar ese carácter, siendo la esposa de Baal. Simboliza así cómo la tierra recibe su fecundidad de la lluvia que baja del cielo, lo que es característico del cuerno occidental del Creciente Fértil (Siria-Palestina), a diferencia de Mesopotamia o de Egipto, donde la tierra es fecundada no por la lluvia, aquí muy escasa, sino por el desbordamiento de los grandes ríos. En estos países aparecen dioses de la vegetación, como Dumuzi o Tammuz en Mesopotamia, Dagon entre los amoritas de Mari, u Osiris en Egipto, que se enlaza con la madre tierra, Isis, la cual aparece también bajo otras formas, como Hathor.

Además de estas divinidades terráneas propiamente dichas, existen otros dioses que, aunque se refieren al elemento tierra o están en contacto con él y en oposición a las divinidades celestes, no tienen las características antes expuestas. Este es el caso, por ejemplo, de las deidades marinas. En Mesopotamia hay que citar al gran dios sumerio Enki, llamado Ea por los semitas, y entre los griegos a Poseidón con toda su corte de dioses menores. En realidad, Enki no es originariamente un

dios marino, sino del elemento «tierra», cuyas bases se fundan sobre el océano. Aparece como un dios de la sabiduría y de la técnica, y su «partner» es la diosa Ninhursag. En los textos ugaríticos se cita a Yammu, dios del mar. Las divinidades marinas suelen presentar en su carácter ciertos rasgos maléficis, y en ocasiones se muestran francamente perversas, como cuando se identifican con monstruos o dragones. El mar aparece, en realidad, como la expresión de las fuerzas del mal.

Ya hemos dicho que existe un tercer grupo, en el que se incluyen las divinidades infernales, del centro de la tierra. Estas, pese a su apariencia, no tienen por qué ser necesariamente malévolas y dicen relación, bien sea con la idea de la pervivencia más allá de la muerte, bien con la resurrección o recuperación de la vida, bien, en fin, con el concepto de fecundidad de la tierra, ligado a la idea anterior, ya que aquella es fecundada de acuerdo con el ritmo de las estaciones que comportan la muerte y la resurrección de las plantas. En Mesopotamia, Endursag es un dios infernal, patrono de la justicia, y Nergal, patrono de la caza. Este último compartía el dominio de su reino infernal con su esposa Ereshkigal. Pero, a veces, estas divinidades pueden solaparse con las terráqueas propiamente dichas, como Dumuzi. En este terreno, uno de los símbolos más comunes es la serpiente, deidad infernal, cuyo veneno produce la muerte, pero que al morderse la cola y convertirse en anillo es también signo de la inmortalidad y, por extensión, se encuentra relacionada con el mundo de la fecundidad de la tierra y el éxito de la cosecha estacional. Es el caso del dios mesopotámico Ningishzidda, cuyo emblema es dicho animal.

La Biblia rechaza sistemáticamente todo contacto con este tipo de expresiones de lo sagrado, ya que cualquiera de estos cultos aparece siempre como contrario al culto de Yahveh, aunque sean muy frecuentes en el ambiente palestino. A pesar de ello, existen alusiones a tales cultos para personificar las fuerzas del mal que se oponen a Yahveh. Así, la serpiente –tan frecuente en las representaciones cananeas sobre objetos litúrgicos, tales como incensarios– aparece en el relato del paraíso como la instigadora del pecado de Eva. Aquí se hallan combinados varios de los elementos aludidos. Eva es el símbolo de la fecundidad como madre de los vivientes, y la serpiente le promete la inmortalidad y el conocimiento del arcano, que es solo propio de Dios (Gn 3). Por otra parte,

aparecen también en la Biblia alusiones a la serpiente primordial vencida por Yahveh, a las que nos referiremos después.

Es evidente que resulta imposible resumir el complejo mundo religioso del Próximo Oriente en unas breves líneas y reducir a unas categorías muy limitadas toda la gama de divinidades. Pero las limitaciones obligadas de este libro no permiten otra cosa.

Digamos ahora, no obstante, como complemento, que la Biblia recoge también algunos elementos secundarios de la tradición religiosa del entorno para expresar sus conceptos revelados. Es el caso de la elaboración del mundo de la angelología y demonología, fundamentalmente inspirado en las doctrinas al respecto de la teología persa, de la que, por otra parte, no hay otras huellas destacables en la presentación de la figura de Yahveh, ya perfectamente fijada y definida para entonces. En un campo todavía más marginal cabe señalar la representación de los querubines, a que se alude en la Biblia, especialmente al hablar del arca de la alianza y del templo (Ex 37,8-9; 1 Re 6,23-29). Parecen inspirados en modelos mesopotámicos, de los cuales incluso procedería el nombre, aunque ciertas representaciones del mundo cananeo, como los marfiles de Megiddo y Samaría, donde se ve un tipo de esfinges (cuerpo de león, alas de águila y cabeza de mujer), basadas en temas egipcios, están a nuestro juicio más próximas a lo que debieron ser los querubines bíblicos.

También hay que dejar constancia de la importancia que en la vida cotidiana tuvieron los cultos cananeos, a pesar de estar prohibidos por el yahvismo. Esto, que ya sabíamos por la propia Biblia, ha quedado ampliamente confirmado por la arqueología, la cual nos ofrece, por ejemplo, la presencia de abundantes terracotas de la diosa Astarté –desnuda y por lo general con las manos sobre el vientre o los pechos– en las ruinas de las ciudades israelitas, entre los que destaca principalmente Tell Beit Mirsim.

En Kuntillet Ajrud, a solo unos 50 kilómetros de Kadesh Barnea, se ha descubierto un puesto de descanso en la ruta de peregrinación al Sinaí, que solía hacerse desde el Reino Norte de Israel (1 Re 19,3-8). Allí se encuentran varias inscripciones que aluden al sincretismo religioso de la época. Dicen algunas de ellas: «Yahweh de Samaría y su Asherah», refiriéndose a la diosa cananea, que aparecería aquí como su esposa.

3. EL RITUAL

Si el mito es la forma de expresar una concepción religiosa del mundo, el rito constituye la manera normal de llevarla a la práctica. El rito es, en realidad, la representación del mito. Consiste en sacar al mito de su mundo intemporal y actualizarlo aquí y ahora, con todas las ventajas y eventualidades que ello pueda llevar consigo. Es vivir la creencia religiosa, practicar lo que se pierde aparentemente en la dimensión de la fe con su dosis de esperanza a medio camino entre la seguridad y la duda. El rito, adornado de un ceremonial solemne en el que participa todo el pueblo, permite al hombre ponerse en contacto con la divinidad, enrolarse de alguna manera en lo ya establecido desde la eternidad, entrar en el mundo de lo sagrado y asimilarse a la propia deidad. Además, asegura la vigencia del orden y de la sucesión cíclica en la naturaleza y en la historia humana, es decir, fuerza al mundo presente para que se acomode a lo establecido. Este aspecto de propiciación de los eventos naturales se ve con claridad en los grandes rituales del antiguo Próximo Oriente. Así, por ejemplo, en Egipto las procesiones en los templos llevando la gran barca del sol aseguraban, según ellos, el retorno del sol desde el ocaso a su salida, por debajo de la tierra. Para nuestra mentalidad científica, el sol, que se pone en el horizonte, no puede menos de salir por el oriente al cabo de unas horas, pues es un efecto de la rotación de la tierra. El hombre antiguo, que desconocía las leyes físicas del mundo, vivía sumido en la perplejidad que suponía no tener asegurado el mañana. A la noche sucede el día, y al invierno, la primavera; pero ¿y si en esta ocasión no ocurre así? ¿Qué pasará, si se para la máquina cíclica del tiempo? ¿Quién podrá ponerla de nuevo en marcha? A esta necesidad obedece también el establecimiento de un ritual.

Las grandes fiestas religiosas en las civilizaciones del Creciente Fértil se hallaban en relación con las estaciones del año y con los acontecimientos básicos del mundo de los astros, de la tierra y sus climas, de los fenómenos atmosféricos, de las fases en el desarrollo de la vegetación. Pero, además de los rituales inspirados en los mitos de la naturaleza, también existe un ceremonial que recuerda las etapas sustanciales de la existencia del hombre, desde su aparición hasta los problemas de la vida y de la muerte, del bien y del mal, del amor y del odio, de la dicha y del castigo, de lo natural y de la técnica inventada por el hombre. Toda

la filosofía y la teología primitivas cobran actualidad en las fiestas y celebraciones litúrgicas.

Quizá la fiesta más espectacular del mundo mesopotámico fuera el ritual del año nuevo que comenzaba en la primavera y de cuya celebración en Babilonia tenemos bastante documentación. La fiesta conmemoraba la creación del mundo y trataba de propiciar el año que empezaba, asegurando así el ciclo regular de las estaciones y la fecundidad de la tierra. Marduk aparecía como el dios principal que organizaba el mundo desde el caos primitivo. Su matrimonio con Ishtar, símbolo de la tierra, permitía la fecundación de esta y consiguientemente la riqueza de ella derivada. Las fiestas, llenas de un esplendoroso ceremonial, incluían procesiones desde la puerta de Ishtar, a través de la vía procesional hasta Esagila, el gran templo de Marduk, donde el rey, representante en la tierra del dios, se unía a la gran sacerdotisa de Ishtar y así auguraba el éxito en las cosechas y la felicidad para su pueblo. (Probablemente la unión tenía lugar en la cámara alta de la torre de Babel, simbolizando el camino abierto y la comunicación plena entre el cielo y la tierra). El cuarto día del festival se recitaba y escenificaba el famoso poema de la creación, el *Enuma Elish*. Allí aparece la personificación de las fuerzas caóticas del abismo en Apsu y Tiamat. Marduk vence a Tiamat, el dragón de las aguas primordiales, y de sus despojos va creando el cosmos.

Entre los semitas occidentales tuvo también gran desarrollo la hierogamia, como forma ritual de ciertos santuarios donde se rendía culto a Baal y Astarté y se ejercía la prostitución sagrada con las sacerdotisas o simplemente con las devotas que acudían al lugar. La Biblia es muy sensible al rechazo de estos cultos, y los profetas claman contra ellos.

En la tradición bíblica hay restos de una lucha de Yahveh con el dragón de las aguas, que recibe el nombre de Leviatán (Sal 74,12-17) y que puede pertenecer a un viejo relato de la creación. También se ha señalado el carácter litúrgico del primer capítulo del Génesis, donde la creación es un relato rítmico con cadencias y repeticiones cíclicas, a pesar de que en él ha desaparecido ya la antigua concepción de lucha y es sustituida por el espíritu de «Elohim que se cernía sobre las aguas» (Gn 1,2). Hay algunos autores que creen en la existencia en Israel de una fiesta de entronización de Yahveh, semejante a la fiesta de año nuevo, en la que se recitarían los textos de la creación. Algunos salmos (25; 47; 93; 96-99) harían alusión

a la procesión que reintroduciría a Yahveh por las puertas de la ciudad santa, cuyo fundamento histórico habría de buscarse en el traslado del arca a Jerusalén en tiempos de David y Salomón, donde ya se habla de elementos festivos (2 Sm 6,1-23; 1 Re 8,1-66). Pero esta hipótesis la niegan otros autores, que aducen falta de pruebas. Es curioso que la celebración semanal del sábado conserva en parte este carácter, pues figura o simboliza el día de descanso de Yahveh tras la creación del mundo.

La gran fiesta de Israel era la Pascua, cuyo ritual conmemoraba y actualizaba un hecho acaecido siglos atrás: la liberación del pueblo, a manos de Yahveh, de la servidumbre a que le tenían sometido los egipcios. Había llegado a convertirse en una especie de mito histórico, que simbolizaba la salvación de Yahveh sobre Israel. Y este hecho, extraído de su concreto contexto histórico y geográfico, se había convertido en un dogma de fe por encima del tiempo y del espacio. La celebración de la Pascua volvía a la realidad cotidiana el abstracto principio de la salvación divina y aseguraba la protección de Yahveh sobre su pueblo. El relato de los acontecimientos salvíficos está expresamente citado en el ritual de la Pascua (Ex 12,26-27). Aunque la Pascua fue originariamente una fiesta pastoril, propia de un pueblo seminómada, cuyo carácter aún se conserva en el sacrificio de las primicias del rebaño (el cordero pascual), se había convertido en Israel en el festival de la liberación de Yahveh.

Otra fiesta importante era Pentecostés o fiesta de las semanas. Estaba en relación con la posesión de la Tierra Prometida o realización de las promesas divinas. Después de la salida de Egipto, tras cuarenta años de vagar por el desierto, el pueblo entraba en la tierra y ofrecía a Yahveh las primicias de los frutos recogidos en ella. Pentecostés era, al parecer, una fiesta de carácter agrario, donde se ofrecían a la divinidad las primicias de la nueva cosecha, pero en la mentalidad israelita tenía el sentido de la actualización mediante un rito del dogma que proclamaba el cumplimiento de las promesas divinas sobre su pueblo.

Otro festival israelita, que acaso pudiera encuadrarse dentro de este esquema, sería la fiesta de Hanukhah o dedicación del templo. El santuario es la *imago mundi*, y su consagración representa la restauración del mundo mismo. El conmemorar anualmente la erección de los templos era una práctica muy importante en Mesopotamia y tenía precisamente ese carácter de forzar el orden adecuado y el desarrollo cíclico

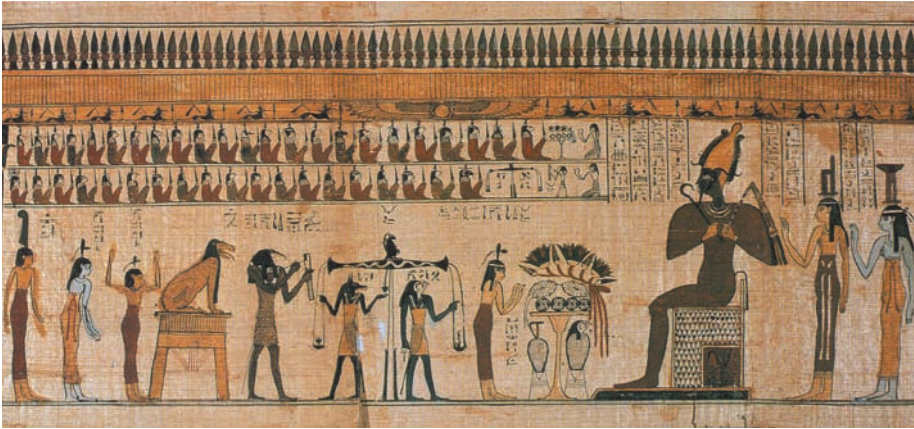
de los acontecimientos cósmicos, de tanta trascendencia para la vida y prosperidad del pueblo. En el caso de Israel, la fiesta parece muy moderna y tiene origen en la purificación del templo realizada por Judas Macabeo el 25 de Kisleu (diciembre), después de la profanación que allí tuvo lugar en los días del rey Antíoco. Pero esto no obsta para que la fiesta pudiera tener raíces más profundas y un significado comparable al de los festivales que se realizaban en otros santuarios del Próximo Oriente. Por otra parte, hay quien ha identificado la existencia de una primitiva fiesta de la dedicación del templo con la importante fiesta de Sucoth o de los Tabernáculos, que se celebra en octubre. De hecho, la inauguración del templo de Salomón fue en esa fecha (1 Re 8,2).

Tantas cosas habría que decir sobre los ritos del culto israelita en relación al mundo que le rodeaba, e incluso sobre la instauración de lo que van a ser los ritos en el Nuevo Testamento, que no es posible ahora ni siquiera hacer una rápida enumeración. Quede lo hasta aquí indicado como un simple contexto ambiental que pueda ilustrar y abrir horizontes al lector de la Biblia, el cual hallará en la bibliografía adjunta amplia información.

4. EL MUNDO DE LA ÉTICA Y LAS LEYES

Los egipcios tenían un sentido claro de las relaciones existentes entre religión y moral. Al menos en la época en que Israel entra en contacto con dicho pueblo, la idea de supervivencia más allá de la muerte estaba totalmente generalizada. Todo egipcio podía ser un Osiris, capaz de superar el umbral de la muerte, con la esperanza de una nueva vida. Ahora bien, la felicidad de la vida en el más allá estaba condicionada a un juicio de la conducta moral, en el que el dios Thot hacía el papel de notario mayor. El difunto era conducido ante Osiris por Anubis, el dios de cabeza de chacal, considerado como divinidad mortuoria. Sus obras, buenas y malas, eran pesadas en la balanza de la justicia (ma'at).

El Libro de los Muertos, especie de manual del rito funerario, que suele encontrarse representado en las tumbas, muestra al difunto que se adelanta al juicio haciendo una confesión de su vida moral. Es la «confesión negativa», en la que el reo enumera los pecados que no ha cometido, en virtud de cuya inocencia podrá tener acceso a la felicidad:



El Libro de los Muertos. El difunto se presenta ante el dios Osiris, mientras el dios Thot registra el peso en la balanza de las obras buenas y malas. Papiro egipcio.

«Salve, dios grande, señor de la Verdad y de la Justicia, Amo poderoso: Heme aquí llegado ante ti: Déjame, pues, contemplar tu radiante hermosura... He aquí que yo traigo en mi corazón la Verdad y la Justicia, pues he arrancado de él todo el Mal. No he causado sufrimiento a los hombres. No he empleado la violencia con mis parientes. No he sustituido la Justicia por la Injusticia. No he frecuentado a los malos. No he cometido crímenes. No he hecho trabajar en mi provecho con exceso. No he intrigado por ambición. No he maltratado a mis servidores. No he blasfemado de los dioses. No he privado al indigente de su subsistencia. No he cometido actos execrados por los dioses. No he permitido que un servidor fuese maltratado por su amo. No he hecho sufrir a otro. No he provocado el hambre. No he hecho llorar a los hombres, mis semejantes. No he matado, ni ordenado matar... No he tratado de aumentar mis dominios empleando medios ilícitos, ni de usurpar los campos de otro... No he quitado la leche de la boca del niño. No me he apoderado del ganado en los prados... Soy puro. Soy puro. Soy puro».

En Mesopotamia, y por extensión también entre los semitas occidentales, no estaba tan claro el vínculo de unión entre la moral y la religión. Ciertamente existía la idea de supervivencia tras la muerte, pero en una forma vaga, donde los muertos como sombras llevaban una vida triste y semiconsciente. La conducta moral del hombre podía ser

retribuida o castigada por los dioses en esta vida mortal, pero no debía tener demasiado influjo en la existencia de ultratumba.

Por eso, entre estos pueblos fue desarrollándose un código ético, que trataba de regular la conducta de los ciudadanos, vinculado más a la jurisdicción real y de sus gobernantes en el mundo civil que al ámbito propiamente religioso. Ya en la época sumeria aparecen el Código de Urnamu en la ciudad de Ur, o el código de Lipit Ishtar en la ciudad de Isin. Después, entre los acadios, tenemos las llamadas leyes de Eshunna. Pero todos estos primitivos códigos civiles culminan en el Código de Hammurabi, del siglo XVIII a.C., verdadera obra maestra de la legislación. En él se tratan tanto temas morales como puramente jurídicos y penales. Se habla de la brujería, del orden judicial, de la propiedad, de la familia, de las penas atribuidas a los que agreden a sus conciudadanos, de honorarios y penalizaciones profesionales, de la legislación sobre las bestias de carga, sobre los obreros del campo, sobre los pastos, los jornales y los esclavos.

En Israel vemos ya desde los tiempos antiguos la idea de supervivencia en ese lugar de los muertos mesopotámico, el *sheol*, desde donde ni siquiera se puede tributar un verdadero culto consciente a Yahveh (Is 38,18; Sal 6,6; 88,11-13). Las alusiones bíblicas son numerosas (Gn 25,8; 35,29; 49,33; 2 Sm 28,11-19; etc.). La idea de que la retribución de la conducta moral no tiene necesariamente por qué realizarse en esta vida, sino en la otra, tardó mucho tiempo en abrirse paso en la mentalidad israelita y solo adquirió plena coherencia en época postexílica tardía. Sin embargo, ya desde la época mosaica, Israel tiene un código moral, vinculado directamente a su fe religiosa. No está redactado a la manera egipcia como una confesión, sino en forma imperativa. Se trata del decálogo, donde los preceptos morales aparecen como órdenes de Yahveh: «No tendrás otros dioses rivales míos; no te harás ídolos...; no pronunciarás el nombre de Yahveh, tu Dios, en falso...; fíjate en el sábado, para santificarlo...; honra a tu padre y a tu madre...; no matarás, no cometerás adulterio; no robarás, no darás falso testimonio contra tu prójimo; no codiciarás los bienes de tu prójimo...» (Ex 20,1-17; cf. Dt 5,6-22).

En el complejo conjunto de lo que llamamos ley mosaica, contenida en el Pentateuco, hay también claramente reflejos de la legislación de estilo mesopotámico, no solo en cuanto al contenido de las leyes —algu-

nas muy semejantes a las del Código de Hammurabi—, sino también en su forma redaccional. Es el caso del llamado «Código de la Alianza», contenido en Ex 21–23, donde aparece la formulación condicional o casuística: «Si un ladrón es sorprendido abriendo un boquete en un muro, y lo hieren de muerte, no hay homicidio; pero si es a la luz del día, es un caso de homicidio: el ladrón restituirá, y si no tiene con qué pagar, será vendido por el valor de lo robado. Si el toro, el asno o el cordero robados se hallan aún vivos en manos del ladrón, este restituirá el doble» (Ex 22,2-3). Pero obsérvese que también aquí hay leyes apodícticas. Por ejemplo: «No explotarás a viudas ni a huérfanos...» (Ex 22,21), o «No cocerás el cabrito en la leche de su madre» (Ex 23,19). Como puede verse, las leyes son tanto morales, como civiles, criminales, judiciales e incluso cúlticas.

* * *

La profundización en todos estos temas, aquí solo planteados, puede verse en algunos libros, citados en la bibliografía. Pensamos que basta con lo hasta aquí apuntado para situar al lector ante la necesidad de comprender la tradición de Israel en el marco de la cultura de los pueblos que le rodearon y con los que tuvo sus contactos, influjos, préstamos y deudas, cultura de la que no puede desvincularse en definitiva. Por eso, el estudioso de la Biblia o el simple aficionado a su lectura no puede prescindir de lanzar una mirada sobre el mundo de los alrededores, sobre su geografía, historia, saber y creencias. He aquí por qué se impone contemplar el Creciente Fértil como el verdadero entorno de la Biblia.

Bibliografía

Se han seleccionado obras de carácter general, prescindiendo de monografías específicas. También se ha dado preferencia, en igualdad de circunstancias, a libros escritos o traducidos al castellano. En cualquier caso, las obras aquí reseñadas son, entre las muchas que existen, las obras de este género que realmente más ha manejado el autor en el momento de redactar el presente libro.

Geografía

Aharoni, Y., *The Land of the Bible. A historical Geography*, Burns & Oates, Londres ²1962.

Noth, M., *El mundo del Antiguo Testamento*, Cristiandad, Madrid 1976.

González Lamadrid, A., *La fuerza de la Tierra (Geografía, Historia y Teología de Palestina)*, Sígueme, Salamanca 1981.

Smith, A., *Geografía histórica de la Tierra Santa*, Edicep, Valencia 1985.

* * *

Aharoni, Y. y M. Avi-Yonah, *The MacMillan Bible Atlas*, MacMillan Pub. Co., Nueva York ³1993.

Rogerson, J., *Nouvel Atlas de la Bible*, Brepols, Tournhout 1987.

May, H. G., *Atlas bíblico Oxford*, Verbo Divino y Paulinas, Madrid 1989.

Pritchard, J. B. (ed.), «*The Times*» *Atlas de la Biblia*, Plaza y Janés, Barcelona 1991.

Rainey, A. F. y R. S. Notley, *The Sacred Bridge. Carta's Atlas of the Biblical World*, Carta, Jerusalén 2006.

Prehistoria

González Echegaray, J. (ed.), *Diez palabras clave en Prehistoria*, Verbo Divino, Estella 1995.

Childe, G., *Los orígenes de la Civilización (Man makes himself)*, Fondo de Cultura Económica, México 1954.

- Ripoll Perelló, E., *Prehistoria e Historia del Próximo Oriente*, Nueva Labor, Madrid 1965.
- Singh, P., *Neolithic Cultures of Western Asia*, Seminar Press, Londres 1974.
- González Echegaray, J., *Orígenes del Neolítico sirio-palestino*, Univ. Deusto, Bilbao 1978.
- Redman, Ch. L., *The Rise of Civilization (From Early Farmers to Urban Society in the Ancient Near East)*, Freeman and Co., San Francisco 1978.
- Mellaart, J., *The Neolithic of the Near East*, Thames and Hudson, Londres 1981.
- Varios Autores, *Préhistoire du Levant*, C.N.R.S., París 1981.
- Cauvin, J., *Naissance des divinités. Naissance de l'agriculture. La révolution des symboles au Neolithique*, C.N.R.S., París 1994.
- Aurenche, O. y S. K. Kozłowski, *La naissance du néolithique au Proche Orient*, Errance, París 1999.

Mesopotamia y Persia

- Contenau, G., *La Civilisation d'Assur et de Babylonie*, Payot, París 1958.
- Parrot, A., *Súmer*, Aguilar, Madrid 1960.
- Parrot, A., *Asur*, Aguilar, Madrid 1961.
- Parrot, A., *Nínive y el Antiguo Testamento*, Garriga, Barcelona 1962.
- Amiet, P., *Art of the Ancient Near East*, Abrams, Nueva York 1977.
- Oates, J., *Babilonia. Auge y declive*, Martínez Roca, Barcelona 1989.
- Lloyd, S., *The Archaeology of Mesopotamia. From the Old Stone Age to the Persian Conquest*, Thames and Hudson, Londres 1984.
- Roux, G., *Mesopotamia. Historia política, económica y cultural*, Akal-Universitaria, Madrid 1987.
- Roaf, M., *Mesopotamia y el Antiguo Oriente Medio*, 2 vols., Folio, Madrid 1992.
- Margueron, J. C., *Los Mesopotámicos*, Cátedra, Madrid 1996.
- Benoit, A., *Art et Archéologie: Les civilisations du Proche-Orient ancien*, École du Louvre, París 2007.

* * *

- Ghirshman, R., *Persia. Protoiranios, Medos y Aqueménidas*, Aguilar, Madrid 1964.
- Frye, R., *La herencia de Persia*, Guadarrama, Madrid 1965.
- Briant, P., *From Cyrus to Alexander: A History of the Persian Empire*, Eisenbrauns, Winona Lake, Indiana 2002.

Egipto

- Wilson, J. A., *La Cultura Egipcia (The Burden of Egypt)*, Fondo de Cultura Económica, México 1953.
- Vandier, J., *Manuel d'Archéologie Egyptienne*, Editions A. et J. Picard, París 1955, 3 vols.
- Erman, A. y H. Ranke, *La Civilisation Egyptienne*, Payot, París 1963.
- Pirenne, J., *Historia de la Civilización Antigua de Egipto*, 3 vols., Éxito, Barcelona 1963.
- Montent, P., *Egipto eterno*, Guadarrama, Madrid 1966.
- Trigger, B. G., Kemp, B. J., O'Connor, D. y A. B. Lloyd, *Ancient Egypt. A Social History*, Cambridge University Press, Cambridge 1983.
- Drioton, E. y J. Vandier, *Historia de Egipto*, Universitaria, Buenos Aires 1986.
- Baines, J. y J. Malek, *Egipto*, 2 vols., Folio, Madrid 1992.
- Frerichs, E. y L. Lesko (eds.), *Exodus. The Egyptian Evidence*, William G. Dever, Winona Lake, Indiana 1997.
- Ziegler, Ch. y J. L. Bovot, *Art et Archéologie: L'Égypte ancienne*, École du Louvre, París 2001.

Levante y Anatolia

- Contenau, G., *La Civilisation des Hitites et des Hurrites du Mitani*, Payot, París 1948.
- Baramki, D., *Phoenicia and the Phoenicians*, Khayats, Beirut 1961.
- Matthiae, P., *Ebla, un imperio ritrovato*, Einaudi, Turín 1977.
- Saade, G., *Ugarit, Métropole cananeenne*, Imprimerie Catholique, Beirut 1979.
- Poyato Holgado, C. y A. M. Vázquez Hoyos, *Introducción a la Arqueología. II Milenio en el Próximo Oriente*, Centro Estudios Ramón Areces, Madrid 1989.

Israel

- Heaton, E. W., *La vida en los tiempos del Antiguo Testamento*, Taurus, Madrid 1959.
- Bright, J., *La Historia de Israel*, Desclée de Brouwer, Bilbao 1966.
- Albright, W. F., *Arqueología de Palestina*, Garriga, Barcelona 1962.
- Kenyon, K., *Arqueología en Tierra Santa*, Garriga, Barcelona 1963.
- Enciclopedia de la Biblia*, 6 vols., Garriga, Barcelona 1963.
- Noth, M., *Historia de Israel*, Garriga, Barcelona 1966.

- Negev, A., *Archaeological Encyclopedia of the Holy Land*, Putnam, Jerusalén 1972.
- Vaux, R. de, *Historia antigua de Israel*, 2 vols., Cristiandad, Madrid 1975.
- Avi-Yonah, M. (ed.), *Encyclopedia of Archaeological Excavations in the Holy Land*, 4 vols., Oxford University Press, Londres 1975.
- Avigad, N., *Discovering Jerusalem. Recent Archaeological Excavations in the Upper City*, B. Blackwell, Oxford 1984.
- Cazelles, H., *En busca de Moisés*, Verbo Divino, Estella 1981.
- Mazar, A., *Archaeology of the Land of the Bible*, Doubleday, Nueva York 1990.
- Wright, G. E. y C. Aznar, *Arqueología Bíblica*, Cristiandad, Madrid 2002.
- Finkelstein, I. y N. A. Silberman, *La Biblia desenterrada. Una nueva visión arqueológica del antiguo Israel y de los orígenes de los textos sagrados*, Siglo Veintiuno, Madrid 2003.
- Ben-Tor, A. (ed.), *La arqueología del Antiguo Israel*, Cristiandad, Madrid 2004.
- González Echegaray, J., *Pisando tus umbrales, Jerusalén. Historia Antigua de la Ciudad*, Verbo Divino, Estella 2005.
- Stern, E. (ed.), *The New Encyclopedia of Archaeological Excavations in the Holy Land*, 5 vols., Israel Exploration Society, Jerusalén 1993-2008.
- González Echegaray, J., *La Biblia desde la Arqueología*, Verbo Divino, Estella 2010.

Temas militares

- Lion Valderrábano, R., *El caballo y su origen. Introducción a la Historia de la Caballería*, Inst. Cultural Cantabria, Santander 1970.
- Yadin, Y., *The Art of Warfare in Biblical Lands*, Neidenfeld & Nicolson, Londres 1963.
- Guidotti, M. C. y F. P. Daddi (eds.), *La Battaglia de Qadesh. Ramesse II contra gli Ittiti per la conquista della Siria*, Sillabe, Livorno 2002.
- Herzog, Ch. y M. Gichon, *Las batallas de la Biblia*, Ariel, Barcelona 2003.

Textos

- Kramer, S. N., *La Historia empieza en Súmer (From the tablets of Sumer)*, Ayma, Barcelona 1958.
- Pritchard, J. B., *La sabiduría del Antiguo Oriente. Antología de textos e ilustraciones*, Garriga, Barcelona 1966.
- Lara Peinado, F., *Código de Hammurabi*, Nacional, Madrid 1982.
- Briend, J., *Israel y Judá en los textos del Próximo Oriente Antiguo*, Verbo Divino, Estella 1982.

- Olmo Lete, G., *Mitos y leyendas de Canaán*, Cristiandad, Madrid 1981.
Moran, W. L., Collon, D. y H. Cazelles, *Les lettres d'El-Amarna. Correspondence diplomatique du Pharaon*, Cerf, París 1987.
Seux, M.-J., *Leyes del Antiguo Oriente*, Verbo Divino, Estella 1992.

Religión

- James, E. O., *Myth and Ritual in the Ancient Near East*, Thames and Hudson, Londres 1958.
Albrigh, W. F., *De la Edad de Piedra al Cristianismo*, Sal Terrae, Santander 1959.
Frankfurt, H. et alii, *Before Philosophy. The Intellectual Adventure of Ancient Man*, Pelikan Book, Londres 1959.
Vaux, R. de, *Instituciones del Antiguo Testamento*, Herder, Barcelona 1964.
Eliade, M., *Historia de las creencias y de las ideas religiosas, I*, Cristiandad, Madrid 1978.
Moscati, S. (ed.), *El Alba de la Civilización. Sociedad, economía y pensamiento en el Próximo Oriente Antiguo*, Cristiandad, Madrid 1988.

* * *

Para los textos bíblicos hemos utilizado indistintamente las versiones castellanas:

- Biblia de Jerusalén*, Desclée de Brouwer, Bilbao 2009.
Alonso Schökel, L. y J. Mateos, *Nueva Biblia Española*, Cristiandad, Madrid 1977.

CRONOLOGÍA, a.C.	PERÍODOS ARQUEOLÓGICOS	PALESTINA
700000	Paleolítico Inferior	Ubeidiya
70000	Paleolítico Medio	Tabun, Qafzeh, Kebara
35000	Paleolítico Superior	Wad, Sefunim, Khiam
15000	Mesolítico	Hayonim, Mallaha, Wad, Oren
8800	Neolítico Precerámico	Jericó, Ghazal, Beidha, Khiam, Mureybet
6500	Neolítico Cerámico	Jericó, Munhatta
5000	Calcolítico	Ghassul, Abu Matar, Afuleh
3100	Bronce Antiguo (EB) I-II III IV	Jericó, Tel Arad 'Ai
2200	Período Intermedio	Los amoritas
1900	Bronce Medio (MB) I II	Los patriarcas Megiddo, Dan, Hazor, Siquem... Hebreos en Egipto

EGIPTO	SIRIA	ANATOLIA	MESOPOTAMIA
	Latamné Yabrud		Shanidar
		Beldibi, Belbasi	Zarzi, Sawi-Chemi
		Çayonü, Hacilar	Jarmo
	Ras Samra Biblos	Çatal Hüyük Mersin	Hasuna Dabaghiyeh
Fayum Badariense Amratiense			Halaf Ubeid Uruk
Reino antiguo Dinastías I-VI	Hammath Ebla		Jemdet Nasr Dinástico antiguo Imperio de Acad <i>Sargón I</i> (2334-2279) <i>Naramsim</i> (2254-2218) Invasión de los gutti
Período feudal Dinastías VII-XI	Amoritas y hurritas		III Dinastía de Ur
Reino medio Dinastía XII <i>Senurset III</i> (1878-1843) Dinastías XIII-XIV	Mari <i>Iashmah</i> (1796-1780)		Asiria <i>Shamsi-Adad I</i> (1814-1782) Babilonia <i>Hammurabi</i> (1792-1750)
Hyksos Dinastías XV-XVII		Hititas <i>Hattusil I</i> (1650-1621) <i>Mursil I</i> (1620-1590)	<i>Dinastía casita</i>

CRONOLOGÍA, a.C.	PERÍODOS ARQUEOLÓGICOS	PALESTINA
1550	Bronce Reciente (LB) I IIA IIB	Batalla de Megiddo (1468) Cartas de El-Amarna
1200	Hierro I	Los filisteos <i>Período de los Jueces</i>

EGIPTO	SIRIA	ANATOLIA	MESOPOTAMIA
Imperio nuevo Dinastía XVIII	Mitani		
<i>Thutmosis I</i> (1506-1494)			
<i>Thutmosis III</i> (1468-1436)			
<i>Amen-hotep II</i> (1438-1412)			
<i>Thutmosis IV</i> (1412-1402)	<i>Artatama I</i>		
<i>Amen-hotep III</i> (1402-1364)			
<i>Amen-hotep IV</i> (1364-1347)		<i>Suppiluliuma I</i> (1370-1336)	<i>Ashur-uballit I</i> (1365-1330)
Dinastía XIX			
<i>Seti I</i> (1304-1290)		<i>Muwatab</i> (1300-1285)	
<i>Ramsés II</i> (1290-1224)	Batalla de Kadesh (1286)	<i>Hattusil III</i> (1278-1250)	<i>Salmanasar I</i> (1274-1245)
<i>Merneptah</i> (1224-1204)			<i>Tucultininurta I</i> (1244-1208)
<i>Ramsés III</i> (1184-1153)		Invasión frigia	<i>Tigaltpileser I</i> (1115-1077)

CRONOLOGÍA, a.C.	PERÍODOS ARQUEOLÓGICOS	PALESTINA
1100	Hierro II	<p><i>Saúl</i> (1020-1004)</p> <p style="text-align: center;">A</p> <p><i>David</i> (1004-965)</p> <p><i>Salomón</i> (965-928)</p> <p style="text-align: center;">B</p> <p>Invasión egipcia</p> <p>Israel Judá</p> <p><i>Omri</i> (882-871)</p> <p><i>Ajab</i> (871-852) <i>Josafat</i> (867-846)</p> <p style="text-align: center;">C</p> <p><i>Jeroboam II</i> (786-746)</p> <p>Caída de Samaría (722-721)</p> <p style="text-align: right;"><i>Ezequías</i> (727-698)</p> <p style="text-align: right;"><i>Josías</i> (640-609)</p>

EGIPTO	SIRIA	ANATOLIA	MESOPOTAMIA
Dinastía XXII	Reino arameo de Damasco		
<i>Sishak I</i> (935-914)			<i>Adadninari II</i> (911-891)
	<i>Ben Hadad I</i> (880-842)		
	Batalla de Qarqar (853)		<i>Salmanasar III</i> (858-824)
Dinastía XXIII	<i>Hazael</i> (842-806)		
Dinastía XXIV			<i>Sargón II</i> (721-705)
Dinastía XXVI			<i>Sennaquerib</i> (704-681)
<i>Nekao II</i> (609-593)			<i>Assurbanipal</i> (669-633)
	Batalla de Karkemish (605)		<i>Nabopolosar</i> (626-605)
			<i>Nabucodonosor</i> (605-562)

EGIPTO	SIRIA	ANATOLIA	MESOPOTAMIA
<i>Psamético II</i> (593-588)		<i>Creso</i> , rey de Lidia (560-547)	<i>Nabónido</i> (556-539)
		Conquista persa	<i>Ciro II de Persia</i> (550-530)
Conquista persa			Conquista de Babilonia
			<i>Darío I</i> (522-486)
			<i>Jerjes</i> (486-465)
			<i>Artajerjes I</i> (465-424)
Conquista macedónica (332)		Batalla de Issos (333)	<i>Darío III</i> (336-331)
			Batalla de Arbela (331)
			Muerte de Alejandro en Babilonia (323)
<i>Ptolomeo Lago</i> (323-285)	<i>Seleuco I</i> (312-280)		
	<i>Antíoco III</i> (223-187)	Batalla de Magnesia (190)	
<i>Ptolomeo VI</i> (180-145)	<i>Antíoco IV</i> (175-163)		

CRONOLOGÍA, a.C.	PERÍODOS ARQUEOLÓGICOS	PALESTINA
152	II	<p><i>Judas Macabeo</i> (166-160)</p> <p><i>Jonatán</i> (152-142)</p> <p><i>Juan Hircano</i> (134-104)</p> <p><i>Alejandro Janeo</i> (103-76)</p> <p>Pompeyo toma Jerusalén (63)</p> <p><i>Hircano II</i> (63-40)</p> <p>Invasión parta</p> <p><i>Herodes el Grande</i> (40-4)</p>
1 d.C.	Herodiano	<p><i>Herodes Antipas</i> (4 a.C.-39 d.C.)</p> <p><i>Poncio Pilato</i> (26-36)</p> <p><i>Herodes Agripa I</i> (37-44)</p> <p><i>Félix</i> (52-60)</p>
70 d.C.	Romano	<p>Toma de Jerusalén (70)</p> <p>Caída de Masada (73)</p>

EGIPTO	SIRIA	ANATOLIA	MESOPOTAMIA
<p><i>Cleopatra/César</i> Dominio romano (30)</p>	<p>Conquista romana (64)</p> <p>Invasión parta</p> <p><i>Quintilio Varo</i>, gobernador romano</p>	<p><i>Atalo II</i> de Pérgamo lega su reino a Roma (133)</p> <p><i>Mitridates</i>, rey del Ponto (113-63)</p>	<p>Conquista por los partos</p> <p>Batalla de Carras (53)</p>

Índice de nombres propios*

- Aarón 120.
Abar Nahara. *Ver* Transeufratina
Abdi-Heba 101, 103, 131.
Abel 59.
Abías 161.
Abimelec 124.
Abraham 81, 83-87, 89, 103, 120,
132, 135, 248.
Absalón 34, 146.
Abu el-Alaiq, Tulul 227.
Abu Fatma 21.
Abu Gosh 49, 129.
Abu Hawam, Tell 126, 147, 216.
Abu Hureyra 47.
Abu Matar 56, 57.
Abu Simbel 104.
Acad, *Acadia, Akad* 17, 37, 39, 59,
65, 66, 82, 182, 205.
Accarón. *Ver* Ekrón
Accio 237.
Acmetha. *Ver* Ecbatana
Adad 168, 246.
Adad-ninari II 167.
Adad-ninari III 169.
Adam 59.
Adasá 222.
Addan 195.
Adonisec 131.
Advat 140.
Afek, *Aphék* 33, 36, 77, 127, 176,
180.
Afganistán 202, 203.
África 17, 19, 20, 41, 57.
Afrodita 248.
Afula 31.
Afuleh 56.
Ageo 210.
Agripa. *Ver* Herodes Agripa
Ahmar, Tell. *Ver* Til Bersib
Ahmosis I 78.
'Ai, *Hai* 69, 70, 108, 109, 133.
Ain el-Quelt 29.
Ain Feshkha 29.
Ain Ghazal 49.
Ain Leddan 24.
Ajab, *Acab* 150, 151, 153, 163, 168.
Ajaz, *Acáz* 164, 174.
Ajjul, Tell. *Ver* Beth Eglaim
Ajlun 34.
Akaba 25, 35, 120, 140.
Akaba, golfo de 17, 19, 30, 37, 107,
108, 139-141, 155.
Akhenaton. *Ver* Amen-hotep IV
Akhetaton. *Ver* Amarna
Akko, *Acco* 25, 31, 37, 76, 77, 126,
147, 149, 176, 215, 216, 220, 238.

* Junto a algunos nombres aparecen en cursiva otras transcripciones habituales de los mismos.

- Alalakh 74, 80, 95.
 Alberto, lago 21.
 Alejandra 223.
 Alejandría 16, 22, 89, 215, 219, 220, 224, 236.
 Alejandro (hijo de Herodes) 227.
 Alejandro Janeo 223.
 Alejandro Magno 208, 213-218, 223.
 Alepo 16, 19, 37, 67, 74, 81, 93, 95, 133, 168.
 Amarna, Tell el- 94, 95, 100-103, 105, 131.
 Amasías 155, 164.
 Amen-em-het I 76.
 Amen-hotep I, *Amenofis* 91.
 Amen-hotep III 94.
 Amen-hotep IV 94, 95, 99, 101, 103, 250.
 América 39, 62.
 Ammán 25, 35, 220.
 Ammón 35, 37, 82, 83, 119, 121, 127, 139, 147, 149, 190, 209, 212.
 Ammonitis 219.
 Amón 67, 93, 96, 97, 102, 117, 247.
 Amón-Ra 247.
 Amorru, país de 74, 96, 112.
 Amorru (dios) 246.
 Amud, El 43.
 An, *Anu* 245.
 Anábasis 213.
 Anastasio I 101-103.
 Anat 246, 250.
 Anatolia 15-17, 37, 47, 50-52, 56, 80, 91, 95, 115, 203, 214, 219, 221, 234, 250.
 Andalucía 141, 142.
 Aníbal 220, 221.
 Anshan 203, 204.
 Anshariyeh 18.
 Antaquia 18.
 Antígono 219, 224, 227.
 Antilíbano 16, 18, 19, 23.
 Antíoco II 220.
 Antíoco III el Grande 220, 234.
 Antíoco IV Epífanes 221.
 Antíoco VII 223.
 Antioquía 219, 220, 222, 240.
 Antipas. *Ver* Herodes Antipas
 Antípatris. *Ver* Afek
 Antípatro 224, 227.
 Antípatro (hijo de Herodes) 226.
 Antonia, Torre 231, 235.
 Anu 64, 245.
 Anubis 256.
 Año Nuevo, fiesta de 278.
 Apadana 208.
 Apocalipsis 185, 216.
 Apsu 254.
 Aquemenes 202.
 Arabá 19, 25, 30, 35, 120, 140.
 Arabia 14, 22, 35, 72, 74, 82, 107, 127, 197, 209.
 Arábiga, península 14, 72.
 Arad 82, 140, 159, 160, 189, 191.
 Arad, Tel 69, 149.
 Aral 203.
 Aram 83, 85, 122, 149.
 Aram Naharayim 82, 83.
 Arbela 215.
 Ares 248.
 Aretas IV 238.
 Arish, Wadi el- 34, 170, 180, 189, 223.
 Aristóbulo 222-224, 227.
 Aristóbulo (hijo de Herodes) 227.
 Aristóbulo II 235.
 Armenia 15, 167, 234, 237.
 Armuwanda I 94.
 Arnón 25, 29, 34, 35, 120, 121, 139, 147, 220.
 Aroer, *Ara'ir* 37, 139, 147.
 Arpad 170.

- Arpachiyah 56.
 Arquelao 227, 237-239.
 Arslan 132.
 Artajerjes I 207, 208, 210, 211, 213.
 Artajerjes II 213.
 Artajerjes III 213.
 Artatama I 94.
 Aruna 101, 103.
 Arvad 92, 167-169.
 Arzani 180.
 Asá 161-163.
 Asarhaddon 180, 181.
 Asenat 89.
 Aser 104, 123, 136, 146.
 Ashdod, *Azoto* 25, 33, 36, 116, 173, 176, 179, 181, 187, 209, 216, 219, 222, 227, 239.
 Asherat, *Athirat* 245.
 Ashkelon, *Asquelón* 25, 33, 36, 76, 77, 98, 101, 110, 116, 117, 175, 176, 181, 189, 222, 223, 227, 239.
 Ashtarach, Tell. *Ver* Ashtaroth
 Ashtaroth 139, 170, 171.
 Ashur-uballit I 167, 187, 188.
 Asia 19, 73, 91, 95, 97, 139, 188, 203, 212, 217, 234, 236, 237.
 Asia Menor 142.
 Asiria 17, 39, 65, 80, 82, 95, 115, 147, 165, 169, 171-182, 186, 195, 212.
 Asiut 16, 21, 77.
 Assir, El 14.
 Assur (dios) 172, 246.
 Assur-etil-ilani 182.
 Astarté 250, 252, 254.
 Astiages 202.
 Asuán 20, 21, 212.
 Asuero. *Ver* Jerjes
 Asur 37, 65, 67, 80, 83, 166, 167, 180, 183.
 Asurbanipal 166, 180-182, 187, 212.
 Asurnazirpal II 167, 170.
 Atalo II 234.
 Ataroth 147.
 Atcham. *Ver* Alalakh
 Atenas 234.
 Atiratu 247.
 Atón 250.
 Atum 104, 247.
 Augusto. *Ver* César Augusto
 Auranítide, *Auranite* 227, 239.
 Australopithecus 41.
 Avá 173.
 Avaris 78, 87, 104, 105.
 Avigad, N. 190.
 Avital, Har 34.
 Awel-Marduk 196, 197.
 Azekah 127.
 Azraq 42.
 Baal 78, 152, 246, 249, 250, 254.
 Baal-Berith 124.
 Baal Fegor 121.
 Baal Sefon 105.
 Ba'alu, *Ba'lu* 181.
 Babel 185, 193, 194, 254.
 Babilonia 37, 39, 59, 74, 75, 79-82, 89, 147, 165-167, 170, 173, 175, 180-182, 185-199, 201-207, 212, 215, 219, 254.
 Bacon, F. 243.
 Bactriana 202.
 Bagdad 16, 17, 65.
 Bagothi 212.
 Bahr el-Abyad 21.
 Bahr el-Azraq 21.
 Bahr el-Jabal 21.
 Balaat 140.
 Balán 121.
 Balatah, Tell, *Balata*. *Ver* Siquem
 Balih 16, 17, 74, 83, 139, 168, 197.

- Baltasar, *Belsazar*. *Vé*r Bel-shar-usur
 Ba'lu 246, 247.
 Banyas 23, 25, 220.
 Barac 127.
 Barclay 233.
 Bardiya 206.
 Baris 235.
 Barrio Armenio (Jerusalén) 225.
 Barrio Judío (Jerusalén) 156, 224,
 225, 229.
 Basá 148, 150, 161, 163.
 Basán 24, 34, 37, 139, 146, 209.
 Basora, *Basra* 17, 65.
 Batanea 227, 239.
 Batash, Tell 158.
 Bawun 250.
 Beder 117.
 Beersheva, *Berseba* 24, 25, 34, 38,
 56, 84, 127, 149, 159, 162, 223,
 248.
 Beit Mirsim, Tell 69, 73, 75, 158,
 252.
 Bel 198.
 Belbasi 47.
 Beldibi 47.
 Belén, *Bethlehem* 12, 32, 38, 85,
 127, 139, 149, 157, 225, 229,
 246.
 Belqa, El 34, 35, 219.
 Bel-shar-usur, *Belsazar* 197.
 Belu. *Vé*r Enlil
 Ben Hadad 162.
 Beni Hasan 86.
 Beni Hazir 225.
 Benjamín 122, 126, 129, 136, 145,
 146, 161.
 Beqaa 18, 24, 93, 170.
 Berenice 220.
 Berenice (ciudad). *Vé*r Pella
 Berytus 37.
 Berzine 42.
 Besor, Nahal 25.
 Bet-Baal-Meón 147.
 Bet-Basi 222.
 Bet-Diblathaím 147.
 Betel, *Bethel* 38, 85, 124, 149, 152,
 161, 211.
 Beth-Eglaim 73, 75, 100.
 Bet-Govrin 222.
 Bet Horon 38, 129, 154, 221.
 Beth Shean 26, 31, 37, 59, 69, 77,
 93, 96, 102, 117, 118, 133, 136,
 154, 223, 227, 235, 239.
 Beth Shemesh 124, 164.
 Beth Yerah 69, 70.
 Beth Zacarías 222.
 Beth-zur 211, 222.
 Bezer 171.
 Biblos 37, 54, 67, 73, 77, 93, 139,
 167.
 Bicri 146.
 Bigeh 21.
 Bitinia 234, 236, 237.
 Bloomfiel Park 235.
 Bogazköy. *Vé*r Hattusas
 Boquer, Mesad Nahal, *Boqer* 140.
 Bosra 37.
 Breasted, J. H. 15.
 Burj el-Isaneh 161.
 Burna, Tell 179.
 Burnaburiash II 186.
 Cádiz 142.
 Cafarnaúm, *Capharnaum* 240.
 Cafarsalama 222.
 Caín 59.
 Cairo, El 16, 20, 21, 58, 180.
 Calígula 238.
 Cambises I 202, 205.
 Cambises II 206.
 Camós 148.
 Canaán 22, 83, 110-111, 113, 123.
 Capadocia 203, 214.
 Caria 214.

- Carmelo 25, 31, 33, 36, 42, 43, 45, 117, 122, 223, 249.
 Carras 236.
 Cartago 206.
 Caspio, mar 180.
 Catal Hüyük 52, 56.
 Cáucaso 80, 202.
 Çayönü 50.
 Cazelles, H. 120.
 Cedrón 125, 130, 131, 178, 191, 210, 222, 225.
 Cerdeña 141.
 César, C. Julio 226, 236, 239.
 César Augusto 226, 227, 237.
 Cesarea de Filipo 23, 239.
 Cesarea del Mar 33, 215, 238, 239.
 Childe, Gordon 39, 59.
 China 39.
 Chipre 112, 115, 176, 237.
 Choga Mami 56.
 Cibeles 250.
 Cilicia 203, 214, 234, 236, 237.
 Ciro II el Grande 202-206.
 Ciro el Joven 197, 201, 202.
 Ciropedia 202.
 Cisjordania 23-25, 30, 32, 33, 111, 112, 129, 148.
 Claudio, Tiberio 238.
 Cleopatra 27, 236.
 Coponio 233.
 Craso, C. 236.
 Creciente Fértil 236, 243, 245, 250, 253, 259.
 Creso 203.
 Creta 119, 142.
 Cronos 247.
 Cueva del Tesoro. *Ver* Nahal Mishmar
 Cunaxa 213.
 Cyaxares II 183, 202.
 Dagon 250.
 Damasco 16, 19, 37, 42, 112, 122, 136, 139, 147, 149, 152, 162, 164, 167-171, 173, 175, 214, 215, 219, 229, 235, 249.
 Damietta 21, 219.
 Dan (ciudad) 24, 25, 75, 124, 125, 135, 149, 152, 162, 223.
 Dan (tribu) 123, 146.
 Daniel 216.
 Dardanelos 214.
 Darío I 204, 210.
 Darío II 212, 213.
 Darío III 213, 215, 218.
 Darraj, Jebel Um ed- 34.
 David 34, 121, 125-127, 129, 131-133, 135, 136, 138, 139, 146, 147, 155, 156, 210, 225, 226, 235, 255.
 Debir. *Ver* Beit Mirsim
 Débora 127.
 Decápolis 227, 239.
 Deir Allah. *Ver* Sukkot
 Demetrio 219.
 Deraa 47.
 Dibón 37, 121, 147, 149.
 Didumes 77.
 Diocleciano 22, 236.
 Djahi 116.
 Dor 33, 36, 76, 117, 136, 149, 171, 173, 209, 215, 216, 222, 227.
 Dotham 38.
 Druz, Jebel ed- 34.
 Dumuzi 250, 251.
 Dur Sharrukin 171, 172, 174.
 Dyaus Pitar 247.
 Ea 250.
 Ebal, monte 124.
 Eben-Ezer 124, 127.
 Ebla 67, 73.
 Ecbatana 173, 202, 207, 215.

- Edom 35, 37, 104, 107, 112, 119, 120, 123, 127, 139, 149, 155, 164, 169, 181.
 Efraím 33, 89, 122, 126, 136, 145.
 Efraím, montaña de 25, 28, 31-32, 38, 110, 122, 125, 127, 145, 170, 173, 199.
 Efrata 85.
 Egeo, mar 203, 234,
 Egipto 9, 16, 19, 20-22, 27, 34, 36-39, 57, 58, 67, 71, 73, 76-79, 81-84, 86, 87, 89-91, 93-98, 100-105, 108, 111, 114-116, 118, 120, 122, 123, 140, 149, 154, 165, 168, 172, 175, 180-182, 185, 187-191, 203, 206, 212, 213, 215, 217-221, 236, 237, 245, 247, 250, 253, 255.
 Eglón 69.
 Eglón (rey moabita) 121.
 Ehud 121.
 Ekrón, *Accarón* 33, 36, 116, 117, 175, 176, 181.
 El 106, 152, 245-249.
 Elah, valle de. *Ver* Terebinto
 Elah 150.
 Elam 82, 83, 166, 175, 202.
 Elat, *Elath* 30, 140, 149, 155.
 Elazig 15.
 Eleasa 222.
 Elefantina 20, 21, 212.
 El-Elyom 248.
 Elías 31, 249.
 Elisah 82.
 Elohim 248, 249, 254.
 El-Olam 248.
 El-Roí 248.
 Eltekeh 179.
 Emaús 222.
 Endursag 251.
 En-Gedi, *Enguedi* 29, 57, 133, 163, 211.
 Enki. *Ver* Ea
 Enlil 246.
 Enuma Elish 254.
 Ereshkigal 251.
 Eridu 56, 64, 65.
 Erq el-Ahmar 45.
 Erzurum 15.
 Esagila 193, 254.
 Esaú 85, 120.
 Escipión, L. 221.
 Escuela Bíblica Francesa de Jerusalén 150.
 Escuela Británica 150.
 Esdras 211.
 Esdrelón. *Ver* Yizreel
 Eshunna 74, 80, 258.
 España 10, 42, 142, 143.
 Esquilo 214.
 Estambul 157.
 Ester, *Esther* 216.
 Estrabón, *Strabón* 142.
 Etam 105.
 Etemenanki 193.
 Etiopía 21, 41.
 Et-Tell. *Ver* 'Ai
 Éufrates 14-16, 17-20, 37, 42, 47, 52, 65, 67, 74, 80, 83, 84, 91, 93-95, 122, 139, 167, 168, 171, 180, 181, 185, 187, 188, 193, 195, 197, 209, 215, 220, 234.
 Europa 13, 42, 44, 45, 51, 77, 108, 207, 217, 221.
 Eva 59, 251.
 Eval, *Ebal* 195, 197, 209, 215, 220, 234.
 Evil Merodac. *Ver* Awel-Marduk
 Ezequías 155, 156, 164, 174, 175, 179, 210.
 Ezion Gever, *Esyón Guéber* 30, 37, 140, 141, 154, 155, 178.
 Farah, Wadi, *Far'a*, *Far'ah* 25, 28.

- Far'ah, Tell el-. *Ver* Tirsá
 Far'ah (Sur), Tell. *Ver* Sharuhen
 Faristán 202.
 Farnaces 236.
 Farsalia 236.
 Fasael 224, 229, 239.
 Fayúm 16, 20, 58.
 Feinán 120.
 Félix, Antonio 238.
 Fenicia 82, 147, 170, 219, 221,
 223, 224, 239.
 Festo, Porcio 238.
 Fidán, Wadi 30.
 Filadelfia. *Ver* Philadelphia
 Filae 21.
 Filistaea, *Filistea* 127, 149, 173.
 Filipo (hijo de Herodes) 227, 239.
 Filipo II 214.
 Finkelstein, I. 110, 122.
 Frigia 214.
- Gabalitis 219.
 Gabaón 108, 125, 137.
 Gad 123, 136, 146.
 Gadara 227, 239.
 Galaad, *Gilead* 25, 34, 37, 38, 85,
 121, 123, 146, 147, 154, 155, 163,
 170, 171, 187, 209, 219, 226.
 Galaaditis 219, 221, 223.
 Galacia 236, 237.
 Galilea 24-26, 30, 31, 37, 42, 43,
 45, 96, 104, 123, 145, 154, 155,
 162, 170, 171, 209, 219-221,
 223, 224, 226, 227, 238-240.
 Galilea, Mar de. *Ver* Genesaret
 Gallo, Cestio 239.
 Ganges 215.
 Ganj Dareh Tepe 52.
 García y Bellido, A. 142.
 Garizim 32, 124, 249.
 Gat 33, 36, 101, 116, 149.
 Gaulanitis, *Gaulanítide* 219, 227, 239.
 Gaza 33, 34, 36, 93, 100, 116, 127,
 149, 154, 170, 173, 180, 181,
 215, 220, 239.
 Gaziantep 42.
 Geba, *Gueba* 161, 162, 239.
 Gedeón 127.
 Gélboe 31, 118, 127.
 Genesaret, lago 24-26, 28, 31, 34,
 37, 42, 69, 96, 98, 110, 145,
 146, 152, 240.
 Génesis 59, 71, 81, 84, 87, 185, 254.
 Gennath 225.
 Gerasa 223, 227, 239.
 Geshur 146, 149.
 Gezer, *Guezer* 36, 38, 69, 75, 98,
 101, 110, 129, 134, 136-138,
 149, 154, 159, 211, 222, 224.
 Ghab 18.
 Gharmanchi, Al- 42.
 Ghassul, Teleilat 56, 57.
 Ghezireh 21.
 Ghor 26.
 Gihon, *Guijón* 125, 130, 131, 157.
 Gilgamesh, *Guilgames* 64.
 Gilzán 168.
 Girsu 64.
 Godolfas 162, 191.
 Golán 25, 26, 42, 171, 219, 226.
 Goliat 119.
 Gomorra 30, 198.
 Gordium 214.
 Gosen, *Goshen* 87, 104.
 Gozan 173.
 Grato, Valerio 238.
 Grecia 114, 208, 213, 214, 221,
 234.
 Gubaru 205.
 Guemariás 156.
 Guti 66.
- Habur, *Khabur* 16, 17, 168, 173.
 Hacilar 50.

- Hadad 162, 246.
 Hadadezer 139, 168.
 Haifa 25, 31, 126, 145, 147, 216.
 Halaf, Tell 55, 173.
 Halal, Jebel 107.
 Halicarnaso 214.
 Hallule 175.
 Halys 80, 203.
 Hama. *Ver* Hammath
 Hammath 67, 102, 139, 147, 167,
 171, 173, 189.
 Hammurabi 74, 79, 80, 186, 192,
 258, 259.
 Hamoré, Giv'at 31, 127.
 Hanukhah 255.
 Haran 74, 81, 83, 85, 187, 188,
 197, 203.
 Harod 26, 31.
 Haroset ha-Goyim 126.
 Hasa, Wadi 30, 35.
 Hasaka 17.
 Hasbani 24.
 Hassuna 54-56, 65.
 Hathor 106, 250.
 Hatshepsut 91.
 Hatti 80, 82, 95-98, 112, 115, 181.
 Hattu 167.
 Hattusas 280.
 Hattusil I 81.
 Hattusil III 97, 98, 114, 115.
 Haurán, El- 25, 34, 121, 139, 147,
 170, 171, 226.
 Hayonim 45.
 Hazar 15.
 Hazevá 140.
 Hazor, *Hasor, Jasor* 37, 75, 77, 102,
 109, 110, 126, 133, 136-138,
 149, 151, 170, 222.
 Heber 103.
 Hebrón 32, 38, 84, 85, 122, 123,
 129, 146, 149, 211.
 Heliópolis 67, 89.
 Helios 248.
 Helwam 58.
 Hemet, Mesud Har 140.
 Hermes 248.
 Hermón 23, 25.
 Herodes Agripa 238, 274
 Herodes Antipas 24, 227, 228, 238-
 240.
 Herodes el Grande 27, 226, 229,
 230, 237-239.
 Herodías 238.
 Herodium 228, 229.
 Heródoto 20, 142, 179, 194, 214.
 Heshbon, *Jesbón* 37, 120, 121.
 Hesi, Tell. *Ver* Eglón
 Heyaz 14.
 Hinnom 131, 210, 225.
 Hippicus 229.
 Hippius 227.
 Hiram 141.
 Hircano I. *Ver* Juan Hircano
 Hircano II 224, 235.
 Hishma 35.
 Hispania 143.
 Homs 18.
 Homo ergaster 41.
 Homo habilis 41.
 Homo sapiens 42, 44.
 Horeb 106, 107, 249.
 Horemheb 95.
 Horus 244.
 Htm. *Ver* Etam
 Huleh 24, 25, 34, 37, 45.
 Husb, Ain. *Ver* Hazevá
 Hyksos 77, 78, 87, 91, 100.
 Ibérica, península 142.
 Idumea 209, 211, 212, 219, 221-
 224, 239.
 Ikasamu. *Ver* Ika'usu
 Ika'usu 181.
 Ilu. *Ver* El

- Immer 195.
Inana 245.
India 39, 208, 217, 219, 247.
Índico, océano 30, 141.
Indo 203, 215.
Indonesia 42.
Ipsili. *Ver* Ipsos
Ipsos 219.
Irán 17, 45, 52, 66, 170, 203.
Iraq, *Irak* 14, 15, 43, 45.
Isaac 81, 83, 84, 135, 146, 248.
Isacar 123, 126, 136, 146.
Isaías 179, 185, 198.
Isbaal 146.
Ishbi-Erra 74.
Ishme Dagan 80.
Ishtar 192-194, 245, 250, 254, 258.
Isin 74, 258.
Isis 244, 250.
Ismael 89, 103.
Israel 11, 12, 14, 15, 19, 22, 26, 30, 32-34, 42, 45, 70, 71, 78, 89-91, 94, 98, 98, 103, 105-107, 109-112, 114, 119-123, 125-127, 129, 134-137, 139, 142, 145-149, 151-156, 158, 160-165, 167-170, 172, 173, 185, 198, 199, 205, 223, 226, 243, 248, 249, 252, 254-256, 258, 259.
Issos 214.
Iturea 238.
Izbet Sartah 110, 127.

Jaazaniah 162.
Jacob 81, 85, 86, 120, 146, 248.
Jaffa 222.
Jahad 147.
Jamnia. *Ver* Yamnia
Jarmo 50, 52.
Jarsa, Tel 195.
Jazireh 16, 17, 80, 167, 168, 187.
Jebah. *Ver* Geba
Jebel ed-Druz 25, 34.
Jebel Shayib 21.
Jebel Zawayeh 18.
Jebus 125.
Jefté 121.
Jehú 163, 164, 168.
Jemdet Nasr 64, 65.
Jemmeh, Tell. *Ver* Arzani
Jenín 31.
Jenofonte 213.
Jeremías 89, 189, 198.
Jericó 25-27, 29, 38, 49, 52, 53, 55, 59, 68, 73, 75, 108, 109, 121, 133, 191, 211, 227, 229, 235.
Jerjes 216.
Jeroboam I 148, 152, 153, 161.
Jeroboam II 147, 151, 155.
Jerusalén 10, 12, 25, 30, 32, 33, 38, 59, 69, 70, 75, 77, 84, 85, 89, 101, 103, 113, 118, 122, 124, 125, 129-141, 146, 148-150, 152, 154, 155, 157-159, 161-164, 175, 178, 179, 183, 185, 187-191, 194, 196, 205, 206, 210-212, 215, 220, 222, 224, 227-230, 232, 235, 239-241, 249, 255.
Jeshanah 161.
Jesús 23, 28, 225, 233, 234, 240, 241.
Jib, El. *Ver* Gabaón
Jishr Banat Yacub 42.
Joab 34, 146.
Joacaz 188.
Joakim 188-190.
Joaquín 189, 194, 195, 197, 205.
Joás de Samaría 164, 169.
Jonás 141, 182.
Jonatán 222.
Jonatán Macabeo 118.
Jonb Jannine 42.
Joppe. *Ver* Yaffo

- Joram de Israel 151, 163, 164.
 Joram de Judá 155.
 Jordán 14, 16, 19, 23, 24, 26-31, 35, 37, 38, 42, 45, 69, 84, 85, 108, 117, 119, 121, 123, 127, 146, 148, 211, 220, 223, 235.
 Jordania 14, 15, 19, 35, 42.
 Josafat, valle de. *Vé*r Cedrón
 Josafat (rey) 155, 157, 163.
 José 81, 86, 87, 89, 145, 146, 148.
 Josefo, Flavio 215, 225, 228, 229, 231, 236.
 Josías 155-157, 160, 187, 188, 190, 191.
 Josué 32, 108, 109, 124, 131, 148.
 Josué (sacerdote) 206.
 Juan (sumo sacerdote) 212.
 Juan Bautista 28, 228, 238, 241.
 Juan Hircano 222, 223.
 Judá 111, 122, 129, 131, 146, 149, 157, 161-164, 181, 183, 187, 198, 199.
 Judá, desierto de 28-30, 42, 45, 57, 163, 228, 229.
 Judá, montaña de 25, 31-33, 38, 110, 122, 136, 145, 194.
 Judá, reino de 89, 129, 131, 136, 145-147, 149, 153-155, 157, 161, 164, 169, 170, 173, 175, 176, 181, 183, 188-190, 194, 195, 206, 211.
 Judaea. *Vé*r Judea
 Judea 33, 209, 210-212, 215, 219, 221, 223, 225-227, 235-239.
 Julias 239.
 Júpiter 247.
- Kadash 250.
 Kadashman-Enlil II 186.
 Kadesh, *Qadesh*, *Cades* 92, 95-97, 107, 108, 140.
- Kadesh Barnea, *Qadesh Barnea*, *Cades Barne* 107, 120, 140, 149, 160, 191, 252,
 Kadingir 192.
 Kágera 21.
 Kalah. *Vé*r Kalhu
 Kaldu (Caldeos) 187.
 Kalhu 168, 169, 171, 173.
 Kantir 105.
 Kara-Su 15.
 Karia 142.
 Karim Shahir 47.
 Karkemish 74, 93, 95, 107, 188.
 Karkom, Har 30, 107.
 Karmel, Har. *Vé*r Carmelo
 Karnaim 171, 209.
 Karnak 93, 154.
 Kasifya 195.
 Kasuno 21.
 Katna 95.
 Kaushgabri 181.
 Kazajstán 203.
 Kebar. *Vé*r Nar Kabari
 Kebarah 43, 45.
 Kebir, Nahr el- 42.
 Kedeis, Ain 140.
 Keisan, Tell 126, 147.
 Kemoshyat 147.
 Kenia 41.
 Kerak 35, 163.
 Kerub 195.
 Khaleifeh, Tell el- 140.
 Khan Yubis 34.
 Khartum 21.
 Khashum 80.
 Khiam, El 45, 49.
 Khirbet el-Kerak. *Vé*r Beth Yerah
 Khirbet Seilún. *Vé*r Silo
 Khnum-hotep III 86.
 Khorsabad. *Vé*r Dur Sharrukin
 Kinneret (ciudad) 24, 152, 170.
 Kinneret, lago. *Vé*r Genesaret

- Kir-Haresheth. *Ver* Kerak
Kir-Moab 149.
Kiryat-Sepher. *Ver* Beit Mirsim
Kish 64, 65.
Kitchener 21.
Kizil Irmak 80.
Kown, El 42.
Ksar Akil 45.
Kubaba 250.
Kumidi 93.
Kuntillet Ajrud 252.
Kurdistán 44.
Kurigalzu II 186.
- Labán 85.
Labashi-Marduk 196.
Labayu 102.
Labernas I 81.
Lagash 64, 65, 67.
Lagos 105.
Lais 124, 125.
Lakhish, *Laquis* 69, 75, 99, 101,
133, 157, 176-179, 190, 191,
211, 222.
Larsa 74, 80.
Latamné 42.
Lawrence de Arabia 35.
Lebo 139, 147.
Lebo-Hammath. *Ver* Lebo
Lebweh. *Ver* Lebo
Ledja, El 34.
Leningrado, papiro de 101.
Leontes. *Ver* Litani
Leví 146, 254.
Leviatán 254.
Líbano 15-19, 23, 24, 30, 42, 45,
54, 67, 75, 79, 82, 97, 112, 117,
132, 141, 147, 164, 169, 181,
198, 214, 219.
Libia 21, 98, 115, 206, 208, 239.
Libna 179.
Licia 214.
- Lidia 82, 203, 214.
Lipit Ishtar 258.
Lisán 26, 29.
Litani 25, 30.
Lod 211.
Los, Mesad Nahal 140.
Lot 84, 120.
Louvre, Museo del 147.
Lúculo, L. 234.
Luli 176.
Luna 248.
Luxor 21.
- Maaca 162.
Ma'an 25, 35.
Macpela 84.
Mádaba 25, 35, 37, 123, 147, 223.
Madián 107, 249.
Madrid 30.
Magdala 240.
Magnesia 221.
Magreb 57
Mahoma 72.
Makhtesh 156.
Makir 121, 123, 126.
Malaj, Tel 195.
Mallaha, Ain 45.
Mambré 84.
Manasés 89, 121-123, 145.
Manasés (rey) 181.
Mandane 202.
Manetón 77.
Manlio Vulso 234.
Mansuate 171.
Maqueronte 228.
Marco Antonio 27, 224, 226, 235,
236.
Mar de la Sal. *Ver* Muerto, mar
Mardikh. *Ver* Ebla
Marduk 172, 175, 186, 193, 196-
198, 204, 205, 246, 254.
Marduk-apal-iddina 175.

- Mari 37, 67, 74, 80, 124, 169, 250.
 Mariamne 227, 229.
 Mario, C. 234.
 Marisa, *Mareshah* 222.
 Markha 106.
 Marte 248.
 Martu. *Ver* Amorrú
 Masada 57, 224, 228, 240.
 Mateo, san 23, 225, 265.
 Matías Antígono 224.
 Matiwaza 95.
 Medeineh, Tell 120.
 Media 82, 173, 203, 212.
 Medinet-Habu 116.
 Mediterráneo 15, 18, 19, 21, 24,
 25, 28, 30-32, 36, 37, 39, 82,
 105, 108, 114, 115, 141, 149,
 155, 167, 223, 239.
 Megiddo 25, 31, 36, 38, 59, 75-77,
 92, 93, 99-101, 103, 125, 127,
 132, 133, 136-138, 149, 151,
 154, 170, 171, 174, 176, 187,
 188, 252.
 Menahen 170.
 Menfis, *Menphis* 67, 180, 206.
 Mentu-hotep 76.
 Mercurio 248.
 Merneptah 71, 98, 101, 104, 110,
 112, 115, 120.
 Merodac Baladán. *Ver* Marduk-apal-
 iddina
 Merom, Aguas de 109.
 Meron, Har 30.
 Mersin 52.
 Mesha 147, 148, 163.
 Mesopotamia 9, 15-17, 20, 37, 38,
 54-56, 59, 63, 65, 66, 72, 75, 80,
 83, 84, 91, 95, 103, 170, 175,
 181, 182, 187, 209, 212, 213,
 224, 235, 236, 246, 250, 251,
 255, 257.
 Michmash 127.
 Migdol 105.
 Mikne, Tel. *Ver* Ekrón
 Mileto 214.
 Milkili 101.
 Milo 133.
 Miqne, Tell. *Ver* Ekrón
 Mishrifeh, el- 74.
 Misneh 74.
 Mitani 80, 82, 91-95, 154, 165.
 Mitinti 181.
 Mitrídates Eupator 234.
 Mizpah, *Mispa* 161, 162, 191, 211.
 Moab 35, 37, 83, 108, 119-121,
 123, 127, 139, 147-149, 155,
 163, 181, 209.
 Moabitis, *Moabítide* 219, 223.
 Moisés 105-107, 120, 248-250.
 Morasha 235.
 Moreh. *Ver* Hamoré
 Moriah 132.
 Mosul 16, 17, 54, 56, 67.
 Motu 246.
 Mubarak, Jebel 35.
 Muerto, mar 16, 19, 25-30, 56, 69,
 84, 120, 140, 145, 163, 211,
 224, 228, 241.
 Muertos, Libro de los 256, 257.
 Mujib, Wadi 29.
 Mukadiyah, El 97.
 Mukjmas. *Ver* Michmash
 Munhatta 49, 53.
 Murat 15.
 Murena, L. 234.
 Mureybet 47, 49, 52.
 Mursil I 81, 186.
 Musa, Jebel 107.
 Musuri 181.
 Muwatalli 96.
 Nabateos 239.
 Nablus 32.
 Nabónido. *Ver* Nabunaid

- Nabopolasar 182, 186, 187.
 Nabu 172.
 Nabu-apal-iddina 186.
 Nabucodonosor I, *Nebuchadrezzar*,
Nabukudurri-usur 157, 162, 186,
 188-191, 193, 196, 212.
 Nabucodonosor II 189, 192.
 Nabunaid 196, 197, 204, 205.
 Nabusardán 190, 191.
 Nahal Mishmar 57.
 Nahal Oren 45, 49.
 Naharayim 83.
 Naharina 83, 93, 133.
 Nahor 74, 83.
 Nahúm 183.
 Naím 31.
 Nanna. *Ver* Sin
 Naram-Sim 66.
 Nar Kabari 195.
 Nasbeh, Tell en-. *Ver* Mizpah
 Nazaret 31.
 Neandertal 42-44.
 Neapolis. *Ver* Nablus
 Nebo (ciudad) 147.
 Nebo, monte 35.
 Neftalí 123, 126, 136, 146.
 Nefud, El 14.
 Negev, *Negueb* 16, 19, 25, 30, 33-
 35, 45, 56, 58, 69, 73, 84, 86,
 107, 122, 127, 139, 140, 145,
 154, 155, 159, 164, 201.
 Nehemías 210, 211, 216.
 Nehesi 77.
 Nekao II, *Necao* 181, 187, 188.
 Nergal 168, 251.
 Nergal-sarésér 190.
 Nergal-shar-usur, *Neriglissar* 196.
 Nilo 20, 21, 57, 58, 71, 76, 77, 79,
 86, 89, 91, 96, 104, 106, 108,
 170, 179, 180, 189, 219, 237,
 244.
 Nilo Azul 21.
 Nilo Blanco 21.
 Nilo rojo 108
 Nilo Victoria 21.
 Nimah 193.
 Nimrud. *Ver* Kalhu
 Ningirsu 246.
 Ningishzidda 251.
 Ninhursag 250, 251.
 Nínive 37, 59, 65, 165, 167-169,
 171, 174-177, 179-183, 185,
 187, 192, 197, 198, 202.
 Ninurta 193, 246.
 Nippur 64, 65, 195.
 Nisba 250.
 No Amón. *Ver* Tebas
 Noph. *Ver* Menfis
 Nubia 58.
 Nuqra, En- 34.
 Ococías 135, 151, 164,
 Octavio. *Ver* César Augusto
 Ofel, Ophel 125, 130, 225.
 Ofir, *Ophir* 140.
 Ofrah, *Ophrah* 161.
 Olívarri, E. 161.
 Olimpo 247, 248.
 Olmo, G. 246.
 Omán 215.
 Omar 132.
 Omri 148, 150, 151, 168, 169,
 171.
 On. *Ver* Heliópolis
 Opis 197.
 Orontes 16, 18, 42, 74, 80, 91, 92,
 95-97, 168, 188.
 Oseas (rey) 171, 172.
 Osiris 78, 244, 250, 256, 257.
 Otoniel 122.
 Ozías 107, 155, 157, 160, 177.
 Pablo, san 232.
 Pacorus 224.

- Padam Aram 85.
 Padi 175.
 Pakistán 203.
 Palaestina Salutaris 22.
 Palegawra 47.
 Palestina 9, 10, 12, 13, 19, 20, 22, 23, 25, 33, 34, 36-38, 43, 45, 48, 49, 53, 54, 58, 59, 68, 71-76, 78, 79, 81, 82, 84, 85, 90-93, 95-101, 103, 104, 108-114, 116, 117, 119, 121, 122, 129, 133, 136, 145, 147, 149, 154, 160, 169-171, 174, 175, 179-181, 187, 188, 194, 203, 207, 209, 215, 218-221, 224, 235, 237-240, 246, 250.
 Palmira, *Palmyra* 16, 19, 27, 37, 211.
 Pamir 203.
 Panfilia 214.
 Panias. *Vér* Banyas
 Paralia 221.
 Parán, desierto de 106.
 Paran, Nahal 30.
 Parrot, A. 166.
 Parsa. *Vér* Persépolis
 Pasagarda 207.
 Pa Sangar 45.
 Pascua 231, 255.
 Pecaj 164, 171.
 Pedro, san 240.
 Pella 220, 223, 227, 239.
 Peloponeso 213.
 Pelusio 206.
 Penuel 38, 85, 102, 148, 149, 154.
 Pentecostés 255.
 Perea 219, 221, 223, 226, 227, 239.
 Pérgamo 234.
 Persépolis 207.
 Persia 39, 82, 205, 207, 212.
 Pérsico, golfo 16, 17, 19, 65, 202, 215.
 Pethor 168.
 Petra 25, 35, 223, 224.
 Petronio, Publio 238, 239.
 Philadelphia, *Filadelfia* 220, 223, 227.
 Pi-Hahiroth 105.
 Pilato, Poncio 238.
 Pi-Ramsés 104.
 Pitom, *Pi-Tom* 104, 105.
 Pompeyo, Gn. 218, 224, 226, 234-236.
 Ponto 234, 236.
 Poseidón 250.
 Poseidonio 142.
 Psamético I 181.
 Psamético III 206.
 Ptah 96, 97, 247.
 Pterium 203.
 Ptolemaida 37, 220, 238, 239.
 Ptolomeo Lago, *Tolomeo* 218, 219.
 Ptolomeo II 223.
 Ptolomeo III 220.
 Ptolomeo IV 220.
 Ptolomeo V 220.
 Ptolomeo VI 221.
 Pueblos del Mar 98, 113-115, 117, 119, 126, 165, 217.
 Puerta Central 156, 190.
 Puerta de la Basura 210.
 Puerta de la Fuente 210.
 Puerta de la Inspección 210.
 Puerta del Agua 228.
 Puerta del Barrio Nuevo 210.
 Puerta de las Aguas 210.
 Puerta de las Ovejas 210.
 Puerta de los Caballos 210.
 Puerta del Pescado 210.
 Puerta del Valle 210.
 Puerta Dorada 233.
 Puerta Oriental 210.
 Puerta Vieja 210.
 Puzur-Ashur 80.

- Qadesh. *Ver* Kadesh
Qafzeh 43, 45.
Qarqar 168, 173.
Qatna 74, 222.
Qiryat Arba 84.
Qudeirat, Ain el-. *Ver* Kadesh Bar-
nea
Quisón, Nahal, *Qison* 31, 37, 127.
Qumrán 241.
- Ra, *Re* 78, 96, 97, 102, 244, 247.
Rabbath-Ammón 35, 37, 121, 149.
Rafah, Tell. *Ver* Rafia
Rafia 180, 220.
Ram. *Ver* Ramah
Ramah 161, 162.
Ramallah 162.
Ramath Rahel 157.
Ramon, Har 30, 33.
Ramoth de Galaad 37, 146, 149,
163, 171.
Ramsés I 95.
Ramsés II 94, 96-99, 103-106, 114,
120, 121.
Ramsés III 115, 116.
Rapiqum 80.
Ras Beyrouth 42.
Ras Samra 54, 67.
Razín 164, 170.
Rehob 102.
Reich, III 183.
Rephaím 139.
Retamim, Har 34.
Retenu 92.
Riblah 188, 191.
Rift, valle del 17, 23, 41.
Rimah, Tell el- 169.
Rim-Sin 80.
Robinson, E. 232, 233.
Roboam 146, 154, 161.
Rodas 117.
Rogel 130, 131.
- Rojo, mar 14, 16, 17, 21, 30, 105,
106, 140, 141.
Roma 221, 224, 226, 234, 236,
237, 240, 247.
Rosetta 16, 21.
Rosh Horesha 140.
Roxana 206.
Rub el-Jalí 14.
Rubén 123, 146.
Rusia 180, 202.
Rut 121.
- Saba 140.
Sabtuna 97.
Saday 248.
Safán 156.
Sáhara 20, 83.
Salmanasar I 95, 167, 169.
Salmanasar III 151, 163, 167, 168.
Salmanasar V 172, 173.
Salomé 227.
Salomón 30, 89, 107, 109, 130,
132, 133, 135, 136, 138, 139,
141-143, 145-147, 154-156,
225-227, 230, 231, 249, 255,
256.
Sam'al 170.
Samaría 32, 38, 132, 150, 155, 164,
170, 172-174, 180, 187, 209,
211, 212, 215, 219-223, 226,
227, 239, 252.
Samarra 55.
Samrat, Tell es- 228.
Samshi-Adad 80.
Sandakhanna, Tell. *Ver* Marisa
San Juan de Acre. *Ver* Akko
Sansón 127.
Sara 84.
Sardes 203, 208, 212, 214.
Sarepta 176.
Sargón I 66.
Sargón II 171-175.

- Saturno 247.
 Saúl 118, 121, 124, 127, 146.
 Saustatar 91.
 Sawi Chemi Shanidar 47.
 Sawwan, Tell es- 56.
 Scopas 220.
 Scythópolis. *Ver* Beth Shean
 Sebá 146.
 Sebastia. *Ver* Samaría
 Sebastiyeh. *Ver* Samaría
 Sedecías 190, 191, 194.
 Sefarvaim 173.
 Sefela 25, 33, 36, 123, 124, 136,
 145, 164.
 Séforis, *Sephoris* 239, 240.
 Sefunim 45.
 Seilún, Khirbet. *Ver* Silo
 Seir 120.
 Seleucia 220.
 Seleuco 218, 220.
 Semer 150.
 Sendchirli 132.
 Sennaquerib 156, 157, 174-180.
 Senusert III 77.
 Sepharad 143.
 Serabit, Jebel 107.
 Sesbasar 205, 206.
 Seth, *Set* 78, 244.
 Seti I 95, 96, 99, 101, 102.
 Shamash 79, 246.
 Shamash-shum-ukin 186.
 Shanidar 43, 45, 47.
 Sharon, *Sarón* 33, 36, 127, 170,
 171.
 Sharuhén 91, 100, 154.
 Shat el-Arab 17.
 Sheriat el-Menajire 26.
 Shishak, *Sheshonq*, *Sisac*, *Sosaq* 107,
 154, 155.
 Sibel 181.
 Sicileg 127.
 Sicilia 142.
 Sidón 37, 147, 149, 167, 168, 176.
 Sidqa 176.
 Sidri, Wadi 106.
 Sihon, *Sijón* 120, 121.
 Silberman 122.
 Sik 35.
 Sila, L. C. 234.
 Silo 123.
 Siloé 131, 157.
 Silwan, *Siloán*. *Ver* Siloé
 Simeón 122, 146.
 Simón 23.
 Simón Macabeo 222.
 Sin 197, 203, 246.
 Sin, Mesad Nahal 140.
 Sinaí 16, 19, 22, 30, 34-37, 45, 58,
 106-108, 120, 180, 249, 252.
 Sin-shar-ishkun 182.
 Sión 196, 222, 225.
 Sippar 197.
 Siquem, *Shechem* 25, 32, 75, 102,
 121, 124, 140, 149, 175.
 Sirapat, Mesudat 140.
 Siria 14, 15, 17-19, 42, 45, 49, 54,
 55, 67, 75, 79, 80, 82, 85, 92,
 93, 96, 97, 99, 112, 132, 133,
 139, 167, 170, 175, 203, 206,
 214, 219-221, 223, 224, 227,
 235-239, 245, 246, 250.
 Siro-Arábigo, desierto 13, 14, 16,
 28, 30, 35, 83.
 Sísara 126.
 Sísara, monte 181.
 Sitt Markho 42.
 Sittin 121.
 Soba 139.
 Socoh 127.
 Sodoma 30, 84, 198.
 Sol 248.
 Somalia 140.
 Sopdu 106.
 Soreq 129.

- Spengler, O. 212.
 Stratón, Torre de 215, 222, 227.
 Subite 171.
 Sucoth, Fiesta de. *Ver* Tabernáculos
 Sud 195.
 Sudán 21, 91.
 Suez 16, 19, 22, 36, 77, 105.
 Sukhul 43.
 Sukkot, *Succoth* 119.
 Súmer, *Sumeria* 17, 39, 84, 182, 205.
 Sumu-Abum 74, 93.
 Sumur 93.
 Suppiluliuma I 95.
 Suppiluliuma II 115.
 Susa 37, 65, 66, 181, 186, 204,
 207, 208, 210, 211, 215.
 Suteh 96, 97.
- Ta'anac 127, 136.
 Tabaél 164.
 Tabernáculos, fiesta de los 256.
 Tabor 31, 37.
 Tabun, Mogaret et- 42, 43, 45.
 Tácito, P. C. 231, 236.
 Tadmor. *Ver* Palmira
 Tafila 25, 35.
 Taharqa 179, 180.
 Taibe 47.
 Taine, H. 13.
 Taiyibeh, El- 161.
 Talmud 185.
 Tamar 140.
 Tammuz 250.
 Tanis 105.
 Tanninim, Nahal 33.
 Tanq Chai 47, 50.
 Tanzania 21.
 Tarsis 141-143.
 Tarso 115.
 Tartessos 142.
 Tash 132.
 Tatenay 210.
- Tauro 15, 16, 203, 214.
 Tebas 21, 67, 76-78, 91, 93, 94, 96,
 97, 117, 154, 181, 247.
 Teku 104, 105.
 Tel Abib 195.
 Tel Aviv 25, 33, 56.
 Tel Dan. *Ver* Dan
 Tell Tainat 133.
 Teman 149.
 Tepe Gawra 56, 65.
 Tepe Guran 52.
 Tepe Sarb 52.
 Tepet-Humban 166, 181.
 Terah 83.
 Terebinto, valle del 127, 139.
 Termópilas 221.
 Teshub 246.
 Teumán. *Ver* Tepet-Humban
 Teutoburgo 238.
 Thot 247, 256, 257.
 Thutmosis I, *Thutmés, Tutmosis* 91,
 92.
 Thutmosis III 31, 91-94, 100-102.
 Thutmosis IV 94.
 Tiamat 254.
 Tiberíades, lago de. *Ver* Genesaret
 Tiberias 24, 25, 239, 240.
 Tiberio, J. César 238.
 Tierra Prometida 13, 107, 108, 199,
 255.
 Tierra Santa 9, 10, 13, 19, 22, 23,
 35, 42, 114.
 Tiglat-pileser I, *Teglatfalasar* 122, 167.
 Tiglat-pileser III 169-171, 174.
 Tigranes 234.
 Tigris 15-17, 37, 43, 47, 50, 52, 56,
 65-67, 74, 80, 91, 165, 175, 180,
 186, 197, 201, 202, 215.
 Til Bersib 171.
 Timna 120, 127.
 Timna (cerca de la costa). *Ver* Batash
 Tinis 67.

- Tiphseh 139.
 Tiro 18, 25, 30, 37, 96, 141, 147,
 149, 164, 167, 168, 176, 181,
 190, 209, 214, 239.
 Tirsá 32, 38, 69, 148, 150, 154, 162.
 Tito Flavio 240.
 Tjeker 117.
 Torre Antonia 231, 235.
 Torrente de Egipto. *Ver* Arish
 Toynbee, A. 13, 74.
 Traconítide 227, 239.
 Transeufratina 209.
 Transjordania 19, 22-25, 34, 37, 38,
 45, 85, 112, 119, 120, 123, 127,
 139, 147, 148, 164, 191, 219-
 221, 228, 235, 238.
 Transvaal 41.
 Trófimo 232.
 Tuba'il 164.
 Tubalcaín 59.
 Tucídides 243.
 Tudhalia 94.
 Tukulti-ninurta I 16.
 Tulul el-Alaiq 227.
 Turdetania 142.
 Turkmenistán 203.
 Turquía 15, 42, 170.
 Tutankhamon 95.
 Tyropeon 130, 156, 210, 225, 232.

 Ubeid 65
 Ubeidiya 42.
 Uganda 21.
 Ugarit 37, 67, 73, 93, 115, 152, 245.
 Ullaza 96.
 Umm Dabaghiyeh 54, 65.
 Umm Qatafa 42.
 Umma 64.
 Ur 37, 59, 64-66, 74, 81, 83, 84,
 197, 258.
 Ureimeh, Tell el-. *Ver* Kinneret
 Urkish 80.
 Urmia 202.
 Urnamu 258.
 Ur-Nanshe 64.
 Urshu 80.
 Uruk 56, 59, 64-66.
 Utu. *Ver* Asmas
 Uweinid, Wadi 42.
 Uzbekistán 203.

 Van, lago 15, 16.
 Varo, Quintilio 238.
 Vaux, R. de 113, 150, 249.
 Venus 248.
 Vespasiano, T. Flavio 240.
 Via Maris 36-38, 68, 92, 101, 106,
 129, 136, 154, 176, 188, 189,
 215, 240.
 Victoria, lago 21.
 Vitelio 136, 154, 176, 188, 189,
 215, 240.

 Wad, El- 45
 Wad, Mogaret el- 45.
 Wadi Halfa 21.
 Wadi Musa 35.
 Wadi Rum 25, 35.
 Warka 56, 65.
 Warren, Ch. 125, 156, 233.
 Wen Amón 117.
 Wilson, Ch. 232.
 Wilson, J. A. 90.

 Yabín 126.
 Yabok 25, 28, 29, 34, 38, 85, 123.
 Yabrud 42, 45.
 Yaffo, *Jafa* 33, 222, 223, 239.
 Yafteh 45.
 Yaho. *Ver* Yahveh
 Yahveh, *Yahweh*, *Yavé* 105-107,
 109, 111, 124, 152, 178, 179,
 182, 183, 196, 198, 199, 201,
 204, 205, 212, 245, 248, 249,
 251, 252, 254, 255, 258.

- Yam Hammelah. *Ver* Muerto, mar
Yam Suf. *Ver* Rojo, mar
Yamhad 74.
Yammu 251.
Yamnia, *Jamnia* 222, 223, 227, 239.
Yanoam 98, 110.
Yarkon, Nahal 25, 33.
Yarmuk 25, 26, 28, 29, 34, 171.
Ya'udu. *Ver* Judá
Yavneh 76, 155.
Yazanías 162.
Yedonías 212.
Yehud. *Ver* Judea
Yemen 14, 140.
Yerohoam 140.
Yizreel 31, 56, 122.
Yosadac 206.
Yubal 59.
- Zab el-Kebir 16, 17, 47, 165.
- Zab el-Sghireh 16, 17, 47, 167.
Zabide 170.
Zabulón 123, 126, 146.
Zacarías 210.
Zacarías, tumba de 225.
Zagros 17, 43, 47, 49, 65, 66, 167,
202.
Zama 220.
Zaratustra 201, 207.
Zared. *Ver* Hasa
Zarzi 47.
Zerqa, Nahr ez- 28.
Zeus 247.
Zikleg. *Ver* Sicileg
Zimri 150.
Zin, Nahal 30.
Zoan. *Ver* Avaris
Zor 26.
Zoroastro. *Ver* Zaratustra
Zorobabel 206.
Zuttiyeh 43.